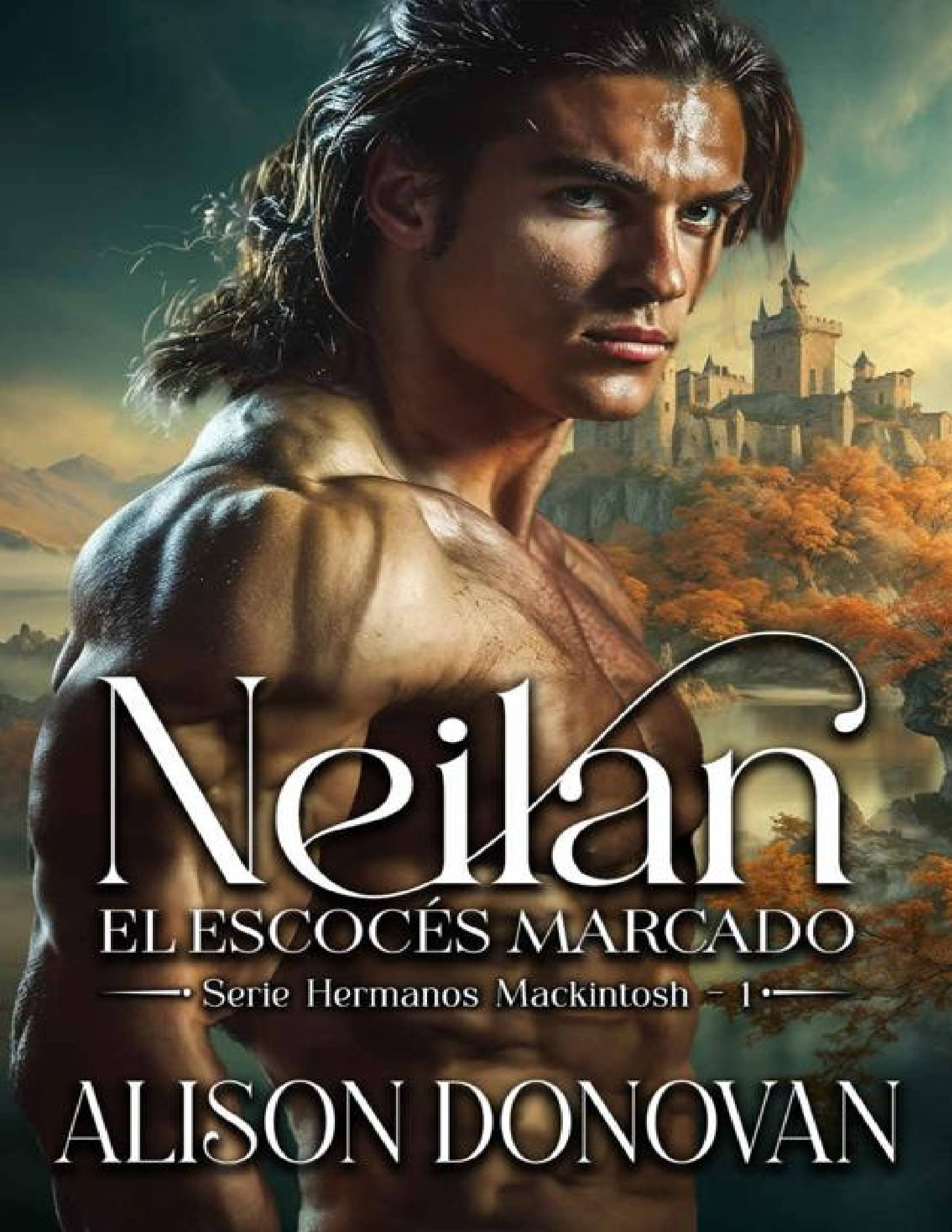

Neilan
EL ESCOCÉS MARCADO
Serie Hermanos Mackintosh - 1
ALISON DONOVAN

Neilan

EL ESCOCÉS MARCADO

ALISON DONOVAN



Copyright 2024 de Alison Donovan

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Ella creía que la inminente bancarrota de su familia era lo peor que podía pasarle. Hasta que un rebelde, testarudo y seductor escocés la secuestró.

Todo en la vida de Lady Marjorie Langton parece ir cuesta abajo. Primero su derrochador hermano los deja en la ruina, luego su prometido la abandona cuando se entera y, ahora…un escocés pretende llevársela a la fuerza.

Pero todo se complica aún más cuando aparece con ella ante el clan y la creen una espía. ¿Podrían empeorar aún más las cosas?

Neilan MacKintosh es un hombre frio y decidido que debe secuestrar al barón de Gilroyd. El problema es que acaba llevándose a la caprichosa y enérgica hermana del barón. Ahora tiene que cargar con ella e impedir que escape o...que él acabe desquiciado por su deseo.

La sangre inglesa de ella en plena rebelión será un desafío al que ambos deberán enfrentarse.

�� No te pierdas la primera entrega de esta serie donde podrás conocer a los hermanos MacKintosh

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Sguiente libro de la serie

Nota

Capítulo 1

Norte de Inglaterra,

Northumberland, 1296

-¿Adónde vas? —preguntó lady Marjorie Langton, con una voz no tan firme como le hubiera gustado.

Su hermano mayor, Henry, barón de Gilroyd. se sacudió el manto sin mirarla.

—Estaré fuera varios días.

Ante su brusco despido, un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Has entrado hace unos instantes. —El tiempo suficiente para cambiarse el sucio atuendo de otro día de beber, prostituirse y Dios sabe qué más. Su desaliñado pelo castaño le daba un aspecto más pícaro que el del consejero del rey Eduardo en los asuntos escoceses.

—Hay asuntos domésticos que debemos discutir, mercaderes que exigen que se les pague.

Sus ojos color avellana, empañados por la cerveza, se volvieron hacia ella y se entrecerraron.

—Me ocuparé de ellos a mi regreso.

Hizo acopio de su frustración mientras se acercaba a su hermano. Perder los estribos ahora

empeoraría una situación ya de por sí desesperada. Desde que la costurera le había susurrado que Lord Seymor había sido asesinado al amanecer, un hombre al que Henry debía una gran cantidad de dinero, no había pensado en otra cosa.

¿Lo había matado Henry?

Quería creer que las habladurías; sobe su hermano y lord Seymor peleándose pocas horas antes de su muerte; eran mentira. Un rumor seguramente iniciado por uno de los muchos enemigos de Henry para desacreditar aún más a su hermano.

Como si necesitara ayuda en ese sentido. Durante el último año, con la cantidad que bebía y los hombres cuestionables con los que se relacionaba, Henry había parecido empeñado en autodestruirse. Durante las muchas ausencias inexplicables de su hermano, ella había revisado los libros de contabilidad de su casa y conocía su estado financiero.

O la falta de él.

Se le paró la respiración. ¿Y si por fin había cruzado un límite que ella no podía reparar? ¿Y si su mayor temor se había hecho realidad, y él se había convertido en un borracho y un criminal?

—Henry…

Al otro lado de la habitación, Henry la observaba en silencio. Por un momento, los duros ángulos de su rostro se suavizaron y una mirada tierna le devolvió la calidez de su pasado.

Un dolor se acumuló en su pecho. Casi corrió hacia él, necesitando desesperadamente al hermano que la había consolado tras la muerte de sus padres, al hermano que siempre había evitado que su mundo se torciera.

Entonces su boca se endureció en una fina línea. Y el hombre frío e insensible, que ahora ahogaba su pena en la bebida, regresó.

Su hermano se ajustó el manto.

—Mientras yo esté fuera, quédate dentro de los muros del castillo.

—No cumpliré tus órdenes.

Pero él ya se estaba alejando. En un hábil movimiento que la sorprendió, abrió la puerta secreta que conducía desde al solar. Se deslizó hacia la oscuridad atrayente. Antes de que ella pudiera reaccionar, el panel revestido de piedra se cerró tras él. Los juncos rancios se desparramaron por el suelo, sumiéndose en la quietud a su paso.

¿Por qué había utilizado su hermano el pasadizo secreto? Ambos conocían su existencia, pero hasta entonces nunca lo habían utilizado.

Ni lo habían necesitado.

Marjorie corrió hacia la puerta. Deslizó los dedos por la hendidura casi invisible. No se movió.

—¡Henry!

Silencio.

—¡Necesito hablar contigo! —Tiró, pero el panel aguantó. Había asegurado la puerta.

El miedo se deslizó a través de ella con precisión destructiva, envolviéndose en una bola apretada en sus entrañas. ¿Sus pésimas finanzas habían desesperado a su hermano? ¿Tan desesperado como para asesinar?

¿Por qué si no iba a utilizar el pasadizo secreto para escapar del castillo sin ser visto?

—¡Basta! —Incluso cuando su voz resonó por todo el solar, las dudas sobre la inocencia de su hermano seguían existiendo.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Marjorie se dio la vuelta y paseó por la cámara. Con el corazón encogido, se detuvo ante los cristales de colores. El polvo partículas brillantes de rojos y dorados se tamizaban a través de la luz fracturada del atardecer.

Apretó los dedos contra un panel frío, recordando el orgullo en el rostro de su madre cuando había supervisado la instalación de cada cristal artesanal. Las ventanas eran uno de los últimos de los muchos tesoros que su familia había traído consigo cuando se transladaron a aquella fortaleza del norte hacía doce veranos.

Ahora, los cristales bellamente diseñados no eran más que un solemne recordatorio de lo mucho que habían perdido.

Retiró la mano y la cerró en un puño. Con su sombría situación financiera, ¿cómo podía haber dudado en exigir respuestas a Henry? ¿Acaso los últimos meses no habían puesto a prueba su fortaleza muchas veces?

Al enterarse de las penurias monetarias del castillo Rothfield, había tomado su decisión. Sin el conocimiento ni el consentimiento de su hermano, había vendido discretamente varias alfombras caras, piedras preciosas y muebles que habían pertenecido a su familia.

Su hermano se pondría furioso cuando se enterara, pero tendría que reconciliarse con las decisiones de ella. Si no fuera tan anfarrón y no gastara alegremente lo último que le quedaba de su dinero, sin pensar en las consecuencias, no estarían en este dilema.

Hasta ahora había mantenido la fachada. La riqueza del barón de Gilroyd no tenía límites y su vínculo familiar era fuerte. Pero, con las reliquias familiares menguando y los acreedores exigiendo el pago, un mes -dos como mucho- era lo máximo que podía esperar antes de que sus destrozadas vidas se convirtieran en pasto de las habladurías.

Se estremeció. A menos que Henry fuera acusado oficialmente del asesinato de lord Seymor. Entonces, el tiempo que quedaría antes de que sus pares supieran la verdad podría ser de horas. El rey Eduardo rompería sus lazos con Henry, su casa y las posesiones que les quedaran serían vendidas y ellos quedarían en desgracia.

¿Qué sería de ella entonces?

Una discreta tos detrás de Marjorie interrumpió sus pensamientos. Se volvió y se obligó a no dejarse llevar por el pánico.

Un desconocido estaba de pie cerca de la pared más alejada, con los pies apoyados a la anchura de los hombros y el cuerpo musculoso estirado hasta su altura máxima. Su pelo, negro como la medianoche, desaparecía tras unos hombros anchos y bien musculados. Una cicatriz surcaba su mejilla izquierda; una línea envejecida que aumentaba su intimidante presencia.

Unos ojos cobalto, medio protegidos por unas largas y espesas pestañas negras, la estudiaron con un interés sin paliativos. Los ojos de un hombre que había visto demasiada devastación.

La inquietud se deslizó a través de ella. Era fácil imaginárselo enzarzado en una batalla, blandiendo su espada con pura fuerza bruta, con el sudor pegado a la piel.

Cuando continuó mirándole fijamente, un ceño fruncido esculpió el rostro de huesos fuertes del hombre, una expresión tan poco acogedora como peligrosa.

El instinto le instó a dar un paso atrás, pero Marjorie se mantuvo firme. ¿Por qué estaba él allí? Había dejado instrucciones explícitas a sus sirvientes para que rechazaran a cualquiera que la buscara a ella o a lord Gilroyd. El miedo le raspó la garganta como juncos secos contra la piedra. Por favor, que no estuviera allí para presentar cargos formales contra Henry.

—Me ha asustado —dijo.

—Lo lamento —respondió el desconocido, pero poco en su tono respaldaba el sentimiento.

Ella luchó por mantener la calma. ¿Quizás era un conocido de Henry? No, la aguda inteligencia de sus ojos no presumía de bebida. Sólo determinación. Un hombre que saboreaba la guerra como la carne de una mujer.

En el nombre de Dios, ¿en qué estaba pensando? Jamás volvería a permitir que un hombre entrara en su vida.

—¿Cuál es su propósito aquí?

—Lord Gilroyd. Tenemos negocios.

Negocios. Ella soltó una lenta respiración. No estaba aquí para arrestar a Henry.

—Mi hermano está fuera.

Los ojos del intruso se oscurecieron.

Marjorie trató de ignorar la cualidad depredadora que había en él. Era un hombre que no toleraría que lo traicionaran. ¿Por eso había venido? ¿En algún punto del mal camino de Henry, su hermano le había engañado?

—Si me dice el motivo de su visita, informaré a mi hermano. A su regreso, se pondrá en contacto con usted. —O una vez sola, vendería otra reliquia para resolver cualquier asunto financiero que existiera con este hombre. Incluso si informaba a su hermano de la visita del extraño, dudaba que Henry buscara a este enervante hombre o a cualquier otro al que debiera dinero, fuera cual fuera la amenaza.

Su mandíbula se tensó.

—Me dijeron que estaba en la residencia. En esta recámara para ser exactos.

Cualquiera que fuera el sirviente que había ignorado su petición de privacidad se arrepentiría de sus actos.

—Lo siento, le han informado mal.

El desconocido tamborileó con los dedos sobre la empuñadura de su daga, enfundada en la cintura. Una furia que acechaba bajo su tranquila fachada parpadeó en sus ojos, clara e intensa.

—Señor, no recuerdo su nombre.

—Como no se lo he dado, no lo haría.

Su rica voz aterciopelada la recorrió como una lluvia de seda, cálida y suave sobre su piel.

Irritada por haberlo notado, Marjorie se puso rígida. Había aprendido a desconfiar de los hombres, más aún de los que blandían sus palabras con suave precisión.

—¿Por qué está aquí? —exigió.

—¿Cuándo regresará Lord Gilroyd?

Ella inclinó la barbilla y le lanzó una mirada fulminante, alzando la voz deliberadamente.

—Ahora lo entiendo, es un problema auditivo lo que ha provocado su rudeza al responder a mi pregunta.

Sus ojos se entrecerraron.

Basta ya de tonterías.

—Si no tiene nada más que decir, retírese. —No se movió.

Una nueva oleada de ansiedad la invadió. ¿Y si su hermano no le debía nada a este peligroso desconocido y estaba tocado de la cabeza? Fuera cual fuera la razón que le había traído aquí, por su propia seguridad, debía convencerle de que se marchara.

Marjorie hizo un gesto hacia la puerta.

—Señor, ya he aguantado bastante sus pobres modales.

—Lass. —La más leve caricia acarició su voz. ¿Un escocés?

Cada nervio de su cuerpo se puso en alerta, consciente de cuánto separaba exactamente Inglaterra de Escocia. Aunque el rey Juan había abdicado el trono escocés en favor del rey Eduardo, bandas de rebeldes escoceses seguían atacando a las tropas inglesas. Dudaba que los rebeldes leales a William Wallace cejaran en su búsqueda de la libertad y cedieran a los dictados de Inglaterra.

Marjorie estudió al desconocido. Sintió alivio al pecibir el tejido Stanford de su túnica. El corte y el tejido de sus ropas lo marcaban inequívocamente como inglés. Se estaba preocupando

en vano.

Su enfrentamiento con Henry junto con las noticias del asesinato de lord Seymor la habían dejado sobreexcitada. El descaro de este hombre la ponía aún más nerviosa. Lo único que necesitaba era tiempo para resolver las cosas.

A solas.

Dio un paso hacia ella. Lento. Preciso. Con intención.

Ésta era su casa. Se negó a permitir que la intimidara. Marjorie levantó la mano.

—Le insto a que se marche, y cuando…

—No es momento para debates. —Él se abalanzó hacia delante. Su brazo la atrapó por la cintura.

Ella intentó gritar, pero él le tapó la boca con una mano y amortiguó su grito. Ella mordió. Con fuerza.

—¡Por mi espada! —maldijo el intruso, esta vez su rebuzno rico y grueso.

¡Era escocés! Marjorie clavó el codo en su pecho sólo para toparse con un músculo afilado.

—¡Suélteme!

Él la agarró de los brazos y volvió a taparle la boca, esta vez manteniendo la mano ahuecada.

—Estese quieta.

¿Mientras él la violaba o la asesinaba? Ella se retorció con fuerza en su agarre.

Con facilidad, él la hizo retroceder e inmovilizó su cuerpo contra la pared, su duro armazón atrapando el de ella.

—No luche contra mí —le advirtió.

Más allá de la fría determinación, ella captó un destello de deseo. La histeria brotó en ella. Dios, ¡no! Forcejeó con más fuerza.

—¡Quieta!

Incapaz de liberarse, se quedó quieta, consciente de cada músculo presionado contra ella, y del poder dentro de su afilado armazón. ¿Qué iba a hacer? No podía dominarle. Tampoco podía permitir que él se quedara sin respuesta.

—No vuelvas a morderme. Y si intentas gritar, me veré obligado a recurrir a medidas drásticas. ¿Lo entiendes?

Ella lo entendió completamente. Él tenía la sartén por el mango y ella despreciaba la amenaza que representaba. Marjorie le fulminó con la mirada.

Una ceja se frunció sorprendida por su desafío. Él la observó un momento. Como si estuviera satisfecho de que ella le obedeciera, bajó la mano de su boca.

—¡Es escocés!

Una sonrisa a regañadientes se dibujó en sus labios.

—Lo soy.

—¿Qué quieres de mí?

—Te tomo como rehén. Descansa tranquila, muchacha.

—No puedes...

El guerrero volvió a ahogar su grito con la mano.

—¡Cállate!

Marjorie sacudió la cabeza en un intento de quitarle la mano y fracasó. Su cuerpo se sentía como piedra labrada contra el de ella. Miró hacia la puerta, deseando que llegara un sirviente. No, no vendrían. Les había informado de que quería que la dejaran en paz.

—Dame tu palabra de que no gritarás y te liberaré. No sufrirás ningún daño, eso te lo prometo.

Ella entrecerró las cejas, su respiración entrecortada. Como si le creyera.

—Dámela.

Furiosa porque no tenía otra opción, asintió. Él retiró la mano.

—Te equivocas al elegir secuestrarme. Mi hermano es un hombre poderoso, un consejero escocés del rey Eduardo. Libérame y no diré nada.

La cicatriz de su mejilla izquierda se tensó.

—Conozco bien los vínculos de Lord Gilroyd. Pero mi decisión está tomada. Una vez que tu hermano haya pagado el rescate, me encargaré de que te devuelvan.

Un sollozo salvaje se le formó en la garganta cuando él la llamó fanfarrona. Como si el pago alguna vez fuera a ser enviado. Henry estaba huyendo y sus arcas estaban vacias.

—No puedes llevarme, yo...

Él le puso el dedo sobre los labios, evitando que protestara.

—Sí puedo. Ni una palabra —le advirtió—. Si te importa la vida de tu hermano, no gritarás.

Su corazón golpeaba contra su pecho. ¿Mataría a Henry? Tenía que hacer algo. ¿Pero qué? Si gritaba, él le ataría una mordaza alrededor de la boca y acabaría con cualquier posibilidad de pedir ayuda.

Ante su silencio, él la alzó contra su pecho y se dirigió hacia la puerta.

Marjorie luchó por liberarse. El canalla pronto sabría que su extravagante secuestro fracasaría. Antes de que pudiera salir del castillo, sus guardias lo apresarían y lo arrojarían a las mazmorras, donde pertenecía.

Excepto que su secuestrador no se dirigió hacia la entrada principal. Se dirigió hacia la puerta secreta.

¿Cómo conocía este pasadizo? No importaba.

Henry había asegurado la salida cuando se había marchado.

Con arrogante confianza, su secuestrador apretó los dedos contra la hendidura casi invisible y tiró.

Con satisfacción engreída, Marjorie esperó su maldición frustrada. La puerta se abrió de golpe.

Y ella lo comprendió. Sus sirvientes no lo habían escoltado hasta el solar. Cuando ella había permanecido junto a los paneles de cristal, perdida en sus pensamientos, él debía de haberse colado en la cámara por la puerta secreta.

¡Henry!

No, su hermano estaba a salvo. ¿Por qué si no habría preguntado el escocés por su paradero? Por algún milagro, cuando su hermano se había marchado precipitadamente, en el laberinto de túneles que se tejen en el castillo de Rothfield, debió de pasar por alto al escocés.

Su raptor dio un paso hacia la entrada.

Ella no podía dejarle entrar. Si lograba entrar con ella en el túnel y cerraba la puerta, pocas esperanzas quedaban para su huida. Marjorie plantó el pie contra la pared y empujó con fuerza.

El escocés agarró sus piernas y las liberó. Marjorie gritó.

Le tapó la boca con una mano mientras la miraba con un ceño tan feroz como el del propio diablo.

—¡Estate quieta! Di mi palabra de que no te haría daño.

Las imágenes de la violencia que un hombre de semejante complexión podía ejercer sobre

ella aterrorizaron su mente.

—Yo no miento —dijo él—. No vuelvas a gritar.

Ella le lanzó una mirada furiosa. La mayoría de los hombres mienten. Lo que variaba eran sus razones para hacerlo.

Con ella atrapada en sus garras, atravesó la abertura y aseguró el panel tras ellos.

El aire viciado envolvió a Marjorie y una sensación de fatalidad se apoderó de ella. Su captor retiró la mano de su boca. ¿Por qué no lo haría? Su poco ortodoxa llegada al solar demostraba que estaba familiarizado con el laberinto de túneles entretejidos por todo el castillo de Rothfield. Sabría que los pasadizos interconectados se habían construido para garantizar una huida segura y silenciosa.

Si gritaba, nadie la oiría.

El escocés sacó una antorcha de un candelabro cercano y la sostuvo ante ellos. Una luz vacilante iluminó el lúgubre pero robusto túnel. Las telarañas enturbiaban las sombras, el polvo cubría las piedras labradas y las vigas de roble envejecido yacían por encima. En algún lugar a lo lejos, el goteo constante del agua resonaba con un plop sombrío.

Marjorie permaneció inmóvil contra el sólido pecho de su captor, pero bajo sus pestañas buscó cualquier cosa que pudiera utilizar como arma. Ni siquiera una piedra suelta estaba a su alcance. Respiró lentamente, en desacuerdo con su corazón que latía con fuerza. Entrar en pánico ahora sólo empeoraría la situación.

Mientras el escocés avanzaba por el túnel iluminado por las antorchas, ella miró a través de las pestañas entreabiertas su rostro; el duro tajo de sus pómulos tan implacable como su boca. Su barbilla, hendida como si fuese esculpida por un dios furioso. La cicatriz que recorría el lado izquierdo de su rostro le daba un aspecto peligroso. No lo llamaría un rostro cruel, sino el de un hombre curtido por la guerra. Un hombre que, cuando daba una orden, esperaba ser obedecido.

¿Cuánto tiempo le permitiría vivir su captor cuando descubriera la verdad: que estaban en la ruina? Se estremeció. La respuesta era sencilla.

No lo haría.

La ironía de la situación no se le escapaba. Debido a sus esfuerzos por mantener vivo el mito de un hogar feliz y próspero, su secuestrador creía que estaría bien pagado.

El engaño que tan desesperadamente había alimentado sellaría su propio destino.

Fragmentos de luz de antorcha perforaron la negrura. El firme golpe de sus pasos resonó a su alrededor.

Marjorie miró hacia atrás cuando la puerta secreta se desvaneció en la oscuridad. No podía rendirse. Quizá no pudiera dominar al escocés, pero esperaría su momento, reuniría fuerzas y rezaría por una oportunidad para escapar. Ésta llegaría.

Se negaba a creer lo contrario.

Por ahora, fingiría desmayarse en sus brazos. Él creería que ella había sucumbido al miedo. Con una plegaria silenciosa para que su táctica funcionara, cerró los ojos y se relajó.



La seductora mujer en brazos de Neilan se puso flácida y luego su respiración se hizo más lenta. Se había desmayado. Por miedo y agotamiento, imaginó él. Hizo una mueca. No había querido asustar a la muchacha, pero el asunto no tenía remedio.

En los suaves destellos de luz, su rostro de marfil enmarcado por sus mechones castaños irradiaba inocencia. Sus labios carnosos, del color de las bayas maduradas al sol y empapadas de rocío, le hicieron detenerse en ellos. Se maravilló de su suavidad. Y su sabor.

Irritado por la atracción que sentía por la mujer que tenía entre sus brazos, Neilan volvió a centrar su atención en el túnel.

Por los santos, ¿qué estaba haciendo? Por muy tentadora que fuera su esbelta figura, su cabello castaño que caía hasta derramarse sobre unos pechos llenos, y una voz que se deslizaba por él como miel caliente, nunca podría olvidar que era inglesa, un pueblo que despreciaba.

En la tumba de su padre había prometido su vida a la guerra. Para servir a su pueblo. A proteger su libertad. Juramento que ninguna mujer le haría romper.

Los placeres de la carne eran breves, sin ataduras y a su elección.

Toleraría su presencia y nada más. Neilan volvió sus pensamientos hacia su hermano. ¿Dónde estaba el barón? Él, sus hermanos y su informante habían trazado con detalle el secuestro del barón. Nada debería haber salido mal.

Pero así había sido.

Acostumbrado a tomar decisiones rápidas, por mucho que le fastidiara involucrar a una mujer, Neilan había secuestrado a la hermana del barón en su lugar. Con la urgente necesidad de los rebeldes de moneda para comprar armas, y el conocimiento de Neilan del estrecho vínculo que unía a los hermanos, su hermano pagaría un jugoso rescate por su regreso.

Lejos de apaciguarse por el cambio de planes, Neilan volvió sobre sus pasos a través de los intrincados pasadizos. Siguió cada giro y revuelta que le llevaría a un campo en el borde exterior del castillo, una ruta explicada por el laird que había residido aquí antes de que los ingleses se apoderaran de la fortaleza.

Mientras se movía con confianza, el olor a mujer, mezclado con la fragancia de la lavanda, burló sus sentidos. Irritado por haberlo notado, se impulsó con más fuerza.

El aire fresco, rico en olor a agua, le alertó de que se acercaban a la salida. Alargó la zancada. El constante batir de la corriente se convirtió en un bajo rumor al doblar una esquina.

La luz de la luna se abría paso a través de la negrura más adelante.

Neilan apagó la antorcha, la arrojó a un lado y salió por la pequeña abertura de roca hacia el páramo.

El aire fresco de la noche le saludó mientras estudiaba su entorno. Bajo el resplandor de la luna, el agua fluía por la quema como una cinta de seda. Un viento ligero ondulaba un campo cercano de centeno en una lenta caricia. Más allá había un grupo de olmos y robles donde había escondido su corcel.

Había comenzado su viaje con una segunda montura, pero la noche anterior se había quedado coja y la había dejado atrás. Había planeado robar otro caballo, pero al haberse llevado a la hermana de lord Gilroyd en lugar del barón, ésta era lo bastante ligera como para cabalgar con él.

Neilan notó bajo la media luna de sus pestañas castañas, el ligero movimiento de sus párpados. Estaba volviendo en sí. Debía darse prisa antes de que ella despertara del todo.

A través de la cubierta de los árboles, Neilan se volvió y escrutó las murallas del castillo que se alzaban sobre un rodal de pinos bajos a menos de una legua de distancia.

Tras asegurarse de que ningún guardia podía verlos, empezó a abrirse paso por los fragmentos de roca que sobresalían por encima de la quema poco profunda.

A medio camino, sin previo aviso, la mujer inconsciente que llevaba en brazos estalló en acción, retorciéndose contra él.

—¡Suéltame! —Su voz resonó en la crujiente noche de agosto.

Maldita sea. Le tapó la boca con la mano y ahogó otro grito.

—¡Quieta!

Su retorcimiento aumentó.

En su sorpresivo intento de liberarse, había conseguido soltar la parte inferior de su cuerpo de su agarre. Agarró sus piernas en el mismo instante en que ella daba una patada, desequilibrándolo. Perdió su punto de apoyo.

El agua fría brotó a su alrededor al aterrizar en el arroyo, empapándolos a ambos.

Su cautiva chisporroteaba en el agua que le llegaba hasta las rodillas mientras permanecía sentada, mojada y harapienta, con los ojos brillantes de desafío.

Por la satisfacción de su rostro, ella había planeado este sabotaje desde el principio. A una parte de él le irritaba que ella encontrara placer en superarle, otra parte admiraba su valor para intentarlo.

Quizá su bravuconería provenía de la sangre azul que corría por sus venas. O de su belleza clásica que sin duda esgrimía como el mejor espadachín para doblegar a los hombres a su voluntad.

Entrecerró los ojos en su rostro. Pronto aprendería que cualquier intento de desafiarle, por dulce que fuera, fracasaría.

La corriente retumbó a su alrededor mientras Neilan la ponía de puntillas ante él.

—Eres una atrevida —dijo con el ceño ferozmente fruncido—, pero no voy a... —Ella jadeó, y él cometió el error de mirar hacia abajo.

Su pecho pesaba contra el de él, su vestido de lana empapada se ceñía a su esbelta figura para perfilar sus pechos llenos. Mojados con agua fría, sus pezones se habían fruncido en duros picos.

La lujuria le atravesó con una puntería brutal que admiraría el tirador más fornido. Su cuerpo ardía de necesidad. Apretó los dientes. Aunque violar y saquear era algo habitual, le disgustaba dominar a una mujer.

Neilan la agarró por los hombros, tirando sin embargo de ella contra él para conseguir

efecto.

—Escúchame ahora, muchacha. No soy un hombre paciente y tú has agotado lo poco que tenía. He prometido no hacerte daño. Lo que creas —dijo con gélida precisión—, o no, es tu elección. No vuelvas a traicionarme.

Como si percibiera lo cerca que estaba de perder el control, el miedo brilló en sus ojos, luego bajó la mirada.

Creyendo que había sofocado la última de sus resistencias, Neilan se puso en pie. El agua resbaló por su túnica mientras la levantaba con él. Alargó la mano hacia abajo. Sonó un fuerte rasgón cuando arrancó una tira de la parte inferior de su vestido.

—¿Qué estás haciendo? —exigió ella.

Aunque el miedo golpeaba su voz, se mantuvo firme. Su respeto por ella aumentó.

—Lo que debería haber hecho desde el principio. —Antes de que ella pudiera resistirse, él le aseguró una tira sobre la boca. Mientras ella forcejeaba de nuevo, sus ojos clavados en él con repugnancia, él utilizó otra para atarle las manos delante de ella.

Sin más incidentes, la sacó del arroyo. Cruzó un campo espeso de brezo y luego se deslizó entre la cubierta protectora de los árboles. Fuera de su vista, la subió a su caballo, balanceándose detrás de ella.

Ella se puso rígida, su esbelto cuerpo se acurrucó contra el musculoso armazón de él.

Intentó no fijarse en lo bien que encajaba, ni en su mechón de pelo castaño húmedo a escasos centímetros de su boca. Bajo la luz de la luna, siguió un riachuelo de agua mientras se deslizaba por el costado del cuello de ella hasta desaparecer bajo su vestido.

Apretando los dientes, agarró las riendas. Se negó a permitir que la tentación le desviara de su propósito. Retenerla para pedir rescate era la única esperanza de los rebeldes.

Pero con la muchacha pegada a él, con la sangre latiéndole caliente, parecía que su decisión de secuestrarla tendría sus propias consecuencias. Con sombría resolución, Neilan hizo girar su montura hacia el norte y la puso al galope.

Y por primera vez, se preguntó si su secuestro de la hermana del barón sería algo de lo que llegaría a arrepentirse.

Capítulo 2

El grito de un búho se coló entre los fragmentos del sueño de Marjorie. Ella apretó los ojos con más fuerza. No quería despertarse. Todavía no. El golpeteo de los cascos del caballo era tranquilizador. El calor sólido a su espalda se sentía tan cálido y acogedor.

Se acurrucó más.

Un rayo de dolor la atravesó y gimió. Intentó levantar los brazos para aliviar el dolor. No se movían. ¿Por qué no podía mover los brazos?

La espesura que nublaba su mente se desvaneció. Marjorie abrió los ojos. Un brazo fuerte y musculoso la rodeaba por la cintura. Otro sujetaba las riendas mientras cabalgaban. El calor duro y delgado contra el que se apoyaba, ¡era su captor!

Se puso rígida, incorporándose bruscamente. Otro rayo de dolor la golpeó. Su respiración llegaba fuerte y rápida a través de la mordaza, pero no podía moverse. Sus manos seguían atadas ante ella.

—Ya estás despierta —dijo el escocés, tan cerca que su aliento agitó el vello de su cuello —. Cabalgaremos durante varias horas más. Luchar contra tus ataduras sólo hará que te duelan más los músculos.

Unas horas más. ¿Y luego qué? ¿La entregaría a los rebeldes que esperaban su llegada o,

recordando la lujuria de sus ojos cuando la había mirado fijamente en el arroyo, se daría placer a costa de ella?

Le rozaban las corbatas, tenía la boca seca y quería gritar de frustración. En lugar de eso, Marjorie se mantuvo firme contra el dolor. Se negó a rendirse. En un lento barrido, examinó su entorno con la esperanza de reconocer algún punto de referencia.

Hojas de niebla tan finas como el pan ácimo flotaban en fantasmales astillas a su alrededor. Un bosque, oscurecido con árboles ennegrecidos por la noche, abrazaba el campo por el que cabalgaban. Los resplandores de las colinas ondulantes asomaban por encima del dosel de hojas.

Ella no reconoció nada. Pero, por la posición de la luna que desaparecía, se dirigían hacia el norte, hacia Escocia.

El miedo la hizo cerrar los ojos, pero la determinación la obligó a abrirlos de nuevo. La espesura que pesaba sobre el erizo del escocés era prueba de su fatiga. Y, al atreverse a secuestrarla en suelo inglés, de su arrogancia. Después de tratar con su hermano, sus amigos canallas y su ex prometido, ésta era una característica que comprendía bien. En poco tiempo, confiado en su éxito, su secuestrador bajaría la guardia.

Y ella lograría escapar.

Horas más tarde, cuando las primeras pálidas rayas del sol se deslizaban en el cielo oriental, su secuestrador finalmente detuvo su montura. Sin hacer ningún comentario, desmontó, con su fina vestimenta inglesa ahora arrugada y en un estado triste. El escocés la levantó de la silla y la puso ante él sin soltarla.

Las piernas de Marjorie estaban tan débiles que se vio obligada a agarrarse a su brazo para apoyarse.

Después de cabalgar durante toda la noche, no era de extrañar. Ella miró hacia abajo.

Una daga brillaba en su mano.

Marjorie gritó contra la mordaza e intentó liberarse.

—¡Quieta!

Se lanzó hacia la izquierda, pero la mano de él le agarró las muñecas y tiró de ella hacia atrás. Un chasquido agudo sonó cuando él cortó sus ataduras, maldiciendo todo el tiempo. Sus manos se soltaron.

Al sentirse libre, la sangre corrió por sus brazos y los hizo palpitar como manos congeladas expuestas al calor.

Frotándose el entumecimiento de las muñecas, Marjorie miró al poderoso hombre con desconfianza. El agotamiento esculpía líneas profundas en los duros ángulos de su rostro, pero no disminuía la inteligencia de sus ojos ni la determinación. La de un depredador.

Sus ojos cobalto se estrecharon en los de ella.

La conciencia se estremeció a través de ella, un lento tirón que le robó el aliento. Sacudida por su reacción, apartó la mirada. No sentía hacia él más que miedo.

El escocés guardó su daga. El alivio la invadió.

—Estarás dolorida, pero la rigidez se aliviará pronto. —Rebuscó en el rollo atado al lomo del caballo y sacó una prenda—. Ponte esto. —No fue una petición. El escocés tiró de su mordaza para liberarla, pero dejó la tela flácida colgando de su cuello. Sus ojos contenían una advertencia—. Se queda dónde está por ahora. No volveré a colocar la mordaza ni el lazo sobre tus manos a menos que me des una razón.

—Qué nobleza tan retorcida la que te permite atar y secuestrar a una mujer indefensa —acusó ella, con la voz ronca por el mal uso.

Él gruñó.

—Sí, lo bastante indefensa como para mojarnos a los dos en el arroyo. —Su raptor le

entregó la ropa y señaló hacia una densa mata de zarzas—. Cámbiate en esa espesura. Y date prisa.

Ella dudó. No se había llevado ningún vestido de su casa.

—¿Dónde encontraste esto?

La satisfacción brilló en sus ojos.

—Lo robé. Muévete.

Débil por el largo viaje, sus piernas amenazaban con ceder mientras cumplía sus órdenes. Una vez detrás de un denso grupo de arbustos, se apoyó en un árbol en busca de apoyo. Todo lo que quería era estar acurrucada en su cama lejos de este forajido que la robaría de su hogar.

Otra emoción se agolpó en su garganta. ¿Y Henry? ¿Había regresado al castillo de Rothfield? ¿Sabía siquiera que ella había desaparecido? ¿O estaba en ese momento encarcelado y acusado del asesinato de lord Seymor?

—Hay demasiado silencio ahí dentro, muchacha. — La dura advertencia del escocés cortó la noche.

Ella se quitó el vestido y replicó:

—Que mal educada soy por no conocer una canción de taberna para entretenerte.

Una risa ahogada resonó entre los matorrales.

Con una mueca, se puso el sencillo vestido de lino que él le había dado, ignorando su ajuste y corte. ¿Qué importaba cómo estuviera vestida? A menos que encontrara una forma de escapar, una vez que él recibiera la noticia de que no habría rescate, estaría muerta.

Marjorie salió de detrás de los arbustos para descubrir que su captor también se había cambiado. Atrás habían quedado los atavíos de un caballero inglés. Ahora vestía unas ceñidas correas que resaltaban sus bien musculadas piernas, una túnica de paño ancho, una claymore

asegurada a su espalda en una vaina de cuero y su daga sujeta al cinturón de su cintura.

Curiosamente, el atuendo le sentaba mejor a su ruda fuerza que los ropajes ingleses. El escocés le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven aquí.

Sus tranquilas palabras onduló sobre la piel de ella. Su cuerpo se tensó en respuesta. La vergüenza la llenó al darse cuenta de que su secuestrador le despertaba anhelos poco castos.

Aunque era atractivo a la vista, ella comprendía las promesas de un hombre y las mentiras que las siguen. Su prometido le había enseñado bien el alcance del engaño de un hombre. Aunque la seducía con sus melosas palabras, su intención era acceder a su dote. Un hecho que ella había oído por casualidad cuando él no había sabido que ella estaba cerca. Y un hecho que había lamentado cuando ella había cancelado su compromiso.

Inspiró tranquilamente mientras miraba fijamente al escocés. No, él no la tentaba. Era la fatiga la que jugaba con su mente.

—Lass. —Cuando ella permaneció quieta, él se dirigió hacia ella con paso decidido. Se detuvo a un paso, lo suficientemente cerca como para tocarla si lo deseaba. Su mirada se deslizó sobre ella con aprecio masculino, luego subió hasta su pecho donde se detuvo—. Tu atuendo debería bastar.

Ella miró hacia abajo. Bajo los primeros rayos de luz de la mañana, contempló el sencillo vestido de campesina. El escote caía atrevidamente bajo y dejaba al descubierto la turgencia de sus pechos casi hasta los pezones. ¡Parecía una puta!

Marjorie levantó la mirada. Ante el desnudo anhelo de sus ojos, retrocedió dando un traspié.

El escocés le cogió la mano.

—Cálmate. Te di mi palabra de que no te haría daño —dijo bruscamente mientras tiraba de

ella hacia su corcel.

Pero ella había visto el calor en sus ojos, el deseo que ardía como una brasa a punto de estallar. ¿Cómo podía confiar en él? La respuesta era sencilla. No podía.

Le tendió la bolsa de agua.

—Tendrás sed.

Con reserva, ella bebió un trago y luego se la devolvió.

El escocés montó en su caballo y tiró de ella para que se sentara ante él. Su cuerpo estaba rígido contra el de ella; su calor masculino la envolvía. Ella intentó ignorarlo, y fracasó miserablemente.

Él empujó a su corcel al galope. Viajaron durante todo el día, y el fácil fluir de la colina al campo se transformó poco a poco en un terreno más accidentado.

El duro viaje le restó fuerzas. Su cuerpo pedía a gritos clemencia, pero salvo varias breves paradas para dar de beber a su montura y comer queso y pan regados con vino caliente, siguieron adelante.

Cuando el sol empezaba a hundirse en el horizonte, coronaron una cresta arbolada. Abajo, el contorno de una pequeña aldea apareció a la vista. El yunque de un herrero chocó con el sonido de un perro que ladraba al acercarse.

Marjorie debía su metedura de pata al exponerla a sus compatriotas al cansancio. ¿Cómo no iba a estar cansado? Desde que la había secuestrado, hacía más de un día, no había dormido.

El triste estado de las casas de tierra no disminuyó su ánimo. Aquí vivían súbditos ingleses. Cuando se dieran cuenta de que el escocés la retenía contra su voluntad, lo apresarían, lo atarían como a un ganso y lo llevarían al calabozo más cercano.

Los dedos de su secuestrador trabajaron rápidamente sobre la mordaza que aún colgaba de

su cuello. Una vez que hubo aflojado la atadura, la metió en la mochila de la silla de montar y la perdió de vista.

Una sonrisa rozó sus labios. Una prueba más de que el cansancio sesgaba su mente.

Casi se había olvidado de quitar la prueba de su secuestro.

—Guarda silencio —le advirtió—. Yo hablaré lo que haga falta.

Ella permaneció en silencio. Si se presentaba la oportunidad, haría lo que fuera necesario para conseguir su libertad.

Cuando entraron en las estrechas calles de barro del pueblo, el hedor de la basura la golpeó primero. Los niños, a medio vestir, con sus ropas hechas jirones, pasaban corriendo. Varias mujeres golpeaban la ropa para limpiarla en un arroyo cercano. Al pasar a caballo, unos pocos miraron hacia ellos, y luego desviaron rápidamente la mirada.

Con los disturbios entre Inglaterra y Escocia, sobre todo teniendo en cuenta el atuendo escocés de su secuestrador, ¿por qué nadie los detuvo o al menos envió un mensajero por delante para avisar a los demás de su llegada? ¿O ya lo habían hecho?

Sin impedimentos, pasaron junto a varias casas, sus tejados de paja remendados una y otra vez; paredes robustas pero descuidadas. Ningún hombre apareció a la vista para desafiar su aproximación.

Su inquietud aumentó. Esta gente la ayudaría, ¿verdad?

Su captor frenó su montura ante una taberna destartalada de dos pisos; las paredes agrietadas, la puerta gruesa y estropeada por profundas hendiduras, y un letrero tan maltrecho que ella no pudo distinguir ni una letra.

El escocés desmontó. Su cabello negro como el diablo se deslizó hacia atrás cuando alargó la mano y la cogió por la cintura. Frunció el ceño.

—Ni una palabra.

—¿Qué hay dentro? —preguntó ella, el miedo en su voz traicionando su calma exterior.

La irritación dibujó profundas líneas en su frente.

—Una habitación en la que pasaremos la noche.

Marjorie intentó apartarle las manos, pero las suyas temblaban. Su reputación estaría en ruinas si compartía habitación con ella durante la noche. Si no lo estaba ya. ¿Y cuál era su intención hacia ella una vez encerrada en la cámara?

—Por favor, déjame ir. No puedo...

—Silencio. —La levantó de su montura y tiró de ella hacia la entrada.

Sus doloridas piernas flaquearon cuando el escocés abrió la puerta y la apresuró a entrar como si estuviera familiarizado con el decrépito edificio.

No era una buena señal.

Sus zapatillas chocaron con el suelo de tierra compactada mientras él tiraba de ella hacia delante. El hedor de los cuerpos sin lavar le revolvió el estómago. Unas pocas velas de sebo esparcidas por los alrededores ofrecían una escasa luz y aumentaban el mal olor.

Nauseabunda, escrutó a la multitud. Para su horror, hombres desaliñados llenaban las numerosas mesas toscamente elaboradas que había esparcidas. Las miradas de varios de los hombres estaban fijas en ella.

¿Adónde la había llevado, a una cueva de ladrones? Por su aspecto desaliñado, lo más probable era que la violaran, no que la ayudaran a escapar.

Intentó dar un paso atrás, pero el agarre del escocés se tensó sobre su mano.

Ante su mirada de advertencia, varios hombres cercanos se dieron la vuelta.

—Quédate a mi lado —le siseó su captor al oído.

¿Como si ella se atreviera a hacer lo contrario? Unas punzadas heladas de miedo apuñalaron a Marjorie mientras se mantenía firme detrás del escocés mientras éste se abría paso entre los peligrosos hombres. Por primera vez desde su secuestro, se encontró agradecida por su presencia.

Una vez que llegaron al lado opuesto de la sala, él la condujo hacia una mesa en un rincón oscuro donde acechaba un hombre calvo. Cuando se acercaron, los ojos brillantes del hombre la miraron con tal intención carnal que se le erizó la piel.

La hermana del barón vaciló y Neilan le dio un apretón tranquilizador en la mano, pero no aminoró el paso.

Los ojos de ella se abrieron de par en par por la sorpresa que le produjo su calma.



Neilan se inclinó cerca de ella.

—Todo irá bien, muchacha. —Vio las dudas en sus ojos y lamentó tener que traer a una dama al interior de esta escuálida taberna, pero estaba agotado y le quedaban pocas opciones. Fuera, en las tierras salvajes, cualquiera podría toparse con ellos mientras dormían. Al menos aquí podía vigilarla sin preocuparse de que escapara.

Ahogando un bostezo, Neilan se detuvo ante el tabernero.

—Necesitaremos una habitación. —Le disgustaba el interés manifiesto de Fletcher por su rehén, pero Neilan había tratado con el tabernero suficientes veces como para saber que por el precio adecuado, no vería nada.

Por su sencillo vestido y su escotado escote, Fletcher creería que la hermana de lord

Gilroyd era la amante de Neilan; la razón por la que había decidido robar el revelador vestido. Pero antes, cuando ella había salido de los arbustos con los pechos medio expuestos, se había encontrado deseando que la historia fuera real.

Neilan hizo una mueca. Habían pasado más de tres meses desde que se había acostado con una muchacha, lo que explicaba la lujuria que le invocaban los pensamientos sobre ella desnuda. Una vez en casa y libre de ella, encontraría una mujer que aliviara su necesidad.

La codicia bailó en los ojos brillantes de Fletcher.

—Tengo una habitación, pero le costará.

—Solo pagaré un precio justo —exigió Neilan.

La boca del tabernero se afinó. Su mirada lasciva recorrió a la otrora tranquila mujer al lado de Neilan, y luego nombró una suma elevada.

Neilan sacó el doble de la cantidad y se la tendió al hombre.

Fletcher arrebató las monedas del aire y las dejó caer dentro de una bolsa de cuero.

—La última habitación al final de la escalera.

—Si alguien pregunta. —Neilan hizo una pausa en forma de amenaza tácita—. No me ha visto ni a mí ni a la mujer. Un hombre que pierde a su amante tiende a ser malintencionado.

Una sonrisa socarrona se deslizó por el rostro de Fletcher. Se lamió los labios.

—Es comprensible por qué se arriesgó tanto.

La hermana de lord Gilroyd aspiró una aguda bocanada de aire. La humillación asaltó el rostro de su cautiva.

—¿Por qué has...?

Maldita sea, iba a delatarle. Neilan la acercó de un tirón y cubrió su boca con la suya. El fuego que se encendió entre ellos casi le hizo caer de rodillas. Sólo había pretendido darle un

beso sofocante, pero el sabor de ella lo abrasó; caliente, tentador y abrasándole cada centímetro. Le apretó el pelo con la mano y le echó la cabeza hacia atrás para tener más acceso.

Ella se puso rígida contra él, indignada.

Neilan profundizó el beso, necesitando su conformidad. Si los hombres que llenaban la habitación se enteraban de que no era suya, lucharían por apoderarse de ella.

Por fin su cuerpo se estremeció, luego se relajó contra él. Su pequeño gemido de aceptación le robó el aliento, pero su respuesta le dejó sin aliento. Ahora se tomaba su tiempo; saboreando su gusto, la suavidad de su piel, captando cada uno de sus jadeos. Necesitando más, le acarició la nuca para acercarla más.

Risas desgarradas y vítores lascivos llenaron la cámara.

Atónito por haberse perdido en el beso, Neilan levantó la cabeza. Con el corazón latiéndole con fuerza y la respiración acelerada, miró fijamente a su cautiva; lejos de apaciguarse al encontrar sus ojos grises tan abiertos y sobresaltados como probablemente lo estaban los suyos.

—Sí, la muchacha mantiene duro a un hombre y lo complace bien —gruñó Neilan mientras refrenaba su lujuria. No era un muchacho verde que se volviera débil ante el sabor de una muchacha. Que hubiera sucumbido a los encantos de una inglesa ahondaba aún más su vergüenza.

Si pudiera, se desharía de la hermana de lord Gilroyd en este instante. Pero los rebeldes necesitaban la moneda que traería su rescate. Y él había dado su palabra de protegerla, así que lo haría.

Neilan tiró de ella hacia las escaleras.

—No hagas ruido —la amenazó y le dio un mordisco en el cuello para encubrir a cualquiera que observara su marcha.

Al pie de los escalones, ella giró en torno a él, y por el brillo obstinado de sus ojos,

dispuesta a discutir de nuevo. Antes de que pudiera increparle, él la echó por encima del hombro.

Su grito se mezcló con los alborotados vítores de los hombres de abajo mientras él la arrastraba por los desvencijados escalones. Llegaron a lo alto de la escalera y, afortunadamente, fuera de la vista de la multitud muy borracha y no discriminada de abajo.

Ella le arañó el hombro.

—¡No me violes!

Agotado, con la cabeza palpitante por la fatiga, la dejó en el interior del vestíbulo, pero mantuvo un agarre seguro en su muñeca. Por supuesto que estaba aterrorizada. La había raptado de su casa, la había vestido con un vestido de mujerzuela y la había arrastrado a una taberna llena de los hombres más rastreros. La mayoría de las mujeres nobles se habrían desmayado al entrar. Que ella no hubiera hecho más que temblar a la vista de los peligrosos hombres elevó su respeto por ella un peldaño más.

—Lass —dijo en voz baja—. No voy a…

Ella intentó soltar su mano, con el pecho agitado.

—¡Suéltame!

Neilan suavizó su agarre.

—Sólo quiero dormir.

Sus tranquilas palabras se derramaron entre ellos mientras ella le miraba con desconfianza. Con la fuerza de un santo, mantuvo la mirada fija en su rostro y alejada de las tentadoras olas de abajo.

Ella se limpió los labios con el dorso de la mano como si su persistente sabor le resultara ofensivo.

—¡Dejaste que me consideraran tu puta

Él asintió sombríamente.

—Sí. Si hubieran sabido otra cosa, te habrían cogido. O lo habrían intentado.

Se llevó la mano a la garganta.

—¿Pero tú eres su enemigo? —Como si se diera cuenta del peligro de su condena, un rubor subió por sus mejillas.

—A los de abajo no les importaría —dijo, con naturalidad—. Mientras crean que estás conmigo, no te harán daño.

—¿Se supone que eso debe tranquilizarme?

—Eso depende de ti. —Había dado su palabra de protegerla. No se pasaría toda la noche tranquilizándola cuando se podía encontrar una cama cerca. Además, era mejor dejar que ella se imaginara lo peor sobre él, cosa que probablemente hacía. No es que su opinión le disuadiera de su plan.

Neilan señaló hacia el pasillo.

—Muévete. —Como ella no se movió, la arrastró por el pasillo.

Cuando llegaron a la puerta, ella le dio otro duro y desesperado empujón en el hombro.

—¡No!

—¿No? —¿Era tonta la muchacha?—. No puedo entrar ahí.

A través de una bruma exhausta, le lanzó una mirada intimidatoria.

—Te di mi palabra de que no te haría daño.

El pánico rodeó sus ojos.

—Ni siquiera sé tu nombre.

Parpadeó sorprendido. ¿Acababa de decidir que estar con él era impropio? La risa tiró de

su boca.

Un rubor furioso recorrió sus pálidas mejillas.

—No tiene gracia.

—No, muchacha —dijo él con cansancio, atrayéndola contra él antes de que pudiera salir corriendo hacia las escaleras. Inmediatamente pagó el precio cuando el esbelto cuerpo de ella se encajó íntimamente contra él. Su generoso pecho subía y bajaba bajo su mirada, su aroma de mujer lo envolvía y su sabor perduraba en su boca. Su cuerpo se endureció hasta convertirse en un doloroso dolor.

Con demasiada facilidad se imaginó a sí mismo empujando hacia abajo el mechón de tela que la entorpecía para exponerla ante él, una visión que había visto con demasiada claridad cuando el vestido original de ella se había empapado al mojarse. Los pechos firmes y redondos, la oscuridad de sus pezones que imploraban su sabor. La curva de su esbelta cintura que conducía a sus encantos de mujer.

Neilan apretó los dientes. No, definitivamente esto no era cosa de risa.

Abriendo la puerta de un empujón, la arrastró al interior. La robusta cama de madera encajada en la esquina parecía el paraíso.

—Me llamo Neilan. —Cerró la puerta con un chasquido firme y la aseguró—. Y si tienes ingenio, no intentarás huir. Por si no te has dado cuenta, los hombres de abajo no son muy selectivos.

Las amplias dotes de la muchacha y su rostro tentador ya habían creado un indeseado revuelo de interés. Lo último que necesitaba eran más problemas. Hasta que partieran al amanecer, debía mantenerla fuera de su vista.

Permaneció en silencio, con la mirada recelosa.

Se pasó la mano por la cara, sintiéndose tan animado como el brezo marchito. Lo único

que quería era dormir, pero un tirón de conciencia le hizo preguntar:

—Sé que eres la hermana del barón de Gilroyd, pero no tu nombre de pila.

Ella vaciló.

—Marjorie —respondió finalmente, con la voz tan cálida como un trozo de hielo.

—Ahora que nos han presentado como es debido, podemos buscar nuestra cama —dijo en un tono que a él le sonó a paciencia infinita. Con la mano aún enredada firmemente en la muñeca de ella, se encaminó hacia la cama sólo para que ella retrocediera. Él la rodeó—. ¿Y ahora qué?

—No eres... no compartiré la cama contigo. Ni esta habitación. —Ella le miró por debajo de su delicada y aristocrática nariz—. No sería apropiado.

—¿Apropiado? Vamos a dormir. —Pero la idea de verla desnuda en su cama aumentó su creciente frustración. ¡Maldita sea!

Como si leyera la lujuria en sus ojos, los de ella se abrieron de par en par.

—Suéltame. —Bajo su callada exigencia, él vio un deseo renuente que coincidía con el suyo, y su sangre palpitó con más fuerza. Subió las manos a los hombros de ella para apartarla.

Marjorie bajó la mirada. Respiró lentamente varias veces, sus hombros subiendo y bajando ligeramente con cada una de ellas. Luego se calmó, su respiración se hizo más uniforme. Lentamente levantó la vista.

El inocente anhelo de sus ojos le cogió desprevenido. Neilan apretó los dientes. Necesitaba dormir, no caer en la tentación, pero no pudo evitar notar cómo temblaba el labio inferior de ella, o cómo se entreabría su boca; suave, lenta en invitación.

Con una exhalación sensual, sus pestañas se cerraron. Ella se inclinó hacia él.

Debería dejarla en paz, ambos estaban cansados. Pero ella le deseaba. Él ya la había besado una vez, ¿qué daño podía traerle otro besito? Neilan se inclinó hacia delante y reclamó sus

labios. Como antes, el sabor de ella explotó en su boca; caliente, dulce y destruyendo su reserva. El cuerpo de ella se relajó contra el de él. Con un gemido, Neilan soltó su agarre sobre ella y buscó su rostro con las manos.

Los ojos grises se abrieron y brillaron con desafío una fracción de segundo antes de que la rodilla de ella se clavara con fuerza en su ingle.

La agonía le abrasó cada centímetro y sus piernas cedieron. Se hundió de rodillas. ¡Maldito infierno! Con un jadeo entrecortado, respiró superficialmente y luego otra vez, mirándola acusadoramente.

El pánico ensanchó los ojos de Marjorie cuando dio un paso atrás, pero el triunfo también parpadeó allí.

Dio otro paso atrás, como si él pudiera atraparla... Tendría suerte si se movía.

—No —jadeó otra vez mientras su cuerpo gritaba de agonía—, intentes...

—¡Maldita seas! —Corrió hacia la puerta, echó hacia atrás el pestillo, abrió la puerta de un tirón y huyó.

Neilan apretó los dientes mientras se ponía en pie a trompicones. La habitación se volvió borrosa. Desde abajo estallaron gritos de júbilo.

¡Dios no! Maldiciendo el dolor que le entumecía la mente, Neilan sacó su espada y salió corriendo hacia el vestíbulo.

Capítulo 3

Sin aliento por haber bajado corriendo las escaleras, Marjorie se quedó congelada en la base y contempló el enjambre de malhechores que tenía ante ella. Un temblor recorrió su cuerpo. Dio un paso atrás.

Un maleducado ebrio la agarró del brazo.

Marjorie gritó, se dio la vuelta y se abalanzó hacia la puerta que había a sólo unos pasos.

Una mano callosa le agarró el otro brazo.

—¿Adónde crees que vas? —Una sonrisa desagradable curvó los labios del asqueroso desconocido, dándole todo el efecto de unos dientes amarillentos.

Ella le lanzó su mirada más furiosa.

—¡Suéltame! —Su risa socarrona aumentó su miedo.

Se retorció para liberarse y fracasó. Debería haber sabido que nunca podría escabullirse entre aquellos peligrosos hombres sin ser vista. Pero con el beso de Neilan aun hormigueando en sus labios, y la vergüenza de su propia reacción, sólo había podido pensar en escapar.

Marjorie escrutó a la empapada multitud en busca de cualquier señal de ayuda. La lujuria manchaba los rostros de los hombres de aspecto rudo. Iban a matarla. No, primero la violarían y luego moriría.

El desconocido la arrastró contra él y se inclinó precariamente con ella en brazos.

—¡Es una luchadora! —espetó a la multitud.

A su derecha, un hombre calvo se levantó. Las tazas repiquetearon contra el suelo de tierra cuando las apartó de su mesa.

—Ponla aquí. Cuando termines, quiero probarla yo mismo.

—Vete a la mierda —gruñó su captor mientras la arrastraba entre los hombres hacia la puerta—. Ella es mía.

La bilis recorrió el cuerpo de Marjorie.

—¡Por favor, suéltame! —Una carcajada burlona respondió a su aterrorizada súplica.

—Al menos puedes mostrarnos la mercancía —gritó desde cerca un hombre de papada flácida.

Su captor se agitó, luego se estabilizó.

—A mí tampoco me importaría echar un vistazo.

Antes de que ella pudiera esquivarlo, sus dedos atraparon su corpiño y lo rasgaron hacia abajo, dejando al descubierto sus pechos.

Se levantaron vítores de los hombres.

—¡No! —¡Oh, Dios! Marjorie consiguió liberar su mano. Agarrándose del escote, tiró de su vestido hacia arriba.

Su captor sujetó una de sus manos con un doloroso apretón y la miró con desprecio.

—Veo que no tienes protector. ¿Lo has agotado?

Desesperada, rastrilló las uñas de su mano libre por su mejilla.

La sangre le goteó en la cara.

—¡Perra! —Con los dientes enseñados, levantó la mano para golpear.

—¡Perra! —La voz de Neilan retumbó en toda la sala. El silencio se apoderó de la sórdida taberna mientras unos y otros giraban hacia la fuente de mando, que se erguía en la base de la escalera como un demonio capaz de tropezar con el infierno.

Neilan se abrió paso entre los cascarrabias, sin apartar la mirada de ella.

—Te has ganado una paliza.

En lugar de miedo, la esperanza creció en su interior.

La mano de su captor se había congelado a medio movimiento. Como si reconociera la pretensión previa del otro hombre sobre Marjorie, el borracho murmuró en voz baja y dejó caer el brazo a su lado.

Neilan se detuvo ante ella. Los duros ángulos de su rostro se retorcieron en una máscara salvaje.

Marjorie luchó por preservar su pudor con el vestido desgarrada. ¿Cómo había podido creer que estaría más segura con estos hombres?

—Esta noche no jugaré contigo, muchacha —rugió Neilan—. La golpearé por ti —gritó un hombre desde la parte de atrás.

Varios hombres gritaron su acuerdo.

—Recibirá su castigo —juró Neilan sin apartar los ojos de ella—, pero será por mis manos. Y en privado.

—Y después, cosechando las recompensas —se mofó otro borracho, lo que se ganó los gruñidos de conformidad de la multitud.

La tensión aumentó en la sala. Marjorie recuperó el aliento. ¿No se daba cuenta Neilan de que esos hombres no la entregarían? ¿Que si intentaba arrebatársela, lo matarían?

Con un movimiento lento y disimulado, mientras Neilan miraba fijamente al borracho que

la sujetaba, su mano se dirigió a la empuñadura de una daga sujeta a su cinturón.

Tragó saliva con fuerza. Sí, parecía que comprendía el peligro. Por la determinación grabada en su rostro, no se iría sin ella.

Un estremecimiento la recorrió al saber que aquel hombre arriesgaría su vida para salvarla. Con la misma rapidez, su ánimo se hundió. El escocés la quería no porque se preocupara por su bienestar, sino porque ella era un medio de ganar monedas para los rebeldes.

El hombre que sujetaba a Marjorie se balanceó, su agarre se hizo más fuerte en el brazo de ella mientras se enderezaba.

—La atrapé mientras huía. Es mía.

Neilan enseñó los dientes como un lobo que defiende su territorio.

—Suéltala.

Sin ceremonias, su fornido captor la empujó a los brazos de otro hombre vestido de cuero que estaba a su lado.

—Sujétala mientras acabo con el tonto. —Se mofó de Neilan—. Luego probaré a su puta. Si él no sabe mantener a su mujer en cama, yo sí.

—¡Neilan! —Marjorie gritó cuando el hombre mugriento la arrastró más hacia la multitud ebria, su hedor repugnante casi la hizo desfallecer.

Su mano rodeó su garganta y la apretó.

Ella luchó por respirar. La multitud de hombres que la rodeaba se desdibujó. Sus gritos enmudecieron. El hedor de los cuerpos y el sudor se desvaneció. En una bruma de dolor y miedo, su mente se sumió en la oscuridad.



Neilan vio a Marjorie caer inerte en brazos de su captor y maldijo. Un movimiento en falso y ambos podrían morir. Lanzó a su captor una mirada salvaje mientras sacaba su daga.

—Suéltala o muere —ordenó Neilan.

Un silencio expectante se apoderó de la multitud. Como buitres, los hombres observaban, con los ojos brillantes de sed de sangre.

Neilan comprendió la regla tácita entre los ladrones. No interferirían, pero esperarían una oportunidad durante la refriega para reclamar a la mujer para sí.

Su oponente sacó su propia daga y los hombres de alrededor retrocedieron para dejarles un amplio margen.

Neilan esquivó hacia la izquierda, y la hoja del hombre chocó con el aire al pasar silbando.

El hombre anguló su daga y volvió a arremeter. Neilan esquivó su ataque.

Las risas carcajeaban a su alrededor.

El rojo moteó el rostro de su agresor mientras giraba. Gruñendo, el hombre lanzó su arma contra Neilan.

Neilan la esquivó con facilidad. Salseado hasta las cejas, el hombre era un mal oponente. Pero en su siguiente paso hacia atrás, Neilan chocó contra un muro de hombres. Uno de los hombres que estaban detrás de Neilan lo empujó hacia la espada de su atacante. La punta se clavó en su costado izquierdo. El dolor le desgarró, un potente recordatorio de que necesitaba rescatar a Marjorie, no perder el tiempo eludiendo a un borracho.

—¡Neilan!

Oyó el grito asustado de Marjorie. Ella había vuelto en sí. Tenía que sacarla de aquí ya.

Girando en redondo, Neilan agarró la muñeca de su oponente y la tiró a la espalda del hombre. Sonó el chasquido del hueso.

El arma del borracho cayó al suelo mientras aullaba de dolor.

— Me has roto el brazo.

Neilan lo estampó contra el suelo, clavando su bota contra el brazo herido. El hombre aulló de dolor.

—Es una suerte que no acabe con tu inútil vida. —Con su daga en alto, se volvió hacia el muro de hombres que les rodeaba. Miró alrededor de la habitación—. ¿Quién más se atreve a desafiar mi derecho sobre esta mujer?

Uno a uno, los hombres se encontraron con su mirada. La amenaza zumbaba en sus ojos, un oscuro hervor sesgado por la bebida.

Neilan se aquietó, con su daga preparada. Habían llegado al momento crítico. Los hombres les dejarían marchar o les matarían a él y a Marjorie. Miró fijamente al hombre que sujetaba a Marjorie.

—¡Suéltala! —exigió Neilan. La tensión impregnó el silencio.

Por fin, el hombre la apartó de un empujón.

—Demasiado escuálida para mi gusto. —Con un grito, Marjorie tropezó hacia delante.

Neilan la cogió de los brazos. Ante el grito aterrorizado, los hombres empezaron a reírse entre dientes. Antes de que el ambiente se volviera más peligroso, él la acercó a un palmo de su cara.

—Te has ganado el castigo que recibirás esta noche —dijo lo bastante alto para que todos lo oyeran. Sin esperar a que los hombres cambiaran de opinión, Neilan se la echó al hombro,

atravesó la habitación y subió las escaleras; le dolía el corte del costado. Los gruñidos siguieron su estela.

Dentro de su habitación, cerró la puerta de un empujón y la atrancó. La dejó en el suelo, con la ira que había acumulado debajo derramándose a través de él. Unos ojos grises llenos de miedo le devolvían la mirada; una mirada frágil y atormentada que escarbaba en lo más profundo de su alma.

Un movimiento en falso y la habrían violado brutalmente. Y una vez que los hombres hubieran acabado con ella, se habría deshecho de ella.

Despreocupándose.

Ignorando sus súplicas de ayuda. Hasta que muriera.

Tragó saliva con fuerza, tentado de atraerla a sus brazos y aliviar sus temores. De jurarle que la protegería siempre. Sacudido por sus pensamientos posesivos, dejó caer la mano a su costado.

Por los santos, no se dejaría llevar por un rostro atractivo, especialmente el de una muchacha inglesa. Su preocupación por ella surgía del deber. Hasta que llegara su rescate, era su responsabilidad asegurarse de que permaneciera a salvo.

—Te dije que no huyeras. —Mantuvo la voz dura para disuadirla de seguir desafiando.

Le tembló el labio inferior.

—¿Y dejar que me violaras?

Neilan le cogió la barbilla.

—Lass, si hubiera querido violarte, aún estaríamos en la cama. Pero —dijo, la ira cortando cada una de sus palabras—, después de la forma en que apretaste tu cuerpo contra el mío, gemiste de placer cuando mis labios tomaron los tuyos, pocas dudas existen de que cualquier

placer que obtuviste de mí no fue forzado. O lo sería.

Un rubor tiñó sus mejillas.

—Fue tu intento de escapar lo que casi nos costó la vida a ambos —continuó él, condenando su desafío—. Si hubieras hecho caso de mi advertencia anterior, ahora ambos estaríamos profundamente dormidos.

Con la mano apretando la tela desgarrada de su vestido, ella apartó la mirada, un reconocimiento silencioso.

Neilan fue a su mochila de montar y cogió una camiseta interior.

—Toma, ponte esto hasta que pueda robarte un vestido nuevo.

Ella la cogió y retrocedió.

Por los ojos de Dios, estaba cansado. En este momento, podría dormir sobre una roca aplastada. Antes de poder tumbarse y descansar, necesitaba limpiar la herida. Si el corte se infectaba, podría enfermar gravemente o morir.

Señaló hacia la cama.

El miedo recorrió los ojos de Marjorie.

Neilan hizo una mueca.

—La cama es tuya. Dormiré en otra parte.

Ante su silencioso ofrecimiento, las lágrimas inundaron los ojos que le habían mirado tan torvamente hacía unos momentos. Ella abrazó su vestidos contra el pecho como si fuera un escudo, y su esbelto cuerpo empezó a temblar como si nunca fuera a detenerse. Amaneció la comprensión en él. Los guerreros a menudo temblaban por sus enfrentamientos en el campo de batalla. Este día ella había desafiado más que cualquier mujer que él hubiera conocido.

—Los hombres de abajo...

El instinto le hizo dar un paso adelante para atraer el esbelto cuerpo de ella contra el suyo. Acarició con sus dedos su pelo suave como la seda.

—*Se sàbhailte a th' agad fhèin a-nis* —susurró en gaélico—. Estás a salvo —susurró de nuevo, en inglés esta vez contra su frente. El calor de su piel palpitó contra sus labios.

Unos ojos grises nublados por la duda se alzaron hacia los suyos.

—¿Lo estoy?

Mientras ella le miraba con frágil esperanza, una actitud posesiva hacia ella se apoderó de él.

—Nadie te hará daño mientras estés bajo mi protección. Eso lo juro con mi vida.

La fe parpadeó en sus ojos. Atraído por su incipiente confianza, descubriendo que deseaba mucho más, Neilan bajó la mirada hacia su tentadora boca. Al primer roce suave de sus labios contra los de ella, un calor sensual le recorrió, el sabor de ella llenó cada uno de sus pensamientos. Ante la silenciosa aceptación de ella, cubrió su boca, hundiéndose en la suave dulzura.

Se apartó, con el cuerpo endurecido por el deseo, la respiración entrecortada. Sería demasiado fácil ceder al cansancio de su mente, a la necesidad furiosa de su cuerpo, y hacer alguna tontería. Como seguir besándola.

O seducirla sobre la cama.

Marjorie podía tener delirios de resistirse a él, pero él no tenía ninguno sobre su aceptación de su tacto. Aunque la cautela llenaba su mirada, el deseo también permanecía allí. Si él la acariciaba en lugares probados para ablandar a una mujer, ella no se resistiría. Su naturaleza apasionada le permitiría todo lo que él deseara.

Frustrado más allá de lo creíble, apartó las imágenes de su cuerpo arqueándose contra el suyo mientras le hacía el amor, pensamientos que no tenía derecho a pensar. Jamás.

Neilan la soltó e hizo un gesto hacia el colchón relleno de paja.

—Vete a dormir. Yo descansaré en un jergón cerca de la puerta.

El silencio llenó la habitación entre ellos. Marjorie deslizó una mirada vacilante hacia el suelo de madera desgastada, arañado y abollado por años de abandono, y luego de nuevo hacia él, con su tierno beso aún caliente en los labios.

Un beso que ella no había negado.

La culpa la punzó. Las líneas de cansancio hundían el rostro del escocés, su musculoso cuerpo se caía de cansancio, y aunque sus palabras eran firmes, la preocupación también las llenaba. Y le había dado una camiseta interior para evitarle más vergüenza.

¿Qué razón impulsaba su preocupación hacia ella? Ella no podía importarle más allá del rescate que aportaría. Tenía suficiente experiencia con los hombres para saber que pensaban poco en ella más allá de su riqueza.

¿O era realmente honorable?

Para ser justos, Neilan había arriesgado su vida abajo para salvarla. ¿Pero sus acciones para salvarle la vida habían surgido de la caballerosidad? ¿O de la codicia?

El cuerpo de Marjorie temblaba al llegar a la cama. Deseaba desesperadamente dormir, encontrar un santuario de esta noche horrible. Dos noches atrás había dormido en su propia cama, su mayor preocupación era qué reliquia vender para pagar otra deuda. Ahora, estaba siendo rehén de un rebelde escocés, que inspiraba conciencia por él como ningún otro hombre.

Apartó a Neilan de su mente, pero los recuerdos de su beso, su sabor y el dominio absoluto de su boca perduraban. Marjorie quiso deber su pronta respuesta a su cansancio. Ese cansancio debilitaba sus defensas.

Por mucho que quisiera aferrarse a esa excusa, se negaba a esconderse tras una mentira. Cuando sus labios habían cubierto los suyos, sensaciones que nunca antes había experimentado

la habían inundado. Abrumada por la emoción, había olvidado el tiempo, el lugar y el peligro que les rodeaba.

Y que el hombre que la abrazaba era su enemigo. La suave pisada de unos pasos resonó detrás de ella.

Se puso tensa. ¿Acaso Neilan había cambiado de opinión y venía a compartir su cama? Rezando por equivocarse, se volvió.

En la penumbra vio a Neilan caminando hacia el cuenco colocado sobre una robusta mesa esquinera.

Suspiró aliviada.

Cuando él se agachó para recogerlo, ella se fijó en la mancha rojo oscuro de su túnica bajo el brazo izquierdo.

—Estás herido —jadeó ella.

—No es nada.

Su culpabilidad aumentó.

—Una herida ganada en mi defensa.

Una franja de pelo negro se deslizó hacia delante, proyectando los duros planos de su rostro en peligrosas sombras.

—Estás bajo mi protección.

—¿No era esto más bien un secuestro? —preguntó ella, incapaz de detener la pregunta.

Los ojos de cobalto se clavaron en los de ella.

—La razón no importa.

No debería. Pero contra toda lógica lo hacía. Ella debía encontrar su cama e ignorar su

sufrimiento.

—Como yo causé tu herida, me ocuparé de ella —dijo ella, con naturalidad.

Él se enderezó hasta su estatura completa, su mirada tan poco acogedora como peligrosa, como si también reconociera que estaban jugando con fuego.

Marjorie se preguntó por su cordura al ofrecer ayuda a un hombre que había demostrado que podía atravesar sus defensas emocionales con un solo beso.

—Tendrás que quitarte la túnica. —Sus tranquilas palabras resonaron entre ellos.

Los gritos apagados y las risas de abajo rompieron el silencio mientras él la miraba fijamente. Frío. Decidido.

Su garganta se secó bajo la dura mirada de él, la de un hombre que no pedía, sino que tomaba.

Como en respuesta a un desafío silencioso, Neilan se quitó lentamente la túnica. Sus brazos y su pecho ondularon en una asombrosa muestra de elegante control. Su mirada se clavó en la de ella en un desafío tácito mientras dejaba caer el atuendo al suelo con un golpe seco.

Bajo su mirada descarada, ella se estremeció, pero el miedo no tenía nada que ver con el calor que la recorría. Atraída por los músculos nervudos que esculpían su magnífico cuerpo, lo estudió con aprecio. Cicatrices surcaban un pecho macizo que se estrechaba hasta un abdomen ondulado. Numerosos cortes, cicatrizados con el tiempo, coronados por una feroz cicatriz que se extendía desde la parte superior de su pecho izquierdo hasta la cadera.

Una línea roja a lo largo de su costado llamó su atención. La sangre se filtraba de un furioso tajo.

—Si vas a atenderme —dibujó, su rebaba gruesa—, ponte a ello.

Con la respiración agitada, Marjorie se acercó para examinarle la herida.

A un paso, cometió el error de levantar la vista.

Su boca estaba a sólo una mano de distancia. La suavidad de su aliento le acarició la mejilla. El aire se volvió espeso, potente de conciencia. Ansiaba alzar la mano y tocar la dura curva de su mandíbula, recorrer con los dedos los acordonados músculos de su cuello y luego posar la palma sobre su pecho. Sentir el pulso firme de su corazón en su interior.

Su respiración se volvió agitada mientras su mente conjuraba imágenes prohibidas. Si no bajaba la boca más que un susurro, podría cubrir la de ella con la suya.

Arrastrando la mirada hacia abajo, se fijó en la herida.

—La herida no es profunda. —Sus palabras se derramaron en un susurro áspero, traicionando deseos que era mejor dejar ocultos. Inquieta por su reacción ante un hombre en el que sería una tonta si confiara, Marjorie cogió un paño que le habían proporcionado en la habitación y lo mojó en la palangana con agua.

—Esto dolerá.

Hizo un gesto seco con la cabeza.

—Que así sea.

Permaneció en silencio mientras trabajaba.

—Tienes una mano suave.

Ignorando el calor que la invadió ante su inesperado elogio, limpió la última gota de sangre de la herida.

—El corte debería curarse rápidamente. —Dobló el paño, con intención de alejarse.

Él le cogió la mano.

—Mi agradecimiento. —Durante un largo momento él la estudió, no con la furia de un guerrero, sino con las necesidades de un hombre. Dondequiera que tocaba su mirada, el cuerpo

de ella respondía como si sus dedos se demoraran sobre su piel. Como si hubiera ganado una batalla interior, la soltó—. Vete a dormir.

A su orden cortante, ella dejó el paño sobre la mesa y se apresuró hacia la cama, nunca se había sentido tan contrariada en su vida. Peor aún, durante las próximas horas estaría encerrada en la misma habitación con un hombre que hacía que su cuerpo se sintiera cualquier cosa menos prisionero.

Demasiado consciente de su presencia, se tumbó y se puso de cara a la pared. Arrastró la manta sobre ella como si fuera un escudo, pero no podía protegerla de la verdad.

Ella no le despreciaba. Quería hacerlo, pero su valiente rescate le demostró que tenía honor y valor. Y aunque la había secuestrado, también había dado su palabra de mantenerla a salvo. Una promesa por cuyo cumplimiento había arriesgado su vida.

No es que la seguridad estuviera en sus manos. Una vez que supo que no habría rescate, sólo Dios podría ayudarla entonces.

Marjorie deseó que aquello no fuera más que un horrible sueño. Pero con la paja clavándose en su espalda y la manta de lana arañando su carne, su situación era cualquier cosa menos una ilusión.

Capítulo 4

Ante el grito de Marjorie, Neilan se incorporó de su jergón en el suelo. La luz titilante de las velas captó sus agitados movimientos en sueños. Frunció el ceño. Estaba teniendo una pesadilla.

Sí, su casi violación por los hombres de abajo provocaría terrores en su mente y explicaría su inquietud.

Con un gemido, ella se movió sobre su espalda, haciendo que su culpabilidad fuera más profunda. Se puso en pie y luego se detuvo. ¿Qué conseguiría consolándola sino aumentar su conciencia de lo solos que estaban y causarle más angustia?

Era mejor que la dejara sola.

Esta noche, los sentimientos que había despertado cuando él la había abrazado habían resultado ser un error personal. Besarla más aún. La intimidad entre ellos no tenía cabida en este secuestro.

Cuando volvieron a la cámara, el hecho de que ella se hubiera dado cuenta de su herida no le sorprendió.

Su insistencia en atenderlo sí lo había hecho.

El cuerpo de Neilan se tensó al recordar su tierno tacto. Su genuina preocupación. Y cómo después, ella le había mirado con tanta inocencia.

Él la había deseado.

La conciencia que ardía en su mirada le había asegurado que ella también le había deseado. Pero él no la había tocado. No la había seducido para liberar el ansia de ella que le asaltaba como una carga bien organizada.

La paja crujió cuando Marjorie rodó sobre un costado para ponerse de cara a la pared. La manta se encharcó en el suelo con un silencioso plop.

¿Así que se alejaría de ella para demostrarle que podía? ¿Y permitirle sufrir sus pesadillas a solas? Triste caballero sería el día que perdiera su compasión por los inocentes.

Asqueado de sí mismo, Neilan se acercó y se arrodilló junto a la cama. Con los ojos cerrados por el sueño, empezó a sacudir la cabeza.

—¡No!

Le acarició suavemente el pelo. Sus dedos se deslizaron con avidez por las hebras suaves y sedosas.

—Ya está. No es más que un sueño.

Los suaves destellos dorados de la luz de las velas iluminaron su rostro mientras ella se estremecía, y luego, lentamente, las líneas de expresión de su rostro se suavizaron.

—Duérmete. Que nada más que sueños de hadas retozando llenen tus pensamientos —susurró, recordando las palabras de su madre, dadas para aliviar sus terrores nocturnos.

Sus ojos se abrieron parpadeando. Con un jadeo, apretó contra sí la túnica que él le había dado y se arrellanó contra la pared.

—Tranquila ahora.

—Dijiste que estabas durmiendo junto a la puerta —la acusó.

—Sí, y eso hago.

Ella vaciló.

—Pensé que...

Apretó la mandíbula, comprendiendo demasiado bien su mala interpretación de su cercanía.

—Pensaste que faltaría a mi palabra y te llevaría. —Se levantó y la miró con desprecio —.No te preocupes, dormirás sola. A diferencia de los hombres que has conocido, yo mantengo mi palabra. —Neilan recorrió los gastados tablones hasta su jergón. Se tumbó boca arriba y miró al techo.

—¿Por qué...?

—Duérmete —le ordenó—. ¿Por qué estabas a mi lado?

Permaneció en silencio. Se negaba a albergar preguntas sobre su honor.

—¿No me responderás?

—¿Para que vuelvas a dudar de mi respuesta?

Su suave exhalación susurró por la habitación.

—Lo siento.

Apaciguado, asintió.

—Estabas teniendo una pesadilla. —La paja crujió. Esperó su próximo comentario, ella tendría uno sin duda, que había aprendido de su breve asociación. A menos que la amordazara. Un pensamiento atractivo.

Una esquina de su boca se levantó en una sonrisa sombría.

—Quiero disculparme.

El pesar en su voz tiró de su conciencia.

—Ya está hecho.

El frío tablón le presionó la espalda mientras se tumbaba y escuchaba cómo ella se acomodaba en la cama. El chirrido de los grillos del exterior cabalgaba con la brisa fresca y nocturna. Una bulliciosa carcajada resonó entre los alborotadores de abajo.

La sospecha de Marjorie sobre la palabra de un hombre pesaba mucho en la mente de Neilan. ¿Qué le había inculcado la creencia de que la palabra de un hombre no significaba nada? ¿Quién le había mentido? ¿Herirla lo suficiente como para provocar tal desconfianza? Fuera quien fuera el hombre, era un tonto.

Con una mirada disimulada, Neilan estudió a la muchacha que parecía una contradicción a cada paso.

La luz de las velas captó la tristeza que persistía en sus ojos mientras le observaba, una silenciosa desesperación en su interior que le llamaba a ofrecerle consuelo.

Como si ella fuera a ofrecerle semejante muestra de su confianza...

En contra de la lógica, se encontró deseando que ella creyera en él lo suficiente como para compartir su dolor. Había experimentado de primera mano las tragedias de la vida. Del dolor.

Y de la pérdida.

Un dolor familiar le inundó. Había estado con sus hermanos mientras enterraban a su padre, un padre que había sacrificado su vida por la de Neilan. Y mientras colocaban la última piedra sobre su tumba, Neilan se había puesto de rodillas y había jurado vengar la muerte de su padre.

—Por los ojos de Dios —murmuró. Neilan se giró para mirar hacia la puerta, dando la bienvenida a la fría y dura madera bajo él y al dolor palpitante de su herida. Su vida estaba dedicada a la guerra, contra cualquiera que osara amenazar la libertad de Escocia.

No contra una atribulada inglesa que no tenía fe en los hombres.

Intentó descansar, pero la pena dentro de sus ojos grises, demasiado cercana a sus propias emociones turbulentas, persistía en su mente. Así que se centró en las voces apagadas de los hombres de abajo, en su deber y en las muchas razones por las que sería una tontería preocuparse por ella.

Pero a medida que el espeso velo del sueño caía sobre Neilan, las barreras que había erigido para mantener los pensamientos sobre ella alejados de su mente se desvanecieron. Sumido en tiernos pensamientos sobre ella, se sumió en un sueño satisfecho.



Al día siguiente, con horas de viaje a sus espaldas, Neilan guió a su montura fuera de una cañada. Observó el nuevo vestido que había robado después de que cabalgaran desde la posada. El nuevo vestido, aunque desgastado, caía atrevidamente bajo sobre el pecho de Marjorie. El mal ajuste no podía evitarse, al no poder permitirse el lujo de elegir.

Oteó la hierba madura por el sol que se extendía por el valle aislado con el ceño fruncido; el escaso sueño de la noche anterior había hecho poco por aliviar su agotamiento. Todo por culpa de una muchacha de ojos grises y franca que había rondado sus sueños.

Si se hubiera acostado con ella en sus sueños, eso lo habría podido aceptar. Con su cuerpo de sirena y sus ojos seductores, un hombre tendría que estar loco para no desearla. En cambio, en el reino de su sueño, ella había acudido a él necesitando un amigo. Alguien a quien pudiera recurrir. Confianza.

Apretó con fuerza las riendas mientras miraba a Marjorie. Ella se apoyaba en él, pero con los hombros caídos y el rostro pálido por la fatiga; el agotamiento, no el deseo, guiaba su acción.

Rodeó con su corcel un grupo de rocas erosionadas que sobresalían del suelo. ¿Qué importaba su opinión sobre él? En quince días, con su rescate pagado, se reinstalaría en su hogar. Se habría reincorporado a los rebeldes; su mente sumida en la planificación de su próximo asalto a las tropas inglesas.

Una repentina ráfaga de viento, fresco y espeso con olor a lluvia, pasó a toda velocidad. El campo de hierba, salpicado de brezos, se inclinó bajo su fuerza.

Neilan buscó en el horizonte. Un banco oscuro de nubes que se acercaba desde el oeste prometía tormenta. Con la noche acercándose, tendrían que encontrar refugio. Tendría que reconsiderar su intención original. La única morada en la que se atrevía a quedarse estaba a otro día de viaje hacia el norte.

Por muy mala reputación que tuviera, no se arriesgaría a volver a la taberna ni a ninguna otra aldea.

—Se avecina una tormenta. Tendremos que buscar refugio pronto.

Ella se tensó contra su pecho. La cautela cubrió sus ojos mientras inclinaba la cara hacia él.

—¿Dónde nos alojaremos?

—Si el tiempo aguanta, en un escondite a una hora al norte.

—¿En Escocia? —Aunque susurró, los nervios agitaron su voz.

—Sí.

—Por favor, si me liberas, te juro que no les diré tu nombre.

—No. —Cuando la tierra empezó a suavizarse, instó a su montura a ir al galope, deseando llegar a un refugio antes de que empezara a llover—. Mi decisión está tomada desde hace tiempo. —Ante la cortante respuesta de Neilan, Marjorie se volvió y miró fijamente hacia delante; la escarpada tierra que tenían ante ellos era tan indómita como el hombre que la

reclamaba como rehén.

Su enemigo. Un hombre al que debería temer con cada aliento.

Y no lo hacía.

¿Cómo podría hacerlo? La última víspera él la había salvado de un ataque brutal. Después, había demostrado ser fiel a su palabra y la había dejado intacta. Tampoco podía olvidar su ternura cuando la había examinado durante su pesadilla.

¿Era realmente un noble hombre de honor?

Contra el retumbar de los cascos, la tierra pasaba a toda velocidad. Las flores empañaban el campo en un arco iris de colores. Pero ni siquiera el hechizante paisaje aliviaba sus preocupaciones. ¿Qué pasaría esta noche? ¿O los días venideros?

Con la respuesta de ella a su beso anterior, ¿cumpliría Neilan su palabra y la dejaría intacta? ¿Neilan? Se agarró a la cruz del caballo mientras el viento le azotaba la cara. Que pensara en él por su nombre de pila la perturbó aún más.

Cuando el terreno se inclinó hacia arriba, el escocés aminoró la marcha de su caballo. Su mano se movió para agarrar suavemente el hombro de ella.

—¿Qué ocurre?

Su toque protector derritió aún más su resistencia.

—Nada.

—Estás temblando.

Marjorie se apartó de su tacto.

—Yo… —¿Cómo explicaba que su reacción se debía a las necesidades que él le inspiraba, no al miedo? No pudo. Un dolor crecía en su corazón. ¿Estaba tan sola, tan desesperada que encontraría consuelo con un granuja escocés?

—Recuéstate contra mí. —Era una orden. Ante su incumplimiento, un profundo suspiro retumbó en su garganta—. Inclinándote hacia delante no conseguirás nada más que hacer que te duelan los músculos.

Marjorie cedió, poniéndose rígida cuando su espalda se apoyó contra un músculo sólido. Él rodeó con la mano la parte plana de su estómago. Intentó ignorar el latido constante de su corazón; la seguridad que le daba su cercanía.

La seguridad era una ilusión.

A lo largo de los años, desde la horrible muerte de sus padres, intentar salvar a su hermano de sus hábitos autodestructivos había destrozado sus creencias sobre el amor y la felicidad que una vez había tenido de niña. La traición de su prometido cercenó cualquier creencia restante.

El deber la había mantenido cuerda. Le había dado un propósito. Por mucho que temiera volver a casa, para saber si su hermano había cometido realmente un asesinato, o enfrentarse al ejército de acreedores a los que no podían pagar, debía hacerlo.

Tampoco podía descartar la idea de la ira de Neilan cuando supiera que sus arcas estaban vacías. De algún modo, antes de eso, ella debía escapar.

Y con precaución. Como Neilan le había demostrado cuando había aparecido en el solar vestido de inglés, el hombre podía aparentar ser quien quisiera. Por el estado lascivo de su nuevo vestido, cualquiera que se encontrara con ella la creería una puta, no una dama. Como si pudiera confiar en alguien tan cerca de la frontera.

Neilan guió al caballo hacia lo que ella reconoció como las ruinas maltrechas de una iglesia. Una cruz rota yacía cerca de la entrada como una promesa olvidada. Qué irónico. Buscarían refugio en un lugar sagrado que ahora yacía destrozado. Un santuario tan maltrecho como su corazón.

Las agitadas nubes grises en lo alto borraban cualquier atisbo de sol y convertían la cálida

y soleada tarde en un lúgubre lodazal. Corrió una brisa fresca. Gotas gruesas de lluvia fría comenzaron a salpicar la tierra.

Detuvo su corcel ante la roca erosionada y desmontó, manteniendo las riendas apretadas en la mano.

—Ven ahora —dijo, rodeando su cintura con el brazo libre.

Ella intentó apartar su mano, pero no cedió.

—Puedo desmontar sola.

—Sí, estoy seguro de que puedes. —Como si apartara una zanjadora vacía, le quitó la mano, luego la levantó de la silla y la puso ante él.

Marjorie luchó contra su conciencia de él como hombre, avergonzada de que su mera proximidad la hiciera estremecerse.

—¿Tienes que buscar cualquier excusa para tocarme?

Él la miró fijamente un largo momento, luego su mirada se desvió hacia su boca.

Ella contuvo la respiración, insegura de si era porque la besaría o porque no lo haría.

Neilan le levantó la barbilla con el índice, el aire helado los envolvió en una ráfaga vertiginosa. El sabor fresco de la lluvia hormigueándole en los labios. Deslizó el pulgar por su labio inferior; las sensaciones la recorrieron hasta lo más profundo de su ser.

Lo último que necesitaba era que él se sintiera atraído por ella. O que él viera que ella también se sentía atraída por él. Era un caballero. Un hombre impulsado por la guerra. Implacable.

Un músculo trabajó en su mandíbula, luego la soltó.

—Quédate aquí. —Sacó varios objetos y se dirigió hacia el derrumbe de madera y roca. Ante la entrada erosionada, pero parcialmente en pie, se volvió como si no pudiera evitarlo. Sus

ojos cobalto se oscurecieron con un filo peligroso, el de un depredador.

Su corazón se aquietó. ¿Había sentido él que se le aceleraba el pulso? ¿Sentido cómo su cuerpo se tensaba ante su contacto? ¿O su ira se debía a que la tocaba de una forma muy distinta a la de su cautiva?

¿De la forma en que un hombre acaricia a la mujer que desea?

Agarrando la empuñadura de su daga, se dio la vuelta, se agachó bajo la madera y desapareció en el interior de la oscura cavidad.

Marjorie se echó hacia atrás. Permitirle creer que podía crecer un vínculo entre ellos era un error.

Pero cuando él le había tocado la cara, las ásperas yemas de sus dedos suaves contra su piel; por equivocado que fuera, ella no había podido evitar desear más.

Neilan salió de las oscuras ruinas. Hizo un gesto brusco con la cabeza hacia la estructura en descomposición.

—Servirá por esta noche.

Las gotas de lluvia salpicaron su cara mientras le miraba fijamente. Su respiración vaciló mientras se volvía hacia las ruinas.

—Es inestable.

—Y lleva así más de una década. —Le tendió la mano—. Ven.

Ella vaciló, queriendo negarse, pero la advertencia en sus ojos le aseguró -que él la haría obedecer, quisiera o no. Descartó decirle que desde la muerte de sus padres temía a la oscuridad, más aún durante una tormenta. Él ya tenía demasiado poder sobre ella.

Cogiendo el largo de su vestido con los dedos a cada lado, levantó el dobladillo por encima de la roca caída y caminó hacia delante. Al pasar junto a él, se tensó. Armándose de valor,

Marjorie se apresuró a entrar en la turbia abertura.

La edad mezclada con el fresco sabor de la lluvia la saludó, pero también persistía el tenue aroma de la mirra. Su corazón latía con fuerza mientras sus ojos se adaptaban lentamente al interior iluminado por las velas. Una pared estaba a punto de derrumbarse, pero el resto del pequeño recinto permanecía robusto y orgulloso.

Cerca de la pared más alejada se alzaban los restos decadentes de un altar, pero ella podía imaginar los adornos que habrían decorado la humilde iglesia: tapices tejidos ribeteados con hilos de oro, copas finamente trabajadas, figuras talladas de santos exhibidas con orgullo y otras ofrendas más sencillas.

Un trueno retumbó en los cielos.

Los nervios la hicieron levantar la vista. A la luz marchita, las vigas nudosas se transformaron en sombras ominosas. Un escalofrío la recorrió y cruzó los brazos contra el pecho.

Imágenes del accidente con sus padres destellaron en su mente. Los gritos.

El dolor. La pena insoportable.

Por favor. Ahora no. Luchó por sofocar el pánico que evocaba una tormenta.

En su siguiente respiración, se concentró en las tres grandes grietas cerca de la maltrecha entrada; hendiduras por las que la lluvia podría colarse.

Los pasos de Neilan se detuvieron tras ella. Su aliento, cálido y constante, susurró contra su cuello.

—¿Marjorie?

La fuerza de su presencia la atrajo a apoyarse en él, a permitir que la cobijara de sus miedos. Por pura voluntad, resistió su invisible atracción. Permitirle conocer su debilidad sería un grave error.

Reunió su compostura y se volvió hacia él.

Él la estudió un momento con mirada sagaz.

—El caballo está confinado en otra parte de las ruinas. Con la tormenta encima, pasaremos aquí la noche.

Hasta el amanecer estaría confinada entre los vetustos muros de piedra con Neilan. Un pensamiento que hizo poco por aliviar sus nervios.

—Es demasiado pronto para dormir. —Pero por muy cansada que estuviera, el sueño la evadiría esta noche.

—Sí, lo es. —Pasó junto a ella con el saco de dormir en las manos, su musculoso cuerpo en desacuerdo con la decadencia que le rodeaba. Cerca de la pared lateral, se arrodilló y apartó los guijarros sueltos, luego extendió una manta de lana.

No quería dormir a escasos centímetros de él, pero no tenía muchas opciones si quería mantenerse caliente en esta lúgubre noche.

Sonó otro trueno y ella dio un respingo. El ritmo constante de la lluvia aumentó.

El sudor cubrió su frente. Luchando por mantener la calma, Marjorie caminó hacia la entrada. A la luz menguante, el agua caía por el montón de rocas hasta derramarse sobre un pilar caído cubierto de musgo. Láminas duras y constantes que saturaron la tierra. El viento rasgaba las hojas, zarandeando los arbolillos de un lado a otro como si los sacudiera el mismísimo Dios.

Los relámpagos seccionaron el cielo en una racha irregular. El trueno retumbó, esta vez más cerca. Necesitó toda su fuerza de voluntad para no hacerse un ovillo y llorar.

Marjorie odiaba ese miedo desgarrador, pero no pudo evitar otro escalofrío, ni las imágenes demasiado vívidas de otra ocasión durante una tormenta eléctrica semejante; la lluvia había azotado el suelo y había manchado charcos de sangre. Los gritos crudos de terror se habían mezclado con los de la muerte.

—¿Lass?

Se giró para encontrar a Neilan detrás de ella.

—Me has asustado —dijo, conteniendo a duras penas las ganas de gritar.

Neilan la estudió. Puede que se sobresaltara, pero mientras miraba la lluvia que caía, su rostro se había vuelto mortalmente pálido. Fueran cuales fueran los recuerdos contra los que luchaba, eran mucho más que los que dejaban a uno simplemente sobresaltado.

—Estás alterada —dijo, manteniendo su voz tan suave como lo sería con una yegua asustada.

—¿Esperas otra cosa? —desafió ella, con matices de miedo abriéndose paso en su voz—. Estoy retenida como rehén en una tierra extranjera, llevo un vestido que no se pondría ni mi doncella, y estoy dentro de una casucha que podría desmoronarse antes del amanecer.

—Tus preocupaciones son válidas, pero no es eso lo que te preocupa, ¿verdad?

Su dedo frotó el medallón que colgaba de su cuello.

—¿Siempre te entrometes en la vida de la gente?

—¿Es eso lo que estoy haciendo?

Marjorie se volvió hacia el aguacero, con los hombros tan rígidos como un centinela.

—Preferiría no hablar de ello.

Con la lluvia que caía cubriendo la entrada, su compostura vaciló, y él comprendió.

—¿No te gusta la lluvia? —Su pregunta se susurró entre ellos con inesperada ternura.

Ella rozó con los dedos la piedra húmeda y picada; sus respiraciones superficiales eran audibles.

—Al menos el agua no corre dentro. El suelo permanecerá seco.

Debería dejarla en paz, pero su evasiva ante su pregunta despertó su curiosidad.

—¿Qué pasado?

Marjorie negó con la cabeza, pero su cuerpo empezó a estremecerse, traicionando la verdad de su reacción.

Neilan se puso detrás de ella. Le agarró los hombros con suavidad.

—Conozco el camino del dolor, de una herida tan cortante que rezas por la muerte. —Temblando por haber traicionado un hecho tan personal, la soltó y dio un paso atrás.

Nunca antes había revelado a nadie la angustia que había vivido tras la muerte de su padre. ¿Cómo podía admitir algo así, especialmente ante una inglesa?

Se volvió. Unos ojos desconsolados buscaron los suyos con simpatía.

¡Por los ojos de Dios que no necesitaba nada de ella! Giró sobre sus talones y comenzó a cruzar la cámara. Su exhalación entrecortada le detuvo. Enroscó la mano alrededor de su daga, dividido entre el deber y la compasión.

Ganó la compasión.

Neilan giró sobre sus talones para enfrentarse a ella.

—¡Dime qué te preocupa! —Una sonrisa triste rozó sus labios.

—¿Debes tener siempre respuestas?

—No siempre.

—¿No es suficiente que me hayas alejado de mi hogar?

La suave acusación golpeó con fuerza. Ella era su rehén, una extraña cuya vida se oponía a la suya.

—Sí, es suficiente. —No quiso más y se volvió para poner distancia entre ellos.

—Neilan.

Ante el uso familiar que ella hizo de su nombre, la conciencia se deslizó a través de él. Y algo más que apenas reconoció, un destello de esperanza.

—¿Sí?

—Yo…

Una lágrima que resbalaba por su mejilla hizo que Neilan la atrajera hacia sus brazos.

Ella extendió las manos contra su pecho e intentó apartarlo.

—No lo hagas.

Él ignoró su orden. Temblores recorrieron su esbelto cuerpo mientras él la estrechaba. Aunque ella lo negara, aunque sólo fuera por ese momento, le necesitaba.

—Quiero ayudarte —dijo Neilan, maldiciendo la verdad de sus palabras; pero al encontrarse con ella, no podía hacer otra cosa. Apoyó la barbilla en su frente. Una inesperada suavidad se enroscó en su interior, llenándole de una paz que no había experimentado desde la muerte de su padre. El retumbar de la lluvia resonaba a su alrededor y, por este único momento, todo parecía estar bien.

—Por esta vez —dijo—, confía en mí.

—No creo...

—Entonces no lo hagas. —Los latidos de su corazón se ralentizaron mientras él la abrazaba; complaciéndola. Entonces, como una rosa que despliega sus pétalos, la tensión de su cuerpo se relajó hasta que ella se echó entre sus brazos, aceptándolo.

Cuánto tiempo permanecieron juntos mientras la tormenta desataba su furia sobre la tierra, él no lo sabía. Ni le importaba. Le pasó los dedos por el pelo y murmuró aliento, maldiciendo a quienquiera que hubiera herido esta parte de ella. Y a quienquiera que la hubiera dejado

desconfiando de los hombres.

El calor de las lágrimas de ella recorrió su túnica. Neilan se dio cuenta de que deseaba su confianza y algo más. Un vínculo que nunca podría ser. Por el momento habían encontrado un terreno común, pero estaba muy superado por la realidad de sus países en guerra; de su juramento a su padre; y del hecho de que la había secuestrado.

Pero no se preocuparía por cuestiones fuera de su alcance. No ahora que ella estaba entre sus brazos.

Neilan le arropó la cabeza contra el hombro como haría con un niño asustado.

—Dicen que cuando cae la lluvia es el momento favorito de las hadas —murmuró, su mano enhebrándose en el pelo de ella hasta el final, para volver a empezar—. Bailan sobre los charcos y retozan sobre las gotas de agua mientras las gotas de lluvia caen en cascada sobre la tierra.

Unas gruesas pestañas castañas se alzaron para revelar las secuelas de las lágrimas, y la duda se encajó en su mirada.

—¿Hadas?

—Sí —dijo él. Un mechón de sus hebras de seda se deslizó por su mejilla—. Las pequeñas que viven esparcidas por las colinas de Escocia. —Él arqueó una ceja sorprendido—. ¿No me diga que nunca ha oído hablar de ellos?

Ella hizo una pausa como si tratara de decidir si debía creerle, luego sacudió la cabeza.

—No… Yo… —Marjorie bajó la mirada, pero Neilan le cogió la barbilla con el dedo y le levantó suavemente la cara hacia él.

—¿Tu madre nunca te contó cuentos antes de dormir? ¿Cuentos para llenar tus sueños mientras dormías?

Su labio inferior tembló.

—Murió cuando yo tenía seis años.

Le dio un suave abrazo, recordando la pérdida de su propia madre al nacer su hermano menor, Keir. De su dolor inconsolable. Y el de su familia.

—Lo siento.

—Te lo agradezco, pero han pasado muchos años desde entonces.

Tal vez, pero por el dolor en sus palabras aún lloraba la muerte de su madre.

—¿Y tu padre?

—Murieron juntos.

Su callada admisión le rompió el corazón.

—Perdiste mucho.

—Fue hace mucho tiempo.

—Pero el vacío dentro de ti aún existe. —Una lección que había aprendido de primera mano. Los años aliviaban los dolores del corazón, pero el tiempo nunca curaba verdaderamente la pena—. ¿Tu hermano te crió?

—Sí.

Eso explicaría su estrecho vínculo.

—Es un hombre alabado por el rey Eduardo. Un hombre que cuida de los suyos.

Ella se puso rígida en sus brazos.

—Rico querrás decir. —La sospecha cubrió su mirada. Aunque sólo los separaba un palmo, bien podría haber sido una legua.

La mención de su hermano le había devuelto la realidad de cuánto les separaba. Neilan la

soltó y dio un paso atrás, ignorando la punzada de arrepentimiento. Era lo mejor.

Ella miró a lo lejos.

—¿Cuándo vas a enviar la petición de rescate a mi hermano?

No existía ninguna razón para ocultarle la información.

—Cuando lleguemos a mi casa, el castillo de Riverlochs.

Marjorie se volvió hacia él.

—¿Y cuánto tiempo será eso?

—Tres o cuatro días como mucho.

—¿Cuánto falta para que estemos en suelo escocés?

—Cruzamos a mi tierra natal a última hora de la mañana. —Asintió con la cabeza—. La iglesia en la que estamos es escocesa. Fue destruida durante una escaramuza hace muchos años por los ingleses.

—Ya veo.

Ante el tono frío de ella, él se erizó.

—No he ocultado mucho nuestro destino.

Marjorie apoyó la mano en un pilar de piedra grabado con grietas desgastadas por el tiempo; sus dedos temblaban.

—No, has sido sincero desde el principio.

Aunque no lo había declarado con palabras, volvía a verlo como el enemigo; un hombre al que nunca podría recurrir, ni apoyarse en él para obtener fuerzas.

—Iré a buscar comida. —Neilan salió a grandes zancadas. La lluvia cayó sobre su túnica y sus trews[1]. En cuestión de segundos su cuerpo estaba empapado y a cada paso sus botas se

hundían más en el barro. Como si le importara una mierda su estado empapado. O la opinión de Marjorie sobre él.

Pero le importaba.

Furioso porque ella pudiera hacer que le importara, se giró para mirar hacia las ruinas de la iglesia. Nunca antes una mujer le había hecho dudar sobre una decisión tomada. Nunca antes había necesitado tanto a una mujer.

Cerró los ojos y exhaló. Pero despejar sus pulmones hizo poco por desatascar la agitación de su interior. Agitado, se quedó mirando la lluvia, que seguía cayendo: gotas pesadas que no ofrecían perdón.



Sentada ante Neilan mientras éste guiaba a su montura por un pantano, Marjorie se reprendió a sí misma por sus acciones de ayer entre las ruinas de la iglesia. ¿Cómo pudo recurrir a Neilan, permitir que la abrazara como si fuera alguien en quien podía confiar?

Un fuerte dolor se apoderó de su pecho al recordar cómo se apoyaba en su musculoso cuerpo, buscando apoyo. Y si era sincera, deseando más. Saborear su beso, sentir sus manos suaves sobre su piel. Cómo con un simple roce, él podía hacerla olvidar sus miedos y pensar sólo en sus necesidades. Se estremeció. Gracias a Dios que había hablado de su hermano.

En un ambiente normal, ella le habría rechazado. Pero perdida entre los trágicos pensamientos de la muerte de sus padres, la inesperada compasión de Neilan la había atraído a aceptar su consuelo. La había tenido tan cerca, su corazón latía tan fuerte.

Por primera vez en muchos años, se había sentido segura. Protegida. Y cuando él la había

mirado a los ojos, deseada. Ella también le había deseado.

Con qué facilidad recordaba haber tocado su musculoso cuerpo cuando le había tratado en la posada. El poder que mantenía a raya, el de un guerrero, el de un hombre seguro de sus habilidades. Un escalofrío la recorrió.

—¿Tienes frío? —El profundo ronroneo de Neilan le susurró en el cuello. Marjorie cerró los ojos contra la agradable sensación—. No. —No tenía frío, pero su soledad le dolía. Él nunca podría saberlo. O el hecho de que su presencia trajera a su vida la promesa de una satisfacción que ella no había experimentado antes.

Una promesa que nunca iba a ser.

La rica fragancia de la tierra húmeda y la hierba cargada de rocío llenaba cada respiración mientras ella miraba hacia el cielo que se despejaba. El sol de primera hora de la mañana se deslizaba a través del espeso dosel de hojas resbaladizas por la lluvia, los rayos cálidos sobre su rostro. Dentro del denso bosque, la niebla que se aferraba a la tierra desde el amanecer empezaba a desvanecerse.

En cualquier otro momento, ella habría apreciado el entorno sereno. Pero la belleza de la tierra que se desplegaba ante ella servía de potente recordatorio de que viajaban hacia lo más profundo de Escocia. Con un hombre que despertaba emociones en su corazón.

Un hombre que era su enemigo.

En lo alto, un cuervo emitió un sonido triste y lastimero. Marjorie escrutó la tierra pantanosa, acunada por el bosque. Estaban solos. Incluso si se encontraban con alguien, ahora dentro de Escocia, dudaba que la ayudara a escapar. Entonces, ¿qué podía hacer para conseguir su libertad?

Si liberaba su daga, podría mantener a raya a Neilan hasta que se alejara en su caballo. Frunció el ceño. Después de verle defenderse del borracho, recuperaría fácilmente su espada.

Cuando él se durmiera, ella podría robarle el caballo. No, con sus instintos guerreros, ella nunca sería capaz de escabullirse sin alertarle.

A menos que estuviera muerta o enferma, parecería que ella nunca encontraría la manera... espera.

¡Eso era! Si la creía enferma, bajaría la guardia.

Se sintió culpable por su engaño, sobre todo teniendo en cuenta su compasión hacia ella de ayer. Marjorie se negó a permitir que esas emociones se enconaran. Si él no la hubiera secuestrado, ella no se vería obligada a tomar una medida tan drástica.

Desplomándose contra su pecho, Marjorie gimió.

—Vete a dormir. Viajaremos durante un buen rato todavía.

Ella volvió a gemir desde lo más profundo de su pecho, poniendo más énfasis en ello.

Él le cogió la barbilla con un suave apretón y le volvió la cara hacia él.

—¿Estás enferma?

—Sí. —La verdad. Su engaño la estaba poniendo enferma. Sus dedos rozaron su frente. Frunció el ceño—. Hace fresco.

—Siento como si fuera a… —Marjorie dio una tos áspera—, tener arcadas.

—Tal vez la comida de la posada estaba en mal estado.

Al pensar en la carne grasienta y pobre en hierbas que se había llevado con ellos cuando salieron de la posada, comida que habían tomado durante un breve descanso a primera hora del día, su estómago se mareó de verdad.

—No sé qué… oh —Con otro gemido se agachó, esperando borrarle cualquier sospecha.

—Vaya. —Neilan detuvo su montura—. Estás muy pálida. —Bajo su intensa mirada, ella intentó parecer aún más sombría.

La hendidura de su barbilla se hizo más profunda por la preocupación.

—Hay una quema a poca distancia. Descansaremos junto a él hasta que puedas viajar.

¡La había creído! Manipuló su alegría. Una vez que se hubieran detenido, aún debía averiguar cómo escabullirse.

Las hojas crujían por encima mientras cabalgaban por la pendiente poco profunda hacia donde una estrecha cinta de agua gorgoteaba sobre la roca y luego desaparecía de la vista.

Los rayos del sol chispeaban sobre el torrente de agua como el rocío de los diamantes, recordando a Marjorie su historia de hadas. Ella no podía pensar en eso. Él la había secuestrado, ella no le debía ninguna lealtad. Pero con él salvándola de los ladrones de la posada, no pudo evitar otra punzada de remordimiento.

Se acercaron a la orilla del arroyo, una rica ribera cargada de musgo y hierba. Neilan detuvo su caballo y desmontó. Se volvió y la ayudó a bajar con cuidado.

—Muchas gracias. —Sin encontrar su mirada, ella se puso la mano sobre la sien derecha como si le palpitara, la otra la acunó baja sobre el vientre—. Si pudiera sentarme un rato y descansar —susurró.

—Sí. —Él la guió hasta donde había varias rocas grandes enclavadas en la orilla del agua.

Ella se sentó, con cuidado de que sus movimientos fueran lentos.

—Te traeré un poco de agua fresca.

Marjorie asintió.

Neilan sacó su bolsa de agua. Vació el contenido en la hierba y luego se arrodilló a la orilla del arroyo para rellenarla.

Con su atención desviada, buscó a su alrededor. A su izquierda, divisó la longitud rota de una rama caída.

Floreció la inspiración.

Marjorie comprobó cómo estaba Neilan, aliviada al encontrarlo acurrucado al borde del agua, todavía rellenando la bolsa de agua.

Hazlo.

Vaciló ante la idea de causarle daño.

¡Te ha secuestrado!

Respirando hondo se levantó. Su corazón golpeó contra su pecho.

Marjorie esperó a que él se volviera, a que la sorprendiera moviéndose.

Continuó llenando su bolsa de agua.

Con cuidado, levantó la rama que tenía en la mano, agradecida de encontrarla firme y no podrida como había temido. Dio un paso adelante. El musgo absorbió el sonido de sus pasos; Neilan no había mirado en su dirección.

Sus manos empezaron a temblar.

No flaquees. Sólo quiere la moneda que te proporcionará tu rescate.

Se acercó un poco más. Dos pasos más y Marjorie estaba a un brazo de él. Con una plegaria de perdón, levantó el miembro y apuntó.

Sacó la bolsa de cuero del agua y empezó a girarse hacia ella.

—Eso debería bastar...

Cerrando los ojos, giró con todas sus fuerzas. La madera retumbó al chocar contra su cráneo.

Nauseabunda, se asomó, desesperada por saber si había logrado dejarlo inconsciente.

Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, se revolvió e intentó ponerse en pie.

Maldiciendo, Neilan intentó dar un paso hacia ella, pero sus piernas se doblaron. Se desplomó en el suelo.

Horrorizada, Marjorie contempló su cuerpo inmóvil. ¿Qué había hecho?

Hizo ademán de alejarse un paso, pero su conciencia la hizo vigilarle para asegurarse de que no le había herido gravemente. Pasaron los segundos.

Él no se movió.

Marjorie soltó el ronco y se acercó sigilosamente. La sangre rezumaba por su nuca. Se tapó la boca con las manos y retrocedió tambaleándose.

Dios, ¡lo había matado!

Capítulo 5

Marjorie cayó al suelo de rodillas.

—¿Qué he hecho? —Ella no había querido matarlo, sólo dejarlo inconsciente. Le dolía el corazón cuando levantó la cabeza y lo miró fijamente.

El cuerpo de Neilan yacía despatarrado sobre el musgo, con un brazo colgado descuidadamente sobre la cabeza. Su otra mano se enroscaba apaciblemente sobre su pecho. Si no fuera por la sangre que le enmarañaba el pelo y se le escurría por el cuello, se diría que estaba dormido.

Muévete. ¡Levántate, maldita sea! Maldíceme. Lo que sea. Por favor.

El agua se agitaba a lo largo de las orillas bordeadas de musgo. Las hojas crujían por encima en una delicada ondulación. Un conejo se lanzó hacia el claro y luego corrió hacia la cubierta del bosque.

Neilan permaneció quieto.

Marjorie escudriñó el bosque. No podía dejarle aquí, pero con lo bien musculado que era, no tenía fuerza suficiente para arrastrarle lejos de la orilla. Incluso si pudiera, ¿cómo lo enterraría?

Apretó la frente contra sus rodillas. El dolor de su pecho estalló en grandes sollozos agitados. Manchas oscuras mancharon su vestido, el vestido licencioso, otro recuerdo más de

Neilan.

Deseó que el momento volviera atrás, que nunca hubiera recogido el ronco. Se habrían presentado otras oportunidades para escapar. El miedo la había llevado a tomar una decisión mal concebida.

¿Era eso lo que le había ocurrido a su hermano, Henry? ¿Su enfrentamiento con lord Seymor había derivado trágicamente en asesinato? El bosque se desdibujó a través de las lágrimas. Antes, ella habría descartado tal explicación. Ahora, comprendía demasiado bien cómo un acto de inocencia podía decaer en un paso en falso letal.

La libertad que había buscado estaba ante ella, excepto que ahora, su camino estaba cargado de nada más que arrepentimiento.

Con el dorso de la mano, se enjugó las lágrimas y se impulsó para ponerse en pie. Por mucho que fuera en contra de todas sus creencias, debía dejarle aquí.

Una gran lágrima se tambaleó en su barbilla. Puede que no recibiera un entierro acorde con su estatus, pero ella no le dejaría sin su dignidad. Ella cubriría su cuerpo.

Al menos tendría eso.

Con piernas temblorosas, cogió una de las dos mantas del rollo de la silla de montar y se arrodilló junto a Neilan. En lugar de cubrirlo, apoyó la mano en su mejilla, necesitando tocarlo una vez más.

—Lo siento mucho.

Su mano tembló mientras trazaba las frías líneas de su rostro de guerrero, viendo sólo compasión en los duros ángulos; queriendo recordarle como un hombre que podía tocar su corazón.

¿Qué había en él que la había hecho preocuparse? Él la había secuestrado. Sumido toda su vida en el caos. Sin embargo, su fallecimiento le provocó dolor; una profundidad como la que no

había experimentado desde la muerte de sus padres.

Marjorie se inclinó y le besó suavemente la frente.

—Adiós, Neilan. —Le temblaron las manos mientras cubría su cuerpo aguerrido con la manta.

Se puso en pie, corrió hacia su caballo y cogió las riendas. Y miró hacia él. Por favor, Dios, que un alma bondadosa encuentre y atienda debidamente el cuerpo de Neilan.

Marjorie puso el pie en el estribo y se subió a la silla de montar, el desgastado cuero vacío sin la formidable presencia de Neilan.

La madera crujió cerca.

El pulso se le agitó en la garganta. Oteó la densa espesura, esperando que surgiera un escocés enfurecido y la acusara de asesinato.

Un corzo apareció en la distancia y luego desapareció.

Miró cómo se desmoronaba al romper un palo. Sus dedos se tensaron sobre las riendas. ¿Y por qué no iba a hacerlo? Acababa de matar a un hombre. Ahora, le estaba robando su caballo. Si alguien la descubría con el cuerpo de Neilan cerca, por muy involuntario que fuera su acto, la colgarían.

Un frío escalofrío la recorrió. Su respiración se entrecortó mientras lanzaba una última mirada hacia Neilan.

—Adiós —susurró. Con un sollozo, impulsó a su corcel hacia el sur.

El caballo no se movió.

Con la respiración agitada, Marjorie apoyó las rodillas en sus costados.

—Adelante.

El caballo giró su enorme cabeza hacia ella con un resoplido indignado. Un ancho ojo

marrón la miró con interés. Luego echó las orejas hacia atrás, su expresión tan obstinada como la de su amo.

La razón por la que se negaba a moverse la sorprendió con consternación. A menudo los caballeros entrenaban a sus caballos para que permanecieran a su lado. El bayo la reconoció como una extraña y estaba esperando a Neilan. Se negaba a dejarle.

Marjorie dio un codazo más fuerte en los costados del caballo. Él esquivó.

Ella tiró de las riendas.

Él relinchó y sacudió la cabeza, casi tirándola a ella de la silla. ¿Esta pesadilla no acabaría nunca? Sin el caballo de Neilan, tendría que viajar a pie. Sin otra opción, Marjorie tiró las riendas al suelo y desmontó; la tarea resultó difícil ya que su vestido se enganchó en la silla varias veces antes de poder desmontar.

En el suelo, aflojó la segunda manta y las provisiones que Neilan había conseguido en la taberna. Hizo una pausa. ¿Dónde estaba la bolsa de agua? Entonces recordó. Neilan la tenía en las manos cuando ella le había golpeado.

Por mucho que quisiera evitar acercarse al cuerpo de Neilan, necesitaría agua mientras viajaba. Su respiración se entrecortó mientras corría de vuelta. En el arroyo, contempló durante un largo momento la forma tendida y cubierta de mantas de Neilan. La pena se hinchó en su garganta hasta que luchó por cada aliento. Con un grito, cogió la bolsa de agua llena, se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el sur.

Lejos de Neilan. Para siempre.

Mientras viajaba a lo largo de la mañana, Marjorie escudriñó el denso bosque, sólo roto por franjas de campos sembrados de brezo. Hasta llegar a suelo inglés, necesitaba permanecer lo más oculta posible. No se atrevía a confiar en nadie.

No tenía experiencia en el bosque y mucho menos conocimientos sobre cómo sobrevivir

por su cuenta. Las pocas incursiones en el bosque de niña para recoger hierbas con su madre apenas le daban la experiencia que necesitaba ahora. Además, el mantenimiento del castillo de Rothfield le dejaba poco tiempo para esos detalles.

¿Y si surgía la necesidad de protegerse? La daga de Neilan.

Ella gimió. En su precipitación, ni siquiera había pensado en cogerla. Desechó la idea de volver a por el arma. ¿De qué serviría? No sabía utilizar el cuchillo para defenderse, y mucho menos para cazar.

Su única esperanza era mantener el rumbo y seguir adelante. Conseguiría llegar a casa.

Tenía que hacerlo.

Pero con cada sonido extraño que resonaba en el denso bosque, aumentaban las dudas sobre su éxito.



Neilan se movió. El dolor le martilleó el cráneo con la precisión de una herrería. Abrió los ojos. Los penetrantes rayos del sol enviaron una nueva ráfaga de dolor a través de su cabeza. Cerró los párpados de golpe, negándose a arriesgarse a abrirlos e invitar a una mayor miseria. Sus pensamientos tropezaban y se deslizaban en su mente. ¿Le había golpeado una maza en la cabeza? ¿Estaba en medio de una batalla?

Agarró su daga y escuchó, preparado para apartarse del peligro. No le llegaron gruñidos de caballos chocando. Ni rasguños de espadas. Ni gritos de hombres al morir. Si no había sido abatido en la batalla, ¿entonces qué? ¿Dónde estaba?

El agua gorgoteaba a poca distancia. Los pájaros gorjeaban en los árboles. Una ráfaga de

viento hizo bailar caóticamente a las hojas.

Un leve arrastrar de pies sonó cerca. Luego, un aliento cálido le acarició la mejilla. Una caricia aterciopelada le rozó la frente y luego le dio un codazo en el hombro.

Ante el suave roce, los recuerdos inundaron su mente. Marjorie enferma. Él atendiéndola junto al arroyo. Rellenando la bolsa de agua. Luego... la oscuridad.

La suave y fresca humedad del musgo contra su espalda se registró en su mente. Luego el peso de una manta se hizo evidente. Marjorie le había cubierto. Le hubiera pasado lo que le hubiera pasado, ella no había huido, sino que se había quedado para atenderle.

—Estoy despierto. —Susurrar no impidió que otro rayo de agonía le ensartara el cerebro —. Un momento, muchacha. —Tras respirar hondo lentamente y prepararse para la intensidad de la luz del sol, Neilan abrió los ojos.

Y miró fijamente al peludo hocico de su caballo.

—¿Marjorie?

El alazán gruñó suavemente. Con un suave bufido, su caballo bajó la enorme cabeza y le dio un codazo en el hombro.

¿Qué demonios? Neilan apretó los dientes y se incorporó de un empujón. La manta que le cubría el pecho rodó hasta su regazo.

El bosque se enfocó vertiginosamente. Frunció el ceño mientras escrutaba a su alrededor. No la vio.

—¿Marjorie?

Neilan se tensó. ¿Alguien le había atacado y se la había robado? Quizá uno de los hombres de la taberna les había seguido y mientras él estaba ocupado buscando agua, le habían dado un puñetazo. Se le aceleró el pulso mientras buscaba cualquier señal de lucha.

Nada.

¿Por qué le dolía la cabeza? Con ternura, se palpó la parte posterior de la cabeza, donde las palpitaciones eran más intensas. Sus dedos rozaron una gran protuberancia cubierta de un exudado pegajoso. No, exudado no. Apartó la mano y se miró los dedos.

La sangre cubría sus dedos.

Se fijó en un tronco que yacía a escasos centímetros.

¿Había Marjorie… no. Ella no le pegaría. Sí, él la había secuestrado, pero le había asegurado muchas veces durante este viaje que estaba a salvo. Un hecho probado ayer en las ruinas de la iglesia cuando ella se había vuelto hacia él en busca de consuelo. Hasta que él había mencionado el nombre de su hermano. Entonces la calidez de sus ojos se había desvanecido y le había mirado fijamente como si fuera el enemigo.

Quiso creer que ella no le había tendido una emboscada. Por desgracia, ninguna otra explicación encajaba. Explicaba por qué no había oído a nadie acercarse. Y por qué, él, un experimentado caballero con muchas batallas a sus espaldas, había sido sorprendido con la guardia baja.

La ira se agitaba en su interior como burbujas dentro de un caldero hirviendo. ¿Así que éste era su pago por su confianza? Que así fuera. Cuando la atrapara -y lo haría- no volvería a bajar la guardia con ella.



Marjorie apartó una rama baja de su camino, se agachó bajo ella. Las hojas se agitaron furiosamente cuando la rama volvió a su sitio. Siguió caminando. Cada músculo de su cuerpo

protestaba, pero al menos el agotamiento atenuaba el dolor.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que dejó a Neilan? Por el sol en lo alto del cielo, habían pasado un puñado de horas, pero le parecieron días.

En más de un sentido.

No, ella no pensaría en su muerte. Era libre y se dirigía hacia Inglaterra. Hacia su hogar. Eso era todo lo que importaba. Todo lo que podía importar.

El lejano rumor del agua retumbaba delante.

Bien. Rellenaría su bolsa de agua y descansaría un rato. No demasiado. Sólo lo suficiente para recuperar el aliento. Pero cómo anhelaba tumbarse junto a la orilla y dormir.

El terreno sembrado de hojas que tenía delante se desvanecía hasta convertirse en una empinada colina. El cansancio le nubló la vista mientras iniciaba el descenso. En su siguiente paso, su zapatilla se enganchó en la raíz de un roble.

Marjorie gritó y cayó hacia abajo. Las rocas le mordieron las piernas. Ramas finas le azotaron la cara. Los arbustos rasparon su cuerpo. Arañó en vano la masa de hojas y tierra rica, cualquier cosa que detuviera su rápido descenso. Se movía demasiado rápido.

Una gran roca se alzaba ante ella.

¡Iba a chocar contra ella! Marjorie cruzó las manos sobre la cara. Se quedó sin aliento al detenerse de golpe.

Todo le dolía. Pero mientras sintiera dolor, estaba viva. Tentativamente movió sus extremidades. Y ella no creía que nada estuviera roto.

Lentamente, su visión se aclaró. Miró fijamente la gran piedra. El musgo se extendía por los lados, lo que la había salvado de un destino mucho peor y posiblemente de la muerte.

Otra oleada de mareo la invadió. Cerró los ojos. El fresco aroma del bosque llenaba sus

pulmones con cada bocanada de aire que tomaba. El rumor del río surgía cerca de ella.

Estaba muy cansada. ¿Qué daño le haría echarse una pequeña siesta? Sus ojos se cerraron. No. El precio de su libertad era demasiado caro. Tenía que seguir moviéndose.

Limpiándose la suciedad de los ojos, se arrastró hasta ponerse de rodillas. Una ramita se le escapó del pelo y aterrizó en el suelo. Agotada, se apoyó contra la piedra acolchada.

¿Cómo iba a llegar a Inglaterra si apenas podía mover las piernas? Si hubiera podido montar a caballo, esto habría sido mucho más fácil.

Pensar en el testarudo caballo la hizo pensar en Neilan, a pesar de su juramento de no hacerlo. La pena se hinchó en su pecho. Él la había tratado con nada más que respeto. Fueron sus intentos de huir los que le habían traído problemas.

Un contraste con su impresión original de él. Cuando él se había plantado en su solar, todo lo que ella había visto era un hombre formidable tallado en hielo. Un hombre criado para matar. Ahora, ella lo veía como un hombre firme y compasivo. Aunque era su enemigo, su intención por su causa era honorable.

Y ahora estaba muerto.

Las hojas repiquetearon sobre su cabeza llamando su atención. Levantó la vista hacia las astillas de luz solar. Se deslizaban entre el revoloteo de las hojas, iluminando el bosque con salpicaduras aleatorias de luz.

Encandilada por la danza entre la luz del sol y las hojas, se deleitó en su interacción casi mágica. Los destellos de luz revoloteaban como hadas sobre las hojas.

¿Hadas?

Frunció el ceño ante sus fantasiosas nociones y devolvió la mirada al suelo moteado por el sol. Tal era la creencia de Neilan.

Marjorie ordenó sus pensamientos. Necesitaba centrarse en su situación actual, no perder el tiempo en tontas nociones sobre las hadas.

Después de beber el último trago de agua de la bolsa, se la aseguró alrededor de la cintura y se puso en pie. Sobre piernas temblorosas, rodeó la gran roca y se detuvo, aturdida por el vívido paisaje que tenía ante ella.

—Es hermoso —susurró, como si hablar en voz alta fuera a empañar el escenario que tenía ante ella.

El agua caía en cascada desde un saliente de roca vertiéndose en un estanque agitado, el agua era tan profunda cerca del centro que se oscurecía hasta adquirir un tono negro. El brezo espolvoreaba el borde de la cuenca, entrelazado con mirto de pantano, ranúnculo y salpicado con una ocasional ulmaria.

Sus mínimos conocimientos de flores y plantas la hacían incapaz de nombrar las numerosas variedades que enmarcaban el borde del agua, pero ese hecho no desestimaba su belleza ni su asombroso aroma. Inhaló su abundancia, apreciando la suave mezcla de fragancias.

Su propia bañera privada. Y necesitaba bañarse. Se imaginó el agua fría y refrescante abrazándola; calmando los dolores que la atormentaban en cada centímetro. Oh, volver a estar limpia. Restregar cada mota de polvo y mugre de su piel. El cielo en la tierra.

Con un suspiro, Marjorie apartó el tentador pensamiento. El sol empezaba a ponerse. Necesitaba viajar hacia el sur lo más lejos posible antes de que oscureciera. Al borde del agua, se arrodilló para rellenar su bolsa de agua.

El rumor bajo y constante de los cascos resonó detrás de ella.

Se puso en pie y giró. Marjorie escudriñó la cresta. ¡Henry! Se puso sobria. ¿Sabía siquiera su hermano de su secuestro? Aun así, ¿cómo iba a saber que debía buscarla aquí?

Su pulso se aceleró mientras buscaba al jinete entre los árboles. Miró hacia el cielo para

orientarse. Fuera quien fuera, venía del norte, de la dirección en la que ella había huido.

¡Alguien había encontrado el cuerpo de Neilan!

La imagen de un escocés rabioso, semidesnudo, con pinturas de guerra, blandiendo su claymore mientras cabalgaba con fuerza para vengar el asesinato de su pariente, centelleó en su mente.

Un caballo relinchó desde más allá de la cresta.

Marjorie retrocedió dando tumbos. No podía dejar que nadie la atrapara. Retrocedió hasta un terreno llano y echó a correr. Respiraba deprisa, sus piernas gritaban a cada paso.

El golpeteo de los cascos aumentaba.

Las extremidades le arañaban la cara, los brazos y las piernas. No dejó de correr. No se atrevía.

—¡Marjorie! —El grito indignado de Neilan retumbó en el bosque.

Ella se giró. ¡Neilan! La felicidad la invadió mientras se dirigía hacia él. Estaba vivo. Ella no lo había matado.

—¡Marjorie!

Al oír la ira en su voz, su felicidad se desvaneció. ¿Qué hacía yendo hacia él? Después de golpearle en la nuca, él estaría lejos de recibirla.

Buscó a su alrededor un lugar donde esconderse. Él estaba demasiado cerca para que ella intentara cruzar el río, o trepar y esconderse detrás de la cascada.

A lo lejos se alzaba un espeso seto que rodeaba un gran roble centenario. El constante retumbar de los cascos se cerró.

Marjorie corrió hacia el seto. Empujó el denso arbusto para abrirlo y se arrastró hacia el interior. Las ramas y las zarzas le arrancaron mechones de pelo, las hojas le abofetearon la cara,

pero se adentró más en la espesura.

Unos palos chasquearon bajo los cascos de su montura cuando se acercó. Tocándose el colgante, echó un vistazo a través de las grietas entre las hojas.

Neilan apareció a la vista. Detuvo su montura en lo alto de la colina por la que ella había caído momentos antes. Como un dios vengativo, observó todo lo que había dentro de sus dominios; su intensa mirada la llenó de temor al castigo.

Ella se encogió más en la espesura. A través de las oscuras hojas dentadas en forma de corazón, abundantes en racimos de flores verdes, observó cómo Neilan guiaba a su bayo por la empinada pendiente.

Pequeñas punzadas de sensación subieron por el dorso de sus manos y brazos. Se apartó del tallo oscuro y cubierto de vello de una hierba alta.

En la base de la colina, cerca de la roca contra la que se había golpeado al caer hacía unos momentos, Neilan detuvo su caballo. Un ceño fruncido esculpió su rostro mientras escudriñaba la tierra desgarrada, luego su mirada barrió la zona.

Marjorie se estremeció. Por favor, que no me vea.

Pequeñas hojas revolotearon bajo su respiración nerviosa y se rasparon en sus manos. Sintió un hormigueo en la piel.

La cicatriz de su mejilla izquierda se tensó. De nuevo escrutó el bosque circundante.

Su corazón latía tan fuerte que temía que él oyera su frenético latido.

Las sensaciones de hormigueo se intensificaron. Se abanicaron sobre su piel extendiéndose por sus brazos, luego alrededor de su cuello y subiendo por su cara. El sudor le humedeció la frente. Su garganta se resecó.

Debía permanecer quieta. Su libertad dependía de su silencio.



Neilan se irguió sobre sus estribos. Su bayo se agitó bajo él. Acarició distraídamente el cuello del caballo mientras oteaba el bosque circundante.

—Tranquilo, muchacho —le tranquilizó Neilan. Marjorie había pasado por aquí. La tierra recién removida y los montones desiguales de hojas donde había caído ofrecían la prueba.

Con una mueca, se pasó los dedos por el bulto palpitante de la nuca que aún le dolía a rabiar. Y se había hinchado hasta alcanzar el tamaño de un huevo de pato.

El leve crujido de las hojas de una mata de gruesos arbustos en la base de un gran roble captó su atención. Estudió el intrincado tejido de ramas y hojas. Dentro de la mezcla, no vio más que sombras.

Una liebre, un tejón u otro animal pequeño podría estar escondido dentro, pero sus sentidos le decían lo contrario. El denso follaje proporcionaba una cobertura excelente para que una persona se escondiera.

Las hojas volvieron a agitarse dentro de la densa maraña, confirmando sus sospechas de quién se escondía exactamente dentro.

Se enderezó en la silla de montar, con una sonrisa de suficiencia asentándose en sus labios. Ahora, muchacha, veremos quién ha burlado a quién.

Neilan empujó su bayo hacia la espesura. A varios metros de distancia, distinguió una maraña de ortigas entretejidas entre las zarzas; sus hojas dentadas estaban cargadas de racimos de flores verdosas.

—Por los ojos de Dios —murmuró—. ¿No habrá sido tan ignorante como para esconderse

ahí?

Las ramas volvieron a temblar, esta vez con más intensidad.

Hizo una mueca de dolor, demasiado consciente de la miseria que ella se había infligido a sí misma sin saberlo. Una vez, durante su juventud, se había deslizado dentro de unas zarzas para esconderse de sus hermanos. Las horas que había sufrido por su exposición a la aparentemente inocente hierba le habían enseñado a tener cuidado cuando buscaba refugio en el bosque. Un hecho que aprendería este día.

—Lass. —Su tono firme vibró en el bosque—. Sé que estás ahí dentro. Sal.

Silencio. Los arbustos se movieron con una vigorosa sacudida.

Él sacudió la cabeza, frustrado por su terquedad.

—Marjorie.

—Vete.

Ante su voz irritada, otra sonrisa se curvó en su boca.

—Tienes ortigas por todas partes, muchacha —le explicó—. Si te quedas ahí, solo conseguirás castigarte aún más.

—Como si tú no fueras a hacerlo.

—No —dijo con tono solemne. Por muy alterado que estuviera, nunca había tocado a una mujer con violencia. Incluso después de su descarado acto, la idea de golpearla le repugnaba—. No voy a tocarte. Tu encuentro con las ortigas será suficiente castigo.

Los arbustos se agitaron.

—¿Lo juras? —preguntó ella, su voz era una mezcla de nervios y desesperación.

—Sí.

El contorno de su rostro apareció a la vista, sus ojos grises cargados de dudas.

—Cuanto más tiempo permanezcas entre los arbustos, más sufrirás.

Con un crujido despiadado, Marjorie salió a empujones de la espesura; su vestido recién robado desgarrado, rasguños recorriendo sus brazos y un sarpullido oscureciendo su piel expuesta.

¡Los dientes de Dios! En un rápido movimiento, Neilan desmontó y corrió a su lado.

Al acercarse él, los ojos de ella se abrieron de par en par y retrocedió dando traspiés.

—No me pegues.

Asqueado por su falta de confianza, la cogió suavemente del brazo. La condujo primero a su caballo.

—No te muevas. —Neilan recuperó una torta redondeada de jabón artesanal y luego la guió hacia el estanque bajo la cascada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

Al borde del agua, la soltó y le tendió la torta de jabón.

—Límpiate todo lo que puedas del veneno de la ortiga. Una vez que hayas terminado de lavarte, te aplicaré una mezcla de hierbas para aliviar el dolor.

Marjorie vaciló, su mano se movió para rascarse la piel a lo largo de los antebrazos.

—Cógelo —dijo él, irritado porque ella se resistiera en esto. Con el enrojecimiento que crecía en su piel, tenía que estar agonizando.

La duda bullía en sus ojos.

—¿Por qué ibas a ayudarme después de lo que te he hecho?

Él ignoró el temblor de su voz.

—Una pregunta que me he hecho varias veces desde que te encontré.

Sus dedos temblaron al aceptar el jabón.

—Muchas gracias. —Caminó hacia el agua. En el borde del agua se quitó las zapatillas, levantó el dobladillo de su vestido hecho jirones y se metió cautelosamente en la orilla. Un gemido de puro alivio salió de sus labios.

—Cuando te quites la ropa, tíramela.

Ella giró para mirarle, con la boca abierta por la incredulidad.

—Es indecente.

Mientras permanecía allí mirándole, con el agua como brillante telón de fondo, era demasiado fácil imaginarla mojada y desnuda. Neilan apretó los dientes. No necesitaba estar pensando en eso.

—Mientras te bañas —dijo—, enjuagaré cualquier veneno de la planta de tu ropa y luego la colgaré para que se seque. Con el veneno de las ortigas en ti, pronto estarás demasiado débil y enferma para completar la tarea por ti misma. Adelante. El jabón está hecho con salvia y romero. Te aliviará el picor.

—No me desnudaré y...

—¡Basta! —Dio un paso amenazador hacia ella—. Harás lo que te digo o te lavaré yo misma. —Marjorie escupió con indignación, y él maldijo su cuerpo mientras se endurecía ante la imagen de ella enjabonada y desnuda en sus brazos. Maldita fuera la muchacha por tentarlo tanto. Y a sí mismo por ser tan débil cuando se trataba de ella.

Después de golpearle con la rama, ella no debía infundir en él más que desconfianza. Pero a medida que su cuerpo se encendía de deseo, parecía que también le traicionaría.

Asintió lenta y cautelosamente, frotándose los brazos con las manos.

—Date la vuelta.

—¿Y confiar en que no vuelvas a golpearme?

Un rubor recorrió su rostro.

—Tienes mi palabra de que no te golpearé.

Él gruñó.

—Si oigo un paso acercándose en mi dirección, te fregaré yo mismo. —Neilan se volvió, dispuesto a apartarla de sus pensamientos. Y de su vida.

El crujido de la tela húmeda avivó las imágenes calientes que se arremolinaban en su mente. El deslizamiento de la tela le permitió imaginársela fácilmente despegando la prenda medio rasgada de su carne suave y cremosa, y la abundancia de curvas derramándose libremente.

—Maldita sea —murmuró en voz baja—. ¡No mires! —casi chilló ella.

La visión de los brazos de ella intentando tapar sus amplias turgencias de su vista le puso cada vez más duro.

—Maldita sea. No lo haré. Ahora adelante.

Sin previo aviso, el vestido cargado de agua cayó al suelo a centímetros de él.

Marjorie estaba desnuda. Excepto por su collar, ni una puntada cubría su esbelta figura. Si se giraba ahora, vería cada centímetro de ella. Desde la caída de sus rizos castaños, hasta la esbelta columna de su cuello, pasando por las curvas de sus tentadores pechos. Por su estrecha cintura hasta el vértice de su feminidad.

Su respiración se volvió entrecortada. Su cuerpo se endureció hasta el dolor. La suavidad de la piel de ella bajo sus manos invadió sus recuerdos.

Con un juramento, se inclinó y levantó la prenda. Su olor a mujer y a lavanda se elevó desde el vestido. Apretó con la mano el escotado vestido. Dios del cielo, un hombre sólo tenía un

límite de fuerzas.

El agua chapoteó tras él.

Deseó que su mente se vaciara. En lugar de eso, pintó una imagen tortuosamente clara de sus esbeltas piernas siendo engullidas lentamente por el torrente de agua helada. Cómo el brillo de las gotas perduraría en su piel pálida, y sus pezones creciendo hasta convertirse en picos duros y rígidos.

Le corría el sudor por la frente mientras se obligaba a no volverse y mirar hasta hartarse. Se movió, tratando de aliviar la agonizante presión de su virilidad dentro de sus tripas.

Un silencioso chapoteo del agua detrás de él le indicó que había empezado a lavarse.

Gimió. Con cuidado de no hacerse daño en su estado de excitación, se agachó al borde del agua. Debería haber buscado y robado también otra muda de ropa, más modesta, para ella. Hasta que consiguiera una de repuesto, esta prenda tendría que bastarle.

Neilan se concentró en enjuagar su vestido. Sin proponérselo, en su mente se formaron imágenes de su piel enjabonada con una resbaladiza capa de jabón. Del cálido aroma de su piel. De cómo sus dedos rozaban su carne resbaladiza, y de su gemido de placer cuando le suplicaba que le hiciera el amor.

Sacudió la cabeza. Contrólate, muchacho. Pero con los rancios pensamientos que se agolpaban en su mente, bien podría haber estado deseando encontrar una colina de hadas.

Asqueado por su falta de voluntad cuando se trataba de ella, le exprimió el agua de su andrajoso vestido. Se levantó para marcharse, pero perdió la tentación al robarle una rápida mirada a través de las pestañas. ¿Qué esperaba? No era un santo.

Un gemido de pura lujuria lo desgarró.

Unos pechos llenos sobresalían orgullosos por encima del agua mientras ella se enjabonaba. La curva de su cintura era una fantasía en sí misma. Y la suavidad de su cabello

castaño envolviendo su esencia.

Se dio la vuelta, deseando desesperadamente un rápido chapuzón en el agua helada para atemperar su propia necesidad furiosa.

—¿Neilan?

Su suave voz se deslizó a través de él como vino caliente.

—¿Sí?

—Estoy lista para salir.

—Entonces, acércate. —Lamentó su tono cortante, pero si ella se enteraba de sus pensamientos lujuriosos o de su acto poco caballeroso, permanecería en la seguridad del agua. Se alejó a grandes zancadas y colgó sus ropas en las ramas de un arbusto cercano para que se secaran.

El agua salpicaba a su paso.

—Necesito una manta para cubrirme.

—Está en mi caballo. —Su cuerpo zumbaba de deseo no consumido mientras se dirigía hacia su montura. Neilan respiró hondo mientras desprendía la manta del rollo, las visiones de ella desnuda le recorrían el cuerpo con dolorosa eficacia.

Con el envoltorio bajo el brazo, Marjorie observó cómo Neilan se dirigía a la orilla del agua. Afortunadamente, mantuvo la mirada apartada. A un palmo del arbusto en el que ella se había escondido, se detuvo.

—Pon la manta en la roca de tu izquierda —le dijo a Marjorie. Un escalofrío la recorrió. El jabón y el agua fría habían ayudado a aliviar el picor, pero su cuerpo seguía ardiendo como si estuviera en llamas.

Una oleada de cansancio la invadió y ahora comprendía su insistencia en que se diera prisa.

Se puso en pie. Lo único que quería era descansar.

—¿Marjorie?

—Por favor, déjalo ahí. —La preocupación en la voz de Neilan amenazaba con derribar su resistencia. No deseaba otra cosa que volverse hacia él, apoyarse en su fuerza durante su desdicha.

Por mucho que deseara su consuelo, temía más lo que tal acción le depararía. Ya había traspasado los límites de verle como su enemigo. No es que hubiera olvidado que era su secuestrador, pero el tiempo que pasaban juntos le estaba descubriendo a un hombre orgulloso y honorable. Un hombre que inspiraba confianza, algo que ella nunca podría darle.

Neilan se mantuvo de espaldas a ella mientras dejaba la manta en el suelo. Se alejó, dejándola sola.

En un suspiro alargó la mano, cogió la manta y se la envolvió; la áspera envoltura resultaba áspera sobre su tierna piel, que le picaba. A pesar del calor que la recorría, le castañeteaban los dientes mientras caminaba sobre el suave suelo sembrado de hojas.

Curiosa por las hojas verdes que Neilan aplastaba sobre una losa de piedra, se acercó. Al acercarse, se dio cuenta de que de vez en cuando él inclinaba la piedra aplastada para recoger el jugo en un pequeño trozo hueco de madera seca.

Marjorie se detuvo a su lado.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy haciendo una cataplasma con llantén. Esta hierba suele crecer junto a las ortigas. El zumo ayudará a calmar el picor y ardor de las ortigas sobre tu piel. —Levantó la vista y sus ojos cobalto se clavaron en los de ella; el deseo se cocía a fuego lento en su mirada.

El calor acarició su cuerpo, pero no tenía nada que ver con la hierba ofensiva que había dejado su cuerpo en llamas.

Se dio la vuelta y el hechizo mágico se rompió. Neilan siguió machacando las hojas.

Ella se acurrucó bajo la manta, hipnotizada por su meticulosa atención al detalle en su tarea. Ella le había creído un hombre de acción, un guerrero impaciente ante la vida. Esta paciencia suya era inesperada, lo que la perturbaba aún más. No era un hombre sencillo como lo eran su hermano o su ex prometido, ambos centrados en el dinero y la bebida.

Arrojó la roca con las hojas destrozadas a un lado.

—Está listo. —Levantó el tosco recipiente de madera con el líquido extraído.

—Gracias —respondió ella, su voz no tan firme como le hubiera gustado. No quería verle a este nivel personal, como un hombre que se preocupaba, un hombre que se ofrecía a ayudar a alguien necesitado. ¿Por qué no podía ser un simple pícaro al que, una vez terminada esta trama de rescate, ella pudiera olvidar?

Las dudas de que eso ocurriera crecían.

Se levantó, lentamente, sus ojos oscureciéndose con intención.

—Quítate la manta.

Capítulo 6

Ante el avance de Neilan, Marjorie dio un paso atrás y tiró de la manta con más fuerza. La lana arañó su piel inflamada.

Sus ojos cobalto se oscurecieron a un negro tinta.

—Es una tontería desobedecerme, sólo te causarás más sufrimiento. Hay que frotar el jugo por todas partes.

—Una tarea que soy capaz de hacer —susurró ella. Ya había despertado sentimientos que ningún otro hombre le había inspirado jamás. Por su propia cordura, necesitaba que él mantuviera las distancias—. Yo lo haré.

—No tan eficientemente como yo.

—Pero...

Él siguió acercándose, cerrando un paso por cada uno que ella retrocedía. Sus cejas se encajaron en un ceño oscuro y la hendidura de su barbilla se hizo más profunda. Parecía todo un guerrero, hasta que ella captó la suavidad de su mirada.

Por muy admirables que fueran sus acciones, ella no quería ver su lado cariñoso. Era su enemigo.

—Puedes aplicar el ungüento donde yo no llego —aceptó finalmente. Una parte de ella

temía tal intimidad. Incluso con náuseas, otra parte de ella se preguntaba qué sentirían sus manos sobre su piel. ¿No tenía vergüenza?

Neilan le pasó el recipiente de madera que contenía el líquido recién exprimido.

—Ve detrás de la roca —le dijo suavemente—. No te demores.

Ella asintió con la cabeza.

—Si intentas huir, te atraparé.

Un temblor sacudió su cuerpo.

—¿Como si desnuda y envuelta sólo en una manta eligiera huir?

—No volveré a subestimarte.

Ella frunció el ceño hacia donde él había colgado sus andrajosas prendas, en dirección opuesta a la roca.

Le temblaron las rodillas mientras Marjorie se dirigía a cubierto. Escudada por el peñasco, soltó la manta. Se apoyó en la roca cubierta de musgo y cerró los ojos ante la fresca suavidad que ofrecía un bendito alivio a su piel abrasada.

Se le revolvió el estómago y casi se dobló. Dio un suave gemido mientras se hundía en el suelo.

—¿Necesitas ayuda?

La preocupación en su voz la tentó a admitir que no estaba segura de poder completar la sencilla tarea.

—Ya casi he terminado —respondió por preservación.

Marjorie se echó el ungüento en la palma de la mano. El sudor cubrió su frente. Su visión se nubló.

Hazlo... o él lo hará.

Con dedos temblorosos, aplicó el frío líquido sobre su cuerpo, excepto en la parte superior de la espalda. Se estiró y consiguió enroscar los dedos en la manta. Su mano tembló al enrollarla alrededor de su cuerpo.

La negrura amenazaba.

Aferró la envoltura de lana, se arrastró hasta ponerse de pie y se apoyó en la roca. No podía desmayarse.

—¿Marjorie?

Apoyándose, se tambaleó hacia delante. A medio camino de la roca, Neilan la atrapó. Su mirada la recorrió de arriba abajo. La preocupación surcó profundas líneas en su frente.

—¡Por los ojos de Dios! —La cogió en brazos y se dirigió hacia el pequeño campamento a una velocidad vertiginosa.

—Bájame.

—¿Por qué no pediste ayuda? —La suavidad de su tono hizo poco para disminuir la censura en su voz.

—Estoy desnuda —murmuró ella, el esfuerzo por hablar una hazaña en sí misma. La negrura invadió los rincones de su visión.

Él soltó un bufido de disgusto.

—Como si no hubiera visto a una mujer en todo su esplendor. —Se sentó en un tocón con ella cobijada entre sus brazos—. ¿Te has aplicado el ungüento?

—Sí, excepto por mi espalda.

—Me ocuparé de eso entonces. —Neilan la acodó cuidadosamente contra su pecho. Con una mano suave, aflojó la manta y empezó a extender el ungüento.

Un suspiro salió de sus labios al sentir el frío bálsamo contra el ardor de su piel, pero la manta de lana que cubría el resto de su cuerpo ofrecía su propia clase de tortura. Presa de las consecuencias y por pura desesperación, agarró el borde de la manta y tiró hacia abajo.

—¿Qué ocurre?

—La manta. Hu… Huele.

—Debería haber pensado en darte mi túnica.

Su sinceridad la conmovió. Mientras él retiraba suavemente la manta, ella oyó su aguda inspiración antes de apartar la mirada. Intentó avergonzarse de su desnudez mientras yacía contra él, pero con la cabeza latiéndole con fuerza y el cuerpo entre la congelación y un infierno furioso, no pudo reunir la energía necesaria para montar una protesta.

Otra oleada de náuseas la golpeó. El bosque que la rodeaba se desdibujó en una dolorosa neblina.

—Por favor, haz que pare de arder.

Ante el dolor en la voz de Marjorie, Neilan deseó que este día terminara. O que pudiera soportar su dolor. No podía hacer ninguna de las dos cosas. Pero la haría sentir lo más cómoda posible.

Eso sí podía dárselo.

Le apartó un mechón de pelo que le había caído sobre la cara.

—Llevará tiempo que los efectos del veneno de las ortigas desaparezcan. —Con ella aún en brazos, se levantó. Se quitó las botas.

—¿Qué haces? —preguntó ella con un gemido.

—Tu cuerpo está demasiado caliente. El agua fría te aliviará. —Recogió el jabón y se metió en el agua helada, ignorando la palpitación en la parte posterior de su cráneo por el golpe

que ella le había dado antes.

—Tu ropa...

—Se secará. —Ella le miró fijamente, indefensa, necesitada, pero debajo, él vio la confianza. Conmovido de que ella eligiera creer en él, avergonzado de que su creencia le calentara el corazón, hizo una mueca. Que ella le ofreciera su confianza sólo complicaría aún más las cosas. Se adentró más en el arroyo alimentado por las montañas.

—Pero...

Sacudió la cabeza.

—Voy a lavarte de nuevo. Aliviará el dolor. Cuando tu cuerpo se haya enfriado y estés seca, volveré a aplicarte más bálsamo. Por ahora, es más importante bajarte la fiebre.

La gratitud brilló en los ojos grises que le miraban fijamente. Luego apoyó la cabeza contra su pecho, castañeteando los dientes; la piel apretada contra él ardía de calor.

Cuando el agua le llegó a la cintura, la depositó con cuidado ante él. El dolor vidriaba sus ojos mientras le miraba sin comprender, su cuerpo seguía temblando.

Maldita sea. Si él le hubiera prestado atención en el arroyo mientras llenaba su bolsa de agua, ella nunca habría tenido la oportunidad de golpearle, y mucho menos de escapar. Pero lo había hecho.

A pesar de su insensatez, no se merecía este castigo. El veneno de las ortigas no era letal, pero la dejaría muy enferma durante el día siguiente.

Neilan hizo rodar el jabón entre sus palmas hasta que hizo espuma. No podía dejar de apreciar sus exuberantes curvas mientras enjabonaba su cuerpo; cómo sus pezones se endurecían hasta convertirse en picos tensos contra el agua fría, pero ahora ella necesitaba su ayuda, no pensamientos calientes deslizándose por su mente.

Pero lo hicieron, imágenes de su cuerpo resbaladizo apretado contra el suyo, de su boca rozando su piel suave, su calor envolviéndole mientras la tumbaba sobre el suave musgo y la reclamaba como suya. Maldiciendo en silencio, miró a lo lejos, reprimiendo enérgicamente su lujuria y ocupándose de su tarea.

Cuando hubo limpiado todo su cuerpo, trasladó a Marjorie hasta donde el agua caía en cascada desde los acantilados hasta un estanque casi negro. Cuando la profundidad del agua le llegó a los hombros, los sumergió a ambos en el agua helada. Mientras permanecían allí, su propio cuerpo empezó a temblar y a entumecerse lentamente. Ignoró el malestar. El agua helada le bajaría la fiebre y le ofrecería otra capa de alivio.

Ella cerró los ojos y se acurrucó más contra su pecho.

Su simple acto lo arrastró con tanta seguridad como el jabón arremolinándose río abajo. Contempló su esbelto cuerpo que se apoyaba en él en busca de calor y su aspecto frágil. La protección surgió en él, una necesidad básica de protegerla asaltó sus sentidos como si se tratara de un asedio bien planeado. La intensidad le pilló desprevenido. Había hecho el amor con mujeres antes, pero nunca nadie le había tocado como lo había hecho Marjorie.

Unos ojos confiados, brillantes de fiebre, le miraban fijamente.

Quiso estrecharla contra él, susurrarle que la protegería siempre. Luchando por aceptar el impacto de lo que ella le hacía sentir, continuó abrazándola.

Al cabo de un rato, le pasó los dedos por la frente, que estaba más fría al tacto. Satisfecho de que el agua hubiera hecho su trabajo, la llevó hasta la orilla y la depositó sobre una roca aplanada. Le tendió una túnica seca por encima.

—Quédate quieta. —Guardó silencio, la conversación la agotaría aún más. Aunque su fiebre se había ido, sin los efectos refrescantes del agua, volvería. Y cuando lo hiciera, él rezó para que ella no cayera en un delirio.

Pero mientras ella le observaba, con la opacidad sombreando la vivacidad normal de sus ojos, él se preocupó de que ya fuera demasiado tarde para que sus plegarias fueran escuchadas.

Neilan recuperó el resto del ungüento de plátano que había entresacado y volvió a aplicárselo. Luego seleccionó la túnica más suave que había empaquetado y le pasó la prenda por la cabeza. En su esbelta figura, le caía por debajo de las rodillas.

Se le apretó el corazón. Parecía un duendecillo perdido.

—Descansa. Te prepararé una bebida que te ayudará a dormir.

Ella logró asentir levemente.

Perturbado por su deteriorado estado, se ocupó de llenar su mente con otros pensamientos que no fueran ella. Encendió un pequeño fuego y sacó una pequeña olla que llevaba en la mochila. Tras recoger suficientes hojas de manzanilla de una planta cercana para preparar una taza, empapó las fragantes hojas en el agua hirviendo. Durante toda la tarea, se encontró mirando hacia Marjorie.

Cuando las hierbas empapadas se enfriaron, se cambió rápidamente de sus ropas mojadas. Terminado, llevó el brebaje humeante y se arrodilló ante ella. Sus dientes castañeteaban mientras la fiebre sonrojaba sus mejillas y la erupción en su piel expuesta se había extendido. La pobre muchacha parecía desesperadamente miserable.

Neilan le acercó el té caliente a los labios.

—Bébelo despacio. —Ella vaciló ante él.

Él la cogió del hombro y la estabilizó.

—Sólo quiero dormir. —Su voz se arrastró.

—Lo harás. Esto te ayudará.

Por fin terminó el té. Dejó la taza y la atrajo contra sí.

Sus temblores aumentaron.

Incapaz de hacer más, Neilan murmuró palabras tranquilizadoras en gaélico que recordaba que su madre le había ofrecido cuando estaba enfermo de niño.

Las horas siguientes pasaron borrosas. A veces divagaba, otras se agitaba en sus brazos. Finalmente, cuando el sol se desvaneció del cielo y la negrura envolvió la tierra, Marjorie cayó en un sueño exhausto.

Con cuidado de no despertarla, la colocó sobre otra manta que había extendido. A la luz de la luna parecía tan frágil. Como si fuera a romperse al menor roce.

Le dio un beso en la frente.

—Que duermas bien.

Inquieto al ver que besarla era algo tan natural, caminó hasta la orilla de la cascada. Los rayos de luna serpenteaban entre el torrente de agua, parpadeando y burlándose de los erráticos remolinos como si las hadas rozaran la superficie en una traviesa danza.

Pero la ligereza que anhelaba sentir nunca llegó.

La culpabilidad le recorría. Era un error estar cuidando de la muchacha. Hacerlo iba en contra de todo lo que él representaba. Contra su voto de vengar la muerte de su padre jurado sobre su tumba.

La pena se aferró a él como las gotas de humedad a las hojas que cuelgan bajas mientras volvía hacia donde ella dormía. A un paso se detuvo.

La miró fijamente como si la viera por primera vez, deseándola más con cada aliento. ¿Cómo podía una inocente como Marjorie haberle hecho desearla tanto?

Los grillos empezaron a cantar, su cadencia llena de una triste lentitud. En contra de su buen juicio, se tumbó y la atrajo hacia la curva de sus brazos. Por esta última noche, para

ofrecerle socorro, la abrazaría.



—Neilan.

Al oír una voz, Neilan se despertó al instante. Sin levantar la cabeza, entornó los ojos y escrutó el bosque en busca de peligro, su mano deslizando su daga libre de la vaina.

Los primeros rayos de sol se deslizaban por el bosque proyectando sombras tenebrosas donde podía esconderse su enemigo.

Observó. Esperó.

Y no vio más que el rocío sobre la hierba y los primeros rayos dorados de la luz del sol brillando a través de las hojas. El gorjeo de los pájaros matutinos respaldado por el constante batir del agua le ayudó aún más a creer que estaban solos. Y a salvo.

—¿Qué ocurre?

Ante la pregunta susurrada de Marjorie, su cuerpo se endureció al instante. Hizo una mueca y aseguró su daga. Ella yacía a su lado observándole. Sus ojos claros le aseguraron que se había recuperado de su combate con las ortigas urticantes. Una rápida revisión de su cuerpo reveló que sólo le quedaba una pizca de sarpullido. El color rosado tiñó sus mejillas ante la mirada de él.

Le tocó la frente con los dedos, intentando ignorar la suavidad de su piel. Retiró la mano.

—Tu cuerpo está fresco.

Ella le miró, con la confusión brillando en sus ojos.

—Me siento mejor.

El calor delicioso de su cuerpo apretado a su lado nubló sus pensamientos.

Se apartó de ella.

—Me alegro. Estabas muy enferma.

Ella buscó su rostro. Él vio el deseo que ella luchaba por definir, un anhelo que él debía ignorar. Necesitando tocarla de nuevo, le apartó varios mechones de pelo de la mejilla y se los pasó por detrás de la oreja, saboreando el calor satinado de su piel.

Su boca se entreabrió con una inocente invitación.

—¿Neilan?

La ronquera de su voz minó su buena intención. Maldijo su debilidad por ella mientras cubría su boca con la suya. Marjorie se derritió bajo él, devolviéndole el beso. Conmovido por su dulzura, bajó la mano por la sedosa curva de su cuello y luego por debajo de la vestido hasta acariciarle el pecho. Atrapó el sensible nódulo entre sus dedos.

Ante la caricia íntima de Neilan, Marjorie se arqueó contra él, perdida por el placer que se extendía por todo su cuerpo, entregándose al calor que infundía su tacto. Por un momento insensato se permitió ahogarse en un placer pecaminoso, regodearse en sus caricias mientras sus dedos vagaban sin piedad sobre ella en una destrucción sensual.

Con un gemido, la mano de él se deslizó hasta el borde de sus rizos de mujer. Ella se echó hacia atrás, horrorizada por lo que había permitido.

—Esto está mal. —Pero incluso mientras lanzaba las palabras, le dolía desearle.

—Está bien —susurró él a cambio, su boca arrastrando besos en un lento barrido a lo largo de la columna de su cuello.

Su ronco eructo debilitó su resistencia. Su cuerpo se balanceó hacia delante, anhelando su

contacto. La vergüenza la azotó. ¿Cómo podía sentirse así por él?

Intentó soltarse.

Él la agarró por los hombros.

—Marjorie, escúchame. Yo…

—¡Suéltame! —le ordenó ella, desesperada por salvar la última pizca de su dignidad—. No quiero tener nada que ver contigo.

La irritación acuchilló sus ojos. Bajó la mirada hasta donde su cuerpo yacía al ras, hasta donde sus piernas se habían entrelazado con las de él, e incluso ahora su lugar de mujer le apretaba íntimamente.

—Parece —dijo con suave desafío—, que tu cuerpo dice lo contrario.

Avergonzada, Marjorie se puso en pie de un empujón. Abrazó su túnica contra ella; el material caía desordenadamente hasta sus rodillas.

—No quiero nada de ti.

Neilan se puso en pie.

—¿De qué tienes miedo, muchacha, de mí o de ti misma? —Ella dio un paso atrás avergonzada por haber permitido que la tocara tan lascivamente, que incluso ahora, su cuerpo ardía donde sus dedos habían rozado sobre su carne.

Con la rapidez de un relámpago, él le cogió la mano y la atrajo contra sí.

—¡No lo hagas!

—¿Qué no hago? —Su boca se deslizó sobre la de ella, urgiendo su respuesta—. ¿Contarte cómo te estremeciste bajo mis caricias? ¿Cómo te arqueaste contra mí cuando tomé tu pezón entre mis manos? ¿O que incluso ahora estás húmeda de deseo?

Su respiración se aceleraba. Quería negar sus acusaciones, pero cuando debería sentir

repulsión hacia su enemigo, su cuerpo gritaba con la necesidad de su tacto.

Temerosa de que si no decía nada, dados sus intensos sentimientos por él, estarían haciendo el amor en un santiamén, atacó.

—No soy tu puta para tomarme libertades sin permiso, sino una noble inglesa.

Levantó la cabeza, la furia oscureciendo su mirada hasta el negro.

—Soy tu prisionera —insistió—. No sólo me has secuestrado de mi hogar, sino que después de nuestra noche juntos en la posada, por inocente que fuera, mi reputación está por los suelos. Ningún hombre de honor me querrá ahora. —Y cualquier oportunidad de casarse por dinero y salvar su hogar estaba perdida—. Desearía por Dios haberte matado después de todo.

Tan pronto como había escupido las palabras, se arrepintió de ellas, anhelaba admitir que eran mentira. En todo caso, se había esforzado por asegurar su comodidad. Pero a juzgar por la ira que surcaba su rostro, quizá fuera demasiado tarde para disculparse. Pero tenía que intentarlo.

—Neilan, yo...

—Tienes razón, eres mi prisionera. —La soltó, la frialdad de su mirada la heló—. Nunca he hecho daño a una mujer en mi vida y no empezaré ahora. Tampoco tomaré lo que no se me ofrezca libremente.

Marjorie abrió la boca para hablar, para explicarse, y luego se detuvo. Su interés en ella era el rescate que traería.

Al final, ella regresaría a Inglaterra y él permanecería en Escocia. A decir verdad, las reacciones desenfrenadas de ella a sus insinuaciones habían provocado su audacia. ¿Qué hombre se negaría a una mujer dispuesta?

Ante la expresión estoica de ella, Neilan cruzó los brazos sobre el pecho. Su prisionera. Sí, ella era eso. Pero cuando la había retenido durante la noche, sus pensamientos se habían alejado traicioneramente de pensar en ella como tal.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la rama donde había colgado su vestido. Hacer el amor con ella habría sido un grave error. Cogió el vestido andrajoso y se lo acercó.

—Póntelo. —No fue una petición.

Su mirada no se apartó de la de él mientras lo cogía. Marjorie retrocedió con el vestido arruinado acunado entre los brazos como si fuera un escudo.

Un músculo trabajó en su mandíbula.

—Date prisa. —A su hosca orden, ella se escabulló detrás de la gran roca. Bien, le haría bien temerle.

Mientras ella se cambiaba, Neilan reembaló su montura. Despojó su mente de pensamientos sobre sus apasionados besos de hacía unos momentos. O de cómo, si ella no se lo hubiera impedido, estarían haciendo el amor. ¿Qué había pensado él, que ella encontraría interés en un caballero? Soltó un bufido indignado. Ella era una rica heredera inglesa. Y él, el hijo mediano de un noble, sin herencia y con un juramento a su padre.

Aseguró la última cincha de la silla de montar con un fuerte tirón, guardó la túnica y aseguró las mantas. Era hora de partir. Cuanto antes partieran, antes podrían enviar el rescate y él podría librarse de ella.

Neilan condujo a su bayo hasta la hoguera y le dejó beber. Después, dobló la esquina para encontrar a Marjorie de pie junto a la roca con el vestido hecho jirones. Su porte regio en desacuerdo con el corte seductor del vestido; la frialdad de su mirada en conflicto directo con el calor que él sabía que latía debajo. El puñetazo del deseo golpeó sin previo aviso. Neilan apretó los dientes mientras le hacía señas para que se acercara. Mantendría las distancias, emocional y físicamente.

Pero cuando ella se puso en marcha hacia él con su cuerpo de sirena y su porte de soberana, se preguntó si acababa de comprometerse a un infierno personal.

Capítulo 7

Los dos días siguientes de viaje fueron agotadores para el cuerpo cansado y la mente atribulada de Marjorie. Mientras cabalgaban, por fin cedió al agotamiento y se dejó caer contra el ancho pecho de Neilan. Él no se movió ni reconoció su presencia. Durante los dos últimos días de duro viaje, se había acostumbrado a su actitud distante. A excepción de sus preguntas sobre su sed, hambre o comodidad, él la había ignorado.

Como si ella no importara. O existiera.

Después de desearle la muerte, ¿qué había esperado ella, su perdón? No, pero que él pudiera descartarla tan a fondo después de haberla tocado tan íntimamente aún le dolía.

Pasó una ráfaga de viento. La alta hierba sembrada de brezo se inclinó bajo su fuerza. El bayo se abrió paso por una empinada pendiente, el ángulo forzó su cuerpo contra el bien musculado armazón de Neilan.

El calor se extendió por ella. Con demasiada facilidad imaginó los dedos de él moviéndose sobre su piel en una suave caricia; el calor que inspiraba su tacto. El calor se acumuló en su interior. Avergonzada por cómo podía afectarla cuando necesitaba apartarlo de sus pensamientos, Marjorie se inclinó hacia delante, alejándose de Neilan.

Él guió a su corcel alrededor de un parche de zarzas.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, con voz fría.

—Nada.

—Entonces quédate quieta. Llegaremos al castillo de Riverlochs antes del mediodía. —Marjorie oteó el horizonte. El ángulo del sol se acercaba a su ápice.

Ante ellos no había más que árboles, campos y rocas salientes. Pero pronto llegarían a su casa, donde sería encarcelada hasta que recibieran su rescate. Pago que nunca llegaría. ¿Y después qué? Inquieta, se removió.

—No se te ocurra intentar escapar —le advirtió Neilan.

—Estoy aquí sentada en silencio, como me pediste.

Soltó un bufido de incredulidad.

—El día que acates mis órdenes, como deberías haber hecho desde el principio, sabré que padeces un grave mal. Dime la verdad —ordenó—, y sabré si estás mintiendo.

Marjorie vaciló. Debería permanecer callada, pero tenía que saberlo.

—En tu casa... —El paso firme de los cascos repiqueteó sobre los parches de piedra rota.

—Continua.

Ella se giró y le miró fijamente.

—Es difícil para mí. —Él arqueó una ceja poco comprensiva.

—Los rebeldes dentro de tu casa. ¿Me tratarán… bien?

—¿Bien?

Él sabía lo que ella quería decir. Ella había visto el parpadeo de comprensión.

—¿No me harán daño?

Con un encogimiento de hombros escudriñó sus alrededores.

—Estarás a salvo mientras no les des razones para tratarte de otro modo.

—¿Y cuál sería una razón?

Sus ojos cobalto se clavaron en ella.

—Intentar huir.

—Como si dadas las mismas circunstancias, ¿no intentarías lo mismo?

—Lass, si se diera la misma circunstancia, habría escapado.

El calor subió por sus mejillas. Inclinó la barbilla en una obstinada inclinación.

—No me disculparé por intentar recuperar mi libertad.

—Ya te lo he dicho, no se te hará daño. Una vez recibido el rescate, se harán los arreglos necesarios para llevarte sana y salva a tu hogar. —Su boca se asentó en una línea dura mientras la estudiaba—. ¿A menos que tenga una razón por la que deba creer lo contrario?

¿Cómo su falta de fondos?

—No son más que los nervios los que me llevan a preguntar.

Él emitió un gruñido sin compromiso, lo que le aseguró a ella que estaba lejos de convencerle. Neilan guió a su caballo por un estrecho sendero que atravesaba un rodal de pinos. La densa cubierta enfriaba el aire. Los suaves ecos de los cascos de su montura moviéndose por el bosque se arrastraban con el viento.

El sendero se hizo más empinado, serpenteando como si fuera a llevarles al borde de la tierra. El aroma de las hierbas silvestres que crecían a su alrededor llenaba el aire. En cualquier otro momento, habría saboreado la cruda belleza de este entorno.

Como si hubiera atravesado una puerta mágica, el espeso manto de follaje cedió.

Jadeó maravillada. Extendido hasta donde alcanzaba su vista se extendía un gran lago abrazado por tierras oscuras y fértiles y colinas erosionadas. En el extremo de una península que

sobresalía de la curva sur, se alzaba un castillo bien fortificado. Un puente levadizo, ahora bajado, unía el único camino que conducía al exterior.

Apenas distinguió pequeños puntos que se movían a lo largo del camino de ronda. Un escalofrío la recorrió. Guardias del castillo. Hombres que le asegurarían que cualquier intento de huir fracasaría.

Neilan detuvo su paso. Señaló hacia la fortaleza de abajo.

—Mi hogar, el castillo de Riverlochs.

Y de su impenetrable defensa, imposible escapar. Su ánimo se desplomó.

—Es magnífico —dijo con admiración a regañadientes. Y rivalizaba con el esplendor de su hogar. Excepto por el toque de salvajismo, que ella atribuyó a los hombres que tallaron la fortaleza en esta tierra implacable.

—Fue construida por los normandos y transmitida a mi familia desde entonces.

—¿Es tuya?

Las sombras parpadearon en sus ojos. Con la misma rapidez, desaparecieron.

—No. El castillo de Riverlochs pertenece a mi hermano mayor.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó ella, necesitando saber a qué se enfrentaba.

—Tres.

—¿Y hermanas?

—Ninguna.

—Oh.

—Aunque tuviera hermanas, no te ayudarían. Tampoco mis hermanos.

—Nunca pensé que lo harían.

Arqueó una ceja escéptica.

—Eso es exactamente lo que creías.

—Tengo otras cosas en la cabeza además de escapar —dijo ella, molesta porque él pudiera leerla con tanta precisión—. Y con lo poco que sé de las artes femeninas, dudo que pudiera seducir a uno de tus hermanos, y mucho menos convencerles de que me ayudaran a escapar.

Eso era cierto, pero era su inocencia lo que aumentaba su irresistible atractivo; un hecho que sus hermanos seguramente notarían. La mano de Neilan se tensó sobre las riendas. Sus hermanos mantendrían las distancias. Una vez que la encerrara en una cámara, les advertiría de sus artimañas. Aunque era virgen, podía ser muy persuasiva.

Un hecho que había aprendido bien.

Empujó a su montura hacia donde el camino cortaba la ladera, ofreciendo una vista clara e impresionante de su tierra natal. El orgullo le llenó mientras contempló el castillo de Riverlochs. Su hogar había resistido muchos asedios a lo largo de los años y resistiría todo lo que los ingleses pudieran servirle.

—¿Cómo se llaman?

—¿Quiénes? —respondió Neilan, mostrándose deliberadamente evasivo.

—Tus hermanos.

Aunque ella lo negó, su intención era demasiado clara. Creyera lo que creyera, una vez encerrada en su casa, no escaparía. Pero no veía nada malo en hablarle de su familia.

—Soy el hermano mediano. Keylan, el mayor, es el Laird MacKintosh y señor del castillo de Riverlochs. —Observó que el estandarte ondeaba en lo alto de la torre; su hermano estaba en casa—. Mi hermano menor es Keir. Te gustará, a la mayoría de las mujeres les gusta.

Ella arqueó una ceja.

—¿Estás celoso de él?

Pensó en el encanto desenvuelto de Keir y su rostro de dios griego, que tenía a las mujeres pululando hacia él como abejas a la miel.

—No. Es su naturaleza.

—Creí que habías dicho que tenía tres hermanos.

Asintió.

—Sí, Blair también es mi hermano, pero por adopción. Excepto por la sangre, es pariente en todos los sentidos.

—Me sorprende que tu familia lo adoptara en lugar de apadrinarlo.

—El padre de Blair salvó la vida de mi madre en un asalto —explicó Neilan, recordando los detalles transmitidos por su padre del brutal ataque de los ingleses—. Después de que mataran a los padres de Blair, no hubo duda de cuál era su lugar. Pasó a formar parte de nuestra familia.

La empatía arrugó su rostro; su sensibilidad hacia un hombre al que no conocía sorprendió a Neilan.

—¿Cuántos años tenía entonces?

—Siete años —respondió. Y Blair había llegado a ellos con un resentimiento salvaje hacia los ingleses; porque su vicioso asalto no sólo había servido para destruir el hogar de su familia, sino que también había acabado con las vidas de aquellos a los que amaba. Ahora que ya era un hombre adulto, Blair había aprendido a moderar su odio. Pero a veces, cuando se hablaba de los ingleses, la amargura de Blair resurgía.

¿Quién podía culparle? Ver cómo asesinaban a tus padres mancillaría al más robusto de los hombres. Pero a un muchacho lo devastaría.

—¿Estarán todos tus hermanos en casa? —preguntó, el miedo persistente en su voz.

—No más preguntas.

Ella se puso rígida contra él.

Si las férreas defensas del castillo no sofocaban sus pensamientos de huida, conocer a sus hermanos lo haría. Cada uno de los hermanos por sí solo se consideraba un partido formidable, pero los cuatro combinados eran una fuerza letal. Dios prohibiera a cualquier tonto que se atreviera a insultar a uno de ellos. Cada hermano se tomaba la calumnia como algo personal y juntos buscaban venganza.

Guió a su montura a un paso lento pero firme hacia la orilla. Cada vez que sus cuerpos se tocaban, Marjorie retrocedía ante él. Neilan murmuró una maldición.

Ella se movió hacia delante, irritándole aún más.

—Si te apartas más de mí, muchacha, te caerás.

—Como si te importara.

La indignación de ella casi le arrancó una sonrisa. Casi.

—No querría que te hicieran daño —dijo él, con voz ronca, irritado porque ella pudiera afectarle tanto.

—Eso es todo lo que soy para ti, no una persona ni una mujer, sino mercancía para el trueque.

Le vino a la mente la imagen de ella desnuda y en sus brazos, su cuerpo se endureció.

—¿Cómo te gustaría que pensara de ti?

Ella vaciló.

El impulso le instó a girar su rostro hacia él para que pudiera ver la verdad en sus ojos. La dejó sola. No sería prudente seguir por ese camino. Ya la deseaba demasiado.

—No quiero nada más que ser libre —respondió ella finalmente, pero él oyó el deseo no expresado, un anhelo que desgraciadamente comprendió.

Se hizo el silencio entre ellos. Cerca del final del empinado sendero, la densa arboleda se abría a una ladera de verde ondulado. Una zona que sus antepasados habían despejado a propósito para permitir a los guardias una visión clara de cualquier adversario. Y dar tiempo suficiente para levantar el puente levadizo y preparar su defensa.

Mientras la fortaleza se alzaba ante ellos como un ominoso centinela, Marjorie intentó aplastar su aprensión, pero las dudas crecían. Santo aliento, ¿qué iba a hacer?

—Sir Neilan regresa —retumbó la voz de un guardia cuando se acercaron al puente levadizo.

Un guardia de la torre los saludó mientras cabalgaban hacia el rastrillo.

El ruido metálico de los cascos sobre la madera dio paso a un suave traqueteo cuando su caballo atravesó la piedra bajo el portillo. Las sombras se desvanecieron mientras cabalgaban hacia el patio.

Al igual que en su propia casa, la gente estaba ocupada con sus quehaceres diarios. El herrero atizaba el fuego, las brasas brillaban calientes. Los mozos barrían los establos. Los caballeros entrenaban en el campo de prácticas. Una muchacha cargada con una cesta repleta de juncos caminaba hacia la torre del homenaje.

Excepto que esto estaba lejos del ambiente pacífico que ella llamaba hogar. O en el que jamás se sentiría bienvenida.

La puerta del torreón se abrió. La muchacha que llevaba la cesta de juncos se deslizó hacia el interior y un anciano con barba salió cojeando.

Marjorie escudriñó el interior en busca de hombres que se parecieran a Neilan. Su mente conjuró gigantes de hombres, sus rostros tallados en ceño perpetuo, sus ojos llenándose de odio

cuando se posaban en ella.

—Magnus —llamó Neilan.

El anciano que había salido del torreón se volvió. Una sonrisa salpicó su rostro cálido y brillante. Cojeó hacia ellos.

Ella se tensó. No podía ser su hermano. ¿Un tío quizás?

Neilan guió a su montura para que se encontrara con él a medio camino. A dos zancadas del hombre, detuvo su bayo, se echó al suelo y abrazó al anciano.

El anciano le dio una palmada en la espalda con fuerza.

—Neilan, muchacho. Te esperábamos hace unos días.

—¿Me echabais de menos? —se burló Neilan.

—Como una espina enconada en el pie —respondió el anciano con un guiño.

Neilan se rió, su fácil cordialidad con el anciano un agudo contraste con su frialdad hacia ella durante los últimos días. Pero entonces, ella era su cautiva.

—¿Tuviste problemas con los ingleses? —preguntó el hombre mientras daba un paso atrás.

Un ceño fruncido se dibujó en la mirada de Neilan cuando miró hacia ella.

—Nada que no pudiera sofocar.

—Ahí está mi muchacho. El maldito inglés. —Escupió al suelo—. Muchos de ellos no tienen ni la espina dorsal de un lacayo chupado de esparto. —El viejo miró hacia ella con interés —. ¿Es otra muchacha? Creía que se había marchado para secuestrar a lord Gilroyd.

—Es una larga historia —respondió Neilan—. Te lo explicaré más tarde, en privado.

Por los comentarios de su amigo, parecía que el hecho de que Neilan trajera a casa a una mujer era algo habitual. Con su capacidad para devastar a una mujer con una simple mirada, no

debería sorprenderle, ni importarle, pero el hecho le dolía.

—¿Dónde están mis hermanos? —preguntó mientras enrollaba las riendas en su mano.

—Están...

—Neilan —llegó un grito profundo y áspero desde la entrada del campo de prácticas, donde el raspado de las espadas aún resonaba con un choque feroz.

El anciano sonrió.

—Van de camino a saludarte, diría yo. No querrían perderse tú regreso. Es bueno tenerte en casa, muchacho. —Con una inclinación de cabeza, el anciano se dio la vuelta y se alejó cojeando.

Los nervios se agitaron en su interior mientras miraba hacia el campo de prácticas. A través del molino de armaduras y maldiciones, tres hombres caminaban hacia ellos. Por su atuendo y el alto brillo del sudor, habían estado practicando con sus espadas.

El más alto de los tres se echó hacia atrás la capucha de cota de malla y la cofia acolchada. El pelo, negro como el de Neilan, se le pegaba húmedo a la cabeza y le caía hasta los hombros. Aunque el sol sólo había alcanzado su cúspide, un atisbo de barba ensombrecía ya los duros ángulos de su rostro. El andar del hombre tenía un aire de autoridad absoluta. A medida que se acercaba, sus ojos verdes se entrecerraron sobre ella con interés, luego su mirada volvió a dirigirse a Neilan.

La bola de nervios del estómago de Marjorie se tensó. Por la descripción de Neilan, éste debía de ser su hermano mayor, Keylan, el Laird MacKintosh.

Estudió a los otros hermanos. Ambos se habían quitado también el tocado. Eran de la misma estatura y anchura que Neilan. El de pelo arenoso de la derecha caminaba con una gracia casi felina, mientras que el de pelo rubio de la izquierda lo hacía con un andar más relajado y seguro.

Por su aspecto juvenil, ella elegiría al hombre de la izquierda como el hermano menor, Keir. La hendidura de su barbilla combinada con la insinuación de hoyuelos cuando sonreía a Neilan confirmaron sus sospechas.

El hombre de la derecha, de pelo arenoso y ojos insondables, debía de ser Blair, su hermano adoptivo.

—Tenía intención de reunirme contigo a tu llegada —dijo Laird MacKintosh al llegar hasta ellos. Cogió a Neilan en un feroz abrazo y luego dio un paso atrás—. Pero tenía que darle una lección a Blair sobre el manejo de la espada.

Blair soltó un bufido indignado mientras abrazaba a Neilan, y luego retrocedió. Se volvió hacia Keylan.

—Casi te corto la maldita mano.

Keylan arqueó una ceja con una mirada divertida, pero peligrosa.

—¿Tan pronto has olvidado quién golpeó a quién en el culo?

—Otra ronda —desafió Blair. Agarró la empuñadura de su espada, la feroz luz de la competición calentando su mirada.

Aunque juguetón, el matiz de seriedad entrelazado en las palabras de Blair se apoderó de la inquietud de Marjorie. Como si dentro del castillo de su enemigo pudiera alguna vez relajarse? Su práctica consistía en mantener afiladas sus habilidades para su próximo ataque contra los ingleses.

—Veo que has traído a casa a una nueva muchacha —dijo Keir, pasando junto a la pareja enemistada como si estuviera bien acostumbrado a sus bromas.

Su sonrisa cálida y seductora cayó sobre Marjorie, demostrando exactamente por qué las mujeres se sentirían atraídas por un hombre como él. Si tuviera que dar un nombre a su atractivo, lo llamaría encanto. Casi rezumaba encanto.

Laird MacKintosh frunció el ceño hacia su hermano.

—Keir, no es prudente intentar influenciar a la amante de Neilan.

¿Amante? El calor subió por sus mejillas al recordar su estado desaliñado. ¿Por qué iban a creer lo contrario? Neilan había sido enviado para secuestrar a Henry.

Ajeno a su difícil situación, la picardía brilló en los ojos de Keir.

—Por tu aspecto, muchacha, parece que los cuidados de mi hermano están muy por debajo de lo que merece una mujer hermosa. Y no tengo una mano tan estrecha con mi moneda como Neilan. Si te cansas de él, te ayudaré a deshacerte de ese zoquete. —Le hizo un guiño—. Así como asegurarme de que tu cama se mantenga caliente.

Si cabe, sus mejillas se encendieron más.

Neilan fulminó con la mirada a Keir.

—No toques a la muchacha. —Su advertencia cayó entre ellos.

—Basta —ordenó el hermano mayor.

Marjorie agradeció en silencio su intervención. Que se pelearan por ella habría hecho que su humillación fuera completa.

—Pueden hablar de la mujer más tarde —continuó Laird MacKintosh—. Despacharé al corredor con la petición de rescate. —Miró hacia la puerta, con el ceño fruncido. Miró a Neilan —. ¿Has asegurado ya al barón de Gilroyd en una cámara vigilada?

—No —respondió Neilan, debatiéndose de nuevo sobre la conveniencia de secuestrar a Marjorie. Ya era demasiado tarde para lamentarse—. Te lo explicaré cuando estemos dentro. — Se acercó a su bahía y cogió a Marjorie por la cintura. Vio el miedo en su rostro, pero también la determinación de hacer lo que debía para sobrevivir.

El orgullo le llenó al ver su fuerza. Marjorie tenía la determinación de una escocesa. Pero

era inglesa. Y su cautiva. Una mujer a la que nunca podría reclamar, ni retener.

Keylan arqueó una ceja oscura.

—¿Sobre lord Gilroyd? —Neilan asintió.

Miradas preocupadas pasaron entre los hermanos.

—Ocúpate de la muchacha —dijo Keylan—. Luego nos reuniremos en el paseo de la muralla.

Neilan dejó a Marjorie en el suelo, su piel suave y cálida contra sus manos.

Keir se adelantó.

—Yo cuidaré de la muchacha.

—Nadie la tocará —afirmó Neilan.

—Déjalo estar, Keir —advirtió Keylan—. Hay asuntos más importantes que discutir que acostarse con una muchacha.

Sus hermanos se dirigieron hacia la torre del homenaje.

Marjorie intentó soltarse de Neilan.

—Por favor, no me lleves dentro —susurró.

Cansado de su desconfianza, Neilan tiró de ella hacia delante.

—Muévete.

En silencio, ella caminó a su lado y detrás de sus hermanos, que sobresalían por encima de ella. Neilan casi podía oír cómo se agitaba su mente al captar su mirada desesperada hacia el rastrillo.

Neilan la miró con el ceño fruncido.

—Es demasiado tarde.

La culpa parpadeó en su rostro y ella bajó la mirada.

Él la acercó más. Ella intentó distanciarse, pero Neilan la mantuvo a su lado.

Los juncos frescos perfumaban el aire cuando entraron en el torreón. La mezcla de cebollas, salvia y carne de un guiso que hervía a fuego lento sobre las llamas del hogar le hizo rugir el estómago.

Los sirvientes saludaron a Neilan al verle.

Él les devolvió la amistosa bienvenida y luego siguió a sus hermanos por la serpenteante escalera de la torreta.

A la entrada del paseo de la muralla, Neilan guió a Marjorie ante él.

Keylan le bloqueó el paso.

—Esto no tiene nada que ver con ella. Pon a la muchacha en otro sitio hasta que hayamos terminado.

Neilan se encontró con la dura mirada de su hermano.

—Nuestra discusión es sobre ella. —El escepticismo ribeteó su mirada mientras la miraba primero a ella y luego de nuevo a Neilan. Con una mueca, dio un paso atrás.

Con una respiración nerviosa, Marjorie pasó a su lado. Incluso con un vestido que no era más que harapos, su porte era el de una dama.

La sonrisa de Neilan fue automática, su respeto por ella, por mantenerse firme en la situación más estresante, creció otra muesca. ¿Nunca dejaría de sorprenderle? Su sonrisa se desvaneció. Con el escaso tiempo que ella permanecería aquí, él nunca lo averiguaría. Algo bueno, se aseguró a sí mismo.

Entonces, ¿por qué no estaba convencido?

¿O aliviado?

Neilan condujo a Marjorie al paseo de la muralla. Una ráfaga de viento le dio la bienvenida, el aroma del agua y la insinuación de la hierba y el brezo una bienvenida familiar. La vista al otro lado del lago, abrazada por las escarpadas montañas, le robó el aliento. Siempre era así, desde el primer día en que su madre le había conducido hasta aquí cuando era un chaval.

Keylan se detuvo a su lado y dirigió su mirada a Neilan.

—¿Qué ocurrió?

—A mi llegada al castillo de Rothfield —empezó Neilan—, me enteré de que lord Gilroyd no estaba en la residencia.

La irritación brilló en los ojos de Blair mientras daba un paso adelante.

—¿Qué? Mi fuente dentro de la torre me aseguró que lord Gilroyd estaría en la residencia durante la próxima quincena.

—¿Así que volviste con una mujer? —preguntó Keylan.

—No es una mujer cualquiera. —Neilan se volvió hacia Marjorie—. Permitirme presentaros a lady Marjorie Langton, la hermana del barón de Gilroyd.

La sorpresa brilló en la mirada de Keylan una fracción de segundo antes que la furia.

—¿La hermana de Lord Gilroyd?

—Sí, en su lugar la secuestré para pedir rescate. Con los hermanos tan unidos, había pensado...

Keylan levantó la mano.

—Asegurarla dentro de una cámara.

Confundido por el enfado de su hermano, Neilan frunció el ceño.

—Pero ella es…

—Terminaremos de hablar del rescate cuando hayas regresado —afirmó Keylan.

Un potente silencio se hizo entre ellos, fracturado por el viento y una voz extraviada del patio de abajo. Keir se aclaró la garganta.

—Lady Marjorie, perdonará mi ignorancia. De haberlo sabido, no habría hecho un comentario despectivo sobre su persona.

Ella asintió, con el rostro pálido.

—La llevaré a la cámara de la torre —dijo Neilan. Keylan asintió—. ¿Y la otra información?

—Está asegurada en mi montura —respondió Neilan. Recuperaría los mapas que marcaban las posiciones de las defensas inglesas alrededor de Berwick después de haber asegurado a Marjorie—. Los traeré cuando regrese. —Cogió a Marjorie del brazo.

El pánico llenó su mirada mientras se ponía rígida bajo su tacto.

¿Por qué no lo haría? La culpa se agolpó en su mente en cuanto a la causa de la ira de Keylan, razones que había descartado como sin importancia cuando la había secuestrado. Pero mientras Neilan guiaba a Marjorie hacia la salida, miró por última vez a su hermano.

Y se preguntó si al secuestrarla había llevado demasiado lejos el temperamento de su hermano.

Capítulo 8

-Se te permitirán todas las comodidades dentro de lo razonable —dijo Neilan mientras subían los escalones de la cámara de la torre.

Marjorie permaneció callada, inquietantemente. Si cabe, su rostro se había vuelto más ceniciento y sus ojos contenían un atisbo de derrota. A lo largo de todo su viaje ella luchó contra él en todo momento. En ese momento se había vuelto frágil.

Porque él la había alejado de su hogar y de un hermano al que amaba.

Con la necesidad de monedas de los rebeldes, no había tenido otra opción. En retrospectiva, reconoció que el deseo había influido en su buen juicio. Cuando la había observado por primera vez desde el otro lado del solar, la había deseado. Excepto que no había contado con que sus sentimientos se vieran involucrados. O que ella se sintiera herida.

Había conseguido ambas cosas.

Al menos podía ofrecerle consuelo. Tal vez se imaginaba que la habitación de la torre era estéril y poco acogedora. La habitación había pertenecido a su abuela, que tenía la segunda vista mejor de la fortaleza. Una habitación en la que había pasado muchas horas escuchando sus cuentos de hadas y sus travesuras.

Una cámara que ella le había dicho que era mágica.

Un muchacho impresionable durante su juventud, había jurado que había oído a las hadas revolotear entre las sombras. Tras la muerte de su abuela, la cámara y cualquier magia que albergara fueron selladas. Salvo la ventilación de cada primavera, la habitación permaneció intacta.

Cuando había anunciado que Marjorie se quedaría en la habitación de la torre, Neilan no había pasado por alto la sorpresa de sus hermanos, pero no más que la suya propia. Era un sacrilegio permitir que una inglesa entrara en la habitación de una mujer a la que habían amado tanto.

Entonces, ¿por qué lo había sugerido?

Más inquietante aún, ¿por qué nadie se había opuesto a la presencia de Marjorie en la habitación de la torre? Era como si la afirmación misma hubiera sido hecha por arte de magia; él había hecho la afirmación y sus hermanos habían estado de acuerdo.

Neilan frunció el ceño. No, poca magia guiaba sus decisiones. La preocupación por el cansancio de Marjorie había evocado su ofrecimiento de un entorno tan confortable. Cerca de la cima de la torreta, se detuvo y se volvió hacia ella. La luz del sol de una ventana tallada en lo alto atravesaba el gris apagado, iluminado por las antorchas, para perseguir su pálido rostro. El impulso de abrazarla le abrumó. Mantuvo la distancia. Si la tocaba ahora, deseándola más de lo debido, su buena intención podría deshacerse en intimidades prohibidas.

—La habitación de la torre está lejos de ser una fría mazmorra —le explicó.

—¿Lo es? —preguntó ella, su voz ausente de la llamarada de mal genio a la que él se había acostumbrado.

Maldita sea. Neilan atrajo la mano de ella entre las dos suyas.

—Lass... —Ella intentó soltar la mano—. No lo hagas.

Él la sujetó con fuerza, agradecido por su resistencia, por débil que fuera.

—¿Qué ocurre?

Marjorie le miró fijamente, con expresión herida.

Que de algún modo hubiera sofocado su espíritu hizo que le doliera el corazón. Con una maldición murmurada, cedió a la tentación y la atrajo hacia sus brazos, sus estremecimientos lo dejaron tambaleándose.

—Lo siento, muchacha. —Más de lo que él quería. Le cogió la cara entre las manos, deseando besarla, cobijarla de sus problemas. Sus ojos miraron los de él, su deslucimiento inquietante—. Te prometo que aquí te tratarán bien.

Ella permaneció en silencio.

Neilan dio un paso atrás. Estaba alterada. Quizá por el shock. O por el impacto de conocer a sus hermanos. Y habían recorrido una buena distancia desde que iniciaron su viaje. Dormir y una buena comida ayudarían a aliviar su mente.

—Ven. —La condujo a lo alto de los escalones de la torreta. Ella le siguió sin protestar.

Llegaron a la entrada de la habitación de la torre. Quitó la barra de la puerta con un suave rasguño.

—Quedarás encerrada dentro como te he explicado.

Su labio inferior empezó a temblar.

¿Quizá no debía encerrarla dentro? Se tensó. ¿Desde cuándo se había vuelto tan emocional? Era un guerrero. Había servido destinos mucho peores a sus oponentes durante las prácticas diarias con la espada.

Neilan abrió la puerta de un empujón. El rico mobiliario del interior podía calificarse de todo menos de propio de una prisión. Ella lo vería como tal, a pesar de las galas. O sus palabras de seguridad.

—Lo mejor es que acepte su suerte —dijo con voz firme—. Estarás aquí poco tiempo, unas semanas como mucho. Mira a tu alrededor, muchacha. Tus confines están lejos de ser brutales.

—Es una prisión, aunque quieras llamarla de otra manera —dijo ella con fría finalidad.

—Piensa en ella como quieras. Pero permanecerás en ella hasta que llegue tu rescate. —La atrajo hacia el interior, complacido cuando ella se retorció e intentó liberarse. La pérdida de su espíritu era algo que nunca podría perdonarse.

—Por favor, no me dejes encerrada aquí sola —suplicó ella.

—Estarás a salvo.

Ella sacudió la cabeza.

—No lo hagas. —Su voz se elevó a un susurro frenético—. Al menos deja la puerta sin cerrojo. Con las fortificaciones del castillo y los rebeldes a cada paso, ¿qué posibilidad hay de que pueda pasar la puerta principal?

Sacudió la cabeza.

—Si no hubieras intentado escapar antes, te habría dejado libertad para moverte. Tus acciones no me han dejado otra opción. —Antes de que pudiera ablandarse, dejarse llevar por el pánico que desgarraba sus ojos grises, Neilan dio un paso atrás, cerró la puerta y dejó caer la barra en su sitio fuera de la cámara.

El eco de sus puños golpeando al otro lado reverberó en el pasillo.

—¡No me dejes aquí encerrada sola! Neilan, ¡por favor!

La desesperación de su voz le remordía la conciencia. Se pasó los dedos por el cuero cabelludo, donde aún le palpitaba la cabeza por su último intento. Girando sobre sus talones, caminó por el pasillo con sincero pesar, las feroces súplicas de Marjorie de que dejara la cámara sin cerrar desoídas a su paso.

—¡Neilan! —Marjorie continuó golpeando la puerta labrada. Su respiración se entrecortó cuando se detuvo a escuchar.

Silencio.

¡La había dejado sola!

Se desplomó contra la puerta. Mantén la calma. ¿Como si la calma fuera una opción? Estaba prisionera en la torre hasta que recibieran el pago de Henry.

Un rescate que nunca llegaría.

Pero en este momento, las preocupaciones por unas arcas vacías lejos competían con su mayor temor. Su corazón latía con fuerza mientras reflexionaba sobre estas emociones. Sentía como si las paredes de la cámara se estuvieran cerrando lentamente sobre ella.

Marjorie cogió el colgante de su cuello y apretó hasta que el metal mordió su palma, agitada por el encierro de cualquier manera; en una tormenta, más aún.

Excepto que no le había hablado a Neilan de su miedo profundamente arraigado. Él ya podía dejarla destrozada emocionalmente con un simple roce. Se negaba a darle nada más que utilizar contra ella. Su supervivencia a partir de ese momento dependía de su propio ingenio.

El pánico revoloteó en su pecho. Respirando hondo, Marjorie miró a su alrededor. La luz del sol se colaba por una única ventana arqueada y proyectaba sobre la habitación un resplandor tranquilizador y onírico. Avanzó con cautela y apoyó la mano en el cristal caldeado; el calor fue un bálsamo bienvenido para el frío que sentía en el interior de su alma.

Durante varios segundos permaneció allí, absorbiendo el calor. El silencio pareció instalarse a su alrededor, aliviar sus temores. Lentamente, su respiración se hizo más uniforme.

Marjorie cruzó hasta la cama, pequeña pero bien cuidada. La colcha, del color de las margaritas besadas por la luna, la invitaba a tocarla. Fascinada, pasó los dedos por la tela finamente bordada, impresionada por el detalle de cada puntada. Quienquiera que hubiera

confeccionado esta colcha lo había hecho con amor.

Curiosa, se acercó a una pequeña mesa, donde una miríada de objetos reposaban como si esperasen el regreso de su dueño. Se detuvo, asombrada por los numerosos objetos personales: el peine de hueso grabado con un ramo de brezo, las joyas intrincadamente talladas expuestas con una mano tierna; cada pieza parecía tejida alrededor de una hermosa gema.

Giró en un círculo completo, captando cada matiz de la cámara. No se trataba en absoluto de una prisión; la habitación pertenecía a alguien de gran importancia en la vida de los hermanos.

Por la sombría reserva de Neilan, ella había esperado una cámara austera envuelta en sombras. Entonces, ¿por qué le había cedido a ella esta exuberante habitación? Estaba lejos de ser bienvenida.

O una invitada.

Perpleja, se movió por la cámara, atraída por el aura persistente de quienquiera que una vez hubiera vivido aquí. Una mujer, obviamente. ¿Dónde estaba ahora? ¿Volvería pronto?

Sin saber por qué, intuyó que la dueña de la habitación no volvería, nunca. Frunció el ceño. Era un pensamiento tonto. ¿Cómo podía saber tal cosa?

Un destello de luz llamó su atención. Dentro de un robusto cuenco sobre la mesa yacían cuatro piedras partidas por la mitad y brillantes. Cogió la piedra cortada por la mitad, incrustada de oro.

Intrigada por la piedra que tenía en la palma de la mano, Marjorie estudió el contraste de la áspera concha dorada con el interior blanco lechoso. Más interesante aún, atrapada en su centro había una planta petrificada, tipo musgo.

Dejó la media piedra en bruto y cogió otra. Esta delicada belleza se arremolinaba con rojos profundos como si en el interior de la gema ardiera un fuego eterno. Movió la piedra dentro de su mano. Extrañamente, el calor de la gema parecía filtrarse en su piel.

Marjorie cogió la tercera piedra, su color interior era el azul más profundo y oscuro que jamás había visto. Una sensación de calma la invadió. El rápido latido de su pulso se ralentizó aún más. Como un bálsamo silencioso, la última de sus tensiones remitió.

Un grito procedente del patio la sacó de sus pensamientos. A través de la ventana abierta, el cielo comenzó a oscurecerse con un atisbo de noche, y un susurro de viento se deslizó en la cámara, perfumado con la fragancia del brezo.

Ella se aquietó. Hacía unos instantes que la ventana se había cerrado. Su mano tembló mientras devolvía la piedra azul oscuro a su sitio entre las demás. ¿Un truco? ¿Neilan había manipulado la ventana para asustarla? Pero, ¿por qué?

Empezó a caminar hacia la ventana, pero a cada paso sus piernas se volvían de plomo y su cabeza nadaba como en una niebla. Marjorie se frotó la nuca. Estaba cansada y su mente imaginaba todo tipo de cosas. Debía de ser eso.

Dándose la vuelta, consiguió llegar a la cama y casi se desplomó sobre el colchón, sin sorprenderse por los demás adornos de la habitación, para encontrarse con la suavidad de una cama de plumas.

Si hubiera querido moverse, no podría. El sueño. La abrazaba, la llamaba con una gracia fácil. Cuando Neilan se había marchado hacía unos momentos, ella no podría haber contemplado la idea de encontrar alguna vez un resquicio de paz aprisionada en la cámara de la torre. Ahora, como si hubiera bebido una poción mágica para dormir, no podía pensar en otra cosa.

Con la pesadez del agotamiento abrazándola, se hizo un ovillo bajo la colcha, bordada con mano suave. Y sin motivo ni razón, por el primero de muchos días, se perdió en un sueño profundo y apacible.



—¡Sangre de Cristo, la hermana del barón! —le espetó Keylan a Neilan en el instante en que volvía a pisar el paseo de la muralla—. ¿En qué coño estabas pensando?

Los dedos de Neilan apretaron con fuerza el mapa que tenía en la mano mientras asimilaba también las reacciones de sus otros hermanos; Keir y Blair le fulminaron con la mirada.

—Lord Gilroyd no estaba en la residencia. Consciente de que los hermanos son íntimos, la lógica hizo que su hermano pagara el rescate sin dudarlo.

Keylan sacudió la cabeza con disgusto.

—Sí, no dudará, pero no en pagar el rescate. Cuando se entere del secuestro de su hermana, traerá a sus caballeros al norte y atacará el castillo de Riverlochs.

Neilan se puso rígido.

—Consideré esto, pero con los pocos caballeros en la residencia y las demandas de apoyo del rey Eduardo a sus nobles, muchos apenas tienen armas suficientes para proteger sus castillos, mucho menos para atacar.

—¿Y su condición de doncella? —preguntó Keylan—. ¿O la consideración de que con la muerte de sus padres, ella es toda la parentela que le queda? ¿Crees que el barón permitirá que el hecho de que la reputación de su hermana esté por los suelos quede sin respuesta? ¿O que tenga el oído del rey Eduardo?

—Yo tenía… Nuestra necesidad era de moneda. Su rescate aseguraba eso. —Neilan exhaló un fuerte suspiro, maldiciéndose a sí mismo. En lugar de sopesar los peligros de secuestrarla, se había perdido, intrigado por una mujer fogosa. Se merecía la censura de su hermano. Tampoco se lo perdonaría a sí mismo.

Blair murmuró una maldición.

Keir escrutó la costa con el ceño fruncido.

—Vigilaremos a los hombres del barón.

—Es innecesario por el momento —dijo Neilan. Al menos podía ofrecer eso—. Me aseguré de que no nos siguieran.

La mandíbula de Keylan se tensó.

—Tus preocupaciones pueden ser en vano —continuó Neilan—. Aunque el barón esté ausente, con su estrecho vínculo, el mayordomo se asegurará de que el pago se haga inmediatamente.

—Tal vez —dijo Keylan, sonando lejos de estar convencido—. No obstante, el hecho está consumado. Hasta que se reciba la moneda, mantendremos guardia extra en las murallas.

La vergüenza inundó a Neilan mientras un silencio incómodo se instalaba entre ellos. Desde la muerte de su padre, nunca había permitido que una mujer influyera en sus pensamientos. Ahora, sin quererlo, se encontraba preocupándose por ella, sentimientos que no tenían cabida en su vida.

Ni ahora. Ni nunca.

Más firme, Neilan desenrolló el mapa y señaló un bosque marcado en la parte centro-sur del pergamino.

—Aquí es donde el rey Eduardo está posicionando sus tropas.

Sus hermanos se agolparon a su alrededor.

Keylan hizo una mueca.

—Me han dicho que ha traído arqueros de Gales.

—Son un grupo desagradable —añadió Blair—. Preferiría no enredarme con ellos.

Neilan asintió, bien familiarizado con la habilidad letal de los arqueros.

—Opino lo mismo, pero como aceptan oro inglés por los servicios prestados, no tenemos elección.

—El muy cabrón —refunfuñó Blair—. Después de Berwick, el bastardo inglés esperaba que nos derrumbáramos y nos sometiéramos a él como un perro con el rabo entre las piernas. —Escupió sobre la piedra labrada—. Puede pudrirse en el Hades.

—Sí —coincidió Keir—. Ahí es donde acabará sangrientamente una vez hayamos acabado con él. Por pequeña que sea nuestra fuerza rebelde, sólo un tonto creería que nos rendiremos.

—Y el rey Eduardo no es un tonto —añadió Keylan.

—Ni mucho menos —convino Neilan. Le vinieron a la mente recuerdos del rey Eduardo habiéndose autoproclamado su señor feudal. Al encontrar resistencia y en un movimiento autojustificado para doblegar a Escocia, había ordenado arrasar Berwick.

Las tropas inglesas habían cumplido con avidez; masacraron a los hombres, violaron a las mujeres y se deshicieron de sus hijos a golpe de espada. Mientras los moribundos gritaban su agonía, el despiadado bastardo había ordenado incendiar la ciudad.

Mientras los soldados del rey se alejaban, el fuego había consumido lo que las manos inglesas no habían destruido. No quedó más que montones humeantes. La podredumbre ennegrecida que una vez había albergado risas y amor ahora abrazaba el hedor de la carne carbonizada.

Convencido de que había aplastado la resistencia de los escoceses, Eduardo había regresado a Inglaterra, confiado en que tras su brutal demostración de fuerza había sometido a los escoceses. Pero en su actitud de mano dura, había cometido un grave error. De su ansia de poder supremo sobre Escocia nació una venganza dentro de los escoceses. Mientras la sangre latía en sus corazones, no olvidarían la matanza de Berwick por Longshank.

Neilan flexionó la mano. Sí, los escoceses habían dado un paso atrás. No para ceder, sino

para reagruparse. Con William Wallace uniendo a campesinos y nobles de una Escocia desgarrada, el salvajismo de Eduardo no quedaría desatendido.

O impune.

—Tonto o no —continuó Keylan, sacando a Neilan de sus cavilaciones—, tendremos que tener cuidado en nuestro próximo asalto a los ingleses.

Apesadumbrado, Neilan asintió. Una batalla que ganarían. Porque de perder podrían sacrificar su libertad.

Capítulo 9

Horas más tarde, en el gran salón, Keylan volvió a llenar su copa de vino.

Después, le pasó el vino a Keir.

—Neilan. ¿Neilan? —dijo Keir, esta vez más alto, mientras empujaba la botella contra la mano de Neilan.

Neilan hizo una mueca a su hermano menor, cuyas pestañas parpadearon con notorio deleite.

—¿Es la niebla lo que te oscurece el cerebro? —Keir rió—. ¿O son potentes pensamientos de una muchacha los que envuelven tus sentidos?

Neilan cogió el vino, avergonzado de que le pillaran pensando en Marjorie. Y tan fácil de leer.

—Tengo un maldito dolor de cabeza por mirar la cara de culo de caballo que tienes.

—Ouch, es la muchacha entonces —dijo Keir.

—Ella no es de tu incumbencia ni de la de ninguno de nosotros —afirmó Neilan, deseando que fuera así de simple. ¿Había dejado de llorar? ¿Se había equivocado al dejarla tan alterada? ¿O se perdonaría alguna vez haberla encerrado en la cámara?

Se encontró con las miradas de cada uno de sus hermanos y luego volvió a llenar su copa. Le pasó la botella a Blair.

—Lo que importa es que el rescate de Marjorie nos permitirá comprar armas.

Keir guiñó un ojo.

—¿Es Marjorie?

—Basta —ordenó Keylan.

Blair deslizó una mirada curiosa hacia Neilan antes de volverse hacia Keylan.

—¿Exigiremos la misma cantidad que habíamos decidido para Lord Gilroyd?

—Más. —La mandíbula de Keylan se tensó—. Nuestro informante nos asegura que lord Gilroyd estará desesperado por recuperar a su hermana.

Los hermanos asintieron al unísono, pero la camaradería que Neilan debería sentir por la consecución de su objetivo nunca llegó. Todo por culpa de una obstinada mujer de pelo castaño rojizo asegurada en la habitación de la torre.

Una muchacha inglesa que, por derecho, también debería estar apartada de sus pensamientos.

—Con nuevas armas en nuestras manos —continuó Keylan—, expulsaremos a los bastardos ingleses de nuestro suelo.

Todas las cabezas asintieron, las copas chocaron en un brindis y los hermanos bebieron al unísono.

Neilan bajó su copa, sabiendo que su hermano ya no estaba enfadado por la captura de Marjorie. Sometido, se acercó a la ventana abierta.

El fresco aroma del verano y el fresco sabor del lago llenaban cada bocanada de aire. La luna llena iluminaba el patio de abajo, vacío de gente, salvo los guardias que hacían sus rondas por el paseo de la muralla.

Una noche como tantas en su pasado. Arrastró el fondo de su copa por el alféizar de piedra.

Excepto que desde que Marjorie había entrado en su vida, nada era igual.

Al oír un rasguño de pergamino a sus espaldas, Neilan se volvió hacia sus hermanos.

Keylan enrolló el mapa que había traído de su viaje.

Neilan inclinó su copa y terminó el último trago de vino, apreciando el cálido deslizamiento por su garganta.

—Una vez pagado el rescate y decidido el lugar de encuentro, escoltaré a la muchacha de vuelta. Luego cabalgaré hasta nuestro lugar de encuentro para comprar armas.

—Cabalgaré contigo —dijo Blair.

Neilan negó con la cabeza.

—Cabalgar sobre suelo inglés es peligroso. Reúnete conmigo donde se entregarán las armas. —Y podría compartir los últimos días solo con Marjorie. Por muy falto de juicio que estuviera, saborearía el tiempo que les quedaba juntos.

Blair negó con la cabeza.

—Llevaré a la muchacha a casa. Ya has arriesgado tu vida una vez, y tu familiaridad con ella podría engendrar otros problemas innecesarios.

Lanzó una dura mirada a Blair.

—He dicho que la escoltaré de vuelta.

Ante su tono cortante, el rostro de Blair se ensombreció.

—¿A su casa o a su cama?

Neilan obligó a su temperamento a calmarse.

—Me voy a la cama. —Se negó a seguir hablando de su relación con Marjorie.

Keir volvió a llenar su taza hasta el borde.

—Es temprano. La luna no se ha puesto.

Neilan se encogió de hombros, su mente estaba sorprendentemente despejada a pesar de la cantidad de vino que había bebido. Por una vez en su vida, la bebida tenía poco atractivo. Ni siquiera la idea de encontrar una moza que le diera placer despertaba un ápice de interés.

Sin más explicaciones, se dio la vuelta y comenzó a subir los escalones de la torreta hacia su cámara. Aunque estaba exhausto y había bebido varias copas de vino, dudaba que pudiera conciliar el sueño.

Cuando llegó al tercer piso, se detuvo. Neilan miró hacia arriba, donde se encontraba la cámara de la torre. ¿Se había dormido Marjorie? ¿Cuánto tiempo llevaba golpeando la puerta? ¿Seguía arañando el robusto marco de madera con desesperación? ¿O se había derrumbado exhausta, con sólo gemidos cayendo de sus labios y su espíritu destrozado?

Al pensar en esto último, subió corriendo los escalones de la torre, el eco de sus pasos alimentando su miedo. Fuera de su cámara se detuvo, agradecido de ser recibido por el silencio. Con la misma rapidez, las razones del silencio le hicieron arrancar la barra.

Neilan tiró la madera bruñida a un lado. Abrió la puerta de un tirón y entró, previendo encontrarla al acecho para atacarle mientras entraba.

O peor aún, su cuerpo desplomado en el suelo por el agotamiento más absoluto.

No se había preparado para encontrar a Marjorie hecha un ovillo bajo las sábanas de la cama, con rayos de luna en el pelo y su rostro un retrato de completa paz.

Debería parecer fuera de lugar, sobre todo en una habitación que una vez había pertenecido a su abuela; una mujer a la que había amado, una mujer para la que existía la magia.

Excepto que, rodeada por el revoltijo de cristales apilados en un cuenco, numerosos almohadones esparcidos, y envuelta por los persistentes aromas de lavanda, romero y manzanilla, Marjorie parecía como si perteneciera a ese lugar.

Cerró los ojos mientras el alivio daba paso a una agitación de deseo. Neilan luchó contra el impulso de reclamarla como suya, de despegar la colcha junto con su ropa y hacer el amor con ella.

La sangre le latía caliente. Debía de ser el vino. O tal vez era su desesperada necesidad de dormir. Es inglesa y no tiene derecho a encajar tan bien.

En cambio, mientras seguía mirándola, parecía como si hubiera sido concebida por las hadas y puesta en su vida.

Un lugar en el que nunca podría permanecer.

Cerró la puerta tras de sí, cruzó la habitación hasta la cama de ella y se arrodilló a su lado. Como por voluntad propia, su dedo acarició la curva satinada de su mejilla, sus palabras por debajo a sus hermanos de escoltarla a Inglaterra ya le atormentaban.

Exhaló una respiración insegura, la suavidad de su piel contra la suya le hizo doler. Por difícil que fuera su viaje para secuestrarla y traerla a su hogar, la tarea de devolverla y dejarla atrás para siempre lo sería doblemente.

La plenitud de sus labios le tentó a probarlos, a saborear de nuevo su dulzura. Empezó a levantarse. No, debía dejarla en paz.

El aliento de la noche se arremolinaba a su alrededor, cálido con el rocío del brezo, inquieto en los rayos de luna. Con un gemido, cedió y se inclinó hacia delante.

—Marjorie.

El susurro de Neilan se abrió paso a través de su bruma somnolienta. Un tierno roce en su mejilla la atrajo a responder, pero la necesidad en su voz la hizo inclinar la cabeza hacia su caricia. Sus dedos se deslizaron por su pelo y ella suspiró. Entonces su boca, suave como una mariposa, cubrió la de ella.

Ella se hundió en el beso, suave como la seda, lento como una perezosa brisa de verano. Su

cálido gruñido de agradecimiento rodó por ella, y él profundizó el beso.

Como por voluntad propia, los brazos de ella se alargaron para rodearle el cuello y tirar de él más cerca. El colchón firmemente relleno de plumas se hundió bajo su peso, y ella se estiró contra su musculosa longitud.

Sus manos le ahuecaron la cara y presionó besos ligeros como plumas sobre su frente.

—Eres tan hermosa. —Le besó la mejilla y bajó lentamente hasta llegar a sus labios—. Me encanta cómo respondes a mí, cómo tu cuerpo se arquea hacia el mío. —Sus labios consumieron los de ella hambrientos, sus dientes mordisqueando su boca.

Ella gimió de gloria, y él aprovechó y deslizó la lengua en su boca. Luego hizo su magia con la lengua, feroz y caliente.

—Te deseo —respiró, susurrando besos a lo largo de la columna de su cuello, encendiendo fuegos en su interior hasta hacerla temblar de calor.

Su mano le acarició el pecho.

Marjorie se despertó sobresaltada. Confundida, miró fijamente el rostro de Neilan. Los pocos fragmentos de su sueño se desvanecieron.

Los últimos momentos estaban lejos de ser un sueño.

Nerviosa, apartó la mano de él, recordando cómo la había dejado en esta cámara para que se pudriera.

—¡Fuera de mi cama!

Neilan cogió su mano entre las suyas y se la llevó a la boca, su mirada implacable sobre la de ella. Besó lentamente la punta de cada dedo.

—Admite que me deseas.

La necesidad de su tacto la arañó. Nunca podría admitirlo ni perdonarle.

—Quiero que te vayas.

El rayo de luz de luna que se derramaba en la habitación reveló el peligroso destello de desafío en sus ojos, el de un guerrero lanzado a la conquista. Sin advertencia ni piedad, su lengua se arremolinó alrededor del dedo índice de ella. Los ojos cobalto la observaron mientras él chupaba suavemente la punta en un largo y lento tirón. Su cuerpo se tensó de necesidad y, vergonzosamente, sus pezones se endurecieron.

Su mirada se desvió hacia abajo. La satisfacción calentó sus ojos cuando se encontraron con los de ella. Neilan raspó suavemente con los dientes la palma de su mano y le dio un mordisco en el centro.

—Dime que no me deseas ahora —pidió con un susurro que destruía la mente.

Ella tragó con fuerza.

—¿Cómo te atreves a pensar que puedes seducirme? —En lugar de la mordaz demanda, sus palabras salieron en un ronco susurro. Que María la ayudara, ella sí lo deseaba.

Rodó sobre ella, aprisionándola bajo su cuerpo.

—Tus decisiones son tuyas.

Lo eran, pero con su cuerpo enmarcando el suyo, su dura longitud presionada suavemente contra ella, el mero hecho de poner los pensamientos en un orden sensato huía.

Como un lobo que ha acorralado a su presa, le apretó un beso en el hueco de la garganta, cuando ella tembló, capturó su boca.

Ella se obligó a no responder. Pero él utilizó su hábil boca sobre ella, sus manos tomándola, tocándola, seduciéndola cuando debería estar rechazando sus avances; haciéndola desear cuando debería purgarlo de su mente.

En un lento deslizamiento, su mano rozó hacia abajo y ahuecó de nuevo su pecho. Sus

dedos acariciaron la sensible protuberancia; lentos y lujosos círculos hasta que finalmente capturó su tensa protuberancia.

La pasión, caliente y espesa, creció en su interior. Oleadas de calor la recorrieron hasta que no pudo recordar las razones por las que debía apartarlo. Ahogada en las embriagadoras sensaciones, se arqueó contra él.

—Neilan —susurró, insegura de lo que pedía, pero consciente de que él comprendería sus necesidades.

Como un dios rebelde, Neilan se apartó y la miró fijamente, con el aliento áspero, los ojos calientes por la necesidad.

—Entonces me deseas —la acusó, la pasión engrosando su áspero eructo.

Marjorie le miró atónita.

—¿Un juego? —Se pasó el dorso de la mano por los labios como para quitarse el sabor de boca—. ¿Has hecho esto para demostrarme que te deseaba?

Sus ojos respondieron por él.

Dolía. Sí, le dolía. Pero ella no se lo demostraría. No se merecía nada, en agudo contraste con lo que ella casi le había dado.

Levantó la barbilla con una inclinación indignada.

—Con tu dominio sobre las mujeres, ¿te pareció un reto aprender que podías seducir a una virgen?

Con una maldición se puso de pie. Sus ojos se encendieron cuando la miró fijamente.

El valor de Marjorie vaciló. Se escoró hacia el otro lado de la cama, luego retrocedió otro grado, agradecida cuando sus pies tocaron el suelo.

En un movimiento rápido se puso de pie, la cama encajada entre ellos, poca defensa contra

un hombre tan poderoso. Su cuerpo temblaba de nervios mientras le observaba, temerosa de que terminara lo que había empezado. Y con las necesidades destrozándola, que Dios la ayudara, si él la tocaba, ella se lo permitiría.

La ira que se agitaba en su rostro le recordó a una tormenta. Se preparó.

En lugar de avanzar, Neilan merodeó por la habitación como un depredador. En la puerta, se detuvo. Su dura expresión se desvaneció. El arrepentimiento, simple y completo, recorrió su rostro.

—Me equivoqué al venir. —Susurró las palabras como arrancadas de su alma, su sinceridad hizo que ella, tontamente, quisiera perdonarle.

Giró sobre sus talones y salió de la cámara. La puerta se cerró con un golpe. Fuera, la barra se cerró de golpe. Sus pasos, duros y rápidos, se desvanecieron por el pasillo.

Ella se desplomó para sentarse en el borde de la cama, estremecida por lo que él casi se había llevado. Se acunó la cabeza entre las manos. No. Por lo que casi le había dado.

El traqueteo de las cadenas resonó desde fuera.

Marjorie caminó hacia la ventana. La luz de las antorchas chocaba con la de la luna arrojando macabros destellos sobre el patio mientras bajaba el puente levadizo.

Los cascos repiquetearon desde el establo.

Un hombre montado en un gran bayo salió corriendo. El jinete galopó bajo el portalón y cruzó el puente levadizo. Entonces captó un débil resplandor del hombre y el caballo mientras desaparecían en la noche.

Neilan.

La respiración de Marjorie se entrecortó mientras se apoyaba en el frío muro de piedra. Él la había deseado; ella había sido testigo de la batalla en sus ojos mientras la miraba fijamente, el

honor contra la lujuria, el decoro contra el deseo. Al final él había elegido el honor.

Y se marchó.

Quería enfadarse con él, pero ¿por qué razón? Él no había aceptado más que lo que ella le había ofrecido. En cuanto a su confinamiento en la cámara, él ignoraba su miedo a ser encerrada en una habitación o su terror a las tormentas eléctricas.

Con su cuerpo aún dolorido por su tacto, ella no necesitaba que él fuera noble. No ahora. No cuando sus sentimientos hacia él se habían vuelto peligrosamente tiernos cada día que pasaba.

Entumecida, Marjorie cruzó la habitación y se tumbó en la cama, la suavidad del lecho de plumas estaba lejos de aliviar el dolor de su corazón. Miró el techo pintado con imágenes de hadas, pero los pensamientos sobre el sueño eran lo más alejado de su mente.



Neilan cabalgaba por la noche como perseguido por los sabuesos del infierno. El viento azotaba contra su cara, su sabor fresco, el duro azote bienvenido. Cuando su caballo empezó a enjabonarse, dio rienda suelta a su alazán. Le permitió abrirse camino por una orilla empinada hacia el lago.

En una playa poco profunda, hizo parar a su caballo y desmontó. Sin vacilar, se desnudó y se zambulló en las oscuras y frías aguas. Con cada brazada, se maldecía por volver a tocar a Marjorie. Con cada patada, la deseaba. Con cada beso, había cruzado barreras que él y las circunstancias le prohibían.

Furioso por verse atrapado en semejante lodazal emocional, se sumergió profundamente,

hasta que sintió que el pecho le iba a estallar. Pateó hasta la superficie y jadeó aire a bocanadas desesperadas.

—¡Ella no significa nada! —Su grito, un eco de ira mutilada, se hizo añicos sobre la superficie del agua.

Aunque sus miembros temblaban por el esfuerzo y su mente daba vueltas por la falta de aire, aún no se había purgado de Marjorie. Murmurando una maldición, nadó brazadas largas y agotadoras para su mente, hasta que la luna empezó a desaparecer de su vista y sus miembros se volvieron gruesos y cansados.

Agotado, y dudando de que pudiera librarse alguna vez de sus pensamientos, de su sedoso sabor, nadó finalmente hasta la orilla arenosa. Se secó la frente mientras subía por la orilla poco profunda para recuperar su ropa. Neilan se detuvo.

Ya no estaban.

La tensión le recorrió. Había estado tan perdido en pensamientos sobre Marjorie, que había bajado la guardia e ignorado la posibilidad de un ataque del barón en represalia por el secuestro de su hermana.

Con la misma rapidez, descartó que el acto fuera obra del barón; habría cogido su montura. Había interrumpido a los ladrones. Oteó la zona mientras se acercaba a su bahía. Si estaba en lo cierto, seguían ahí fuera.

Su bayo relinchó y agitó las orejas hacia él.

—Son unos malditos bastardos —murmuró al llegar a su lado. Y se congeló. Su armamento también estaba despojado de sus vainas.

Seguro de que le estaban observando, Neilan escudriñó disimuladamente el bosque ennegrecido en busca de señales del intruso. Si no le apuntaban con una flecha, podría, sólo podría, ser capaz de escapar.

Levantó el pie hacia el estribo.

—Muévete un centímetro más y estás muerto —le amenazó una voz profunda y áspera.

Neilan se debatió entre los riesgos de saltar sobre su caballo y salir corriendo. De cualquier forma, desnudo e indefenso, las probabilidades no estaban a su favor.

—¿Qué quieres? —gritó, ganando tiempo mientras decidía el mejor plan para escapar.

—A la mujer.

¿Marjorie? Se le paró el corazón. ¿Le habían seguido desde Inglaterra? ¿Pero cómo? Había vuelto a comprobar su rastro mientras cabalgaban. No había visto ni rastro de nadie que le persiguiera. Como si lo hubiera hecho, pensó con disgusto. Había estado tan distraído con Marjorie durante todo el viaje que un tonto podría haber bailado una giga sobre su cabeza y no se habría dado cuenta.

—¿De qué mujer hablas? —preguntó Neilan, ganando tiempo.

Una flecha pasó zumbando por la izquierda, a menos de un metro de distancia y se incrustó en un árbol con un sólido golpe.

—A la mujer inglesa que secuestraste para pedir rescate.

—Yo… —La petición de su rescate no había sido enviada hasta la pasada víspera. A menos que alguien atacara al corredor y se apoderara del mensaje, nadie lo sabría.

Otra flecha pasó azotando, esta vez desde otra dirección. Aterrizó a su derecha.

—Responde.

Neilan ignoró la amenaza en voz baja mientras observaba dos muescas familiares, separadas por la longitud de un pulgar, cortadas en el astil de la flecha atrapada por la luz mortecina de la luna. Había ayudado a sus hermanos a asegurar las plumas en el astil de madera hacía apenas un mes.

Miró hacia la maleza que ocultaba el bosque, luego hacia la maleza donde el otro hombre había gritado. Sus hermanos pensaban divertirse con él, ¿verdad?

—No he secuestrado a nadie —gritó Neilan.

Un áspero bufido de incredulidad respondió a su respuesta.

—Si tienes necesidad de volver a respirar, nos dirás la verdad.

—¿Dónde la has dejado? —exigió el otro hombre.

Neilan casi sonrió, pero mantuvo el rostro pasivo.

—La moza vino de buena gana.

Una risita ebria brotó del hombre a su izquierda.

—No por ese escuálido órgano que llamas hombría.

Una risa ahogada brotó del otro hombre.

—Quédate atrás —dijo la voz entrecortada mientras Neilan avanzaba a grandes zancadas —. Tengo otra flecha preparada y apuntando a tu corazón.

Neilan cargó.

—¡Ahora! —gritó Keir. Su turbia figura salió corriendo de entre la maleza.

Neilan atrapó a Keir y lo derribó al suelo. Entre los gritos se oyó una risa ahogada.

Hojas y rocas se clavaron en su espalda, pero Neilan sólo maldijo y rió más fuerte. Una cabalgada rápida y un baño exigente no habían hecho nada por aliviar la tensión de querer a Marjorie. Pero esto, donde sus puños podían liberar la energía no gastada enroscada en su cuerpo, era otra cosa.

Un rodillazo en el muslo hizo gemir a Neilan. Antes de que su hermano pudiera tomar ventaja, volteó a Keir sobre su espalda y le inmovilizó las manos.

—Le tengo —gritó Blair mientras placaba a Neilan por detrás. Cayó hacia delante con Neilan debajo de él, las palabras se le escaparon con regocijo de borracho.

—Ya era hora, imbécil. —Keir se incorporó y se limpió la boca, escupiendo hojas y una mancha de sangre antes de levantarse con un grito y lanzarse a ayudar a Blair.

—Sostén su otro brazo, ¿quieres? —gritó Blair—. Me ha abierto el labio.

—Nada más que lo que te mereces —gruñó Neilan, satisfecho cuando consiguió empujar a Blair. Clavó su puño en la barbilla de Keir y envió a su hermano de espaldas. La gratificación duró sólo un segundo, ya que Blair se le echó encima con un sonoro grito. Neilan rodó sobre sí mismo y luego gruñó cuando Keir saltó también sobre él.

—Suéltame —gritó Blair—. Cristo, los dos pesáis tanto como un buey de mala raza.

Ninguno de los dos se movió, pero cada uno empezó a soltar una risita, que se convirtió en carcajadas profundas y retumbantes.

—Me haréis derramar lo último del vino que tengo guardado —arremetió Keir, y se cayó de ambos mientras se reía a carcajadas.

—¿Tienes vino? ¿Por qué no lo has dicho antes? —Blair apartó a Neilan y arrebató la botella de las manos de Keir. Abrió el tapón y se bebió un buen trago. Blair le echó un vistazo mientras se limpiaba la boca con la manga.

—¿Cómo sabías que éramos nosotros?

—Las flechas de Keir —dijo Neilan con naturalidad mientras aceptaba la botella. Bebió otro trago—. Le ayudé a hacer los astiles. Siempre tallo dos muescas, separadas por la longitud de un pulgar, en cada asta que hago.

Blair fulminó a Keir con la mirada.

—¿Cómo iba yo a saber que él miraría el fuste? —replicó Keir—. Malditos ojos de águila.

—Nunca olvides eso —dijo Neilan riendo.

Se tumbaron, turnándose hasta que la botella de vino quedó vacía.

Con una maldición soez, Keir arrojó el recipiente vacío a la maleza. Aterrizó con un tintineo sordo. Con un largo suspiro, cruzó los brazos bajo la cabeza.

—Mira las estrellas.

Neilan se quedó mirando los brillantes destellos de luz tan vivos dentro de los ennegrecidos cielos.

—Sí, es una noche preciosa.

—Ojalá pudiera seguir así —dijo Blair con tanta tristeza que Neilan miró hacia él. Blair se encontró con su mirada—. Una vez que comience el levantamiento, puede que nunca vuelva a haber un momento como éste.

Neilan recostó la cabeza en el frescor de la tierra, con la garganta apretada por la emoción. Sí, la guerra no perdonaba a nadie. Antes de la primera nevada, él o cualquiera de sus hermanos podía yacer muerto, abatido por los ingleses. Pero cada hombre que entraba en guerra comprendía el coste. Este tiempo aquí, ahora, era el más precioso.

Tiempo que él saborearía.

Keir cogió un puñado de hojas y las lanzó al aire. Cayeron en espiral en un remolino perezoso.

—¿Tienes miedo de la lucha que se avecina?

—Sí —respondió Neilan con solemnidad—. Sólo un tonto no lo tendría. Pero es nuestra única opción. —Gruñidos de acuerdo de sus hermanos siguieron a su declaración. Luego se hizo un amistoso silencio entre ellos.

Blair empujó una piedra cerca de su pie.

—¿Has comprobado cómo está la mujer?

Neilan se encogió de hombros, no quería que le recordaran a Marjorie, su beso o que casi le había quitado la inocencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blair—. No has empezado a preocuparte por la muchacha, ¿verdad? —Aunque dichas en voz baja, sus palabras contenían una advertencia sobre la necesidad de mantenerla a distancia.

—Nunca haría algo tan poco inteligente como eso. —Lo último que Neilan quería discutir eran sus sentimientos por Marjorie. Comprendía perfectamente lo que estaba en juego. Y su parte. Se sentó y fulminó con la mirada a sus hermanos—. Maldita sea, ¿dónde están mi ropa y mis armas?

La tensión entre ellos se erosionó.

—Pregúntale a Keir —dijo Blair riendo.

Keir se puso en pie de un salto. Las hojas crujieron bajo sus pies cuando empezó a retroceder lentamente.

—Detente —exigió Neilan.

Su hermano dio otro paso atrás.

—Le dije que no las pusiera ahí —dijo Blair, el humorístico deleite en su rostro, incluso en la luz menguante, claro.

—¿Dónde? —le gruñó Neilan a Keir mientras daba un paso hacia él—. En las ortigas —suplió Blair.

—Prometiste no decir ni una palabra —gritó Keir, pero en su expresión jugaba un poco el arrepentimiento. Con un grito de placer, echó a correr hacia el bosque.

Neilan corrió tras él. Los palos se clavaron en sus pies, las extremidades abofetearon su

carne desnuda.

La risa de Keir resonó por todo el bosque.

Con una maldición, Neilan placó a su hermano a varios metros del caballo de Keir. Volteó a Keir y lo inmovilizó contra el suelo.

—Vas a ir a los arbustos a por ellos —ordenó Neilan con diabólico deleite.

—¡Era en broma! —Keir intentó zafarse de él—. Utilicé un palo para empujarlos. ¿Tienes el cerebro nublado? No puedo entrar ahí. Me picará como a un loco durante todo el día.

—Un destino que te mereces.

—Blair, ¿dónde demonios estás? —Una risa distante respondió a la petición de Keir.

Keir se retorció debajo de él. Cuando no pudo moverse, sonrió a Neilan, con la sonrisa amable y divertida que solía encantar.

—Cabalgaré hasta casa y te traeré otra muda de ropa.

—Ja. Como si fueras a volver. Conozco tus trucos demasiado bien. —Cogió a su hermano por el cuello—. Vas a entrar ahí y recuperarlas ahora o yo mismo te arrojaré a las ortigas.

Su rostro palideció.

—No lo harías.

Arqueó una ceja, recordando la difícil situación de Marjorie, encontrando una inmensa satisfacción en que su hermano compartiera el mismo destino.

—¿No?

—Suéltame —refunfuñó Keir—. Me llevaré tu maldita ropa. No es que vayas a apreciar mis esfuerzos.

—Tú las metiste —dijo Neilan mientras arrastraba a su hermano con él mientras se

levantaba—, y tú las sacarás.

—Ni siquiera apreciando un poco de humor —murmuró Keir cuando su hermano le soltó. Se quitó la suciedad y las hojas de su atuendo.

Neilan le hizo un gesto hacia delante.

—Muévete.

Su hermano menor miró hacia donde estaba sentado Blair, revolcándose de risa ante su difícil situación.

—El fanfarrón tendrá lo suyo. —Se marchó dando pisotones, murmurando algo sobre la confianza y los tejones.

Con un movimiento de cabeza, Neilan le siguió, con la alegría completa mientras Keir aullaba y maldecía al abrirse paso entre las ortigas y arrancaba la ropa de Neilan de entre las zarzas.

—La próxima vez no serás tan rápido para robarme la ropa —dijo Neilan mientras su hermano le arrojaba sus prendas y luego le entregaba sus armas.

Keir fulminó a su otro hermano con la mirada.

—No con Blair enterado de la broma.

Con una sonrisa, Neilan se tiró de la ropa.

—Parece que Blair se merece una mojada.

Keir se arrancó una espina de la piel y miró hacia donde Blair estaba sentado riendo.

—Una idea interesante. —La irritación de su rostro se transformó en traviesa satisfacción. Asintió a Neilan—. Ha llegado el momento.

Neilan dejó sus armas en el suelo. Ambos hombres cargaron contra su hermano.

Cuando se acercaron, Blair se puso en pie, extendió las manos y empezó a retroceder.

—No deberías tocarme ahora. Todo fue en broma.

No rompieron el paso.

Blair salió corriendo. Casi había llegado a su caballo cuando Neilan le agarró del brazo y Keir le agarró del otro hombro. Empezaron a arrastrarlo hacia una gran roca que colgaba sobre un profundo estanque del lago.

—¡Suéltenme! —Blair luchó contra ellos. Riéndose, le arrastraron hasta el borde.

—Esto te enseñará por contar mis hazañas —les cobró Keir. Con la ayuda de Neilan, y la bota de Keir en su trasero, arrojaron a Blair por el borde.

Un fuerte chapoteo recompensó sus esfuerzos.

Neilan y Keir observaron con suprema satisfacción cómo su hermano flotaba en el agua.

—Te lo merecías, Keir —espetó Blair. Se limpió la humedad de la cara mientras pisaba el agua—. Y arrastrarse por un montón de ortigas no es ni mucho menos el pago por seducir a Johanna, la mujer a la que le había echado el ojo.

Neilan arqueó una ceja mirando a Keir. Así que de eso se trataba. Keir se encogió de hombros.

—El muchacho es lento cuando se trata de mujeres.

Con golpes seguros y poderosos, Blair se puso en marcha hacia la orilla.

—Pagarás por esto.

—Esta noche no. —Con un guiño a Neilan, Keir corrió hacia su caballo.

Riéndose, Neilan corrió hacia su bayo y montó. Impulsó a su caballo al galope. En segundos alcanzó a Keir. El eco de los cascos se mezcló con las maldiciones de Blair tras ellos mientras él y su hermano corrían hacia casa.

El castillo de Riverlochs apareció a la vista, junto con la torre donde dormía Marjorie, y la risa de Neilan se desvaneció. El deseo que hacía poco había luchado por controlar regresó con una venganza que le retorcía las tripas.

Neilan maldijo e instó a su montura a que acelerara. Pero la bofetada de realidad, de cómo ella podía afectarle, casi le robó el aliento. Había sabido que no debía tocarla. Como un muchacho verde, se había engañado a sí mismo pensando que podía soportar un solo beso sin querer más.

Ella era virgen; una mujer que esperaría más que un rápido revolcón de su amante. Una mujer como ella querría un para siempre. Él nunca podría ofrecerle eso.

Pero mientras cabalgaba a través de la portería y entraba en el patio con Keir a su lado, Neilan miró hacia la ventana de la torre y se preguntó si una locura así podría ser alguna vez...

Capítulo 10

En el gran salón, el familiar rumor de los hombres comiendo, hablando y preparándose para el nuevo día rodeó a Neilan. Miraba fijamente la carne asada clavada en su daga mientras sus hermanos atacaban su comida en la mesa de trincheras, ambos sentados a ambos lados de él.

Las imágenes de Marjorie encerrada en su cámara rondaban su mente y a Neilan se le quitó el apetito. Arrojó el trozo de venado a los perros bajo la mesa. Se apresuraron a coger la carne mientras él limpiaba su espada y la deslizaba en su vaina.

Keylan le lanzó una mirada interrogante.

—¿Qué ocurre?

Neilan se puso en pie.

—Trabajaré junto a Darach fabricando ballestas.

—¿Cómo has trabajado junto al atillador durante los últimos cuatro días?

Keylan dio un sorbo a su vino, con la mirada atenta.

—Y te has esforzado mucho, volviendo a la torre del homenaje a altas horas de la noche, después de que las mesas se hayan recogido hace tiempo de la cena.

—No soy un muchacho que necesite cuidados. —Neilan se limpió la grasa de las manos y tiró el paño a un lado—. Una vez que comience la lucha, necesitaremos armas adicionales.

Keir arrancó un bocado de pan, sus hoyuelos se hicieron más profundos con diversión.

—Es un revolcón con una muchacha lo que necesitarías para aliviar tu mente.

Blair dirigió una mirada dura a Neilan.

—No le cuentes a Keir la moza a la que estás favoreciendo. La tendrá de espaldas y con las piernas abiertas antes de que puedas desenvainar tu espada.

—Es mi encanto. —Keir bebió un trago de cerveza—. Lo cual es mucho más atractivo para las mujeres que tu cara llena de pulgas.

Keylan se levantó.

—Los dos tenéis que pensar con el cerebro en vez de con la polla. —Su mirada se posó en Neilan.

—Tenemos que hablar.

Neilan vaciló. No quería una confrontación. Quería sumergir su mente en la fabricación de ballestas. En la fabricación de armamento de precisión, podría distanciar sus pensamientos de Marjorie. Suspiró. La expresión seria de Keylan le aseguró que hablarían.

Neilan caminó al lado de su hermano mayor mientras abandonaban el gran salón.

Sus pasos resonaron en los escalones en espiral mientras subían por la torre.

Una vez que salieron al paseo de la muralla, Keylan miró a Neilan.

—Recibí una misiva anoche. El trueque por las armas se ha realizado. El precio acordado. Será inferior al rescate que hemos exigido.

Gruñó.

—La moneda extra será bienvenida.

—Sí —asintió Keylan.

Pasó una ligera brisa perfumada del lago y la hierba. Neilan caminaba al lado de su hermano, tenso, pero curioso por saber el motivo de la petición de Keylan de acompañarle. Podría haber compartido la noticia del acuerdo de armas mientras rompían el ayuno.

Keylan se detuvo ante un merlón.

—Recuerdo estar aquí por las mañanas cuando no podía dormir. Venía aquí para estar solo, para intentar resolver problemas que parecían insuperables. —Se apoyó en la piedra tallada y miró al exterior.

—De algún modo, nuestro padre sabía cuándo estaba atribulado y me encontraba. Aunque no siempre me daba respuestas, me ofrecía consejos para ayudarme a sopesar mi decisión final

—Sí —convino Neilan—. Siempre discernía cuándo uno de nosotros necesitaba una mano que lo guiara. —Y había sido un hombre que había sacrificado su vida para salvar la de Neilan. Tragó saliva con dificultad—. Le echo de menos.

Reflejos de pena tamizaron los ojos de Keylan.

—Yo también.

—Estaría orgulloso de cómo has guiado el castillo de Riverlochs con mano firme.

—Pero no solo. Keir Blair y tú habéis ayudado cuando ha habido necesidad, y me habéis ofrecido vuestro apoyo cuando os he buscado. —Keylan hizo una pausa—. Hasta ahora. Estás preocupado, y aun así albergas tus pensamientos.

Irritado por la capacidad de su hermano para discernir lo que la mayoría pasaría por alto, Neilan permaneció en silencio. ¿Qué le diría, que despreciaba tratar a Marjorie como a su prisionera? ¿Que la quería como amante? ¿O que ella le conmovía como ninguna otra?

¿Tal vez debería decirle que ella le deseaba la muerte y que sus duras palabras eran las que más le dolían?

La vergüenza le subió por la garganta. Había permitido que crecieran sus sentimientos hacia su enemiga. Era imperdonable. Incluso el saberlo no cambiaba nada. Que Dios le ayudara, ella significaba para él más de lo que debería.

—No hay nada que discutir —respondió finalmente. Miró hacia donde el sol de la mañana cortaba la niebla que se cernía sobre las tranquilas aguas—. El secuestro ha ido bastante bien. La petición de rescate ha sido enviada. Ahora las armas que necesitamos esperan nuestra llegada.

—De lo que hablo tiene poco que ver con las armas, la misión o los rebeldes. Has caminado como un tejón herido durante los últimos cuatro días.

Neilan se puso rígido.

—Me he mantenido al margen.

—Sí —respondió Keylan con una tranquila preocupación que hizo que Neilan apretara los dientes—. Más que desde la muerte de nuestro padre.

—Por los ojos de Dios, no quiero hablar de...

—No has hablado de la muerte de nuestro padre, pero te corroe, —insistió Keylan—. Se nota en cada uno de tus pasos. En cómo siempre te ofreces voluntario para misiones peligrosas.

La culpa se apoderó de Neilan mientras los últimos segundos de la vida de su padre rodaban por su mente. Sobre su tumba, había jurado vengarse de los ingleses. Ahora, su deseo por Marjorie traicionaba todo lo que representaba.

—Déjalo.

—Que te maten no cambiará nada —dijo Keylan—. Ni reemplazará a nuestro padre. Ya ha pasado el momento de airear tu pena.

—Pena —espetó Neilan—. ¿Así se llama ver morir a nuestro padre en mis brazos por una flecha destinada a mí?

Los ojos verdes se oscurecieron hasta volverse negros.

—Fue su elección. La decisión hace tiempo que fue tomada. Y pasada.

—¿Me has pedido que venga aquí para hablar de nuestro padre?

—En parte.

—¿Y la otra? —preguntó Neilan, temiendo saber ya la razón.

Durante un largo momento su hermano le estudió.

—Eres un hombre al que le encanta revolcarse con las muchachas. Pero nunca he visto a una mujer que te haya dejado en ascuas hasta el punto de que no recurras a la familia en busca de ayuda. Lady Marjorie lo ha hecho.

—Estoy preocupado por ella —dijo finalmente, lo cual era la verdad.

Una sonrisa sin humor tocó la boca de Keylan.

—¿Preocupado o enamorado?

—Maldita sea, me he mantenido alejado de ella durante los últimos cuatro días.

—Y con cada uno que pasa, tu humor se oscurece.

Su espina dorsal se puso rígida. Como era la verdad, Neilan mordió su aguda réplica.

—Cuando llegue el momento de devolverla a Inglaterra, cumpliré con mi deber.

—Le he pedido a Blair que la escolte de vuelta a Inglaterra cuando llegue el rescate.

Neilan le fulminó con la mirada.

—Yo secuestré a Marjorie.

Su hermano le observó, la fuerza silenciosa de su expresión hizo que a Neilan se le apretaran las tripas. Conocía esa mirada. Keylan no se dejaría desviar de su decisión.

Keylan negó con la cabeza.

—Blair irá.

El pánico se apoderó de él ante la idea de perder incluso esos pocos días preciosos con Marjorie.

—¿Está mal querer pasar tiempo con ella? ¿Sólo los pocos días que llevará llevarla de vuelta al castillo de Rothfield?

—No hay derecho ni justicia en la guerra, sólo tristeza e injusticia. —Keylan lo estudió, a sus ojos afilados no se les escapaba nada—. Con su reputación ya en ruinas por el secuestro, el tiempo que pases con la muchacha mientras esté en el castillo de Riverlochs no tiene importancia. Siempre que se la trate bien y esté dispuesta en lo que ambos hagan en privado. Con la riqueza de su hermano, él puede encontrar fácilmente un hombre que se ofrezca a desposarla.

Levantó la mano cuando Neilan hizo uso de la palabra.

—Puede que mis palabras te parezcan duras o injustas —continuó Keylan—, pero comprendo el cariño y la angustia de dejar marchar a una mujer. Un hombre cuerdo, cuando su mente se tuerce por sus sentimientos, puede convertirse en un necio. Ya he informado a Blair de que él, junto con un acompañante, viajará y canjeará a la mujer por el rescate.

La inquietud retumbó en su interior.

—Con su rencor hacia los ingleses, ¿crees que es prudente que escolte a Marjorie?

—¿Crees que le haría daño?

Esa era otra cuestión. Aunque no eran hermanos de sangre, consideraba a Blair su verdadero hermano. Pero tampoco podía olvidar que el asesinato de la familia de Blair a manos de los ingleses había traído a Blair a su casa. Le gustaría creer que Blair nunca haría daño a Marjorie. Tal vez fueran sus sentimientos por Marjorie los que despreciaban su actitud protectora.

Inseguro de la base de sus recelos, Neilan se encogió de hombros.

—No. —Pero las dudas persistían.

Keylan asintió.

—Lo único que he hecho es cambiar el tiempo que pasarás con lady Marjorie… unos días como mucho.

Neilan quiso objetar, luchó contra las palabras que se agolpaban en su lengua para liberarse, pero comprendió con humilde claridad el razonamiento de su hermano.

Hacía dos años, Keylan, el hombre racional y sensato que siempre andaba por el camino recto, se había enamorado... de una mujer casada. Ella había desestimado las declaraciones de amor de Keylan y le había explicado que le había utilizado para dar celos a su marido.

Keylan había regresado a casa, con la inocencia perdida y el orgullo destrozado. Había cambiado, se había vuelto más callado y duro. La risa que había suavizado su rostro durante su juventud era ahora casi inexistente.

Pero por sus hermanos, Keylan ofrecería su vida.

Si cualquier otro hubiera informado a Neilan de que no escoltaría a Marjorie de vuelta a Inglaterra, se habría rebelado como un lobo que protege a su pareja. Pero no con Keylan. Las palabras de su hermano encerraban sabiduría, una perspicacia dolorosamente aprendida.

Aunque refutara el decreto de Keylan, ¿qué podía ofrecer como defensa? Su secuestro de Marjorie ya había invitado a la ira del barón, hostilidad que había despreciado vergonzosamente. Neilan dejó caer las manos a los costados. Keylan tenía razón. Además, escoltar a Marjorie hasta su casa sólo ahondaría su pena.

Con la mente decidida y el corazón oprimido, Neilan asintió.

—A la vuelta de Blair —explicó Keylan—, tú, junto con un contingente de hombres

elegidos a dedo, viajaréis al extremo occidental del bosque de Selkirk, donde te reunirás con los hombres que nos venden las armas. Después de que hayan recibido el pago, te conducirán hasta las armas.

—Sí —respondió Neilan, con la garganta apretada.

Su hermano le puso una mano en el hombro.

—Se nos dan opciones, pero no siempre las que queremos. —El dolor destelló en el rostro de Keylan antes de que pudiera ocultar la emoción, y Neilan lo comprendió, su hermano pensaba en la mujer que le había hecho daño—. Ahora tengo una tarea de la que ocuparme, pero espero con impaciencia nuestro próximo encuentro en el campo de prácticas.

—Yo también —dijo Neilan, forzando una ligereza que no sentía. Keylan se alejó.

El eco de los pasos de su hermano por la torreta se desvaneció y Neilan se frotó la nuca. Cumpliría con su deber para con su país y su clan, pero dudaba que llegara el momento en que olvidara a Marjorie.

Con el corazón encogido, descendió las escaleras. Al llegar abajo, la sirvienta que había asignado al cuidado de Marjorie se precipitó hacia él, pero su mirada ya estaba rozando hacia arriba, donde su ventana permanecía abierta.

Y vacía.

Recordó el informe que la sirvienta le había dado ayer sobre cómo, en los últimos cuatro días, Marjorie se había vuelto retraída. Noticias que le habían perturbado hasta el punto de que casi había accedido a la petición de Marjorie de verle. Pero su último enfrentamiento con ella, su beso, le había impedido dar un paso tan peligroso. Por mucho que quisiera negar su efecto sobre él, no podía.

La joven se detuvo ante él.

—Lady Marjorie no tocó su comida la víspera ni rompió el ayuno esta mañana.

—¿Está enferma?

—Parece pálida, pero nada de lo que diga la convencerá de comer. —Líneas de preocupación se dibujaron en el ceño de la sirvienta—. Temo que si no come pronto, caerá enferma o algo peor.

—Hablaré con ella. —Pero sólo un momento. Se negaba a cometer el mismo error dos veces y dejarse tentar por sus artimañas femeninas.

El alivio recorrió su rostro.

—Mi agradecimiento, Sir Neilan.

—Trae una bandeja fresca de comida a la habitación. Me aseguraré de que Lady Marjorie la termine.

—Sí. —La mujer se alejó apresuradamente.

Neilan cruzó el patio a grandes zancadas. La muy testaruda. ¿Creía que con su simbólica rebeldía él cedería y le permitiría vagar libremente por el castillo y le daría otra oportunidad de escapar?

Subió a la torre iluminada por antorchas, su inquietud crecía a cada paso. ¿Debería haber ido a ver a Marjorie antes? ¿Estaba realmente enferma? ¿O se trataba de otra treta?

Después de su último intento de fuga fallido y ahora con estar encerrada en la habitación de la torre, ¿no se daba cuenta de que él no podía permitir que se escapara? No toleraría su desafío. Ella comería. Entonces él marcharía.

Pero cuando entró en la cámara, la mujer que se volvió hacia él desde cerca de su cama era una versión fantasmal de la animosa muchacha que había secuestrado. La frágil tristeza de sus ojos casi le hizo caer de rodillas.

Su corazón latió con fuerza mientras cruzaba la habitación.

—Has venido.

El tembloroso susurro de ella arrastró aún más su culpabilidad. Con la intención de mantener las distancias, había ignorado las preocupaciones de su sirvienta. Por su aspecto, debería haberla vigilado desde el primer informe, o haber pedido a uno de sus hermanos que lo hiciera en su lugar. Pero celoso, no había querido que nadie más asistiera a Marjorie, salvo su sirvienta.

Su culpabilidad fue en aumento hasta apestar como un montón de estiércol. Por mucho daño que le hubiera hecho, no merecía consumirse.

—En nombre de Dios, ¿qué te estás haciendo?

—Pedí verte… cada día —dijo ella, su voz no era más que un susurro—. Nunca viniste.

Cerró la puerta.

—Es mejor que me mantenga alejado.

¿La odiaba? ¿Era por eso por lo que la había abandonado? ¿O era porque era su prisionera, un hecho en desacuerdo con que él la quisiera?

—¿Por qué? —Marjorie se estremeció ante el temblor de su voz, pero no pudo ocultarlo. Había anhelado este momento durante días, y tenía toda la intención de ser fuerte. Pero ahora que él estaba aquí, lo único que podía hacer era posar sus ojos en él y desear que se hubieran conocido en otras circunstancias. Pero no podía permitir que él viera cómo la afectaba su presencia. Cómo le dolía desearle.

Fueron los días encerrada en esta habitación los que aumentaron su conciencia de él. Aunque estaba bellamente adornada e impregnada de cualidades encantadoras, esta cámara era una prisión.

—Aunque sólo fuera por un rato, me gustaría salir. Por favor —añadió, la desesperación obligando a su orgullo a recibir un nuevo golpe al tener que suplicar.

—¿Para que puedas intentar escapar?

Una parte de ella murió ante su pregunta. Dolida, se armó de valor para hablar.

—¿Como si encerrada entre estos muros pudiera escapar, y mucho menos sobrevivir en el bosque por mi cuenta si lo hiciera? ¿O has olvidado el intento lastimosamente fallido que me llevó a las ortigas urticantes? —¿O cómo la había cuidado con tanta ternura durante las horas posteriores?

Él gruñó.

—Aun así lo intentarías. —Sí. Si se le daba la oportunidad lo haría. Sonó un golpe en la puerta—. Entre —dijo Neilan.

Marjorie vio cómo la mujer que la atendía entraba en la habitación. Puso una bandeja con comida sobre la mesa y se marchó mientras el rico olor a pan caliente, venado asado y hierbas aromáticas recorría la habitación. Se quedó mirando la generosa extensión. Lo último que necesitaba era pasar tiempo a solas con él.

Negándose a dejarse llevar por su deseo de una muestra de libertad personal, se volvió hacia él.

—¿Me concederás mi petición?

—Rompe tu ayuno, luego lo discutiremos.

—No tengo hambre. —Su estómago emitió un gruñido traicionero.

—Comerás. —Se movió para coger la zanjadora cubierta con la carne finamente cortada en dados y se acercó. Se detuvo un paso ante ella. El aire palpitó a su alrededor mientras se libraba una silenciosa batalla de voluntades.

Utilizando su daga, alanceó un trozo de carne y se lo acercó a la boca. Lentamente, con intención, se lo pasó por los labios. El labio inferior de ella tembló y sus ojos se oscurecieron de

anhelo, de la forma en que un hombre mira a una mujer a la que quiere y desea por encima de todas las cosas.

De la forma en que ella había anhelado que él la mirara.

A Marjorie se le atascó la respiración en la garganta. Su pulso se volvió inestable. Su cuerpo se tensó y el calor la recorrió hasta lo más profundo.

El momento cambió a algo intenso. Íntimo.

Con la respiración agitada, Marjorie abrió la boca y él le puso el sabroso bocado en la lengua. Ella masticó y tragó, lo que, con él observando cada uno de sus movimientos, era un esfuerzo en sí mismo.

Su aroma, una potente mezcla de hombre y tierra, llenaba cada una de sus respiraciones y su sangre se calentaba. Si él se inclinaba un grado hacia delante, sus cuerpos se rozaban.

Como si fuera capaz de leer sus pensamientos, se acercó más, su mirada a la boca de ella, luego más abajo.

Él dejó la comida a un lado. Lentamente, la hizo retroceder hasta que la tuvo presionada contra la pared, enjaulada dentro de su poderosa forma. Entonces se inclinó hacia delante e inclinó su boca sobre la de ella, su duro cuerpo firme contra ella.

El sabor de él asaltó sus sentidos, arrancándole el pensamiento coherente. El dolor en su interior se hizo más fuerte, una respuesta instintiva tan primitiva como el tiempo.

Se estremeció. Esto era lo que quería, lo que necesitaba. Más que comida, más que su libertad. En una exhalación temblorosa, Marjorie separó los labios.

Y se rindió a lo que ya no podía negar.

Capítulo 11

Marjorie se estremeció bajo la boca de Neilan cuando se movió sobre sus labios con suave determinación, reclamándola con una intención depredadora. Debería apartarlo, negarle semejante intimidad; en lugar de eso, saboreó su fuerza, el deseo recorriendo su cuerpo hasta que cada centímetro de ella tembló. Angustiada por la necesidad, le rodeó el cuello con las manos y lo atrajo hacia sí.

Sin previo aviso, él se soltó. El deseo ardía en su mirada con una marca letal mientras la miraba fijamente. Ardiente. Volátil. Como si un simple roce la dejara felizmente chamuscada. La cicatriz de su mejilla izquierda se tensó. Se dio la vuelta.

—Termina tu comida. —La dureza cubrió su voz, leguas del toque de su amante de segundos antes.

Marjorie se hundió contra la pared, un agudo anhelo irradiando por su cuerpo. Neilan estaba enfadado, pero ella no tenía miedo. Intuyó que su ira era hacia sí mismo, su batalla entre el deseo que sentía por ella y el deber. Debería sentirse aliviada de que uno de los dos tuviera sentido común. Sin embargo, si él no se hubiera echado atrás, ella le habría permitido… todo.

La vergüenza la invadió mientras se dirigía a la mesa. Su estómago se rebeló ante la idea de comer, pero comería gachas de un día si con ello conseguía su libertad temporal. Entre la copa de vino y la pura determinación de escapar de los confines de su cámara, engulló cada bocado de su trinchadora.

Se levantó.

—He terminado.

Neilan asintió bruscamente. Se acercó y abrió la puerta.

—Sólo por un rato.

La inquietud la invadió cuando entró por la puerta. Le siguió en silencio, sus pasos burlándose suavemente de los de ella.

Salieron del gran salón y les saludó el aroma de la cerveza recién hecha entrelazado con la grasa derretida que utilizaba el fabricante de velas. La felicidad la invadió cuando el aire besado por el sol le calentó la cara. Se esforzó por descartar su enervante presencia. Y fracasó.

Marjorie intentó vaciar su mente absorbiendo todo lo que la rodeaba. Los edificios bien cuidados, los campesinos que pasaban por ellos para comprar mercancías durante el día de mercado, el golpeteo del herrero que trabajaba cerca de los establos se fundía con el tintineo de las espadas mientras los caballeros practicaban en el patio.

Neilan se acercó a su lado, su mero tamaño hacía imposible ignorarlo.

—Es un buen castillo —dijo ella sin mirarle, su cuerpo lejos de estar estable tras su beso en la cámara.

—Así es. ¿Te gustaría ver más?

Sorprendida por su oferta, asintió. Había esperado a medias que, una vez fuera, no permanecerían más que un instante antes de que él la acompañara de vuelta a su cámara.

Su mano le acarició el codo.

El simple contacto la hizo consciente. No levantó la vista. No se atrevió. Lo último que necesitaba era la confirmación de que él había experimentado la misma necesidad.

Neilan mantuvo el paso lento mientras paseaban por las numerosas tiendas que exhibían

mercancías diversas. La gente de dentro le gritaba saludos al pasar. Unos pocos le saludaron con la cabeza, pero otros le lanzaron una fría mirada. La verdadera razón de su presencia en Riverlochs había llegado a oídos de los residentes.

Con anhelo, miró más allá del puente levadizo bajado, hacia donde la desgarrada extensión de roca y campo ondulado cortaba hacia arriba hasta el escarpado borde del bosque.

Cuando se acercaron a una pequeña pero robusta tienda, el olor a madera trabajada y sudor la saludó. Neilan la guió al interior, impidiéndole ver la libertad. Su pecho se oprimió ante la sensación de estar atrapada dentro de los confines. Se tranquilizó. Neilan le mostró el castillo. Su tiempo dentro del estrecho edificio sería breve.

Un hombre fornido rodeado de pilas de maderas diversas pulcramente apiladas, junto con otras herramientas de su oficio, trabajaba para dar forma a una rama en una cepa larga y estrecha.

—¿Qué está haciendo? —preguntó ella.

Neilan la miró.

—Está tallando roble para la caña de una ballesta. Como los sarracenos, utilizamos roble, arce, olmo y cuerno para la construcción del arma.

—¿Cuerno?

—Sí. El cuerno es resistente y elástico y no es tan probable que se rompa como si usara madera.

Pasó la mano por la culata de una ballesta terminada colgada en la pared; el cálido deslizamiento de la madera pulida, impecable en su diseño, le recordó los músculos labrados del hombre que tenía a su lado. Sacudida por la forma en que sus pensamientos se volvían siempre hacia él, Marjorie apartó la mano.

—Utilizamos cera de abejas para proteger la madera de la lluvia y el frío —explicó Neilan.

—Sabes mucho sobre la fabricación de estas armas.

El hombre fornido le guiñó un ojo.

—El muchacho lo aprendió todo de mí.

Ante la calidez de su voz, su sonrisa se dibujó con facilidad. El hombre no podía ser mucho mayor que Neilan. Sin embargo, el tono burlón de su voz lo anunciaba como su amigo.

—Me llamo Darach —dijo con una inclinación de cabeza—. Si espero a que Neilan nos presente, puede que nunca llegues a conocer mi nombre.

Neilan soltó un bufido indignado.

—No confiaría mis gansos a este zorro.

—Un muchacho muy amable, ¿verdad? —dijo Darach con una risita. Su mirada se deslizó por ella con aprecio masculino—. ¿Y es esta muchacha la razón por la que has estado chasqueando a todo el mundo? Me he preguntado la causa de tu mal humor.

Un rubor calentó sus mejillas ante su abierta mirada.

—Darach —dijo Neilan—, ésta es Lady Marjorie.

El humor en el rostro del fornido hombre se desvaneció.

—¿La muchacha inglesa?

—Sí.

La frialdad sofocó cualquier calidez en su rostro.

—Este no es lugar para una dama.

Ella lo entendió. No quería que ojos ingleses vieran armas que había fabricado, armas que serían utilizadas contra su pueblo.

—Es usted muy hábil en su oficio. Le agradezco su tiempo. —Se dio la vuelta,

agradeciendo que Neilan no la detuviera al pasar junto a él. Fuera, Marjorie se detuvo, todo su cuerpo temblando. Había sido una tonta al permitirse aquel momento de placer. Nunca la aceptarían aquí.

Neilan se puso a su lado.

—Debería haberlo pensado mejor antes de traerte aquí. Sólo quería que vieras dónde trabajo durante el día.

Aunque sus palabras contenían poca calidez, su disculpa la conmovió al igual que el hecho de que hubiera querido mostrarle una parte de él.

—Las ballestas son de buena calidad —dijo ella, sin saber qué más decir.

El orgullo iluminó su rostro.

—Sí, son las mejores de toda Escocia.

Ella estudió sus manos. Manos hábiles que habían fabricado el robusto armamento de la tienda. Manos inculcadas con paciencia. Manos que podían doblar la madera hasta darle la forma deseada, o a una mujer a su voluntad.

Necesidades no deseadas se agitaron en su interior. Neilan no hacía nada a medias. ¿Cómo sería si hicieran el amor? ¿O si él la amara? Las preguntas surgieron en su mente sin previo aviso, haciendo añicos su momentánea ilusión de que controlaba sus emociones.

—No te había tomado por un artesano. Te tomaba por un guerrero —dijo ella, necesitada de pensar en otra cosa, cualquier otra cosa aparte de las sensaciones sensuales que él le provocaba—. Puedo entender que las exigencias necesarias para crear un armamento tan detallado te atrajeran. Un desafío. —¿Quizás por qué ella le atraía?

—No soy más que un aprendiz.

Lo que explicaba otra capa de amistad entre él y Darach.

Amigo y mentor.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando bajo su guía?

La estudió un momento, luego sus hombros se relajaron.

—Desde hace un año. Sólo estoy empezando a entender el tacto de la madera, las curvas, cómo cortar y trabajar con las debilidades y fortalezas naturales de la veta. —Su tono se suavizó, templado por su evidente amor al oficio.

Aunque deseaba permanecer fuera, Marjorie se volvió hacia la torre del homenaje. Demasiado consciente de él, del placer que su mero contacto podía proporcionarle, era un error pasar tiempo con él. Y cuanto más aprendía de aquel hombre, más difícil le resultaba recordar que era su enemigo.

Neilan la cogió del brazo con suavidad y la dirigió hacia el puente levadizo.

—Camina conmigo.

—¿Fuera de los muros del castillo? —dijo ella, atónita—. Me sorprende que no me hayas puesto un ronzal como se haría con un halcón.

—Estás demasiado débil para darme mucha caza.

—No tan débil que no pueda cortarte con la lengua.

El susurro de alegría en su rostro la cogió desprevenida. Después de haberle deseado la muerte días antes, nunca había pensado que él volvería a obsequiarla con tanta calidez.

Se adentraron en las frescas sombras del pórtico, sus pasos un suave eco contra las paredes labradas. El calor rozó su piel al salir a la luz del sol del exterior. Una ligera brisa chisporroteaba a su alrededor como si intentara apoderarse de ellos, sólo para desvanecerse.

—El viento no tardará en levantarse —dijo Neilan mientras cruzaban el puente levadizo—. En una buena mañana de verano, siempre es igual.

Ella le miró fijamente, la belleza del día disipó la última de sus barreras emocionales que necesitaba mantener contra Neilan.

—¿Y eso por qué?

Él se encogió de hombros.

—No puedo explicar el porqué de ello. Pero cuando el cielo es azul como los ojos de un hada y la mañana está quieta salvo por volutas de niebla dispersas, es lo mismo.

Como para probar su afirmación, la brisa volvió a chisporrotear a su alrededor, esta vez duró más tiempo antes de desvanecerse en calma.

—Como un bebé dando patadas a la vida —dijo Neilan. Llegaron a la orilla y se detuvieron. Rocas, maltratadas por las olas y el viento, yacían esparcidas a lo largo de la accidentada orilla.

Marjorie observó el agua. Una ondulación errante cosquilleaba la superficie.

—No habría pensado que le interesaría algo tan mundano como las variaciones del viento.

Se inclinó y cogió una roca multicolor. Aunque no era de la misma calidad ni belleza, la piedra lisa le recordó a las cuatro piedras preciosas pulidas de su habitación.

Neilan hizo saltar la roca sobre la superficie espejada del agua. Rozó en una estela rítmica y luego se sumergió.

—No hay nada mundano en la naturaleza ni en lo que crea. Demasiada gente pasa por alto los tesoros cotidianos que tiene ante sí.

Sus sencillas palabras la conmovieron. Qué ciertas. Atrapados en sus propias luchas, la mayoría de la gente pasaba por la vida sin disfrutarla. Como Henry. Perdido en una confusión empantanada, su vida yacía maltratada por las mujeres, la bebida y, ahora, posiblemente el asesinato. ¿Qué haría falta para traer de vuelta al hermano cariñoso, a la familia que tanto

ansiaba? ¿Dónde estaba ahora su hermano?

Por favor, que esté vivo.

Levantó la vista y se encontró con que Neilan la observaba con una intensidad desconcertante, como cuando la había besado en su habitación poco antes. La emoción le apretó la garganta.

—Hay un cuenco en mi cámara que contiene cuatro piedras partidas por la mitad —dijo ella, antes de ablandarse y hacer alguna tontería como inclinarse hacia él, o contarle la verdad sobre su hermano o su falta de monedas.

—Pertenecían a mi abuela. — Neilan cogió otra roca, ésta angulosa con fuertes líneas blancas que atravesaban capas de negro. Frotó la piedra áspera con el borde del pulgar, el amor por su venerada antepasada se derramó en su sonrisa.

—La habitación es suya, ¿verdad? —La calidez de la habitación, los pequeños toques que la hacían tan personal, por fin tenían sentido. Con la fría distancia que los separaba cuando habían llegado al castillo de Riverlochs, ella no había esperado que él la depositara en una cámara tan lujosa; especialmente en la habitación de un miembro de la familia al que obviamente apreciaba.

—Lo era.

—¿Entonces por qué me la diste?

Por qué, desde luego. Neilan la miró fijamente entonces, su pregunta era una que aún le atormentaba.

—No lo sé —respondió con total honestidad.

Echó el brazo hacia atrás y lanzó la roca. Aterrizó a gran distancia con un golpe seco. Las olas se movieron en un círculo perfecto desde el punto de entrada.

Qué extraño era estar aquí a su lado compartiendo tales intimidades. Debería haberla devuelto a su cámara cuando tuvo la oportunidad e irse de caza con sus hermanos. En lugar de eso, se había engañado a sí mismo pensando que podía estar con ella y mantenerla a distancia.

Excepto que, con cada mirada, la deseaba más.

Otra ráfaga de viento cobró vida. Las ondulaciones se agitaron sobre el agua para fundirse con las que creaba la roca, desdibujando dónde empezaba una y terminaba la otra, como su deseo desdibujaba las razones por las que debía mantenerse alejado de Marjorie.

—¿Me hablarías de ella?

—¿Por qué?

—No tengo derecho a preguntar algo tan personal, pero hay algo en la habitación que me atrae. No puedo explicar por qué. —Un flujo constante de viento se burló de sus mechones castaños cuando Marjorie se volvió hacia él. La confusión llenó su mirada junto con la necesidad de comprender.

Conmovido por su admisión, aunque sin quererlo, él le explicó.

—Algunos dicen que su espíritu aún vive en la habitación.

Sus ojos grises se abrieron de par en par.

—¿La cámara está encantada?

Neilan sonrió, reconfortado por los recuerdos de la vida mística de su abuela.

—No, ella creía que la habitación estaba tocada por la magia.

—¿Magia?

—Mi abuela era una mujer llena del entusiasmo de la vida, una curandera y optimista que tenía el don de la visión.

Su ceño se arrugó pensativa.

—¿La habitación está llena de magia o está encantada?

Desarmado por su confusión, se relajó por completo.

—En cierto sentido, ambas cosas.

—No haces más que tomarme el pelo.

Sacudió la cabeza.

—Era una mujer maravillosa. Es que me sorprende que hayas sentido su presencia. No habría creído que lo hicieras.

—¿Siendo inglesa, quieres decir?

—Puede ser parte de la razón —admitió, sin querer reconocer que ella había sentido la presencia de su abuela en la habitación o la magia. Ninguna de las dos cosas tenía sentido.

Ella se dio la vuelta, pero no antes de que él viera el dolor en su rostro. Debería haber permanecido callado, permitir que su silencio pusiera la tan necesaria distancia entre ellos.

—No pretendía que mis palabras fueran una puya —dijo, su corazón anulando el sentido común.

Ella se encogió de hombros.

—¿Importa cómo lo quisiste decir? —No debería. Pero lo hizo, porque Marjorie importaba.

—¿La visión? —preguntó Marjorie, irrumpiendo en sus inquietantes pensamientos—. ¿Podía predecir el futuro?

—Trozos, pedazos, un acontecimiento aquí o allá.

—¿Cómo?

—A veces a través de un sueño, otras tocando la mano de alguien. A menudo, caminaba

por los bosques donde decía que las hadas le hablaban. —Recordó cómo los ojos de su abuela habían brillado con picardía, el deleite de hilar un hilo rico en su rostro mientras contaba sus hazañas, o el acontecimiento que decía que las hadas habían predicho.

—¿Y las piedras de colores de su habitación? —Se puso tenso.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que cuando las toqué sentí… —Vaciló como si no se atreviera a admitir lo que sentía por parecer tonta.

—¿Un poder? —terminó aceptando a regañadientes. Ella asintió.

¿Y por qué iba a sorprenderse? Había sentido a su abuela en la habitación junto con la magia, algo sólo posible para él y sus hermanos. Hasta ahora. Era lógico que ella sintiera la energía de las piedras.

—Y también calor. —Un tono rosado calentó sus mejillas—. Parece una tontería hablar de esas cosas.

Era ridículo continuar con su tormento de estar con ella y no tocarla. Era ridículo hablar de asuntos familiares con ella. Era ridículo que todas las razones por las que no debía estar cerca de ella no importaran cuando ella estaba cerca.

Esa cercanía que ella inspiraba era realmente peligrosa. Marjorie y él nunca podrían estar juntos. Exhaló un largo suspiro.

—No, no suena extraño.

El alivio barrió su rostro.

—¿No te lo parece?

Neilan juró que oía los débiles hilos de la risita divertida de su abuela y se preguntó si su espíritu se habría puesto del lado de las hadas.

—No —respondió—. Las piedras que guardaba en su cámara contienen diferentes energías para la curación del cuerpo o del espíritu.

—Nunca he oído hablar de algo así.

Lo que no hizo sino aumentar la creciente frustración de Neilan. Una inocente en las artes curativas, de ninguna manera podía saber el propósito o la potencia de las piedras.

Marjorie apartó un mechón de pelo que revoloteaba sobre sus labios.

—En el cuenco, una de las piedras está partida por la mitad y tiene lo que parece ser musgo en su interior. El exterior es rugoso y del color del oro machacado.

—Ésa sería el ágata musgosa. —Recordó que había tenido la misma impresión la primera vez que vio la inusual piedra—. Tiene la capacidad de hacer poderosos a los guerreros y escudarlos de aquellos que les harían daño. Keylan lleva la otra mitad alrededor del cuello. Un regalo que le hizo nuestra abuela cuando fue nombrado caballero.

La intriga brilló en sus ojos.

—Cuando te nombraron caballero, ¿también te regaló algo tu abuela?

De una cadena finamente labrada que llevaba al cuello, Neilan sacó el regalo de su abuela del día en que recibió el título de caballero; la mitad de una piedra azul verdosa oscura mezclada con remolinos de un verde más claro como el núcleo de un árbol cortado se tambaleaba hacia el centro. La levantó por encima de su cabeza y se la entregó.

Ella lo sostuvo suspendido de su cadena. Giró ante ella bajo el sol de la mañana.

—Es precioso. Nunca había visto nada igual.

Un dolor se hizo en su garganta mientras la observaba, su rostro inocente en su pura alegría.

—Es azurita. Se dice que ayuda a controlar tus emociones y reacciones, y que da a su

portador una mayor perspicacia.

Los ojos grises se alzaron hacia los suyos.

—¿Y lo hace?

Su boca se secó cuando la necesidad de ella se transformó en algo peligroso.

—Normalmente. —Excepto con Marjorie. Lo que existía entre ellos tenía su propia fuerza. Una que ni los poderes de la piedra ni el sentido común podían anular.

Ella le devolvió el amuleto.

Sacudido al darse cuenta de que la ira que había alimentado durante los últimos cuatro días había huido de algún modo, levantó la cadena que cubría la palma de la mano de ella y se aseguró de que sus manos no se tocaran.

—¿Tus otros dos hermanos también tienen dones similares? —preguntó ella, su voz inestable, la conciencia en sus ojos haciendo que se le calentara la sangre.

—A Blair le dieron malaquita, que promueve la paz interior. Mi abuela regaló a Keir un zafiro, conocido por sus poderes de profecía y sabiduría. Al zafiro también se le llama la piedra del destino, por su capacidad de ayudar a quien lo lleva a tener claridad mental para aquellos que buscan la verdad.

—Los regalos son tan únicos. Tan personales. Debió de ser una mujer increíble.

Un anhelo se deslizó en sus ojos, y un vacío tan intenso que Neilan luchó contra la necesidad de extender la mano y abrazarla.

—Ella lo era. ¿Y qué hay de tu familia?

El dolor atravesó sus ojos. Ella apartó la mirada, y él se arrepintió inmediatamente de haber preguntado.

—No importa. —Se acercó hasta estar a un palmo de distancia—. Tu familia estará

preocupada.

—No —dijo ella en un áspero susurro—. No lo estarán.

Ante la hosca desesperanza de su respuesta, él frunció el ceño.

—Tu hermano...

—Mi hermano —interrumpió ella, con voz cansada. Ella asintió—. Henry, en efecto, estará muy preocupado por mi desaparición. Estoy cansada y mis pensamientos están enredados.

Pero su respuesta a medias le dejó muy lejos de convencerle.

—¿Estáis muy unidos?

Marjorie vaciló.

—Sí. Es la única persona en la que confío desde la muerte de mis padres.

Pero la sensación de que ella le ocultaba algo lo atormentaba. Su informante dentro del castillo de Rothfield confirmó sus palabras de que el hermano y la hermana eran íntimos. Neilan descartó cualquier preocupación al respecto.

Entonces, ¿qué ocultaba?

¿O había otra persona a la que daba su confianza?

Los celos se apoderaron de él ante la idea de que otro hombre la tocara, despertando su pasión. ¿Por qué no buscarían los hombres cortejarla? Además de rica, era intrigante, inteligente y hermosa.

Como si no hubiera añadido ya suficientes riesgos para los rebeldes secuestrándola a ella en lugar de a su hermano... Con el paso de los días y la ausencia del barón dirigiendo una carga contra el castillo, parecería que habían evitado provocar la ira de su hermano. Tal vez el barón de Gilroyd había decidido pagar el rescate y evitar un enfrentamiento. O tal vez había enviado a demasiados de sus caballeros para apoyar el intento del rey Eduardo de reclamar Escocia como

represalia. Cualquiera que fuera la razón para no atacar, Neilan dio las gracias en silencio.

—Con seis años, debió ser difícil para ti al ser tan pequeña. —¿Por qué había dicho eso? Él ya sabía la respuesta; y su pasado, su futuro, y con quién eligiera hacer románticas relaciones, no tenía ninguna importancia para él.

—Lo fue.

Su corazón llegó hasta ella.

—Lamento que lo hayas soportado.

Ella se encogió de hombros, pero él vio la tristeza que no podía ocultar.

—La tragedia es una lección de vida con la que todos debemos lidiar.

El dolor de la muerte de su padre aún le abrumaba, y era un hombre pleno y maduro.

—Pero tu pena es grande. —El tiempo que habían pasado juntos le había enseñado que Marjorie era una mujer de emociones profundas. Un hecho que le atraía sobremanera.

Marjorie se apartó unos mechones de pelo castaño que revoloteaban por su mejilla.

—Estuvimos muy unidos.

Se imaginó fácilmente a la joven destrozada, su lucha por aferrarse al frágil vínculo de unión con su hermano. Por la pena que persistía en sus ojos, nunca se había recuperado del todo de su pérdida. Y ahora él la había robado de su hogar.

La culpa le carcomía, pero ahora no podía cambiar las cosas. Si se le hubieran dado las mismas circunstancias y hubiera sido consciente de su pasado, ¿la habría abandonado hasta el regreso de su hermano? Atrapado entre la lealtad a su país y sus sentimientos hacia ella, de momento no estaba seguro.

—Camina conmigo, Marjorie —le dijo, desgarrado por la confusión, queriendo curar las heridas emocionales de la niña que se había convertido en mujer. Esas cicatrices que él había

añadido con su secuestro.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar contigo. —Ésa era la verdad. Tanto como se atrevía a admitir ante ella.

La irritación brilló en su rostro. La ira que él había llegado a conocer y, de un modo perverso, a disfrutar.

—¿Tan simple como eso?

Arqueó una ceja.

—Sí.

—Puede que para ti sea fácil descartar las circunstancias que nos rodean, pero yo no puedo.

—¿No puedes o no quieres?

—¿Qué quieres de mí, Neilan? Desde nuestra llegada, me has mantenido encerrada en la cámara durante cuatro días. Con cada sol naciente, has negado todas mis peticiones de verte, de permitirme cualquier tiempo fuera de mi habitación. Ahora me agracias con tu presencia y esperas que te acompañe sin protestar. Como si de verdad te importara.

Un pesado silencio flotaba entre ellos.

Ella inclinó la barbilla en un ángulo de desafío.

—La única razón por la que estás conmigo ahora es que soy un desafío. O que, por la razón que sea, has decidido que ahora es el momento de descubrir si soy un reto que puedes superar.

Se movió para tocarla, pero ella retrocedió.

—No lo hagas. No a menos que me desees de verdad. —Su rostro palideció como horrorizada por lo que había revelado—. Tampoco entonces. Perdóname, hablé con una prisa

insensata.

Pero él ya había oído las palabras. Y su confesión de varias noches antes resonaba con demasiada claridad en su mente.

—¿Y si de verdad me importas? —¿Por qué seguía con esta tontería? Pero por ridícula que fuera, una parte de él necesitaba saberlo.

Su mirada se volvió frenética.

—Sería una mentira. —Se giró y huyó. Neilan corrió tras ella.

Cuando llegó a la ladera despejada, se desvió entre las gruesas ramas de una hilera de abetos y desapareció en el bosque.

Maldiciéndose a sí mismo, apartó las ramas bloqueantes. Se había referido a una charla tranquilizadora. No una discusión íntima. La vio correr por el borde de una gran roca. Estaba débil y podía hacerse daño.

Neilan la encontró a poca distancia de rodillas, con la mano apretada contra la pared de piedra y la respiración entrecortada. Se agachó junto a ella, enfadado consigo mismo por haberla empujado hasta ese punto tan imprudente.

—Aléjate de mí —jadeó ella entre respiraciones.

En lugar de eso, la cogió en brazos y la estrechó contra su pecho, queriendo sólo curarla, protegerla. Su resistencia duró sólo unos segundos.

Su cuerpo se hundió contra él.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz?

Su súplica susurrada casi le rompió el corazón. Apoyó la barbilla sobre la cabeza de ella mientras observaba sus alrededores. Si fuera sabio, la devolvería a su habitación y se marcharía. No era prudente quedarse a solas con la muchacha, especialmente escondido en esta cala privada

de árboles y rocas, más aún cuando sus sentimientos hacia ella distaban mucho de ser santos.

Y si su voz sólo contenía ira, tal vez él podría haberlo hecho. Mezclado con el pesar, había oído el deseo. Una necesidad que encendió la suya propia.

Ella le miró, sus ojos eran un reflejo de la pena y el deseo que tanto se esforzaba por ocultar.

—No import.

—No, ya no importa. —Pero lo hizo. Neilan se dejó llevar por la temeridad del momento, bajó la cabeza y reclamó su boca. A medida que su sabor lo llenaba, ya no podía negar la verdad. La deseaba, con cada aliento, con cada segundo que pasaba del día. Y había luchado para bancarse su deseo hasta que le dolió.

Hasta ahora.

Le rozó la cara con besos, saboreando el gusto de su piel, la sedosa suavidad que le atraía.

—Neilan —ronroneó ella—, no podemos continuar. Yo…

Con confianza, él profundizó el beso, la ávida aceptación de ella traicionando sus palabras de negación. Peinó con los dedos su cabello castaño y luego enrolló los mechones alrededor de su mano para inclinar la cabeza de ella.

Sus gemidos jadeantes hicieron que él la recostara de espaldas contra el suave lecho de hojas y musgo, pero sus gemidos llenos de pasión hicieron que él cubriera su cuerpo con el suyo.

—Eres hermosa —murmuró él contra su boca—. Todo lo que un hombre podría desear. —Él rozó con su mano la curva de su cuello, bajó por el ángulo fluido de su cuerpo flexible para deslizarse sobre su pecho.

Los ojos de ella se oscurecieron.

—Neilan, yo... —Ella gimió cuando los dedos de él se deslizaron bajo el suave lino para

burlarse de su pezón, arqueándose contra su mano mientras él lo acariciaba hasta alcanzar un pico duro.

—Quiero saborearte —susurró.

Ella giró la cabeza hacia delante y hacia atrás.

—No… no puedo dejarte... —Sus manos empezaron a recorrer el pecho de él con una furiosa desesperación—. No sería apropiado. —Ella arrastró su boca de nuevo a la suya.

El fervor de su respuesta se derramó a través de él. Impaciente por tocar la fría seda de su piel, agarró la tela cerca de su cuello y tiró de ella hacia abajo. Sus magníficos pechos se derramaron libres. Su cuerpo se endureció hasta sentir un tremendo dolor. Neilan ahuecó la mano sobre una firme turgencia y se inclinó para lamer la tierna carne.

Los ojos de Marjorie brillaron de pasión.

El sueño de deslizarse en su voluntariosa calidez anuló sus precauciones, sus remordimientos. Aquí. Ahora. La pasión que ya no podía negar los consumiría a ambos. Y él lo permitiría.

Moriría sin ella.

Neilan acarició su carne sensibilizada, lentos círculos hasta que su cuerpo empezó a temblar. Atrapó su pezón en la boca y succionó, los maullidos de placer de ella instándole a seguir.

—Lo mucho que te deseo me deja destrozado —murmuró contra su piel. Necesitado de tocarla por todas partes, de saborearla, lamió un lento rastro por el plano de su vientre, inhalando su aroma de mujer.

Movió la mano hacia su muslo. Su tierna carne se estremeció bajo su tacto. Si cabe, se puso más duro. Por mucho que deseara desnudarla y penetrarla profundamente, Neilan mantuvo un ritmo lento. Esta vez, su primera vez, le haría el amor con exquisita pasión.

Neilan acarició de nuevo su lugar íntimo, y Marjorie gritó de placer mientras su dedo la acariciaba una y otra vez, dejándola temblorosa, deseosa, impotente salvo de dejarse tomar. Y si esto era un pecado, en este momento, ella no podía distinguir el bien del mal.

Con movimientos fracturados, agarró el borde de su vestido. Tiró de ella hacia abajo, necesitaba liberarse de la engorrosa prenda. Unos dedos ágiles lo ayudaron. En segundos, arrojó la prenda a un lado. Antes de que pudiera respirar, su boca empezó a darse un festín con el otro pecho mientras sus dedos se deslizaban por su rocío calor.

Deliciosas oleadas de calor recorrieron su cuerpo.

—Neilan. —Su jadeo resonó con una liberación gratuita, pero no le importó. Lo único que importaba era que él la estaba tocando, su cuerpo ardiendo con una necesidad imparable que sólo él podía satisfacer.

Las yemas de sus dedos se deslizaron hacia abajo, a lo largo de su muslo.

—Neilan —susurró ella.

Los ojos cobalto se alzaron hacia los suyos, calientes, crudos de sensual promesa.

—Como desee mi señora. —Sus dedos se deslizaron en su calor. Ante el jadeo de placer de ella, él le tapó la boca. Con exquisita tortura, empezó a mover lentamente sus dedos dentro de ella. Reclamó cada grito de ella, los temblores de su cuerpo mientras una lenta presión empezaba a aumentar hasta que fue como si fuera a estallar.

Se movió hasta su cuello, su lengua haciendo cosas mágicas en su cuerpo, pisoteando la parte cautelosa de ella que duda en permitir tal intimidad.

Neilan levantó la cabeza, su mirada se centró en ella con una mirada penetrante.

—Voy a observarte mientras recibes placer. Oír tus gritos mientras caes al vacío. —Aumentó el ritmo de sus caricias íntimas.

Ella se retorció, las reacciones de su cuerpo escapaban a su control.

—¿Me deseas, muchacha? Con lo mojada que estás para mí, creo que sí.

Ella no podría hablar aunque su vida dependiera de ello. Una sonrisa depredadora curvó su boca, como un lobo dispuesto a devorar a su presa. Y por suerte, ella era su festín.

—Esa es mi muchacha —dijo mientras su mente daba tumbos en un estado frenético. Entonces su boca atrapó su pezón y empezó a chupar, su lengua recorriendo el capullo sensibilizado imitando la acción de su dedo.

Impregnada de él, de su olor, de su sabor en los labios, su cuerpo empezó a temblar incontrolablemente. Temeraria, indefensa, ahora se arqueaba para recibir cada caricia de su mano, la dulce unión que la llamaba con la promesa de algo grandioso.

Entonces el mundo empezó a deslizarse hacia un dolor maravilloso.

—¡Neilan!

Sus dedos la trabajaron con implacable fervor mientras su boca ávida seguía tomando, destruyendo milagrosamente.

Su cuerpo se estremeció. Una bruma sensual y adormecedora envolvió su mente como si estuviera en el precipicio de algo grandioso.

—YO… YO…

—El corzo huyó por aquí —gritó una profunda voz masculina cerca de ella.

Capítulo 12

Sensibilizada más allá de lo imaginable y temblando por la presión no agotada que le recorría el cuerpo, Marjorie se impulsó sobre los codos. La brisa rozaba su piel con un dolor placentero. Se volvió hacia la voz.

—¡Hay alguien cerca!

—Shhh —susurró.

—Sé que mi flecha le dio al corzo en el pecho. Mira a tu alrededor. Debería estar cerca —gritó otro hombre, desde más lejos.

Avergonzada, miró hacia donde el dedo de Neilan se había aquietado dentro de ella, la presión en su interior la hacía querer gritar. La conciencia de lo que habían hecho, de lo que ella le había permitido hacer la inundó. Peor aún, incluso ahora, con la vergüenza inundándola, le deseaba.

Marjorie se liberó de su tacto imitador y tiró del vestido contra su cuerpo con manos temblorosas.

—¿Y si nos pillan?

—No nos cogerán. —Neilan maldijo mientras la ayudaba a ponerse el vestido. Observó el bosque—. Iremos a mi cámara.

—No… yo… esto. —Ella apartó la mirada—. Está mal. —Por mucho que lo deseara, con

su cuerpo deseando que terminara lo que había empezado, no podía permitir que hubiera más intimidad entre ellos.

Él le cogió la barbilla con la mano con una ternura que la hizo doler.

—No, Marjorie —dijo él, con los ojos aún llenos de pasión no consumida—. No hemos hecho más que empezar.

Avergonzada, intentó soltarse.

El agarre de Neilan seguía siendo suave pero firme, su mirada implacable.

—Mientras tiemblas por mi contacto, dime que no me deseas.

Su voz profunda y sensual hizo que otra oleada de deseo recorriera su cuerpo.

Le levantó la palma de la mano y le pasó la lengua por el suave centro; ella se estremeció en respuesta.

—Dímelo.

—No puedo.

El pulso en la base de su cuello palpitaba en un latido errático. Permaneció inmóvil. Un testamento de su control.

—Siento dejar tu cuerpo dolorido por el deseo. —Un palo chasqueó cerca. Miró hacia el sonido y luego se volvió hacia ella—. Por ahora no tenemos elección.

El calor subió por su rostro cuando él habló con exactitud de la angustia de su cuerpo. Nunca había experimentado tal agitación, una sensación de flotar entre una especie de medio cielo, medio infierno, con promesas de algo maravilloso.

No, no era maravilloso, era reprobable. Casi le había dado a Neilan su virginidad.

En el bosque, los pasos que crujían sobre las hojas resonaban cada vez más cerca.

Neilan maldijo, la cogió de la mano y empezó a caminar hacia el castillo de Riverlochs, ahorrándola la necesidad de una respuesta.

Insegura de cómo deshacer la intimidad que había permitido, permaneció en silencio. Por mucho que lo deseara, su inocencia sería entregada al hombre con el que un día se casaría. Al hombre que amaba.

Una sacudida de una gruesa rama de abeto fue su única advertencia antes de que un hombre saliera de detrás del follaje frente a ella. Casi gritó, y entonces reconoció al pecaminosamente apuesto hermano de Neilan, Keir, que portaba un arco.

Los vio y se detuvo. Levantó la ceja. Entonces, una sonrisa cómplice se dibujó en el rostro de Keir.

El rostro de Marjorie se calentó, las oleadas de deseo que aún palpitaban desenterrando más profundamente su culpabilidad.

Keir guiñó un ojo a Neilan.

—Veo que estás de caza por tu cuenta.

—Déjanos —ordenó Neilan. El hielo cubrió sus palabras.

—Al menos permíteme un trozo de dignidad y libérame —siseó ella. Su agarre se tensó.

—Keir —gritó una profunda voz masculina—. ¿Dónde demonios estás?

La picardía bailó en los ojos de Keir.

—Por aquí, Blair. Con Neilan.

—¿Neilan? —El follaje se movió.

Blair entró en el claro.

—¿Qué Neilan…? —Su mirada se posó en Marjorie. Se detuvo. Líneas de ira rasgaron su rostro. Frías. Duras. Bordeadas de odio.

El miedo la atravesó. Se puso tensa.

Neilan la acercó a su lado, su cuerpo la protegía parcialmente de sus hermanos.

¿Por qué Blair estaba enfadado con ella? Desde su breve interacción desde su llegada, se había dirigido a ella con educada deferencia. Ahora la miraba como si ella fuera un animal rabioso al que hubiera que destruir.

Ignorante de la batalla silenciosa entre Neilan y Blair, Keir cruzó los brazos sobre el pecho con una sonrisa de satisfacción.

—Esta mañana estaba más nervioso que un jabalí herido. Pero es comprensible que sus deberes de cuidar a su prisionero desafiarían al hombre más robusto.

Blair abrió las piernas en postura de guerrero, con los ojos color avellana ardiendo de desafío.

—Sí, es una tarea exigente seducir al enemigo —dijo, la tranquila entrega en marcado contraste con el frío ataque.

—Te hará bien a ti y a Keir continuar con la caza —advirtió Neilan.

Blair no se movió.

—Es un error dejar que esto vaya más lejos. Estás permitiendo que tu deseo por la muchacha nuble tu juicio.

La cicatriz de la mandíbula de Neilan se tensó.

—Mis decisiones no son tuyas para censurarlas.

—Cuando se trata de decisiones que afectan a los rebeldes, sí —replicó Blair.

—Lárgate —ordenó Neilan.

—¿Con quién estás enfadado? —presionó Blair—. ¿Conmigo por velar por las preocupaciones de los rebeldes o contigo mismo por perder la perspectiva de lo que es

importante? —Oteó el bosque circundante con desprecio—. ¿Qué? ¿Ninguna criada personal para asegurar la virtud de la prisionera? O… ¿era tu intención quedarte a solas con la hermana del barón?

La sangre se drenó del rostro de Marjorie. Casi la había llamado puta. Neilan se puso a su altura.

—Discúlpate.

Blair la fulminó con la mirada, su mirada de puro veneno.

—Mi señora, acepte mis más profundas disculpas por cualquier comentario despectivo hacia su persona. —Aunque dadas, la furia resonaba en sus palabras. Y falta de sinceridad.

Keir se interpuso entre los dos, con el rostro tenso.

—Blair, estamos de caza. Deja a la muchacha con Neilan. —Le hizo un guiño comprensivo.

Marjorie agradeció en silencio la desenfadada intervención de Keir. Tanto Neilan como Blair se relajaron visiblemente.

—Sí —dijo finalmente Blair—. Sigamos nuestro camino. —Sin decir palabra, giró sobre sus talones y se adentró en la cubierta del bosque.

Levantando su arco a un lado, Keir corrió tras él. Las ramitas crujieron mientras desaparecían de nuevo en el bosque.

La última tensión del cuerpo de Neilan huyó, pero Marjorie no pudo evitar estremecerse. Neilan y Blair casi habían llegado a las manos.

Quizá estaba acostumbrado al temperamento de Blair, pero a ella le inquietaba. Intuyó que, fuera cual fuera la razón de Blair, ese día se había ganado un enemigo peligroso.

Neilan se volvió hacia ella, con expresión adusta.

—Te pido disculpas por las duras palabras de Blair. —Le cogió la mano—. Como te dije antes, Blair vino a vivir con nosotros después de que mataran a su familia. Lo que no te expliqué es que fueron masacrados por las tropas inglesas. Aunque la ira le guía, no disculpa su comportamiento grosero.

Temblorosa, comprendió. Blair detestaría a cualquier inglés. Con razón o sin ella, con su odio atrincherado en lo más profundo de su alma, vería cualquier afecto compartido entre ella y Neilan como manchado.

—Es pasado —dijo ella, sus palabras sorprendentemente tranquilas. Si tan sólo ella creyera que eso era cierto. Hasta que ella partiera, evitaría a Blair. Le vino a la mente un pensamiento inquietante. Al menos Blair era sincero en sus sentimientos hacia ella. ¿Cuántos dentro del castillo de Riverlochs alimentaban el mismo odio?

Neilan la atrajo hacia sí y acunó su cuerpo contra el suyo. Ella se inclinó hacia su calor.

—Nunca permitiría que mi hermano ni ningún otro te hiciera daño.

—Lo sé. —Pero Neilan no podía estar siempre ahí para protegerla. Le dolía el corazón al pensar en dejarle, pero aquí no estaba segura. Cuanto antes se fuera, mejor.

Lentamente, abrazada contra su poderoso armazón, se relajó. El suave parloteo de los pájaros en lo alto se enhebraba con el suave susurro del viento.

Su cuerpo se agitaba consciente, más aún cuando el cuerpo de él se endurecía contra la suavidad de ella. Marjorie buscó su rostro.

El deseo se encendió en sus ojos, una mirada familiar que le chamuscó cada nervio. Se ahogó bajo su mirada descarada, abrumada por la necesidad que él le hacía sentir.

Con una lentitud devastadora, le estampó un beso en los labios. La ternura de su tacto la arrastró a su calor. Sus preocupaciones de momentos antes se desvanecieron. Gimió cuando su lengua se burló de la suya; se batieron en duelo, se enredaron hasta hacerla temblar. El calor

acariciaba su cuerpo, llamas de deseo que la abrasaban con su lujurioso calor. Sería tan fácil entregarse a él ahora, pero ésta no era su vida. Y nunca lo sería.

Aun temblando de desearle, se apartó.

—Lo que hicimos antes, yo…

—No lo hagas.

—¿Qué, hablar de lo que es apropiado? —exigió ella, los nervios respaldando sus palabras. Marjorie apretó el paso, temerosa de que si no le apartaba, él reclamaría su boca de nuevo. Temerosa de que si él intentaba hacer el amor, esta vez ella no se lo impediría.

—No puedo negar que te deseo. Lo hago, más de lo que jamás querría admitir. Pero las palabras de Blair son certeras. Soy tu enemiga. Lo que hicimos está prohibido.

Sus ojos se entrecerraron.

Su corazón latió con fuerza mientras él la miraba fijamente. Sólo su tamaño le garantizaba que, si quería, podría con ella.

Como si fuera un extraño, el rostro de Neilan se ensombreció. La soltó y se apartó de ella.

—Es hora de volver al castillo.

Vio cómo Neilan luchaba con sus emociones, aquellas que estaban en conflicto directo con lo que exigía el deber, pero la frialdad de sus palabras después de su apasionado beso aún le dolía. Casi habían hecho el amor. Sin embargo, él parecía capaz de silenciarlo. Si ella pudiera, haría lo mismo.

La suave almohadilla de sus pasos resonaba entre ellos mientras caminaban. Pero a cada paso que daban, ella sentía que él se alejaba más.

Poco después, llegaron a la portería. Marjorie esperaba que él la guiara hacia la torre del homenaje y la devolviera a su cámara. En lugar de eso, cuando entraron en el patio, él se detuvo

y se volvió hacia ella.

—Tendrás hambre.

Ella sacudió la cabeza, demasiado disgustada para comer.

—No, yo...

—No es una pregunta. —La condujo a la cocina, donde le procuró una petaca de vino y algo de pan y queso. Neilan la guió por la torre hasta el paseo de la muralla. Se detuvo ante una aspillera que daba al lago.

El viento se colaba por la estrecha ranura, fresco con el aroma del agua.

En el borde del cielo occidental, nubes de puntas plateadas se deslizaban a la vista.

Rompió el extremo de una hogaza de pan recién horneado y se la entregó.

Insegura de sus motivos, vaciló en aceptar el manjar.

—¿Por qué me has traído aquí? —Los nervios temblaban en su voz.

—Porque, en este momento, necesitas un amigo.

Con una tranquila exhalación, aceptó el pan. De todas las respuestas que él podría haberle dado, ella no esperaba ésta.

Un amigo.

La lealtad de Neilan era un rasgo digno de admiración. Su pasión, su entusiasmo por la vida, era una mezcla contagiosa, pero entablar una amistad con él sería peligroso.

Permitir tal confianza entre ellos sólo invitaría a más angustia cuando ella se marchara.

Dolida por dentro, se dio la vuelta y dejó que el viento le rozara la cara.

—¿Por qué me ofrecerías tal cosa cuando mi estancia aquí será breve? Sería un error.

Su mirada la evaluó.

—¿Por qué?

—Dado el hecho de mi secuestro y que nuestros países están en guerra, ¿crees que podría existir un vínculo así? —Cuando le miró a los ojos cobalto y fue testigo de la sinceridad que había en ellos, deseó lo imposible.

—En la frontera, donde la agitación es cosa de todos los días, ingleses y escoceses llevan años reclamando amistad. —Neilan desenvainó su daga y cortó una cuña de queso del bloque que tenía en la mano—. A menudo, contra la voluntad de familiares indignados, se juran amor y se casan.

Marjorie le miró fijamente, con una esperanza salvaje creciendo. Conocía los matrimonios fronterizos, en los que un día se poseía tierra en Escocia y al siguiente, debido a la agitación política y los asedios resultantes, la propiedad de la tierra pasaba a Inglaterra. ¿Eran sus palabras una promesa tácita? ¿Estaba insinuando que deseaba buscar una unión marcial con ella?

Su corazón latía con fuerza al considerar lo que significaría una vida con él. Los días de duro trabajo, el agotamiento al final, sin saber qué le depararía el día siguiente. El calor subió en ella al imaginar las noches haciendo el amor con Neilan.

—¿De verdad crees que eso es posible? —preguntó, luchando contra un ataque de nervios.

Un tinte rojo subió por sus mejillas. Él se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

El respeto a regañadientes en su voz la dejó aún más descolocada.

—Aunque yo o mi hermano estuviéramos de acuerdo, tu pueblo nunca me aceptaría. —O a ti, añadió en silencio. Dio un pequeño mordisco al pan y masticó.

—Si he aprendido algo en el tiempo que hemos pasado juntos —dijo con tranquila consideración—, es que no eres un cobarde.

Marjorie se apoyó en la piedra labrada y estudió su rostro. Ella le había creído enfadado en su viaje de vuelta. Ahora no vio más que determinación. No, la ira seguía existiendo, pero, por la razón que fuera, él la sofocaba.

Aunque quisiera, Marjorie no estaba segura de poder dar lo que él le pedía.

—La amistad no es fácil para mí —dijo, desviando la conversación hacia un tema.

—Lo único que te pido es que lo intentes.

Su petición aún la confundía, pero también la intrigaba.

—¿Sólo amistad?

El deseo persistía en sus ojos.

—Sólo soy un hombre.

El calor se deslizó por ella como vino especiado, rico y dulce como su beso. Ella soltó un suspiro tembloroso. Había tantas razones por las que debería negarse. Por la intimidad que habían compartido ese día, él quería algo más que amistad. Quería un amante.

La sabiduría le prohibía aceptar su amistad, atreverse a una aventura tan insensata. Pero el silencioso anhelo de vacío en su interior le suplicaba que le diera una oportunidad.

—Una tregua —le ofreció finalmente. Marjorie le entregó la petaca de vino.

Con un movimiento de cabeza, Neilan aceptó la bolsa de cuero cosido y bebió un largo trago. Sin saberlo, la amistad les tentaría aún más a ambos. Ella también lo deseaba. Si no hubiera sido por la interrupción de sus hermanos esta mañana, él y Marjorie habrían hecho el amor. Su hermano se equivocaba. Hacer el amor con Marjorie no cambiaría su lealtad. Incluso ahora, mientras contemplaba las suaves curvas de su cuerpo, su cuerpo ardía con energía no gastada, un duro dolor que le exigía apretarla contra la pared y enterrarse en su calor resbaladizo; clavarse en ella hasta encontrar su liberación.

Entonces, ¿por qué le había ofrecido una maldita tontería como una amistad? Quizá porque al mirarla fijamente, había visto la soledad, un vacío reconocido por alguien que había vivido el mismo infierno. Por muy desgarrado que estuviera por sus propias lealtades, ella necesitaba un amigo. Lo que ella diera de sí misma sería por su propia elección.

Excepto que él pretendía facilitarle la elección.

El roce de las espadas en un simulacro de batalla abajo resonó a través del cálido día mientras terminaban su comida. Recordó el desafío de Keylan. Con su cuerpo aún tenso por la necesidad, tal vez una dura práctica le ofrecería alivio.

—Es hora de que salga al campo. —Se limpió las últimas migajas de las manos—. Keylan me ha ofrecido un combate.

Una sombra cayó sobre su rostro.

—Ya veo.

Ella pensó que él la encerraría en su cámara. Si era sabio, lo haría.

—Eres bienvenida a venir y observar. —Si sus proezas la atraían a su cama, que así fuera.

Marjorie asintió.

Tras devolver el saco de vino vacío a la cocina, llenó una copa con vino y se la entregó. Ante la expresión de confusión de ella, sonrió.

—Para obsequiar al vencedor del combate.

—Estás seguro de ti mismo.

—Conozco mis capacidades... y la habilidad de mi oponente.

—Por no mencionar la amplitud de su arrogancia.

Le hizo un gesto para que se acercara.

—Ven.

Con ella a su lado, Neilan entró en el campo de entrenamiento sorprendido de encontrar a Keir y Blair luchando entre sí en el centro del campo, distanciados de los demás caballeros que también perfeccionaban sus habilidades de combate.

La ira de Blair probablemente les había hecho terminar su cacería antes de tiempo; ahora su hermano buscaba desahogar su ira en un sparring.

Pasó una brisa fría. Neilan miró hacia arriba. El cielo empezaba a oscurecerse.

—Esta noche habrá tormenta.

Marjorie levantó la mirada hacia el cielo. Se estremeció.

—¿Tienes frío?

—No, es… —calló, la preocupación en su expresión era fácil de ver—. No es nada.

Neilan la observó, curioso por saber qué había sucedido para poner tanta cautela en sus ojos. Ya se lo contaría. Los sonidos de las bromas de sus hermanos le hicieron mirar hacia donde se enfrentaban.

—Es un golpe de fanfarrón —se burló Keir de Blair mientras esquivaba la espada de éste.

—Suenas como una pescadera con la lengua suelta —replicó Blair, y luego cargó.

Keir se rió. Esquivó fácilmente el ataque de su hermano, curvó su espada en un pequeño arco y atrapó la espada de su oponente. Sus espadas se trabaron, estremecidas por la fuerza que cada uno esgrimía.

El orgullo invadió a Neilan ante las travesuras de su hermano menor. Era un hábil espadachín.

—Gwen es una buena muchacha —dijo Keir con deleite.

—¿Gwen? —Cargó la voz Blair—. Mantén tus malditas manos alejadas de Gwen.

—Demasiado tarde —dijo Keir con una sonrisa de suficiencia—. Es una moza aguerrida para adornar la cama de cualquier hombre. —Cuando Blair maldijo, Keir lanzó la espada hacia atrás y atacó sin piedad, haciendo retroceder al hombre mayor—. Blair ya debería haber aprendido —dijo Neilan.

—¿Qué es eso? —preguntó Marjorie—. A no caer en las bromas de Keir.

Se volvió hacia él, con un ligero rubor manchando sus mejillas.

—Pero él dijo... —Sacudió la cabeza.

—No importa.

—No temas —dijo Neilan, su inocencia era bienvenida cuando él había vivido tanta guerra —. Las afirmaciones de Keir tienen tendencia a ampliarse con el relato.

—Eso lo creo.

—Pero su estratagema es por una razón. Observa a Blair. ¿Ves cómo cada vez que Keir menciona a Gwen, Blair se enfada más?

—Sí.

—Keir utiliza la ira de Blair para apartar su mente de su combate.

—Lo que le da ventaja a Keir —dijo ella, con voz llena de comprensión.

—Sí. Es mejor conocer tus debilidades para poder perfeccionar tus puntos fuertes en el campo de prácticas. En la batalla, el error podría costarte la vida.

Las espadas se rasparon. Keir maniobró su espada con la rapidez de un rayo para que la punta cayera sobre la garganta de Blair.

—Ríndete —exigió Keir, con la respiración agitada, el brillo de la victoria en sus ojos.

Blair murmuró una maldición.

—¿Qué ha sido eso? —Exigió Keir, su eructo rico en arrogancia.

—He dicho que has ganado este maldito combate. —Blair apartó la espada de su cuello—. Y si descubro que le has puesto las manos encima a Gwen, te desollaré el maldito culo.

Keir levantó una mano con fingida inocencia.

—No es culpa mía si mis habilidades como amante satisfactorio la atraen.

—Ya has tenido tu advertencia. —Blair se volvió. Su mirada chocó con la de Marjorie y se detuvo. La ira se encendió en sus ojos. Miró a Neilan—. Veo que has vuelto a casa.

Neilan estiró el brazo de su espada.

—Como tú.

—¿Por qué está aquí?

Neilan le dio un apretón tranquilizador en la mano.

—Viene por decisión propia.

—No necesitamos ojos ingleses husmeando por el castillo. —Con una maldición, Blair se marchó furioso.

Keir se quitó la capucha de cota de malla y luego se volvió a poner la cofia acolchada. El sudor le cubría la frente. Se acercó a ellos ignorando el disgusto de su hermano; su espada asegurada y su yelmo echado hacia atrás también.

—Me has traído vino por mi victoria, muchacha —dijo Keir.

—Es para el ganador del combate. —Cuando él lo alcanzó, ella apartó la copa de su alcance.

Keir se puso a un palmo de ella.

—¿Y no he ganado yo el combate?

—Sí —dijo ella. Ella vaciló, luego enderezó los hombros, y el interés de Neilan aumentó. Reconoció los signos de que ella estaba tomando una postura, y se sintió orgulloso de que no se hubiera dejado dominar por la ira de Blair. Permaneció en silencio, intrigado por ver cuál sería su intención con su hermano menor.

—Has ganado, pero no un combate con Neilan —dijo Marjorie—. El vino es para el vencedor de ese desafío.

Una practicada tristeza cubrió el rostro de su hermano menor.

—Lass —dijo, con la melosa suavidad que Neilan le había visto utilizar para seducir a muchas mujeres—. Me has dejado herido por tu rechazo.

—Dudo que no haya hecho más que herir tu orgullo.

Su bravuconería llenó de calidez a Neilan. Aunque prisionera, se negaba a ceder a sus miedos y se atrevía a enfrentarse a su hermano.

—Cede, Keir —dijo Neilan—. La muchacha no cree en tus palabras edulcoradas.

Marjorie se volvió hacia Neilan, nerviosa, pero también un cosquilleo de calidez.

Su corazón golpeó contra su pecho mientras la observaba, deseando llevarla a su cámara y terminar lo que habían empezado este día.

Por el rabillo del ojo, Neilan captó el regreso de Blair. El temperamento de su hermano aún ardía, pero parecía que se había calmado.

—He venido a hacer de sparring —dijo Neilan.

Blair se colocó su cofia acolchada y su capucha de cota de malla, con la espada en la mano.

—Tendré una ronda contigo.

—Te doy la bienvenida. —Neilan retiró su espada en un suave barrido.

Blair caminó hacia la zona abierta del campo de prácticas donde había practicado con Keir.

Después de asegurar su propio equipo, Neilan avanzó a grandes zancadas, con la anticipación del próximo sparring recorriéndole por dentro. Cuando llegó al centro del espacio despejado, se giró y levantó su espada.

Blair levantó la suya.

—No te daré ventaja para que puedas impresionar a la muchacha.

—No tengo ninguna necesidad de impresionarla —replicó Neilan.

—¿No? —Blair se lanzó hacia delante.

Neilan blandió su espada para interceptar el golpe. Las espadas chocaron.

—Te la estás tirando —arremetió Blair, y luego empezó a rodearle como un lobo rabioso que hubiera acorralado a su presa—. He visto su cara sonrojada este día, la de una mujer complacida. Y las miradas que le echas. —Gruñó con desprecio—. Como las de un tonto dolorido de amor.

Él no la amaba. Le importaba, sí. ¿Pero amar? No podía permitir semejante decisión en su vida. Neilan atacó con un mordisco despiadado. Dejó que su espada transmitiera sus pensamientos.

Blair intentó esquivar su golpe, pero no fue lo bastante rápido.

Sus espadas chocaron una y otra vez hasta que el sudor se derramó por los rostros de ambos, sus respiraciones se entrecortaron y una cacofonía de acero golpeando rastrilló el aire con un furioso silbido.

Al siguiente golpe, Blair desvió el golpe, giró y lanzó su espada hacia arriba en un rápido tajo.

Neilan rechazó el ataque. A duras penas. Captó la expresión horrorizada de Marjorie, y luego volvió a concentrarse en su hermano.

—¿Vale la pena? —exigió Blair mientras esgrimía otro feroz golpe. Sus espadas se encontraron, estremeciéndose por la fuerza del impacto. La fiereza brilló en sus ojos mientras empujaba a Neilan hacia atrás—. ¿Es la ropa de cama tan fina como para hacerte olvidar que es inglesa?

—Déjalo —gruñó. Evadió el siguiente golpe de Blair, pero su hermano se lanzó hacia delante, empuñando su espada y obligándole a dar un paso atrás. Neilan tropezó.

Blair aprovechó al máximo su debilidad momentánea. Se lanzó hacia delante en un ataque de castigo.

Neilan no tenía espacio para maniobrar. En un último esfuerzo, repelió la siguiente estocada, se dejó caer y rodó hacia un lado antes de ponerse en pie de un salto. Sólo por la pura sorpresa de su acto pudo escapar de la espada de Blair.

La locura brilló en los ojos de Blair mientras avanzaba.

—¡Por los ojos de Dios, Blair, es solo una práctica! —Neilan paró, blandió, empujó y luego esquivó la espada de Blair, sólo para atacar una vez más.

Blair bajó su arma.

Tenía que acabar con él. La ira de Blair le había robado la racionalidad. No podía permitir que su hermano le hiciera daño, ni a sí mismo, forzando la mano de Neilan.

Neilan hizo su movimiento. Girando su espada, atrapó la de Blair y la arrojó hacia un lado.

Blair perdió el equilibrio.

Neilan saltó hacia delante, deslizó su pie contra las piernas de Blair y las levantó de un tirón, con fuerza.

Con un aullido, los brazos de Blair se agitaron mientras caía al suelo. Antes de que pudiera ponerse en pie, Neilan estaba de pie sobre él, con la punta de su espada apretada firmemente

contra su garganta como Keir había apretado la suya contra la de Blair poco antes.

La aguda respiración de Marjorie desde un lado le llegó. Al igual que las palabras tranquilizadoras que Keir le dirigió.

—Ríndete —exigió Neilan, con la respiración agitada.

Blair le fulminó con la mirada. Lentamente, la locura de su mirada se desvaneció.

—Cederé —dijo—, pero casi te golpeo porque tu mente está enredada con la inglesa.

Neilan gruñó, poco convencido. Su hermano había utilizado la estratagema de Keir para distraerle durante el combate. Que hubiera perdido la concentración durante el sparring ante la mera mención del nombre de Marjorie decía lo importante que se estaba volviendo ella en su vida.

Pero más preocupante era cómo el temperamento de Blair se había vuelto loco durante su pelea. Hasta que había inmovilizado a Blair bajo su espada, Blair había tenido la intención de hacerle daño.

Todo por el odio de Blair a la sangre inglesa.

Hablaría con Keylan. Blair no escoltaría a Marjorie hasta su casa. Neilan retiró la espada de la garganta de su hermano y le tendió la mano.

Blair la tomó y permitió que Neilan le ayudara a ponerse en pie.

—Un buen combate —dijo Keylan mientras se acercaba, vestido con cota de malla, con la espada aún envainada—. Vi lo último. Por un momento, pensé que Blair iba a vencerte.

—Su mente está en la inglesa —espetó Blair—. El tonto se ha acostado con la moza.

La mirada de Keylan se dirigió a Neilan, oscura por el recuerdo de su discusión de primera hora de la mañana.

—Acostarse con ella es decisión de él y de ella. Ella sólo está aquí con un propósito.

—Lo entiendo —insistió Neilan.

—Aquí —dijo Marjorie desde atrás, sobresaltando a los hermanos que aparentemente habían olvidado su presencia. Sus mejillas estaban pálidas. Sus manos temblaban cuando le tendió la copa de vino a Neilan. El placer que él había planeado ver en su rostro, el deleite expectante, fue aplastado por su mirada de humillación.

—Lady Marjorie —dijo Keylan—. Mis disculpas. De haber sabido de su presencia, me habría mordido la lengua.

Keir se ruborizó.

Los dientes de Dios. No había querido que ella hubiera oído su discusión, ni las referencias a su ropa de cama. Cogió la copa y bebió hondo, pero el cálido desliz del vino sabía a cualquier cosa menos a celebración. Neilan le devolvió la copa.

Con movimientos rígidos ella aceptó el recipiente, y él se maldijo por permitirle esta vergüenza.

—Laird MacKintosh —llamó un guerrero desde la distancia.

Todos se volvieron hacia un caballero que corría hacia ellos, con la preocupación grabada en el rostro.

Neilan reconoció al hombre como uno de los de Sir William Wallace. Sus sentidos se pusieron en alerta.

Keylan avanzó a grandes zancadas hacia el hombre. Cuando el caballero se detuvo ante él, preguntó:

—¿Qué noticias traes?

El caballero lanzó una mirada desdeñosa a la mujer y se volvió hacia Keylan.

—Se trata de Sir William Wallace, mi laird. Ha sido encarcelado en el calabozo del alcaide

de Ayr.

¿Wallace en un calabozo inglés? Neilan reconoció sus propios sentimientos sombríos en los rostros de sus hermanos. Era impensable. Si Wallace moría, toda su rebelión podía estar en peligro. Costara lo que costara, debían liberarlo.

Capítulo 13

Los hombres se reunieron más cerca del corredor para conocer los detalles de la captura de Wallace. Abrumada por el furor antiinglés de Neilan y sus hermanos, Marjorie intentó dar un paso atrás.

Neilan la cogió del brazo.

—Quédate.

Ella miró el bosque a través de la puerta. Hacía unas horas, ella y Neilan casi habían hecho el amor. Pero con las noticias del corredor, él se había retirado como si nunca se hubieran besado, nunca se hubieran tocado como lo hacen los amantes. Ahora estaba ante ella como el guerrero frío y sin emociones que había conocido en su solar.

Y ella había sido reconvertida en su enemiga.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Keylan.

—Un joven muchacho estaba siendo acosado por un mayordomo en las calles de Ayr, mi laird. Wallace defendió al muchacho —explicó el caballero—. El enfrentamiento se convirtió en una reyerta y el mayordomo acabó con la daga de Wallace clavada en el corazón.

—Y las tropas inglesas lo rodearon —terminó Neilan.

El orgullo brilló en los ojos del caballero.

—Sí, lo hicieron, pero varios de los bastardos ingleses pagaron con su vida.

Una imagen de Wallace defendiendo a un joven inocente se formó en su mente. Sus coetáneos ingleses se apresuraban a calumniar a los rebeldes escoceses como una banda de forajidos aptos para nada más que la muerte. Pero las historias que había oído sobre las acciones deshonrosas de las tropas inglesas y la decencia de la que había sido testigo desde que estuvo retenida en el castillo de Riverlochs retrataban a los escoceses como un pueblo más amable.

Mientras Marjorie contemplaba a los hombres, no podía evitar sentir respeto por ellos.

—Tendremos que liberar a Wallace —dijo Blair, con odio en la voz.

El trueno retumbó, esta vez más cerca. Marjorie miró hacia el cielo. Enojadas nubes negras se arremolinaban con amenaza de lluvia. Esta noche no, suplicó en silencio. Sus emociones ya eran frágiles. Después de casi hacer el amor con Neilan este día, las noticias de la captura de Wallace y el ataque verbal de Blair, dudaba de su capacidad para soportar la furia de la tormenta.

—Han fijado la fecha del juicio para sentenciar a Wallace para finales de mes —dijo el caballero.

—Blair —ordenó Keylan—, envía a varios corredores a los lairds de los alrededores. Habrá una reunión del clan dentro de tres noches en el castillo de Riverlochs.

—Sí. —Patrick se dirigió hacia el cuerpo de guardia.

—Keir, envía a un corredor para que contacte con Wulfe y le pida ayuda. Antes de que el corredor parta, le informaré dónde nos reuniremos Wulfe y yo.

Keir asintió.

Keylan se volvió hacia Neilan.

—Habla con el maestro de armas. Haz que seleccione a sus diez mejores hombres y asegúrate de que estén preparados para viajar en una sennight. —Su mirada se deslizó hacia Marjorie. Un ceño fruncido oscureció su frente. Luego se volvió de nuevo hacia Neilan—. Devuélvela a su cámara.

Neilan le ahuecó el codo y Marjorie se estremeció. Su fría expresión le aseguró que el encarcelamiento de Wallace eliminaría cualquier indulgencia hacia ella. Creyendo que los volátiles comentarios de Blair reflejaban ese día los de otros rebeldes dentro del castillo de Riverlochs, cuando no llegara el rescate, ¿la matarían?

Marjorie rezó para que su hermano pudiera reunir de algún modo su rescate. Hizo una pausa. ¿Estaba Henry a salvo? ¿Se había enterado siquiera de su secuestro? La pena se le hizo un nudo en la garganta al dudar de que su hermano se preocupara por ella lo suficiente como para intentar reunir el pago.

A lo largo de los años, había pensado en ella y en Henry como una familia, había trabajado duro para mantener viva la ilusión. Comparado con las profundidades inflexibles de lealtad entrelazadas entre Neilan y sus hermanos, ella y su hermano ni siquiera tenían eso.

Cómo deseaba formar parte de una familia así, una que la apoyara, fuera cual fuera la causa.

Atónita, hizo una pausa. ¿En qué estaba pensando? Nunca la aceptarían, no es que ella quisiera tal cosa. Pero una parte de ella aún, tontamente lo hacía.

¿Y qué hay de las ocurrencias de Blair de que Neilan se acostara con ella durante su sparring? Aunque sus palabras no habían sido dirigidas a sus oídos, Neilan no había negado la acusación de Blair. ¿Por qué iba a hacerlo? Los hombres se deleitaban con sus proezas. Neilan no era diferente.

El trueno volvió a retumbar en los cielos. Marjorie aminoró la marcha. No quería volver a la cámara, quedarse encerrada dentro cuando sus emociones se hicieran añicos y se acercara una tormenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Neilan.

Ella levantó la vista hacia él. Un error. Los ojos del guerrero la observaban. Las

intimidades que habían compartido en el bosque parecían haber quedado atrás. La ternura que él le había mostrado, perdida. Excepto que en ese momento, echando de menos a su hermano y agonizando por su deseo, le dolía demasiado como para preocuparse.

—¿Quién es Wulfe? —preguntó ella, para romper el silencio que se derramaba entre ellos tan prohibitivo como el eco de los truenos de la tormenta que se avecinaba.

Él la estudió un largo momento.

—Un lord que cree en la causa de Escocia y la ayuda.

Ella pensó en la vacilación de Neilan, luego comprendió.

—¿Quieres decir un lord inglés?

Neilan no respondió. ¿Por qué iba a hacerlo? Si el rey Eduardo se enteraba de la lealtad del lord inglés a los escoceses, lo tacharía de traidor.

Entraron en la torre del homenaje y subieron los escalones en espiral. Una brisa fría pasó junto a ellos con un aullido espeluznante, agitando las llamas de las antorchas en una danza errática.

Ella luchó por mantener la calma.

—¿Marjorie? —La preocupación en su tono tiró de su conciencia, pero ella se negó a mirarle, a permitirle ver su debilidad. ¿Qué era lo que había dicho del juego de espadas? Que un guerrero utilizaba la debilidad de su oponente contra él.

Las campanas de nones doblaron la llegada del mediodía, sus profundos tañidos dominados por el retumbar de los truenos.

¿La mañana ya se había desvanecido? Su corazón golpeó contra su pecho. En horas, el día sería consumido por la noche. Por favor, que la tormenta hubiera pasado antes.

Otro aullido de viento bajó por la escalera, frío e inoportuno. Se concentró en

pensamientos de su juventud, en la risa de su madre, en los intrigantes relatos de viajes de su padre.

Pero con cada paso hacia su habitación, los muros parecían cerrarse.

Su pecho se oprimía, cada respiración era una tarea en sí misma.

Los recuerdos de estar atrapada mientras la amarga tormenta de verano desataba su furia la abrumaron. Su visión se nubló. Las náuseas se arremolinaron en su estómago. Por mucho que quisiera mantener a Neilan ignorante de su miedo, no podía permitir que la encerrara en su interior esta noche.

Marjorie se detuvo a un palmo de la entrada de su habitación, el dolor demasiado cerca, la herida demasiado cruda, el miedo de su pasado demasiado vívido.

—No me encierres dentro —jadeó.

A través de la mirada turbada de Neilan, vio el arrepentimiento. Entonces la determinación afinó su boca en una línea apretada.

—Es lo mejor.

Ella apretó la mano contra la pared y sacudió la cabeza.

—No lo entiendes...

—Más tarde, los criados te traerán comida. —Neilan la cogió del codo y la condujo a la cámara.

Ella se giró para mirarle, con la respiración entrecortada.

—No me dejes sola con la tormenta. —Hizo ademán de escabullirse, pero él le bloqueó la salida.

—No tengo elección.

¡No podía encerrarla!

—Deja la puerta sin cerrar. —La desesperación que ella luchaba por mantener bajo control apareció en su voz.

—No.

Su negativa a escuchar generó ira; ella se aferró a esa emoción, mucho más segura que el miedo.

—¿Y tus palabras de amistad de hace unas horas? ¿No significaban nada?

Las cejas de Neilan se entrecerraron.

—Marjorie…

—¡No! —Ella retrocedió hacia la cámara, cortada por su negación incluso de un grado de confianza—. Nunca quisiste amistad, ni una tregua. Admítelo —exigió ella—. Fue sólo tu interés en acostarte conmigo lo que motivó tu llamamiento. Un hecho que quedó claro cuando te peleaste con tus hermanos.

Tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Lo lamento. Mi intención era aclarar tu malentendido.

Soltó una risa áspera, el miedo a la tormenta nubló su moderación.

—¿Ah, sí? ¿Y qué momento te habría venido bien para decir la verdad, antes o después del paso de la próxima luna? ¿O nunca?

La frialdad de su acusación le hizo fruncir el ceño.

—Soy un hombre de palabra —afirmó, su voz tan gélida como la de ella.

—Tal vez, pero ahora mismo, no estoy segura de qué creer. Especialmente de ti.

La ira brilló en sus ojos.

—Cree lo que quieras entonces. —Giró sobre sus talones para marcharse.

¿Qué hacía ella discutiendo con él? Debería haberse callado, al menos hasta que hubiera podido discutir el asunto con un mínimo de calma.

—¡Neilan!

Cruzó el umbral y cerró la puerta de un empujón. La barra encajó en su sitio con un duro golpe. Sus pasos se desvanecieron.

Un relámpago hendió el cielo frente a su ventana. Un trueno sacudió los cielos. Se lanzó sobre la puerta y golpeó hasta que le dolieron los puños.

—¡Por favor, vuelve!

La reverberación de otro trueno retumbó como respuesta.

Marjorie se volvió, abrazándose a sí misma, aferrándose a su frágil asidero a la cordura. A través de la ventana abierta, una ráfaga de viento azotó su habitación, frío y húmedo, acre por la furia de la tormenta. Las cuentas ensartadas en una delgada línea cerca de los cristales bailaban con una macabra giga. El cielo seguía oscureciéndose, y las sombras dentro de su habitación se convertían en amenazadoras criaturas de formas grotescas.

Tenía que ser fuerte.

Entonces llegó la lluvia. Dura. Despiadada en su fuerza azotadora.

Atrapada por la indignación de la tormenta, sacudida por su intensidad, sólo pudo observar el torrencial aguacero. Cuando el siguiente rayo surcó el cielo, Marjorie se puso en marcha. Avanzó a trompicones por la habitación. Agarrando las contraventanas de una en una, empujó contra la fuerza del viento.

Se cerraron de golpe.

Sin aliento, se dio la vuelta y se apoyó contra la pared de piedra; fría, mojada y absolutamente aterrorizada. La tempestad aullaba fuera, mientras el miedo le arañaba el pecho.

La pesadilla de su pasado se desencadenó con una viveza alucinante.

De nuevo era la niña que viajaba con sus padres en aquella noche de verano llena de tormentas, en ruta para pagar la libertad de Henry. El carro cubierto había perdido una rueda. Fuera de equilibrio, y sobre el traicionero terreno, el carro había volcado. En el brusco choque, la puerta había sido arrancada y su madre había sido arrojada a la tormenta. Ella y su padre habían permanecido dentro, maltrechos, pero vivos.

Excepto que ella había quedado atrapada, impotente para moverse bajo el gemido de la madera rota. Había gritado, de dolor, miedo y desesperación. Finalmente, su padre había recobrado el conocimiento. Le había arrancado los montones de madera y equipaje y luego la había envuelto en su capa. Le había pedido que permaneciera dentro y le había dicho que tenía que encontrar a su madre. Tras arrastrarse hasta el exterior, había desaparecido en medio del feroz azote de la tormenta.

Mientras los relámpagos habían asolado los cielos ennegrecidos y el viento aullaba a su alrededor, ella había permanecido allí, esperando, vigilando cualquier señal de su padre.

Nunca había regresado.

A la mañana siguiente, hambrienta y desesperada, había roto la promesa a su padre y había salido al exterior. Salpicado por el barro secado al sol, su cochero yacía muerto, con la pierna retorcida en una posición antinatural, su padre y su madre no aparecían por ninguna parte.

Entonces había visto el acantilado cercano.

Con un grito de negación, había corrido hacia el borde y había encontrado los cuerpos de sus seres queridos desparramados muy por debajo. Con la garganta en carne viva a causa de las lágrimas, había recogido la gruesa capa de su padre, se la había envuelto y había seguido el sendero lleno de surcos alejándose del accidente en medio de una neblina conmocionada.

Finalmente había tropezado con la cabaña de un campesino, pero apenas había sentido las

manos que la habían cuidado ni oído sus murmullos de preocupación. Entonces, desde algún lugar entre las turbias brumas del dolor, Henry la había atraído hacia su abrazo. Ella se había derrumbado en sus brazos.

Los días habían transcurrido en una sucesión enrevesada. Su hermano la había atendido, la había ayudado a curarse de la tragedia que había presenciado, de la horrible pérdida que había sufrido.

—Henry —susurró en la negrura cerrada, su susurro desesperado sofocado por el estruendo de los truenos—. Oh, Dios. —Se tambaleó hacia la cama.

Su vestido se enganchó. Entonces sonó un fuerte desgarro cuando la tela se rasgó, dejando su chemise expuesta de cintura para abajo. Marjorie miró entumecida la tela desgarrada. ¿Como si un vestido estropeado importara ahora? Fría y húmeda, se acurrucó sobre la ropa de cama de lino y miró fijamente la negrura fracturada por la tormenta.

El sueño no llegaba. Para ella, esta noche de revivir su propio infierno personal acababa de empezar.



A la mañana siguiente, Neilan abrió los ojos y se restregó el sueño. Se estiró, deseando permanecer en la acogedora calidez de su cama. Tras debatir hasta altas horas de la noche, él y sus hermanos habían ideado una forma de liberar a Wallace, que presentarían a sus compañeros de clan.

A través de las contraventanas, un gris lúgubre llenaba el cielo entre el constante repiqueteo de la lluvia. La tormenta había durado toda la noche, enfurecida como una mujer

furiosa. En algún lugar, en medio del retumbar de los truenos, había caído en un sueño profundo y exhausto.

Marjorie. Se incorporó, la angustia en su rostro cuando la había dejado la noche anterior aún le perseguía. ¿Cuántas veces se había condenado por dejarla golpeando la puerta y gritando su nombre? Entonces recordó la última vez que la había dejado de esa manera, sólo para volver y encontrarla perdida en un sueño tranquilo.

Que ella no hubiera confiado en él le había puesto de los nervios. Su acusación de que la había engañado para saciar su lujuria le había puesto al límite. El tiempo a solas le vendría bien para liberar la ira que atesoraba como una vieja acuñaría monedas. Y cuando estuviera agotada, encontraría en la maraña de emociones, la verdad.

Ella le deseaba.

No necesitaba trucos para llevarla a su cama. Si sus hermanos no les hubiera interrumpido ayer por la mañana en el bosque, ella ya lo habría aceptado.

Su cuerpo se endureció al pensar en sus labios, en sus manos rozando su carne sedosa. De sus gemidos mientras ella se elevaba hacia su liberación.

—¡Dientes de Dios! —Neilan se levantó de un empujón de la cama. El frescor de la mañana extendió la piel de gallina sobre su desnudez. Con una mueca se calzó las calzas, la camisa de lino y la túnica.

Salió de su cámara para romper el ayuno, pero al llegar a la torreta se detuvo y se quedó mirando los escalones. Neilan hizo una mueca. Qué hacía ablandándose hacia la muchacha. Quererla en su cama era una cosa, pero esta agitación en su corazón era otra.

Con una maldición, Neilan subió los escalones. Iría a ver cómo estaba. Nada más.

Para cuando había llegado a la puerta de su habitación, su mente había desenterrado una miríada de preguntas. ¿Estaría aún enfadada?

En su mente, la imaginó mirándole fijamente, con los ojos empañados por el sueño, atrapada en una mezcla de inocencia y necesidad.

Neilan deslizó la barra de la puerta y entró con cautela. Casi esperaba que ella estuviera escondida detrás de la puerta con el borde roto de una silla para golpearle la cabeza.

En lugar de eso, yacía hecha un ovillo sobre la cama, con el rostro mortalmente pálido.

Con los ojos vidriosos, miraba fijamente la ventana enrejada.

El miedo le desgarró por dentro. Neilan se acercó a su lado y se acurrucó junto a ella.

—¿Marjorie? —Sus ojos no vacilaron, ni ella indicó que fuera consciente de su presencia.

En nombre de Dios, ¿qué había pasado anoche? Miró a su alrededor. La bandeja de comida que la criada había traído la noche anterior yacía intacta. Todo parecía estar en su sitio. Las súplicas de Marjorie para que no le abandonara resonaron en su mente. Ella había estado desesperada, pero él se lo debía a que estaba disgustada por estar prisionera.

Alcanzó a ver su vestido desgarrada. Neilan cerró los ojos, dividido entre la furia y un pesar que le desgarraba el alma. Por los dientes de Dios, no quería creer que nadie dentro de los muros del castillo pudiera hacerle daño. Conocía a esa gente, había crecido compartiendo sus risas y sus penas.

Por mucho que deseara convencerse de lo contrario, la escena que tenía ante sí hacía real su temor. En algún momento de la noche, un hombre había entrado en su habitación y la había violado.

Inundado de culpa y dolido por la brutalidad que había soportado, la atrajo hacia sí en un suave abrazo como se haría con un niño herido.

—¿Marjorie?

Un pequeño gemido se escapó de ella, atormentándole, alimentando su culpabilidad y

dejando que se condenara por los horrores que el maldito malhechor había servido sobre su persona. Maldito sea. Había jurado protegerla. Quienquiera que se atreviera a cometer este ultraje moriría.

Se estremeció y otro gemido frenético brotó de sus labios. Ahora mismo, ella era lo más importante. Él cuidaría de ella.

Más tarde, serviría de castigo a quienquiera que se hubiera atrevido a tocar a la mujer que quería para sí.

Agitado, Neilan rozó con el pulgar una suave caricia en la mejilla de alabastro de ella al darse cuenta de que, por muy equivocada que estuviera, la había reclamado como tal.

—Lo siento mucho —susurró, el dolor en su pecho tan doloroso como si lo aplastara una maza. Besó su frente, necesitando borrar la pesadilla que ella debía de haber vivido. Maldita sea. Era virgen. Su dolor ante la brutalidad del atacante debió de ser tremendo.

Ella temblaba en sus brazos.

—Por favor, perdóname —susurró.

En respuesta, ella acercó más su cuerpo contra él, apretando su cara contra la curva de su cuello.

Él tragó saliva con fuerza y le pasó el dorso de los dedos por la mejilla, luego los enroscó bajo la barbilla para levantarle suavemente la cara y encontrársela con la suya.

Unos ojos grises heridos y llenos de horror le devolvieron la mirada. La culpa de Neilan se multiplicó por dos.

Sus labios temblaban y él sólo podía pensar en borrar su dolor, en ofrecerle el recuerdo de algo bueno. Los votos que había hecho de no volver a tocarla ni permitirse preocuparse por ella se desvanecieron con total desprecio.

Ella necesitaba que le ofreciera consuelo, y eso él se lo daría.

—¿Quién fue? —preguntó después de que hubiera pasado un largo rato, su voz tranquila temblando de ira—. Dime el nombre del bastardo. —Y lo mataría con sus propias manos.

La confusión se deslizó por sus ojos.

—¿Un nombre?

Debía de ser tonto. Por supuesto que ella no sabría el nombre de su atacante. Era una extraña en su casa.

—Describe al hombre que entró en tu habitación anoche y se atrevió a forzarte.

Un ceño se frunció en su frente.

—¿Un hombre? —s u pregunta cayó en un revoltijo áspero.

Se secó la lágrima con el dedo y ésta se encharcó en su piel.

—No temas, muchacha. Cualquier amenaza que haya hecho no es más que una promesa vacía. No volverá a tocarte ni a hacerte daño. Tienes mi palabra.

Marjorie sacudió la cabeza como insegura.

—No tienes nada que temer. Te lo juro.

—No —dijo ella, con voz inestable. Se apartó de él y se sentó—. Ningún hombre entró en mi cámara anoche.

Neilan oyó sus palabras, pero no las creyó. Fuera cual fuera su razonamiento, ella no protegería al bastardo. Amenaza o no, por Dios que aprendería a confiar en él aquí y ahora.

—Lo describirás.

Ante su exigencia, sus ojos se oscurecieron con una tristeza casi inquietante, un terror persistente.

—No había nadie.

Cuando ella hizo ademán de alejarse, él la sujetó con fuerza, con suavidad.

—Por favor, dímelo.

Ella le miró fijamente. Con la respiración agitada, Marjorie empezó a explicarse. A veces hacía pausas, otras su voz se volvía espesa de emoción mientras relataba la trágica pesadilla de la muerte de sus padres, de su atrapamiento y de descubrir sus cuerpos retorcidos en el suelo bajo el maltrecho acantilado.

Cuando ella continuó, se hizo evidente una confianza incipiente que él había anhelado.

—Desde entonces, me aterrorizan las tormentas —Marjorie le confesó—. Y encerrada en esta cámara con la tormenta de anoche...

—Te derrumbaste —terminó. Y atrapado en su propia ira, había ignorado sus súplicas. Ahora comprendía su malestar cuando habían pasado la noche en las ruinas de la iglesia. Por qué desde el principio se había rebelado contra él cuando la había encerrado en esta habitación.

Le frotó con el pulgar la suave hinchazón de la palma de la mano.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—No lo sabías.

Él buscó en su rostro.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Lo intenté, pero te negaste a escuchar…

A ella se le escaparon las palabras, pero él la comprendió. Su orgullo necio y testarudo no le había permitido insistir.

—A partir de ahora tu cámara quedará abierta.

La inquietud apareció en su expresión.

—¿Harías eso?

—Sí. —Por ella, se estaba dando cuenta, haría casi cualquier cosa. Y considerando su situación, eso no era bueno. La soltó y se puso en pie. ¿Estaba su deseo por Marjorie nublando su juicio como afirmaba Blair? No podía estar seguro. Para aliviar sus dudas, le haría prometer—. Primero, tendré tu promesa de no huir.

Que después de ofrecerle tanta calidez le pidiera su palabra golpeó a Marjorie como una bofetada en la cara.

—¿Me pedirías que sacrificara mi orgullo? —Vio cómo Neilan se retiraba, no sólo físicamente, sino también emocionalmente.

La piel de ella hormigueaba donde sus dedos habían tocado, las promesas tácitas de su ternura y cariño demasiado claras. Excepto que él nunca permitiría que sus sentimientos llegaran tan lejos.

Marjorie vaciló, aturdida por lo que acababa de revelar a Neilan. Pasara lo que pasara entre ellos, él seguía siendo su captor. Si lo consideraba oportuno, podía utilizar su confesión para destruirla. Como si necesitara la tortura física para imponerse. Sin embargo, ya sus sentimientos hacia él la habían expuesto a un dolor insoportable.

—¿Marjorie? —Él la observó, su cautela demasiado fácil de leer—. Haré que lo jures.

Aunque lo dijo en voz baja, ella oyó la orden subyacente. Se puso en pie, con sus emociones aún manchadas por los traumáticos sucesos de la noche anterior, pero no menos frágiles que lo que este hombre podría hacerle si quisiera.

Y que Dios la ayudara, él nunca podría saber el verdadero poder que ejercía sobre ella.

Permaneció en silencio.

La frustración ensombreció su rostro ante el continuo silencio de ella.

—Lo que te pido es sencillo.

—No, lo que me pides es que renuncie a mi libertad. No haré trueque por lo que es mío, ni por ti ni por ningún hombre.

Neilan murmuró algo sobre terquedad y el culo de un burro.

—Tu seguridad es...

—¿Mi seguridad? No se trata de mi seguridad, sino de tu orgullo y tu dinero. De cómo dañaría tu reputación si escapara.

—¡Eso es mentira!

—¿Lo es? Entonces dime, Neilan, explícame lo que parece que me he perdido. ¿Estás o no estás pidiéndome rescate por dinero, sacrificando también mi reputación?

Ante su silencio, el dolor envolvió su corazón. Miró fijamente las contraventanas.

—Por favor, vete —dijo, con la voz como la piedra—. Si lo crees necesario, atranca la puerta al salir. —Ella se encontró con su mirada, el dolor inmenso—. Prefiero que me trates como la prisionera que soy a que me consueles y me rehúyas alternativamente.

Dio un paso hacia ella y la cogió por los hombros.

Marjorie se quedó helada. Si la besaba ahora, con las fuerzas mermadas por el disgusto de la noche anterior, no estaba segura de poder mantener su determinación y no responder.

—¿Es ésa tu forma de resolver los problemas con una mujer? —atacó, antes de que sus labios pudieran posarse sobre los suyos, reclamarla como ella secretamente deseaba—. ¿No es ése el problema ahora? ¿O ésa ha sido siempre la forma en que has manejado los asuntos a lo largo de tu vida: te arriesgas, pero después te alejas sin emociones involucradas?

Cuando sus ojos se entrecerraron, se dio cuenta de que había dado en el ángulo correcto, así que se lanzó temerariamente hacia delante.

—¿Por qué no lo admites? Eres bueno en todo menos en lo duradero. Cuando se trata de exigir un compromiso emocional para que te quedes, te alejas.

Ella levantó la barbilla.

—Cierra la puerta tras de ti cuando te marches, porque yo, por mi parte, estoy satisfecha con mi suerte. Aunque soy prisionera, una vez pagado el rescate, obtendré mi libertad. Pero tú, nunca lograrás más que la sonrisa que llevas.

La soltó, sus ojos cobalto ennegreciéndose como una tempestad que amenazara con desatarse.

Su corazón se golpeó contra su pecho. Ella le había empujado demasiado lejos.

Capítulo 14

Neilan fulminó con la mirada a Marjorie. Quería negar su acusación, pero no podía. ¿Cómo podía ella haber fijado sus motivos con tanta exactitud cuando él ni siquiera los había reconocido?

Tras la muerte de su padre, temeroso de permitir que otro entrara en su corazón, se había presentado voluntario para los asaltos más peligrosos contra los ingleses; burlándose de la muerte para que se lo llevara, para pagar por su pecado de no morir en el campo de batalla aquel día hacía tanto tiempo.

Cuando las espadas de cada batalla estaban aseguradas y la lluvia había limpiado la tierra de la sangre de los muertos y moribundos, se había apresurado al siguiente desafío.

Nunca había querido quedarse en un solo lugar. Hasta ahora.

Hasta Marjorie.

La ira sonrojó sus mejillas mientras le observaba.

Por mucho que él quisiera que se quedara aquí, ella regresaría a su hogar. A su pueblo. Su familia.

La ira por el enfrentamiento se desvaneció. La soledad le quemaba la garganta como madera carbonizada. Con su mente impregnada de guerra, se había creído inmune al dolor. Ahora, una mujer que por derecho debería ser su enemiga, le estaba destrozando la vida.

—Aléjate de mí —gruñó, pero por dentro le dolía la necesidad de tocarla, de abrazarla y susurrarle palabras tranquilizadoras. Como si él pudiera ofrecerle el «para siempre» que una mujer como ella necesitaba.

Permaneció en silencio.

Neilan giró sobre sus talones y salió de la habitación. Cerró la puerta de un portazo y luego clavó la mirada en la barra de madera apoyada contra la pared. Quería confianza, por Dios que él le daría esa libertad, pero nada más. Neilan se dirigió hacia la escalera. A medio camino, se encontró con Blair.

—Te eché de menos en el campo de prácticas. —Los ojos de Blair se deslizaron hacia donde yacía la cámara de Marjorie, luego se entrecerraron.

—Ni una palabra —advirtió Neilan. Sí, se había equivocado al casi hacer el amor con ella, otra vez al permitir que se convirtiera en algo importante para él cuando su toda su atención debía centrarse en la libertad de Escocia. Pero ahora su mente estaba despejada.

Blair se volvió y le siguió hasta la torreta.

—Deberíamos recibir el rescate cualquier día —dijo despreocupadamente.

—Un día en que alzaré mi copa en un brindis. —Condenó la amargura que se arrastraba por su voz.

—Sean cuales sean tus sentimientos hacia ella, no interferirán en nuestra causa. Una vez pagado el rescate, será devuelta.

Ante el tono de advertencia de la voz de su hermano, Neilan se detuvo. Los fragmentos de luz de antorcha de un candelabro de pared cercano resaltaron la dura expresión de Blair.

—No me amenaces.

—Y tu no olvides la razón por la que está aquí.

Neilan se irguió hasta alcanzar toda su estatura.

—¿Te atreves a cuestionar mi lealtad una vez más?

—¿Debería?

La mano de Neilan salió disparada y agarró el cuello de su túnica.

—Si no fueras mi hermano, te mataría por semejante comentario. —Le devolvió el empujón, giró sobre sus talones y bajó furioso las escaleras.

El golpe furioso de las botas de Blair resonó a su paso mientras se apresuraba a alcanzarle.

—Neilan.

Ignoró la furia de Blair, inquieto por una constatación en la que debería haber pensado antes. Si Blair veía a Marjorie como una amenaza, su comunidad cercana habría visto el interés de Neilan por ella y creería lo mismo.

Pronto se pagaría el rescate y Marjorie saldría de su vida. Un hecho que le proporcionaría un gran placer.

Salió del torreón, ignorando los sonidos de la ira de Blair a su paso. Se dirigió hacia la cabaña del atillador, necesitando desesperadamente perderse en el exigente trabajo de fabricar ballestas. Para no pensar en los días vacíos que le esperaban.

Hizo una mueca. Se comportaba como un tonto enamorado, pero enamorarse de Marjorie sería la traición definitiva a su padre. Amar a una inglesa iba en contra de todo lo que él consideraba sagrado, violaba la confianza que su familia depositó en él para liberar a Escocia de la tiranía de Inglaterra. No, no la amaba, la quería en su cama.

—¡Neilan! —gritó Blair desde detrás de él—. ¡Maldito seas, enfréntame!

Se giró, plantando los pies preparado para el ataque de Blair. Agradecía una pelea, cualquier cosa que liberara el incesante tormento y les devolviera la igualdad de condiciones. La

presencia de Marjorie no sólo dividía sus lealtades, sino que provocaba conflictos entre él y sus hermanos. Con las tropas de Eduardo marchando hacia el norte, no podían arriesgarse a ninguna división.

Con el rostro en carne viva por la ira, Blair acechó hacia él.

—Se acerca un jinete —gritó el guardia de la torre.

Blair y él se quedaron paralizados. Murmurando una maldición, Neilan se volvió con su hermano para mirar a través de la entrada de la garita. En el campo al otro lado del lago, una figura lejana cabalgaba a gran velocidad. Mientras el jinete galopaba por el estrecho camino hacia el castillo de Riverlochs, Neilan observó que el hombre llevaba los colores de su hermano. Entonces reconoció al caballero.

El ansia de pelea se desvaneció. Dejó caer las manos a los lados. Era el corredor que habían enviado para conseguir el rescate de Marjorie. Parecía que su tiempo con Marjorie se había agotado. Este día, Marjorie tendría su deseo. Al igual que Blair.

Lanzó a su hermano una mirada fulminante.

La satisfacción se instaló en las líneas de enfado del rostro de Blair mientras se acercaba a él.

—El rescate ha llegado.

Y Marjorie partía.

La burla silenciosa de Blair resonó entre ellos.

A Neilan le dolía borrar la mirada de suficiencia de su hermano. Por Dios, después de que casi hubieran llegado a las manos por Marjorie en la torreta, costara lo que costara, se aseguraría de que no fuera Blair quien escoltara a Marjorie a casa.

El hombre de Keylan cabalgó bajo la garita. Los golpes de los cascos resonaron en la

piedra curvada como el tambor de un verdugo.

Con pasos de plomo, Neilan caminó junto a Blair hacia el jinete mientras éste entraba al galope en el patio. Observó que Keylan y Keir también venían de la armería.

El corredor detuvo su caballo ante Keylan.

—Mi laird. —Desmontó, con la respiración agitada, su montura enjabonada.

Un mozo de cuadra corrió y se llevó su montura. Neilan y Blair se detuvieron al lado de sus hermanos.

—¿Has traído el rescate? —preguntó Keylan mientras cogía la bolsa de cuero que colgaba de su montura.

—No, mi laird. —El corredor sacudió la cabeza—. El barón de Gilroyd está muerto.

—¿Muerto? —dijeron los hermanos al unísono.

Neilan miró hacia Keylan, pero ya sus pensamientos se dirigían a Marjorie. La noticia la devastaría.

—¿Cómo? —preguntó Keylan.

—Se dice que sucedió mientras jugaba a las cartas. —El mensajero sacudió la cabeza—. No pude averiguar nada más sin levantar sospechas.

La ira nubló el rostro de Keylan.

—Los detalles importan poco. Con el barón de Gilroyd muerto, nuestros planes de rescate han quedado en nada.



La áspera afirmación de Keylan llegó a oídos de Marjorie. Su hermano había muerto. El aire a su alrededor giraba, su cuerpo temblaba. El mundo se ennegreció, pero ella sólo sintió dolor. Duro. Caliente. Desgarrándola hasta que se tambaleó contra el muro de la torre del homenaje.

Se hundió contra el muro de piedra, luchando por mantener la cordura cuando todo en su vida se había erosionado hasta convertirse en un caos.

Miró fijamente a los hombres reunidos ante el corredor. Trastornada por su discusión con Neilan, había intentado escapar de los confines de su cámara. Pero mientras caminaba desde la entrada a la torre del homenaje, no había previsto la llegada del corredor ni sus impactantes noticias.

Henry había muerto.

Las palabras retumbaron en su cerebro, robándole el pensamiento y desgarrándole el corazón. Aunque su relación se había degradado durante el último año, eso no había disminuido su amor por él.

Ahora él se había ido. Sus últimas palabras fueron acaloradas. Ella ni siquiera le había dicho que le quería.

—¿Y qué hay del rescate? —preguntó Blair.

El rescate. Como si eso importara ahora. En ese momento le dolía demasiado como para importarle. O para temer. ¿Acaso la vida no había cumplido ya su peor parte? ¿Qué quedaba, en nombre de Dios?

—Ella es la única heredera —argumentó Keir, sus palabras seguras deslizándose en algún lugar a través de su bruma de destrozada incredulidad.

—Sí —estuvo de acuerdo Keylan—. No se nos negará el rescate.

—Su mayordomo pagará sin demora —añadió Blair.

Una risa histérica brotó de su garganta, pero salió en un sollozo desgarrador. Se derrumbó sobre los escalones de piedra. Luego vinieron las lágrimas, calientes húmedas, y liberadas con un dolor salvaje que surgía directamente de su alma. Se abrazó a su cuerpo y se meció, gimiendo suavemente.

Ante el grito angustiado de Marjorie, Neilan se giró y la vio desplomada en un montón junto a la puerta del torreón. ¡Había oído hablar de la muerte de su hermano!

—¿Neilan? —llamó Keylan mientras Neilan caminaba hacia ella.

Neilan señaló a Marjorie, y Keylan asintió. Se arrodilló ante ella y la estrechó contra su pecho.

—Lo siento —susurró Neilan, dolido por la intensidad de la pena que ella debía sentir. Él ni siquiera había sabido que ella estaba fuera. Si hubiera tenido la oportunidad, le habría evitado enterarse de la muerte de su hermano de esta forma tan dura.

Miró fijamente a sus hermanos y sacudió la cabeza cuando hicieron ademán de interferir con expresiones que iban de la desaprobación a la simpatía. Él la acompañaría en esta pérdida. Que pensaran lo que quisieran. Esto no tenía nada que ver con el deber a la patria, sino con el cariño, en el más básico de los sentidos.

Ella luchó contra su agarre.

—Déjame ir. —Pero su demanda salió a trompicones en un susurro desgarrado.

Como respuesta, se dirigió hacia los muros de cantera de la capilla. Ignoró sus débiles intentos de liberarse. Siempre sería una cabezota, pero ahora mismo le necesitaba. Aunque lucharía contra él a cada paso, él estaría allí para ella.

En el interior del edificio sagrado, se dirigió a un banco toscamente labrado y se sentó con ella acunada en sus brazos. El parpadeo de las velas les rodeaba, el aire rico en el aroma de la cera de abejas teñido con la insinuación del incienso y la mirra. El suelo de lajas yacía barrido y

salpicado de juncos frescos. Cada símbolo dentro del edificio sagrado ofrecía un grado de esperanza a todos los que los contemplaban. Rezó para que, junto con su presencia, le trajeran a ella un grado de paz.

Neilan la estrechó contra él, sintiendo cada uno de sus temblores, la humedad de sus lágrimas contra su cuello y sus largos y agudos llantos como arrancados de su alma. La dejó llorar mientras las lágrimas se empañaban en sus ojos, comprendiendo demasiado bien su dolor.

—Lo siento, Marjorie.

Ella emitió un suave hipo.

—Está muerto. No puedo creer que Henry esté muerto. —Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Un sollozo ahogado brotó de sus labios.

Luego se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos, llenos de lágrimas y dolor.

—¿Co… cómo?

—En una pelea —contestó Neilan, omitiendo que el corredor les había informado de que la reyerta y el enfrentamiento habían estallado mientras su hermano había estado bebiendo y jugando en exceso. Ella no necesitaba saberlo. Le dejaría buenos recuerdos de la valentía y el orgullo de su hermano, no los de un borracho.

Ella se movió sobre su regazo como para levantarse, pero él la sostuvo con firmeza.

—Descansa tranquila. Lo necesitas.

Ella intentó soltarse, con las manos inestables sobre su pecho.

—Suéltame —dijo ella cuando él no le quitó las manos.

—Marjorie...

—¡Suéltame!

Él miró fijamente la determinación que rebosaba junto con las lágrimas en los ojos de ella.

¿Sería siempre tan testaruda? Sí. Y aunque era otra característica de ella con la que él no siempre estaba de acuerdo, era un rasgo que comprendía. Neilan bajó la mano.

Se puso en pie y se giró lentamente, observando su entorno como si lo viera por primera vez, con expresión cautelosa y retorcida por el dolor. Con una respiración agitada, le tembló el labio inferior, pero no lloró. La observó luchar contra sus lágrimas como un guerrero se defendería de un asalto que se aproxima. Con entereza. Con orgullo.

Y por su propia elección, sola.

Un músculo trabajó en su mandíbula. Él estaba aquí para ella si ella le permitía ayudarla. ¿Acaso ella no podía verlo?

Él se levantó, pero ella dio un paso atrás, su gesto indicaba claramente su deseo de que mantuviera las distancias. Cuando él se acercó, ella dudó antes de acercarse al estrado ante la cruz. Sobre rodillas tambaleantes se arrodilló, luego inclinó la cabeza, sus oraciones susurradas, entremezcladas con pequeños gritos crudos que le llegaban directamente al corazón.

El tiempo pasaba. Lento, espeso por la pena. Las velas se apagaron; su llama vaciló, luego se apagó.

Neilan se levantó y volvió a encender nuevas velas.

Las llamas amarillas cobraron vida, llenando la capilla de calidez. Marjorie se levantó y se volvió hacia él, con los ojos brillantes por las lágrimas, pero el rostro seco y la expresión humilde. Debajo de ella, también bullía la determinación.

Levantó la barbilla en una inclinación arrogante.

—Estoy lista para volver a mi cámara.

—Demos un paseo. —Neilan le tendió la mano.

Ella lo miró fijamente, el deslizamiento de la ira en su expresión se hizo duro y rápido.

—¡Es por tu culpa!

—¿Qué? —preguntó él, la acusación de ella desconcertándole, no gustándole hacia dónde podía dirigirse esto—. ¿Qué es por mi culpa?

—Esto. —Ella señaló alrededor de la iglesia con desprecio desplegado.

—Marjorie, yo...

—No me vengas con palabras vacías. —Ella dio un paso hacia él—. Si no me hubieras secuestrado las cosas habrían sido diferentes. —Inspiró desesperada, con la creencia brillante en sus ojos—. Y tal vez mi hermano no estaría muerto.

—Yo…

—¿Qué? —atacó ella—. ¿No me robaste de mi hogar? O fue —dijo ella dando un paso hacia él—, que no te importó mientras permaneciera la emoción del desafío. Ahora has tenido tu emoción y mi hermano está muerto. Dime —dijo mientras daba otro paso hacia él—. ¿Encuentras emoción en eso? ¿Y ahora qué? Al final tendrás tu dinero y eso es lo único que te importa. ¿No es así?

—No —dijo él, con su propia rabia acercándose rápidamente. La cogió por los hombros, dolido, queriendo consolarla, explicarle. La culpa le aquietó la lengua. Intentó calmarse con el recuerdo de que si no era él, otro de sus hermanos habría cabalgado para completar el secuestro. ¿Se habrían llevado a Marjorie cuando Lord Gilroyd estaba ausente de su residencia?

Eso no podía responderlo con seguridad.

Y esa duda le carcomió hasta que su mente sólo se agitó con pesar.

Suavizó su abrazo.

—Nunca quise hacerte daño.

Ella soltó una risa quebradiza.

—¿No? Aunque no era tu intención, lo has conseguido bastante bien.

—Marjorie…

—¿No has hecho suficiente? —Ella intentó zafarse de su agarre, pero él la sujetó con fuerza—. Suéltame.

—No puedo. —Él le cogió la cara suavemente entre las manos—. Quédate conmigo. Podríamos casarnos hoy mismo. —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Sus ojos se abrieron de par en par con total incredulidad.

—Puedo ofrecerte un hogar y protección. Que nunca querrías —añadió rápidamente. Era fácil imaginarla dentro de su vida. Habría momentos de furia, pero él se aseguraría de que las emociones siempre se deslizaran hacia la pasión. Y habría calor, aquello por lo que un santo vendería su alma.

El desprecio nubló su rostro, destrozando sus visiones de ella en su futuro.

—¡Cómo te atreves a pensar que me quedaría aquí como tu esposa! Verte me enferma.

Ella tiró de la mano que aún sostenía en la de él.

Esta vez él la soltó.

—Lo siento. —Lo sentía, más de lo que jamás podría expresar.

Marjorie sacudió la cabeza y luego abrió la boca como si fuera a hablar. Con un grito, salió corriendo por la puerta y se dirigió hacia la torre del homenaje.

Destrozado, Neilan la vio correr. En nombre de Dios, ¿qué había hecho? Luchando contra las lágrimas, Marjorie cruzó el patio corriendo, sin querer creer que Henry estuviera muerto. Le dolía el pecho, su cuerpo temblaba de agotamiento.

¿Cómo se atrevía Neilan a pedirle que fuera su esposa? No podía quedarse aquí. Peor aún, deseándole a él, la seguridad que le ofrecía, la ternura de su tacto comparada con el vacío al que

se enfrentaba, por un momento había estado a punto de aceptar su oferta.

Su pulso se aceleró mientras subía corriendo los escalones de la torreta, luego irrumpió en la luz del sol del paseo de la muralla. Marjorie se detuvo ante la aspillera donde ella y Neilan habían estado poco antes.

Repicó la campana de las primeras horas de la tarde. Marjorie se rodeó el pecho con los brazos en un gesto protector y se quedó mirando las prístinas aguas del lago. En algún lugar de su triste bruma, las campanadas de vísperas llenaron el aire, anunciando que habían pasado muchas horas desde su llegada al paseo de la muralla. Sorprendida, levantó la vista y descubrió que el sol colgaba ahora bajo en el cielo, fragmentos de luz ámbar suavizándose en un suave dorado como si quisiera dar al día un último adiós.

Oteó el escarpado paisaje bañado por la luz dorada, sintiéndose vacía. A través del agotamiento, no podía negar la verdad.

Que Dios la ayudara, amaba a Neilan.

Marjorie agachó la cabeza, intentando recuperar el aliento, digerir los sentimientos que prefería negar. ¿Qué iba a hacer ahora? Con las diferencias entre sus países, una unión entre ellos nunca funcionaría. Incluso ahora él apoyaba una rebelión que muy probablemente desembocaría en una guerra. Y su hogar, situado en la inestable frontera, muy probablemente sería presa de las batallas que se avecinaban.

Su hogar.

Casi se había olvidado de las deudas. La muerte de su hermano no detendría a los acreedores que exigirían lo que les correspondía. A efectos prácticos, no tenía un hogar al que regresar. Sí, volvería, para vender las últimas piezas de valor, pero incluso entonces, ¿sería suficiente para saldar las deudas?

El humor morboso surgió rápido y agudo. Si después de vender la última reliquia familiar

seguía sin saldar sus deudas, podría ser arrojada a la prisión de deudores. Aun sabiendo esto, se mantuvo resuelta. Si lograba escapar, se aseguraría de que Henry recibiera un entierro acorde con su posición y daría la bienvenida a la oportunidad de limpiar el nombre de su familia.

A lo lejos, un halcón flotaba con gracia sin esfuerzo sobre la corriente del viento, sobrevolando el denso bosque y luego las aguas abiertas. Deseó una libertad semejante, poder dejar atrás sus problemas.

Entonces recordó sus airadas palabras a Neilan, sus acusaciones de que la muerte de Henry era de algún modo culpa suya. Se encogió ante lo injusto de su ataque. Si no había aprendido nada más de su tiempo juntos, era que Neilan distaba mucho de ser el granuja indisciplinado que ella había creído en un principio. Sus acciones eran honorables.

Recordó los momentos de su viaje en los que él la había amenazado. Al final, la había castigado sólo con ternura.

Aunque guerrero, era un hombre íntegro, leal y honorable.

Marjorie extendió las manos sobre la fría y robusta piedra. Necesitaba disculparse. Armándose de valor, se dio la vuelta. Y se lanzó de cabeza contra un pecho fuerte y cálido.

Unas manos grandes la agarraron por los hombros.

Luchó por estabilizarse, esperando ver a Neilan. En lugar de eso, se encontró mirando los ojos avellana templados de Blair.

El pánico la inundó. Tan perdida en su dolor, no había considerado el peligro al que se había expuesto estando sola.

Él la miró fijamente, la frialdad de sus ojos la dejó aún más conmocionada.

—Lo siento. Es duro perder a los que amas.

Ella asintió, queriendo sólo distanciarse de él.

—Gracias. —Marjorie hizo ademán de apartarse de su abrazo.

Él la sujetó con fuerza.

—¿Neilan no está?

—No, él está... —Ella no tenía ni idea de dónde estaba. Hacía horas que había huido de la capilla con el único deseo de escapar.

Un ceño fruncido empañó su frente.

—No es bueno que esté fuera sola. Aunque mis hermanos y yo toleramos su presencia, no puedo responder por algunos de los escoceses del castillo de Riverlochs.

Aunque sus palabras fueron pronunciadas con suavidad, ella comprendió la amenaza subyacente. Estaría de acuerdo, en este momento, definitivamente no se sentía segura.

—Debería regresar a mi cámara —dijo, luchando por mantener la calma en su voz, no queriendo que él se diera cuenta de cómo su mera presencia la aterrorizaba.

—La escoltaré. —Él soltó sus hombros, sólo para estrechar su codo, su agarre asegurándole que no aceptaría un no por respuesta.

Así que le permitió que la condujera hasta la torreta y bajara por los oscuros escalones iluminados con antorchas. A mitad de camino, su agarre sobre ella se hizo más fuerte. La premonición de que él la desequilibrara para hacerla caer el resto del camino la hizo perder el siguiente escalón. Un grito envolvió su garganta.

Unos pasos resonaron desde abajo. Un guardia dobló la esquina. La otra mano de Blair la agarró por el hombro cuando empezaba a caer.

—Sir Blair, mi señora —dijo el guardia al pasar.

—¿Se encuentra bien, mi señora? Casi os caéis —preguntó Blair con maniática cortesía.

Su corazón golpeó contra su pecho. Casi la había matado. Lo habría hecho si no le hubiera

interrumpido el guardia.

—Yo…

—Necesita descansar —dijo Blair, salvándola de una respuesta.

Era algo en la que ella estaba desesperadamente de acuerdo. En el fondo, salieron a la luz del sol de la tarde. El alivio la invadió.

—¿Qué ocurre, mi señora? Parecéis aterrorizada. —Vaciló, una mirada socarrona se filtró en su rostro—. Espero que no sea por mí. —La malicia enhebró su serena seguridad—. No busco otra cosa que vuestra seguridad. Pues parece que sois la mujer que ha llamado la atención de mi hermano.

Sabía que la aterrorizaba, saboreaba su miedo.

—Neilan es un hombre con mente propia —dijo ella, conteniendo su grito de auxilio—. Me engañaría a mí misma si pensara que el ojo de su hermano no es captado por una mujer atractiva de forma rutinaria.

—Pero nunca antes había tratado a una mujer como lo hace con usted. Con un enemigo.

La gente se arremolinaba cerca, el día brillante y cálido de alegría. Por dentro, su cuerpo se helaba.

—Pero la situación no es algo que Neilan buscaría.

Cogida por sorpresa, jadeó.

—¿Conoce la petición de mi mano por parte de Neilan?

Sus ojos avellana se oscurecieron hasta volverse negros.

—¿Lo ha hecho?

La furia respaldaba sus palabras.

—¿No lo sabía?

Empezó a avanzar con la mano sobre el brazo de ella.

—Es hora de que vuelva a su cámara. Hay mucho que hacer.

Un escalofrío recorrió a Marjorie. Robó una mirada hacia Blair, que parecía perdido en sus propios pensamientos. ¿Qué había hecho?

Capítulo 15

—Todo está bien. —La llamada del guardia desde el paseo de ronda anunciando que la torre del homenaje era segura resonó débilmente por el pasillo.

A través de una ventana abierta, Marjorie miró hacia donde la luna se había suavizado en el cielo, su luz plateada atravesando el lago con un brillo iridiscente.

La luna de un amante.

Un dolor feroz le oprimió el pecho. La vida le había enseñado a desconfiar de los hombres. Incluso habiéndola secuestrado, Neilan le había demostrado una y otra vez que era un hombre con el que podía contar. Que podía amar. Pero, ¿cómo se aceptaba amar a un hombre que debería ser por derecho propio su enemigo?

En ese momento, con la pena agolpándose en su mente, no estaba segura de nada.

Aunque era tarde, no podía dormir. Si permanecía en la cama, sólo reviviría su pena. Y necesitaba disculparse con Neilan por su ataque injustificado contra él en la capilla.

Marjorie miró fijamente por el pasillo hacia la puerta donde un criado, a primera hora de la noche, le había dicho que estaba la habitación de Neilan. Cuando había intentado encontrarlo esta misma noche, se había sorprendido al saber que había abandonado el castillo. No había presionado para saber dónde, pero había regresado a su habitación.

Con lo tarde que era, estaría en la cama. Una vez que se hubiera disculpado, se marcharía.

Dudó, un pensamiento no deseado se coló en su mente. ¿Y si él no estaba en su habitación?

O peor, ¿y si estaba con otra mujer?

Se preparó, insegura de si después de enterarse de la muerte de su hermano, podría aceptar otro golpe emocional. Por favor, Dios, si ha vuelto al castillo, que esté solo.

Cuando llegó a su puerta, las campanadas de maitines anunciaron la hora pasada de medianoche. Armándose de valor, respiró hondo y llamó a la puerta.

El silencio respondió, invadido sólo por el suave roce de la brisa nocturna.

Se tocó el colgante que llevaba al cuello. ¿Quizás no había llamado lo suficientemente fuerte? ¿Y si Blair la encontraba fuera de la cámara de Neilan? Tal vez debería volver sigilosamente a su habitación, donde estaría a salvo. Pero si no hablaba con Neilan esta noche, con las noticias de Wallace y los rebeldes alterados, no estaba segura de cuándo volvería a verle. Tomada su decisión, volvió a llamar a la puerta.

Ante el insistente golpe en su puerta, Neilan se volvió de donde estaba ante el hogar. Miró fijamente a la puerta. La idea de que fuera la sirvienta con la que se había acostado antes de conocer a Marjorie le dejó vacío. No quería a otra mujer. Quería a Marjorie.

Excepto que ella no le quería a él.

Desde que ella había huido de la capilla, él había mantenido las distancias con ella. Ella tenía razón. Su decisión de secuestrarla bien podría haberle costado la vida a su hermano.

Sonó otro golpe.

Se dirigió a la puerta, consciente de que si la situación era de grave urgencia, uno de sus hermanos habría irrumpido en su cámara para darle la noticia. Quien osara interrumpirle pronto lamentaría su llegada.

Con una maldición abrió la puerta de un tirón, dispuesto a desollar al simplón que osara

interrumpir su soledad.

Vestida con una larga túnica color trigo, su cabello castaño desatado y cayendo en cascada por su espalda, Marjorie estaba de pie a escasos centímetros. Al llevar una vela en la mano que iluminaba su rostro pálido, pudo ver cómo temblaba ligeramente su cuerpo y como sus ojos amplios y grises le miraban fijamente, inseguros.

La retahíla de juramentos preparada en sus labios se desvaneció. Su sangre se calentó cuando la túnica insinuó las curvas que había tocado, el material opaco invitando a su imaginación a rellenar lo que no podía ver.

Se serenó. Podía haber muchas razones por las que ella acudiera a él en la noche, pero después de su carga de este día, dudaba que hacer el amor con él fuera el acontecimiento más importante en su mente.

Con su creencia de que él era responsable en parte de la muerte de su hermano, tal vez debería buscarle una daga. No le sorprendería que ella hubiera venido a tallarle el corazón. Salvo por su frágil expresión, no necesitaba un arma para destruirle.

—No deberías estar aquí —dijo Neilan, no queriéndola en ningún otro sitio.

—Yo…. —Ella miró hacia el pasillo y luego de nuevo hacia él, con la desesperación y el dolor grabados en su expresión.

—Vuelve a tu habitación —dijo él, con voz áspera. No la necesitaba aquí, con sus emociones demasiado fáciles de leer para él, y con él deseándola con cada aliento.

Ella inclinó la barbilla en una obstinada inclinación que le hizo enloquecer por tenerla.

—Lo haré. Después de decir lo que he venido a exponer.

Por su propia cordura, debería haberle cerrado la puerta en las narices entonces. Con ella lo suficientemente cerca como para tocarla y su aroma llenando cada una de sus respiraciones, uno de los dos necesitaba una pizca de sentido común. Excepto que incluso con su obstinado orgullo

guiando cada uno de sus movimientos, parecía como si fuera a romperse. Que Dios le ayudara. Neilan abrió más la puerta.

Se pasó la lengua por el labio inferior con un deslizamiento nervioso. Luego entró.

El agarre de Neilan a la puerta se tensó, inseguro de si debía cerrarla o dejarla abierta para evitar que hiciera una tontería como besarla. Maldita sea. No era un muchacho sin experiencia. Hablarían. Mantendría las distancias. Una vez resueltos los asuntos por los que había venido, se marcharía. Cerró la puerta tras ella con un chasquido suave pero firme.

Marjorie se volvió para mirarle.

Con la luz de las velas parpadeando sobre ella, pudo distinguir su postura, alta y orgullosa, sus labios carnosos temblorosos y su mirada borrosa por el dolor. Cuando ella le tendió la mano, sus defensas se hicieron añicos.

Condenándose a sí mismo, Neilan cruzó hacia ella y la atrajo hacia sus brazos.

La abrazó mientras ella temblaba.

—Lo siento —susurró y le besó la frente.

—No es culpa tuya. —Ella levantó la cabeza, sus ojos le miraban con sincera confianza, una expresión que él nunca había esperado ver. Y menos ahora.

—Marjorie...

—No —dijo ella, su aliento cálido contra su cuello—. Me equivoqué al acusarte de la muerte de mi hermano. —Ella inhaló profundamente, el costo de su disculpa fácil de leer—. Estaba enfadada y lo siento.

Al igual que él. Le cogió la barbilla con las manos.

—Si lo hubiera sabido...

—¿Cómo podrías haberlo sabido? No tenemos control sobre el destino de uno.

—No, no lo tenemos. —Si no se había convencido de ello antes, mientras la miraba fijamente, afligido por su pérdida, ahora estaba seguro del poder del destino. Miró fijamente a Marjorie, su disculpa asediando las razones por las que debía dejarla intacta. Su labio inferior vaciló, atrayendo su mirada. Recordó su sabor, suave, cálido y destructor. Su cuerpo se endureció.

Ella levantó la boca hacia la suya.

Le dolía volver a saborearla. Con un gemido, cedió a su necesidad y reclamó su boca en un beso suave; lento, fácil, queriendo sólo asegurar a Marjorie que nunca quiso hacerle daño.

Su respuesta inmediata encendió un fuego propio. Cuando las manos de ella se alzaron para rodearle el cuello y atraerlo más cerca, él se hundió en el beso como un moribundo aprovecharía un trago de agua.

Neilan enredó los dedos en su pelo. Un gemido suave y necesitado brotó de su boca y lo último que quedaba de su control se desvaneció. Sus manos se volvieron codiciosas, deslizándose por la sedosa piel de su cuello, deleitándose en la sensación y en los temblores de ella con cada roce suyo. Su cuerpo palpitaba cuando sus manos rozaron su piel para apartar la bata y dejar al descubierto su chemise. A la luz de las velas, sus suaves turgencias translúcidas bajo el camisón de lino sobresalían orgullosas ante él.

Bajó la cabeza y devoró. Hizo girar su lengua alrededor del capullo que se endurecía, el fino velo de tela no hizo más que aumentar su deseo.

Con un gemido, ella se arqueó contra él.

—Neilan.

Su sensual demanda susurró a través de él. Succionó con más fuerza, deslizando la mano para acariciar su otro pecho. Ella se estremeció contra su tacto íntimo, y él deslizó el pulgar en un círculo burlón sobre su punta morena.

Necesitado de verla entera, agarró el suave material y le quitó la bata. Cayó al suelo con un suave aleteo. Ella estaba de pie ante él, medio expuesta, el camisón de fina lana que había debajo translúcido en el parpadeo de la luz del fuego, donde él había lamido sus pechos húmedos y brillantes para su regreso.

Se quedó helado. ¿Qué estaba haciendo? Su cuerpo tembló mientras se apartaba, con la respiración agitada.

—Marjorie...

—Haz el amor conmigo, Neilan. Hazme olvidar este día. —Ella apartó su bata de lino hasta que también se arremolinó sobre ella. Desnuda, estaba de pie ante él, los pechos llenos brillando a la luz de las velas, el triángulo oscuro y castaño de su vértice tentándole hacia una deliciosa locura.

Su mano la alcanzó automáticamente, queriendo sostener el peso de sus pechos, tocar la dulce suavidad de la que nunca se cansaría. Como si le quemara, se apartó.

—¿Neilan?

Apretó los dientes, luchando contra el impulso de tumbarla en su cama y clavarse profundamente en su cuerpo.

La mano de Marjorie le tocó el hombro.

Él giró sobre ella.

—Te deseo, pero no así. —Maldita sea toda esta situación. Neilan se agachó y le cogió la bata y el albornoz. Se los puso en las manos—. Póntelos.

Ella le miró con incredulidad, con los labios entreabiertos, resbaladizos por sus besos. Luchando por estabilizar sus emociones en guerra, él ahuecó sus manos sobre las de ella.

—Por mucho que te desee, no será como bálsamo para una pérdida. —Sus ojos se

entrecerraron—. ¿Es ésta la razón que crees que tengo?

—Sí —respondió Neilan, pronunciando la palabra más dura que había dicho en su vida. La deseaba, pero si la tomaba ahora, utilizaría su dolor para satisfacer su propio propósito. Y él nunca podría hacer eso. Aunque no siempre había tomado las decisiones correctas en la vida, aquí lo haría—. Cuando hagamos el amor, lo harás con la mente clara.

—Sé lo que soy...

—Puedo ver tu dolor, la pena que llevas como una insignia. Una pena que no confías en compartir conmigo. —Y eso fue lo que más me dolió—. Sin embargo, me pides una intimidad tan grande. Puede que te desee, pero no me aprovecharé de tu vulnerabilidad.

Marjorie fulminó con la mirada a Neilan, sin saber si se sentía más tonta o humillada. ¡Maldito sea! Se equivocaba. Es cierto que la pérdida de su hermano la había dejado destrozada, pero amaba a Neilan y también lo necesitaba. ¿No podía verlo? ¿Estaría aquí ofreciéndose a él si sintiera lo contrario?

—Si quisiera que alguien se aprovechara de mí —le reprochó—, podría haber encontrado muchos hombres dispuestos abajo.

Sus ojos se entrecerraron hasta un borde peligroso.

Bien. Si él estaba molesto, mejor. Estarían en igualdad de condiciones.

—En lugar de eso, estoy aquí. —Ella suavizó la voz, necesitaba que él la entendiera—. Es a ti a quien quiero. —Su mirada escéptica apagó su deseo. No, obviamente él nunca creería lo que ella tenía que decir esta noche.

Su cuerpo ardía donde él la había tocado, le dolía donde no lo había hecho. Resistiendo el impulso de gritar su frustración, se sacudió la camisa. La tela se rasgó al manipularla bruscamente, pero ella lo ignoró. Luego se puso la bata.

—No sabes lo que siento. —Pero lo sabría. Marjorie salió furiosa de la habitación. Había

pensado que cuando fuera a disculparse arreglaría una parte trastornada de su mundo. En lugar de eso, parecía que de algún modo también había juzgado mal eso. La próxima vez, no tendría dudas de su afirmación.

Y habría una próxima vez.



En el campo de prácticas, Neilan levantó su espada. El sudor rodó por su rostro mientras se lanzaba al ataque. Su frustración contenida durante los dos últimos días, desde que Marjorie había salido de su cámara, respaldó el mordisco de su espada.

Ella no se había mantenido alejada de su vista como él hubiera deseado. Por el contrario, parecía decidida a que dondequiera que él se volviera, la vería. Y él había notado la determinación impertérrita en su rostro, y su deseo.

Pero se había convencido de que tomarla ahora sería un error. Ella sólo buscaba consuelo. Descargó su siguiente golpe con la fuerza de su frustración.

—¡Espera! —Keir giró hacia un lado y esquivó el golpe por los pelos. Dio otro paso atrás en el campo de entrenamiento y anguló su espada para desviar el siguiente golpe de Neilan—. Peleas como una criada alimentada con leche.

Neilan ignoró sus burlas, burlas que su hermano menor utilizaba para desviar su atención. Empujó su espada hacia delante y luego anguló la hoja para atrapar la empuñadura de la espada ancha de su hermano.

El metal raspó. Con un rápido tirón, arrojó el arma de Keir de sus manos.

La expresión atónita de Keir mientras permanecía indefenso ante él casi hizo reír a Neilan.

Casi. Si no estuviera desgarrado entre su lealtad hacia los rebeldes y su necesidad de Marjorie, habría disfrutado del momento. En lugar de eso, Neilan envainó su espada, con el corazón dolorido.

—Ya he tenido bastante por hoy. —Neilan ignoró la curiosidad de Keir ante su comentario cortante, y las miradas preocupadas de Blair y Keylan que estaban cerca. Que pensaran lo que quisieran. Con el corredor enviado de vuelta al castillo de Rothfield para recoger la petición de rescate por Marjorie, sólo le habían dado unos días de tregua antes de su inevitable partida. Y el dinero llegaría, de eso no le cabía duda.

Entonces se marcharía.

Se volvió para encontrar a Marjorie esperando en los límites del campo de prácticas. ¿Acaso la muchacha deseaba volverlo loco? ¿Quizás debería dejarla encerrada en su habitación? Les vendría bien a ambos. Pero cuando ella le había pedido que le permitiera acompañarle a su práctica, él había accedido.

Neilan se acercó a ella.

—Enhorabuena, has luchado bien. —Ella le alzó la copa. El sol de última hora de la mañana brilló en el vino rojo sangre.

Sus ojos chocaron. Recordó cuando había imaginado por primera vez el placer de que ella realizara tal tarea. Ahora su gesto sólo le producía pesar.

—Mi agradecimiento. —Se bebió el vino de un trago y trató de ignorar que ella le miraba beber, cada trago forzado. Le devolvió la copa vacía, dando la bienvenida al agudo mordisco del vino especiado en su garganta—. Te devolveré a tu cámara. Dudo que quieras permanecer fuera.

Y deseó que ella desapareciera de su vista. Con su cuerpo dolorido por la necesidad de tocarla, recordando su sabor de mujer cálido sobre su lengua y la suavidad de su piel, no necesitaba demorarse. Con ella mirándole con descarado deseo, sería demasiado fácil olvidar sus

razones para dejarla sin tocar.

Para su alivio, ella asintió. Ignoró el disgusto de Blair mientras caminaba con ella. En silencio se abrieron paso por el suelo de la torre del homenaje, subiendo los escalones curvos, hasta llegar a la cámara de la torre. Él abrió la puerta y se hizo a un lado para permitirle entrar.

En lugar de pasar de largo, ella se volvió hacia él.

—Te pido que te quedes.

Su susurro gutural lo desgarró, el deseo en sus ojos lo destrozó aún más. Por los dientes de Dios, había mantenido las manos alejadas de ella los dos últimos días. No había sido fácil, y él estaba lejos de ser un santo. ¿No podía ella ver que estaba cansado? ¿Que la deseaba? ¿Que lo que ella le pedía nunca podría ser? Una vez que la pasión entre ellos se desvaneciera, él sería siempre un recordatorio de la muerte de su hermano.

Extendió la mano para tocarle.

—¿Neilan?

—No lo hagas —dijo él apretando los dientes.

En lugar de eso, Marjorie se acercó, seductora, testaruda, todo lo que él quería en una mujer, y más.

—Dijiste que me deseabas.

Se le calentó la sangre, pero permaneció inmóvil. Seguía dolida por la pérdida de su hermano.

Apoyó la palma de la mano en el costado de su mejilla, bajando hasta su boca. Su dedo índice recorrió sus labios.

—¿Y si te dijera que te quiero?

La emoción de sus palabras le recorrió una fracción de segundo antes que el pánico. Le

cogió la mano y la apartó.

—No necesitas...

—Te necesito —dijo ella—. Te has mantenido a distancia. Ahora me devuelves mis palabras de amor como si fueran fáciles de dar. —Se acercó más y apretó su cuerpo contra el de él—. Maldito seas, Neilan, te quiero y también te necesito. —Ella soltó la mano y dio un paso atrás—. Pero no voy a suplicar. Si no me quieres, dímelo ahora.

Él se quedó allí con el corazón en la garganta, deseándola con cada aliento.

Los ojos grises brillaban con determinación.

—¡Dímelo!

Y en este momento, con sus sentimientos por ella más profundos de lo que nunca había querido, no podía negarle nada. Pero con toda honestidad, le daría esta última oportunidad.

—Que te llevara con el corazón aún frágil por la muerte de tu hermano no sería justo.

—¿Justo? —Ella se puso rígida—. ¿En qué momento la vida decide ser imparcial?

—Sólo pretendía evitarte más dolor.

Ella puso la mano sobre su corazón.

—El dolor está aquí —susurró—. No hay nada más que puedas hacer.

—Lo lamento.

Marjorie dejó caer la mano a su lado.

—Lo sé. Pero es a ti a quien necesito, ¿no lo entiendes? Haz el amor conmigo, Neilan. Abrázame como si nunca fueras a dejarme marchar. —Cuando él vaciló, deseándola con cada aliento, ella negó con la cabeza—. No volveré a pedírtelo. Si no aceptas lo que te pido, lo que te ofrezco, entonces soy una mendiga para suplicar. Y que María me ayude, nunca más un hombre me tomará por tonta.

Con su sentida petición, se desvanecieron todas sus buenas intenciones de dejarla intacta. Tomando su mano entre las suyas, la condujo a su habitación y cerró la puerta.

La volvió hacia él.

—Lo que me haces sentir, desear... —Acarició con sus dedos su sedoso cabello mientras el pleno impacto de su pasión fluía a través de él—. Te prometo que lo que te haré sentir sólo será bueno.

—No tengo miedo. Tócame, Neilan. Necesito sentirte contra mí. Dentro de mí.

Con un gemido tomó su boca, caliente y dura, la respuesta inmediata de ella lo hizo más duro. Mientras el sol de la tarde se colaba por la ventana como un río de oro, el sabor de ella lo recorrió, filtrándose por cada poro hasta que sólo quedó él, sólo ella. Se prometió a sí mismo que en esta decisión ella nunca encontraría arrepentimiento.

Marjorie se dejó caer en su calor seductor, ahogándose en sensaciones, estremecida por la ternura de su tacto, de cómo podía saborear y destrozar su boca tan completamente. Las manos de Neilan rozaron la sensible curva de su nuca, círculos lentos y maravillosos que le robaron todos sus pensamientos. Jadeó ante las sensaciones, ante el puro impacto de los sentimientos que la recorrían.

El calor de su aliento le recorrió el cuello mientras él arrastraba besos por la esbelta columna.

—Voy a hacer el amor contigo de la forma que siempre he soñado.

Se deshizo del cinturón de cadena que rodeaba su cintura; tintineó en el suelo, olvidado. Luego le mordisqueó el labio inferior, deslizando su lengua al encuentro de la de ella mientras sus dedos le aflojaban el vestido.

Ansiosa por su tacto, alargó la mano para ayudarle.

Él atrapó sus dedos, los suyos ahuecándolos en un suave abrazo.

—No —dijo con infinita ternura—. Es nuestra primera vez, permíteme. —La soltó. La mirada de Neilan sostuvo la de ella mientras desataba el último lazo, y luego deslizó la bata de sus hombros. Apartó su chemise para dejarla desnuda ante él.

Ella se estremeció, pero no fue por el frío. Cuando sus ojos la recorrieron, el calor que se agitaba en ellos no le dejó ninguna duda de su deseo. Caliente. Deseoso. Intenso.

—Eres preciosa. —Juntó las manos detrás de su cuello y la atrajo hacia él. Con una reverencia devastadora, bajó su boca sobre la de ella—. Tu amor es el mayor regalo que un hombre puede pedir.

La levantó en brazos y cruzó la habitación. Con suavidad, la tumbó sobre la cama. Entonces la besó, no con la fiereza que ella había esperado, sino con una dulzura que no podía haber imaginado, hasta que su mente dio vueltas y no pudo hacer otra cosa que entregarse.

Cuando pensó que no podía sentir más, los dedos de él comenzaron su erótica exploración, rozando sus brazos, acariciando las suaves hondonadas y ángulos de su piel. Luego enlazó sus dedos con los de ella y llevó sus manos hasta su boca. Besó la punta de cada dedo, antes de presionar sus labios contra cada palma, su lengua arremolinándose a lo largo del sensible centro.

Un temblor recorrió su cuerpo mientras él besaba a lo largo de la base curvada. Luego se llevó el dedo índice a la boca y succionó suavemente.

—Neilan, yo... —Ella gimió.

Él le soltó el dedo para besarle la punta.

—Eres una mujer increíble. Nunca lo dudes.

Ella sacudió la cabeza, la emoción ahogándola.

—Nunca.

Él sonrió y volvió a ponerle las manos sobre la cabeza sujetándola suavemente. Le acarició

el cuello con besos de pluma mientras bajaba lentamente por su cuerpo, sin dejar nunca de acariciarla con la lengua y los dientes. Lamió las curvas de su pecho, saboreando, tocando, burlándose hasta que ella gritó de puro placer.

Entonces reclamó su pezón con la boca y se dio un festín. Oleadas de emoción la recorrieron una y otra vez. Se retorció, se arqueó, pero la presión seguía aumentando en su interior. Un estremecimiento la desgarró. Luego otro.

—¡Neilan!

Murmuró su satisfacción mientras continuaba su dulce tortura, su lengua implacable en su tarea. Mientras ella jadeaba por controlarse, la mano de él bajó hasta ahuecar su feminidad. Marjorie se elevó más.

—Abre para mí —susurró mientras volvía a introducir la punta de su pecho en la boca.

Sin vacilar, ella obedeció.

Su dedo se deslizó en su resbaladiza calidez. Su mente explotó de sensaciones. Perdida en el vértigo, en la sensación de subir a toda velocidad por un precipicio emocional en una carrera desesperada, le dio todo lo que le pedía y más.

Mientras él seguía acariciándola, Marjorie se abrió para él como pétalos de rosa que se extienden para capturar el sol. Neilan observó cómo su cuerpo se derretía bajo cada una de sus caricias, sus maullidos de placer llevaban su propia necesidad a una altura frenética. Se contuvo. Esta vez, su primera vez, sería para ella.

Su cuerpo empezó a convulsionarse.

—¡Neilan!

Y con cada uno de sus jadeos enredados de puro placer, él vio cómo ella se desplomaba sobre el borde. Su cuerpo tembloroso, perdido en los fervientes estremecimientos de la liberación, se hundió contra él. Apretó suaves besos sobre su rostro y deseó estar para siempre

con ella.

Aturdido por el pensamiento, se estabilizó. Era un deseo tonto, el de un muchacho inocente, el de un hombre cuyo centro de atención era algo más que la guerra.

Ella le miró fijamente con inocente fascinación.

—Nunca supe que pudiera ser tan hermoso.

Le peinó un mechón de pelo detrás de la oreja, estremecido por los sentimientos que invocaba y por la sinceridad de su deseo de retenerla aquí.

—Hay mucho más que quiero mostrarte, enseñarte.

La tristeza se nubló en sus ojos.

—No habrá tiempo…

Neilan le pasó un dedo por los labios.

—Por ahora, lo que sentimos, lo que nos damos el uno al otro, es lo único que importa.

—Pero ¿qué hay de...?

—Confía en mí. —Incluso mientras pronunciaba las palabras, ¿qué era exactamente lo que prometía? ¿O podía ofrecer? El mensajero que pedía su rescate ya estaba de camino al castillo de Rothfield. Una vez recibido el dinero, si se lo pedía de nuevo, ¿se quedaría y sería su esposa? Si ella accedía, con él cabalgando para atacar a los soldados ingleses ¿podría estar ella a salvo en suelo escocés?

Entonces ella asintió, la confianza en su mirada presionándole para que siguiera adelante. Sí, hablarían, pero no con su cuerpo caliente por su liberación, no seguirían con el tema esta noche. Discutirían cualquier decisión sobre su futuro mañana.

Ella se estremeció. Luego, como si recordara su desnudez, en la luz mortecina, un rubor cayó sobre su rostro.

—No. —Neilan le cogió la mano cuando ella hizo ademán de cubrirse—. Nunca te avergüences. Eres hermosa.

—¿De verdad lo crees?

Vio la duda. Ni siquiera sabía de su propia belleza.

Parecería que ella le humillaba a todos los niveles.

—Sí. —El placer se entretejió en sus ojos—. Yo también deseo verte.

Tomó sus manos entre las suyas y las bajó contra el plano de su estómago y deseó que sus manos bajaran.

—Eso me gustaría.

Ella vaciló.

Él arqueó una ceja, intrigado de que ella eligiera este momento para mostrarse reacia.

—Ahora no eres una cobarde, ¿verdad? —Ante su ligera burla, ella se erizó con el espíritu que él tanto amaba.

Levantó la barbilla. Con movimientos nerviosos pero decididos, agarró el borde de su túnica y se la levantó por encima de la cabeza.

—¿No me ayudas? —dijo mientras dejaba caer al suelo el lino finamente tejido.

Él se rió.

—¿Me está pidiendo ayuda la dama que me golpeó en la cabeza con un tronco? —preguntó, seguro de que su concepto de ayuda y el de ella distaban mucho de ser el mismo.

Una sonrisa se dibujó en su boca.

—Disfrutarías con esto.

—Cada momento. —Se rió entre dientes. Antes de que ella se hiciera una idea de su asedio

erótico, se arrodilló ante ella, ahuecó su feminidad entre las manos y la atrajo a su boca para darle el beso más dulce.

Ella intentó retorcerse.

—Neilan... Yo...

Su única respuesta fue curvar una mano hacia la parte baja de la espalda de ella y presionar su ventaja mientras deslizaba el dedo de la otra mano en su resbaladizo calor.

En un gemido, las manos de ella le agarraron los hombros mientras su cuerpo temblaba contra él, pero él perseveró, pasando la lengua por los pliegues sedosos para saborear su esencia, amando su respuesta inexperta, pura y necesitada de él.

Sus movimientos se volvieron frenéticos. Cuando volvió a deslizar el dedo en su calor, ella se arqueó para recibir cada una de sus caricias; entonces él la liberó. Ante la expresión de incredulidad gratuita de ella, él sonrió.

Con los ojos clavados en ella y su cuerpo palpitando por estar dentro de ella, se puso de pie.

Lentamente, observándola, se quitó lo que le quedaba de ropa.

De pie, aún temblorosa por su íntimo contacto, Marjorie le observó desvestirse hasta que la evidencia de su deseo sobresalió orgullosa ante ella. Le dirigió una mirada nerviosa.

—Eres... —Él la destrozaría.

—Estás preparada para mí —dijo él, su voz mucho más convencida de lo que ella se sentía —. Sólo te dolerá la primera vez. Después, sólo experimentarás placer.

Ella tenía sus propias dudas. ¿Cómo podía creer él que ella podría soportar toda su longitud en su interior?

—Esto no va a funcionar.

Sus ojos se iluminaron con intriga, luego con risa.

—Es un desafío lo que estás haciendo, muchacha. —La estrechó entre sus brazos, sus músculos ondulantes contra ella hicieron poco por aliviar sus temores. La tumbó suavemente en la cama.

Ella frunció el ceño, pero recuperó el aliento cuando él le abrió suavemente las piernas.

Su mirada ardiente la devoró mientras le rozaba el muslo con los dedos.

—No soy un desafío —dijo ella entre jadeos.

—Sí, a todos los niveles. Y tú eres un regalo, Marjorie, uno que siempre apreciaré. —Entonces deslizó su dedo en el interior.

Y ella se elevó. Había pensado que después de la última vez ya no podría sentir más, pero bajo sus hábiles manos sus nervios huyeron. En su siguiente caricia, sus dudas disminuyeron en un infierno abrasador.

Cuando Neilan se colocó sobre ella, vaciló, pero a medida que él recorría su cuerpo con sus manos, su tacto la despojó de sus últimos temores. Entonces él se relajó dentro de ella, observándola, sus ojos calientes de pasión.

Ella había esperado incomodidad, pero en lugar de eso, su presencia dentro de ella encendió una nueva urgencia. Él se aquietó dentro de su entrada rociada y empezó a presionar con besos la curva de su pecho, mordisqueando hasta que el calor se encendió dentro de ella. Necesitándolo todo de él, se apretó contra él.

Ante su atrevimiento, él se deslizó más profundamente en su interior, sólo un grado, para volver a retirarse. Siguió moviéndose, de nuevo la presión empezó a aumentar en su interior. Con su siguiente golpe, necesitada de alivio, ella impulsó su cuerpo hacia arriba para encontrarse con el de él. Él penetró su escudo interior y se enfundó por completo dentro de ella; un dolor agudo la atravesó.

Se quedó inmóvil, con la respiración entrecortada.

—Lo siento. No volverá a doler.

Ella sacudió la cabeza y sonrió, su cuerpo ya se estaba adaptando al tamaño de él.

—No siento más que amor.

Él gimió, reclamó su boca en un beso acalorado y empezó a moverse dentro de ella.

Marjorie se deleitaba con cada una de sus caricias, asombrada por lo que cada una de ellas le hacía sentir. Cuando sus dedos se deslizaron hacia abajo para acariciarla íntimamente, su boca seduciendo la suya, ella se precipitó impotente hacia arriba y se convirtió en una explosión de luz.

—¡Neilan! —Se aferró a él, tomándolo mientras la llenaba una y otra vez, asombrada de que incluso ahora, con su mente inundada de puro asombro, él pudiera llevarla más alto. Entonces, con su nombre brotando de sus labios, se sumergió profundamente y la llenó con su semilla.

Durante un minuto permanecieron tumbados, él erguido sobre ella, su calor, sus cuerpos, mezclados en sudor. Si él no se movía nunca, ella no se quejaría.

El brillo salvaje de sus ojos se calentó hasta convertirse en ternura. Se inclinó hacia ella y la besó con un calor sensual.

—Eso —susurró—, es hacer el amor.

—¿Es siempre igual?

Neilan se dio la vuelta y la atrajo hacia sí.

—No. —Le acarició la cara con los dedos, los labios, luego posó la palma de la mano a lo largo de su mejilla. La besó con ternura—. Nunca me he sentido así con ninguna otra mujer.

Marjorie sonrió, por una vez en su vida se encontraba sin palabras y no le importaba.

Neilan se acurrucó junto a ella. Apoyó el brazo sobre su cuerpo desnudo, pero esta vez ella no encontró vergüenza en su tacto.

Sólo paz.

La bruma del sueño la reclamó, pero a lo largo de la noche, para su sorpresa y alegría, él la reclamó una y otra vez; hasta que su mente se llenó con nada más que él y los placeres de su acto de amor.

Cuando el alba asomó en el cielo y él finalmente se durmió con ella entre sus brazos, ella sonrió, feliz, saciada, y sintiéndose nunca tan amada. Entonces la asaltaron las ramificaciones de su intimidad, una consecuencia que no había considerado.

¿Y si esperaba un hijo suyo?

Capítulo 16

El gruñido iracundo de los hombres atravesó la habitación con un mordisco furioso. La luz de las antorchas parpadeaba sobre la masa musculosa de escoceses, Lairds y hombres de sus clanes que se habían unido a la rebelión contra el rey inglés.

Neilan recorrió la sala. Keylan tendría las manos ocupadas esta noche para mantener los ánimos bajo control. Una tarea de la que su hermano era más que capaz.

En el estrado, Keylan se puso en pie. La sala se calmó hasta convertirse en un murmullo revoltoso.

—Mis hermanos y yo hemos ideado un plan para ayudar en la huida de Wallace —dijo, con voz firme mientras su mirada recorría la sala en un lento y persistente barrido.

—Si no está jodidamente muerto —gritó un feroz anciano pelirrojo—. Los bastardos lo están matando de hambre lentamente, alimentándolo sólo con arenque rancio y agua.

La ira atravesó la tensa calma del rostro de Keylan.

—Liberaremos a Wallace y los ingleses pagarán por las injusticias cometidas contra nuestro pueblo. —Las cabezas asintieron—. He enviado un mensaje a Wulfe para que se reúna con nosotros en las afueras de Ayr.

Con detalle, Keylan esbozó la estrategia que él y sus hermanos habían trazado en los últimos días. Cuando terminó, los debates de su plan comenzaron en serio.

Desde el fondo de la sala, se produjo una conmoción. El hombre de Wallace se abrió paso.

—Laird MacKintosh, tengo noticias importantes.

Todos se volvieron hacia el mensajero, cuyos ojos estaban enrojecidos, retorcidos por la pena.

La expectación colgaba como un dogal sobre la cabeza de cada hombre. Los rebeldes se hicieron a un lado. Ningún hombre dijo una palabra mientras el mensajero se apresuraba a avanzar.

El corredor llegó al estrado, con la respiración entrecortada, la suciedad cubriendo su atuendo; ambas cosas eran testimonio de que había viajado mucho para llegar hasta ellos.

Keylan asintió.

—¿Qué palabra traes?

—Es Sir Wallace —dijo un laird. Temblando de cansancio, se volvió hacia la multitud—. ¡Está muerto!

Los rebeldes estallaron en un alboroto. Volaron maldiciones. Gritos airados pidiendo un ataque inmediato contra Ayr rasgaron el aire.

Aturdido, Neilan rodeó con la mano la empuñadura de su daga y apretó con fuerza. ¿Wallace estaba muerto? En nombre de Dios, ¿qué iban a hacer ahora?

—Silencio —ordenó Keylan, con la cara desencajada por la aguda pérdida que se reflejaba en el rostro de todos los guerreros de la sala.

Neilan se acercó al lado de su hermano, con el corazón en carne viva.

—No podemos dejar que nuestra ira destruya nuestra causa. Pase lo que pase a partir de ahora, debe ser como un frente unido. No defraudaremos ni a Wallace ni a nuestro pueblo.

—Los bastardos ingleses no ganarán —añadió Keir, poniéndose al lado de Keylan.

Con los ojos ardientes de odio, Blair se unió a sus hermanos.

—Si es necesario, masacraremos hasta el último.

Los gritos airados de los hombres indignados retumbaron en señal de acuerdo.

Keylan lanzó una mirada sofocante a Blair y luego se volvió hacia los rebeldes.

—Masacrar a los ingleses por la satisfacción de matar sólo nos granjeará la ira del rey Eduardo.

—¿Como si el maldito bastardo no matara ahora a nuestros hijos mientras dormimos? —exigió Blair.

—Si nos rebajamos a los métodos de Longshank, eso no nos hace mejores que él —lanzó Neilan a la multitud. Maldito Blair por agitar aún más a los hombres. ¿No se daba cuenta de que su arrebato estaba llevando a los ya apesadumbrados hombres a un frenesí? ¿O era esa su intención?

—¡Por Dios, que haya silencio en la cámara! —exigió Keylan. Su mirada barrió a los hombres indignados de la sala. Entre gruñidos y maldiciones, los guerreros se fueron callando poco a poco—. Lo que dijo Neilan tiene sentido. Atacar sin un plan es temerario.

—¿Así que esperamos? —dijo Blair con desprecio.

Keylan lanzó una dura mirada a Blair.

—Sí, lo haremos. Permitir que nuestros ánimos dominen sería nuestro mayor error.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó un hombre fornido de barba canosa—. Primero —dijo Keylan—, recuperamos el cuerpo de Sir Wallace y le damos el entierro que se merece.

—Como si fueran a abrir las puertas de Ayr y dejarnos entrar de una maldita vez —dijo un hombre desde el fondo.

Gruñidos de acuerdo rodaron por la sala.

Keylan sacudió la cabeza.

—No, lo más probable es que no nos dejen entrar sin luchar.

—Pero puede que permitan entrar a su niñera —añadió Neilan, el plan que él y sus hermanos habían ideado, brillante en su simplicidad.

—¿Su nodriza? —gritó otro guerrero con incredulidad—. La sangre de Cristo. ¿Por qué no enviar a un niño de seis veranos para que se burle de la escoria inglesa? Sería igual de eficaz.

Murmullos de acuerdo respaldaron su afirmación.

—El sheriff de Ayr no sospechará de una mujer para ayudarnos a recuperar el cuerpo de Wallace —razonó Keylan.

El laird resopló.

—Es un trabajo de hombres.

—Y lo que los ingleses estarán pensando y esperando también —replicó Neilan.

—¿Y Wulfe? —preguntó un hombre cerca del frente.

Keylan asintió.

—Se enviará a un corredor a buscarle y traerle para que se reúna con nosotros en Ayr.

Tras una pausa, Blair se volvió hacia la multitud.

—Yo estoy de acuerdo con el plan.

—Como yo —afirmó Keir.

El orgullo llenó a Neilan ante la unidad de sus hermanos. En la lucha, dejaron a un lado sus diferencias. Unidos como uno solo.

La sala zumbaba con fervor. Uno a uno, los rebeldes aceptaron.

Con la ira de hacía unos momentos desvaneciéndose, Neilan pensó en Marjorie en su

habitación. La dulce calidez de ella mientras habían hecho el amor aún le estremecía. Su tacto inocente. Su completa entrega.

Él no había querido tocarla. Pero, ¿qué hombre en su sano juicio podría haber resistido tal tentación cuando ella le había tendido la mano? Incluso ahora, horas después de haberla abandonado, los recuerdos de sus cuerpos entrelazados, de la resbaladiza envoltura de ella acogiéndolo en lo más profundo de su interior, ampollaban sus pensamientos. De cómo después, ella se había acurrucado confiadamente junto a él y había caído en un sueño profundo y reparador.

Su cuerpo palpitaba ante la idea de despertarse y encontrarla acurrucada junto a él en su cama. Sin embargo, tentado de despertarla y hacer el amor con ella de nuevo, la había dejado durmiendo en su propia cama. Las especulaciones de que era su amante eran una cosa, pero que la encontrara en su alcoba aportaría pruebas.

Y empañaría cualquier resto de su reputación.

¿Como si el haberla secuestrado no hubiera hecho lo mismo? Un pensamiento que llegaría demasiado tarde. Rectificaría su discrepancia. No había comunicado a sus hermanos su decisión de reclamar su mano en matrimonio y que se quedara aquí. Aunque ella no había accedido cuando él se lo había pedido en la capilla, una vez que se calmara, él estaba seguro de que cedería. No la perdería.

Ni ahora ni nunca.

Pero no hablaría de una unión con Marjorie ahora. Y menos con la muerte de Wallace tan reciente.

Neilan esperaba la culpa de su decisión de casarse con una inglesa. La autocondena de casarse con una mujer que debería ser su enemiga. En lugar de eso, le invadió una sensación de acierto. Una sensación de quererla permaneció.

La muerte de Wallace avivaría aún más la disconformidad hacia los ingleses. La presencia de Marjorie daría a la gente del castillo un foco para su ira. Frunció el ceño. Si estaba de acuerdo, ¿su permanencia en el castillo de Riverlochs como su esposa pondría su vida en peligro?

En este momento, no podía estar seguro.

—¿Y qué hay de la rebelión? —preguntó un hombre desde la esquina derecha, irrumpiendo en las cavilaciones de Neilan.

—Nuestros planes para recuperar la libertad de Escocia no han cambiado —respondió Keylan—. De Moray está de camino a mi casa mientras hablamos. Wallace había conseguido su empleo antes de su arresto.

—¿Cómo puede ser eso? —gritó un gran escocés desde la izquierda—. De Moray fue encarcelado tras la batalla de Dunbar con su padre.

—He recibido noticias esta mañana de uno de los hombres de Sir de Moray de que ha escapado. Sospecho que con la ayuda de varios hombres de Wallace. Sir de Moray había planeado reunirse con Sir Wallace y Wulfe aquí mañana —explicó Keylan—, pero con Sir Wallace muerto, confío en que Sir de Moray ocupará el puesto de nuestro líder sin dudarlo.

Las cabezas asintieron.

Neilan miró fijamente a su hermano, atónito por la noticia de la huida de Sir de Moray a la vez que lleno de alivio al saber que su rebelión continuaría con un liderazgo fuerte.

Sin que los ingleses lo supieran, habían cometido un error crítico. La pérdida de Sir Wallace no haría sino enardecer aún más a los escoceses. Sí, los ingleses habían asestado un golpe feroz con la muerte de Sir Wallace, pero su carnicería no quedaría sin respuesta. Con Sir Moray para dirigirlos y Wulfe para deslizarles los movimientos de las tropas inglesas, las fuerzas escocesas darían una lección a los bastardos ingleses.

Una que nunca olvidarían.

—Estaré esperando en los lindes del bosque cuando saquen el cuerpo de Wallace —declaró el pelirrojo.

—Como yo —asintió un guerrero desde atrás.

Keylan asintió.

—Elegiré a varios hombres más de esta sala, además añadiré a mis propios caballeros para que cabalguen también. —Su mirada se movió de hombre en hombre—. Es hora de unirnos. —Su mirada se detuvo en Blair—. No atacar con ira. No podemos permitir que nuestras acciones se guíen por las emociones. Hacerlo podría poner en peligro la misma libertad que nos esforzamos por recuperar.

Ante las alentadoras palabras de Keylan, los laudes a Escocia resonaron en feroces gritos.



El furioso revuelo de voces se clavó en el corazón de Marjorie. Se adentró más en las sombras del fondo de la sala, donde no llegaba la luz de las antorchas.

William Wallace había muerto.

Las historias de aquella montaña de hombre, tan letal como encantador, daban vueltas en su mente. Experimentó un momento de arrepentimiento.

Pero por muy peligroso que fuera su difunto líder, los hombres de la sala representaban una amenaza más viable. Más aún con la noticia de la inminente llegada de Sir de Moray. Y de ese lord inglés al que llamaban Wulfe.

La justa ira de los rebeldes les impulsaría a asediar Inglaterra con un odio aún más profundo. Y la reputada astucia de Sir de Moray aseguraría ataques letales que infundirían miedo

en los corazones de los ingleses.

Con demasiada facilidad pudo imaginar el terror, la carnicería. Su estómago se rebeló ante el pensamiento. Que Dios les ayudara a todos.

—No es prudente escuchar a escondidas cuando un país hace planes para la guerra —siseó una voz grave contra su oído.

Marjorie se giró para encontrarse encajonada por un cuerpo grande y musculoso. Levantó la vista. La respiración se le entrecortó en la garganta al contemplar el rostro parcialmente ensombrecido de Blair, con una expresión tallada en el desprecio.

—No pretendía...

—¿Escuchar? ¿O escabullirse en la oscuridad de la esquina para recabar información que transmitir a su rey inglés?

Se inclinó más cerca, su cuerpo bloqueando cualquier luz, su rostro empapado de sombras. La crudeza de su furia la asfixiaba.

Aterrorizada, Marjorie retrocedió. El frío muro de piedra se clavó en sus hombros.

—No, ésa no es la verdad. —Se humedeció los labios, con la boca repentinamente seca, comprendiendo lo furtivas que debían parecerle sus acciones—. Había venido a ver a Neilan. Cuando oí las voces airadas sentí curiosidad por el motivo y... —El gruñido escéptico de él la hizo dudar.

—¿Para ver a Neilan? —Su boca se curvó en una mueca—. ¿Espera que quiera verla ahora que se ha ganado su cama?

La frialdad vibró a través de ella. Neilan no era el hombre superficial que Blair le pintaba. No había dicho que la amara, pero sus acciones hablaban de un hombre profundamente cariñoso.

—Es la verdad.

Inclinó la cara. La luz amarillenta de la antorcha iluminó el temperamento de sus ojos que ella había presenciado en sus peleas con Neilan en el campo de prácticas.

—La traición no es un juego —dijo.

—Lo sé.

—Si la arrastrara a la cámara de los escoceses detrás de nosotros, y la expusiera como un espía inglés, sería su justicia la que probaría.

Después de que Blair casi la hubiera tirado por la torreta, ella no tenía dudas de que lo haría. El pánico la invadió. El acto de espiar en estos tiempos inestables le asestó un golpe rápido. Se imaginó la soga deslizándose alrededor de su cuello, la áspera cuerda mientras tiraban de ella con fuerza. Aunque Neilan intentara intervenir, con el ultraje de los rebeldes esta noche, no se le ofrecería indulgencia ni compasión.

La brutal muerte de Sir William Wallace lo aseguraba.

—Por favor —susurró—. Soy inocente de su acusación.

Marjorie miró hacia la escalera y deseó no haber abandonado nunca la seguridad de su cámara. Después de hacer el amor con Neilan, por primera vez desde su llegada, había bajado la guardia y había seguido tontamente a su corazón.

—Si me deja marchar, no diré ni una palabra a nadie. Lo juro.

—Blair —gritó un escocés desde el interior de la habitación—. ¿Qué haces escondido en un rincón?

El pánico la invadió cuando su mano callosa le agarró el brazo. Ella se tensó.

—Una palabra de esto a cualquiera —siseó, su rostro oscuro de amenaza—, y le serviré la muerte bajo mi propia mano. ¿Lo entiende?

Sin saber qué había provocado su indulto, ella asintió. Él la soltó y se dio la vuelta,

dejándola oculta en la oscuridad. Blair se abrió paso a empujones hasta el frente de la multitud donde sus hermanos y otros hombres discutían tácticas.

Manteniéndose en las sombras, Marjorie huyó. Sólo cuando hubo llegado a su habitación, agradecida por no haber sido arrastrada ante los indignados escoceses y asesinada, se derrumbó sobre su cama. Y pensar que antes se había preocupado por algo tan mundano como llevar al hijo de Neilan.



Después de que los rebeldes abandonaran la reunión, Neilan se sentó en el banco con su jarra de cerveza. Dio otro profundo trago mientras observaba las llamas agitarse en el hogar.

El rico aroma de la madera se mezclaba con el eco de las voces airadas y el persistente hedor de la cerveza, pero él los ignoraba. Su cabeza latía con fuerza, hinchada por las emociones que le invadían, acalorada por su feroz lealtad hacia su país, pero dolida por el hecho de que Marjorie se hubiera visto atrapada en medio de la revuelta.

Ella no había tenido elección desde el principio. Arrancada de su hogar, había sufrido la pérdida de su hermano. Ahora el grupo de líderes escoceses había acordado recuperar metódicamente las fortalezas escocesas tomadas por los ingleses, incluido el castillo de Rothfield. Después de todo, ella también perdería su hogar.

Para ella, el coste de la guerra sería monumental. ¿Cómo no iba a serlo? Esperaban su rescate, pero después de que llegara, atacarían. Marjorie no podía volver a casa ahora. Ni nunca. Pero la pérdida de su hogar, de la gente que ella cuidaba dentro, le dolería. No podía permitir que regresara y presenciara eso. Sin mencionar que en la refriega, podría ser violada o asesinada.

—Ha sido una noche jodidamente larga —dijo Keylan con un suspiro.

Neilan miró hacia donde su hermano mayor tomaba asiento, con una jarra de cerveza también en la mano.

—Sí, lo ha sido.

—Sigo sin poder creer que Wallace haya muerto. —Neilan se acercó al hogar y se apoyó en la piedra lateral.

Blair se agachó ante el fuego y miró fijamente las llamas.

—Asesinado —dijo con una calma peligrosa—. Pero se arrepentirán. Por cada gota de sangre de Wallace, mi espada se cobrará la vida de muchos ingleses.

El silencio cayó entre los hermanos como una promesa callada. La furia de Blair igualaba a la de muchos dentro del castillo de Riverlochs. Neilan pensó en Marjorie. Aunque lo mejor era que permaneciera aquí cuando los rebeldes iniciaran su asedio, volvió a preguntarse si estaría realmente a salvo.

Keylan se levantó y se bebió lo que quedaba de su cerveza. Dejó la jarra vacía en el banco y miró a sus hermanos.

—Todos necesitaremos una buena noche de descanso. Una vez que comience la lucha, los días venideros no ofrecerán más que atisbos de sueño.

Vaciando su jarra, Keir la dejó a un lado y luego se estiró.

—Sí, es hora de ir a la cama.

—¿Y cómo se llama esta noche, Keir? —preguntó Blair cuando su hermano menor se puso en pie.

Neilan soltó un áspero suspiro. La burla en el tono de Blair trajo una ligereza a la habitación que todos necesitaban desesperadamente. Él, junto con sus hermanos, sonrió. El

comportamiento extremo de Blair últimamente cuando se hablaba de los ingleses le molestaba, pero a menudo, como ahora, su enfado se desvanecía con la misma rapidez.

—No te diré el nombre de la muchacha —respondió Keir.

Blair carraspeó ante eso.

—Y lo mismo dijiste de la anterior muchacha con la que te acostaste. Bailas alrededor del compromiso con paso fino.

Todos rieron mientras Keir lanzaba a Blair una mirada contrariada.

Y por este momento su mundo estaba bien. Neilan saboreó esta paz, el amor de sus hermanos. Demasiado consciente de que, una vez comenzada la lucha, existía la posibilidad de que nunca volvieran a estar juntos.

Las risas se apagaron y se cruzaron miradas sombrías.

Keylan asintió.

—Hasta la mañana.

—Sí —dijeron los otros hermanos al unísono.

—Me voy a consolar a Rois —dijo Keir con un guiño y se dirigió hacia la puerta del torreón.

—No sé cómo se mantiene al día con sus nombres —dijo Blair. Con un fuerte suspiro, se apoyó en la pared del lado opuesto de la chimenea al de Neilan.

Neilan asintió.

—Dudo que lo haga.

—Creo que tienes razón. —Un silencio satisfecho se hizo entre ellos—. ¿No te vas a la cama?

—Dentro de un rato. —Neilan hizo una mueca cuando encontró su taza vacía. Quería estar con Marjorie, pero ella se pondría furiosa cuando le dijera que se quedaría aquí incluso después de pagar el rescate. Tampoco a sus hermanos les agradaría su decisión.

—Toma. —Blair se inclinó y llenó su jarra. Dejó la jarra entre los dos con un sólido golpe —. Es una noche para la cerveza.

—Sí.

—Y para las mujeres —añadió Blair.

—Siempre para las mujeres —respondió automáticamente Neilan para ocultar su turbación.

—Estás sonando como Keir —reprendió suavemente Blair—. Excepto después del desengaño de Keir cuando Grisell Cumming rompió su compromiso para convertirse en la amante de Laird Shutherland, Keir nunca se ha enamorado.

Neilan bajó la jarra de cerveza, el trasfondo serio de las palabras de su hermano le puso a la defensiva.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No es ningún secreto lo que sientes por lady Marjorie.

—Lo que siento por ella debo resolverlo yo.

—No cuando se trata de la libertad de nuestro país.

Neilan bajó de golpe su jarra de cerveza. La cerveza chapoteó sobre el borde. Se levantó y fulminó con la mirada a su hermano.

—Te he dicho...

—¿Y qué dirías si te dijera que es una espía? —interrumpió Blair.

Con los pies separados y las manos apoyadas en las caderas, Neilan gruñó:

—Ha perdido su hogar, su familia, y es lo más alejado que Inglaterra tiene de una espía.

—Entonces, ¿por qué la encontré escondida en las sombras fuera de nuestra cámara mientras nosotros, junto con los líderes de los clanes, discutíamos nuestros planes para atacar a los ingleses?

Neilan vaciló. No la había visto allí.

—Ella nunca haría eso.

—Yo la vi.

Por la expresión resuelta del rostro de su hermano, Blair decía la verdad. ¿Por qué iba ella a escuchar su reunión? La idea de que ella le transmitiera alguna información privilegiada dejaba un hedor nauseabundo en su interior.

Miró fijamente a Blair.

—Ella es nuestra prisionera.

—Por ahora —estuvo de acuerdo—. Pero una vez pagado el rescate, ¿qué pasará? Ella es libre de pasar la información que ha obtenido para ayudar a aquellos que prepararían una emboscada y masacrarían a nuestros hombres.

—Ella nunca compartiría nada de lo que escuchó esta noche. —Quería creerlo, pero si era una espía, tampoco podía descartar que si los ingleses la atrapaban alguna vez, la tratarían también como una supuesta traidora a ellos. ¿Y si creían que su lealtad se había inclinado hacia la causa escocesa durante su estancia, o la torturaban para ver qué sabía? ¿Y si se enteraban de que ella y Neilan habían sido amantes?

La ira ardía en los ojos avellana de Blair.

—Afirmas que ella nunca escucharía a escondidas, y sin embargo la encontré haciendo precisamente eso. Ahora dices que se callará en nombre de su propio país, que permitirá que se

apoderen de su pueblo y sus tierras sin revelar nada. —Blair resopló—. Dime, Neilan, habiendo tenido su hermano el apoyo del rey Eduardo, ¿puedes asegurarme que esas serán sus acciones una vez liberada? ¿O tus opiniones están sesgadas por haberte acostado con ella?

—¡Maldito seas! Que se haya acostado conmigo no cambia nada.

—¿No?

Miró fijamente a su hermano.

Por mucho que deseara negar las afirmaciones de Blair, le quedaban dudas. Si hubieran tenido tiempo juntos para fortalecer su vínculo de confianza, entonces estaría seguro. Pero sus emociones, aunque fuertes, eran frágiles. ¿Le había tomado por tonto? ¿Eran sus palabras de amor sólo para ganar tiempo, una tapadera para acciones que servirían a Inglaterra? No, él nunca podría creer eso.

—Ella permanecerá aquí —reveló Neilan.

—¿Después de que se pague el rescate? —dijo Blair con incredulidad—. Con su riqueza, posición dentro de la alta burguesía y heredera de un importante bastión contra los escoceses, ¿crees que Keylan permitiría semejante locura? Retenerla después de pagar el rescate sería una invitación para que el rey Eduardo sitiara nuestro hogar.

Dientes de Dios, no había considerado eso, pero Blair tenía razón. El rey Eduardo se agarraría a su detención como un desafío directo y atacaría el castillo de Riverlochs. El número de tropas inglesas que se precipitarían desde las colinas causaría estragos entre los hombres y mujeres sin entrenamiento que quedaban en la torre del homenaje, mientras sus hermanos y los rebeldes atacaban fortalezas inglesas de mayor importancia táctica.

Los latidos de su cabeza se cortaron a través de las cálidas brumas de la cerveza.

—No sé cuál es la respuesta correcta —dijo finalmente Neilan, con el corazón dolorido.

—Yo sí —afirmó Blair con tanta calma como si pidiera que le rellenaran el vaso de vino

—. Ella debe morir.

Capítulo 17

—¡No! —Neilan lanzó a Blair una mirada furiosa. Blair se erizó—. Ella es un riesgo que no podemos correr.

—¿Un riesgo para quién? —Neilan contuvo el impulso de agarrar el cuello de su hermano —. ¿Para los rebeldes o para su odio hacia los ingleses?

El rojo moteó el rostro de Blair.

—Nunca he mentido sobre mi odio a los ingleses. Pero su espionaje no tiene que ver con mis sentimientos personales hacia ella o su país.

—¿No es así? Desde el día en que la traje aquí, la has observado con mala intención.

—Su hermano es el consejero del rey Eduardo para los escoceses. ¿Crees que si ella buscara una audiencia, el Rey Eduardo no se la concedería? Sí, y escucharía, ávido de todo lo que ella le contara sobre nuestros planes rebeldes.

Un martilleo se acumuló en la parte posterior de su cabeza. No podía creer que ella le traicionara después de haber hecho el amor.

—No puedes estar seguro de que ella estuviera espiando nuestra discusión.

—Sé lo que vi.

—Las apariencias engañan. —Incluso mientras Neilan hablaba, ¿cómo habría visto sus acciones si la hubiera presenciado escondida en las sombras y escuchando el debate de los

rebeldes?

Blair hizo una pausa.

—Pueden serlo, pero yo la observé. Su intención era clara. Si su presencia hubiera sido inocente, al ver la reunión, se habría marchado rápidamente.

—¿Qué...?

Su hermano golpeó la mesa con el puño. Las jarras vacías repiquetearon.

—Escucha tus afirmaciones. Estás permitiendo que tus sentimientos por la muchacha sesguen tus pensamientos. Estamos en guerra. Wallace está muerto. No podemos arriesgarnos a que nada comprometa nuestros planes, incluida Lady Marjorie. Una vez recibido el rescate, no queda otra opción. Hay que matarla.

Neilan se puso en pie. Dio un paso hacia él y se detuvo a un palmo de distancia.

—Escúchame bien, no se le hará daño. Desafíame, y será mi espada a la que te enfrentes.

La ira que recorría el rostro de Blair se desmoronó en una máscara de dolor.

—Por Dios, Neilan, ¿crees que es fácil para mí revelarte su traición? Es lo último que desearía. Sé que tus sentimientos por la muchacha son profundos. Si pudiera ayudarte, alejarla de toda sospecha o daño, lo haría. —Un suspiro cansado brotó de su boca—. Te pregunto, si las posiciones estuvieran invertidas, ¿qué me pedirías?

Preocupado, Neilan no respondió. Dejó su jarra de cerveza. Hacía poco había deseado ir a ver a Marjorie para hacer el amor con ella durante toda la noche. Ahora, verla le producía un temor incierto.

—Hablaré con ella —dijo finalmente Neilan.

—No —dijo Blair en voz baja.

Sorprendido, se volvió hacia su hermano.

—¿Por qué no?

—Es mejor que no haya descubierto que la hemos pillado espiando.

Sus palabras tenían poco sentido.

—Pero te enfrentaste a ella.

—Sí, y le prometí que no diría ni una palabra. Cree haberme convencido de que no hacía más que pasear por el castillo cuando los sonidos de los hombres furiosos llamaron su atención.

Neilan saltó sobre su explicación.

—Podría ser cierto. —¿O tal vez ella venía a verle?

Blair emitió un gruñido de desestimación.

—¿Con qué frecuencia desde su llegada se ha paseado por el castillo de noche o sola?

No contestó, no lo necesitaba. Desde que había permitido que su puerta permaneciera sin cerrojo, salvo la noche en que ella había acudido a su cámara y él la había rechazado, ella no había salido ni una sola vez de los confines de su habitación después de que hubieran cenado.

—Es mejor que permanezca ignorante de que hemos descubierto su plan. —Blair se apretó el dedo contra la frente como si le doliera, una sensación con la que Neilan podía empatizar. Su propia cabeza palpitaba como golpeada por una maza.

—La vigilaremos de forma encubierta en busca de otras actividades sospechosas, pero por ahora, dejaremos que crea que la consideramos inocente —dijo Blair.

Neilan quiso discrepar, pero por sus propias acciones, ella misma se había puesto bajo sospecha. La idea de que ella los espiara lo dejaba en carne viva.

La confianza.

¿Cómo podía crecer un vínculo sin este elemento esencial?

—…para asegurarme de que no sospecha nada.

—¿Qué? —preguntó Neilan, dándose cuenta de que se había perdido la mayor parte del comentario de Blair.

—Sabrá que te lo he dicho.

Tragó saliva con fuerza, asqueado ante la idea de aquel engaño.

—Se lo diré a Keylan.

—Ya tiene bastantes cosas en la cabeza.

Neilan asintió, demasiado dolido para discutir. Ayudar a recuperar el cuerpo de Wallace, reunirse con Lord de Moray y Wulfe no le dejaría tiempo libre para hablar con Keylan.

—Se lo diremos después de haber enterrado a Wallace —dijo Neilan—. Y nos dará tiempo para ver qué trama.

O tiempo para demostrar su inocencia. Por mucho que la creyera inocente, se negaba a permitir que pusiera en peligro los planes de los rebeldes si existía la más mínima posibilidad de que fuera culpable.

Atendería la sugerencia de Blair, pero no tenía por qué gustarle.

Como un condenado a la horca, Neilan subió los escalones del castillo. Al acercarse a su piso se detuvo. Si fuera un hombre inteligente, se iría a su cámara a dormir. No estaría aquí de pie subiendo los sinuosos escalones, preguntándose si ella yacía en su cama esperándole. O si sus pensamientos estaban empapados de deseo.

Que Dios le ayudara, incluso con las sospechas que Blair tenía de ella, no podía dejar de preocuparse por ella. Tal vez si iba a su habitación, ella le confesaría que había escuchado a los rebeldes.

Con el corazón encogido, subió los escalones hacia la mujer que deseaba como a ninguna

otra, hacia una mujer que si Blair estaba en lo cierto, podría poner al descubierto la apuesta de su país por la libertad.



El silencioso rechinar de su puerta fue el único indicio de que Neilan había entrado en su habitación. ¿Le había hablado Blair de su enfrentamiento? Marjorie yacía en la cama desgarrada, una parte de ella deseando que acudiera a ella esta noche, otra, nerviosa por cómo actuaría si lo hacía.

Permaneció quieta y observó la sólida forma de Neilan deslizarse a través de la turbia oscuridad. Contuvo la respiración, insegura de qué hacer, pero se negó a esconderse tras los párpados cerrados.

Sus ojos, necesitaba verlos, entonces sabría si él seguía confiando en ella. O si la conocía lo suficiente como para ver la verdad en cualquier mentira que Blair le hubiera contado.

Se detuvo junto a su cama, pero estaba entre las sombras y ella no pudo distinguir su rostro.

—¿Neilan?

Sus dedos se estiraron para tocar su hombro, para deslizarse por su cuello y luego rozar sus labios.

Corrientes de calor se dispararon a través de ella.

—Haz el amor conmigo.

Neilan vaciló. Sus dedos temblaron. Susurró una maldición que hizo que los nervios de ella bailaran al límite. Luego la tocó, ligeramente, con ternura, y con una pasión que usurpó sus

miedos. Sus dudas.

Se arrodilló y reclamó su boca. Su beso hambriento la destrozó mientras sus dedos bajaban por su brazo en una lenta caricia.

El fuego recorrió su cuerpo, cantando cada uno de sus nervios hasta que no pudo pensar, sólo desear. A él.

Su boca se deslizó hasta su cuello, sus dientes raspando suavemente su piel sensibilizada, mientras su mano subía por su fina chemise. Con una exhalación necesitada, se inclinó hacia atrás y la desnudó hasta que yació desnuda ante él.

Ella alargó la mano hacia él, pero él atrapó sus dedos y besó la punta de cada uno.

—No —susurró.

La luna asomó entre el manto de espesas nubes. Rayos plateados se derramaron a través de la ventana abierta para iluminar su cuerpo. Él bajó la cabeza hasta su pecho. Cuando lamió la suave turgencia, ella jadeó. Sus labios se deslizaron sobre ella con un tierno asalto, despiadado en su sensual asedio.

Le dolía bajo su contacto, su cuerpo le instaba a tomarla, a enloquecerla por más. Con cada roce suyo, con cada beso suyo, ella percibía una desesperación, una urgencia que nunca antes había existido en él.

Neilan cubrió su cuerpo con el suyo, apretándose íntimamente contra ella.

—Marjorie —ronroneó, su voz casi un dolor atormentado. Luego la penetró profundamente.

El cuerpo de ella se convulsionó, cada embestida de él la lanzaba más alto hasta que sólo hubo placer crudo. Gritó su nombre, deseando que aquello durara para siempre.

En su siguiente embestida, ella se arqueó a su encuentro, tomando toda su longitud,

gritando cuando él se retiró sólo para empalarse de nuevo en ella. La presión aumentaba. Los escalofríos desgarraron su cuerpo y ella giró hacia una dulce liberación. Pero él siguió presionando, implacable, empujándola aún más.

El sudor cubría su cuerpo. El pensamiento coherente huía. En algún lugar de su danza erótica, su cuerpo empezó a subir en espiral de nuevo. Ella acogió con satisfacción cada empuje, la marea de calor que la desgarraba.

Por segunda vez en minutos, Marjorie explotó. Sacudida por la pura belleza de su forma de hacer el amor, gritó mientras él encontraba su propia liberación. Las lágrimas resbalaron por sus mejillas ante la belleza de su íntimo vínculo.

Levantó la cabeza. A la luz bañada por la luna, la preocupación se agolpaba en su rostro.

—¿Te he hecho daño?

—No, ha sido hermoso. —Nunca antes se había sentido tan necesitada o apreciada—. Te quiero tanto. —Intentó convencerse de que no le había sentido ponerse rígido ante sus palabras. Ante su silencio, los nervios fracturaron su calma. Le tocó la cara—. ¿Neilan?

Él se apartó de ella y se tumbó a su lado, sin tocarla, sin moverse a una posición más íntima.

—Duérmete.

Al oír su áspero susurro, la piel de ella se le puso de gallina. El aire fresco de la noche que corría por donde había yacido su cuerpo, donde incluso ahora su sudor se mezclaba con el de ella, la heló aún más.

—¿Qué ocurre? —Las dudas la asaltaron. ¿Sabía él que ella había estado antes abajo? ¿Le había informado Blair de que ella había estado espiando? Si era así, ¿creía a su hermano?

La belleza de su desnudez de momentos antes parecía empañada. Se echó la colcha por encima. Conocía a Neilan desde hacía menos de quince días. Aunque adoptado, consideraba a

Blair como su hermano. Su sangre.

¿Y si le contaba a Neilan su miedo a Blair, sus sospechas de que en la torreta había tenido la intención de empujarla por las escaleras hacia su muerte? ¿La creería? O, ¿desestimaría su afirmación como nervios por haber sido tomada como rehén?

Se frotó las líneas cansadas de la cara.

—Ha sido un día largo —dijo en medio del silencio—. Me alegro de que te quedaras en tu cámara esta noche. Ha sido una reunión devastadora.

Ella se relajó. Parecía que Blair no le había hablado de su presencia abajo. Entonces, ¿por qué percibía ella este cambio en Neilan, un retraimiento emocional?

Con movimientos lentos, como si le doliera la cabeza, Neilan se frotó la frente.

—Nos hemos enterado de que Sir William Wallace ha muerto.

El alivio la invadió. Eso explicaba su retraimiento emocional hacia ella. Estaba afligido.

—Lo siento.

Él enlazó sus dedos con los de ella, le dio un firme apretón y luego le soltó la mano.

—Yo también lo siento.

La seriedad silenciosa de sus palabras volvió a inquietarla. Él había dicho que se alegraba de que ella no hubiera bajado, pero ¿y si esto era una prueba para ver si ella le decía la verdad?

Si ella también elegía este momento para revelarle sus temores sobre su hermano, ¿creería él sus palabras dadas para encubrir su culpabilidad? ¿O desestimaría sus preocupaciones, atribuyendo cualquier enfado hacia ella por parte de Blair al trágico pasado de éste?

Marjorie enroscó la mano en la manta y luchó por mantener la calma. ¿Por qué estaba preocupada por un suceso que ya tenía horas? Evidentemente, Blair había cumplido su palabra y no se había hecho ningún daño. Lo que importaba era que un hombre al que Neilan veneraba

estaba muerto. En lugar de buscar problemas donde no los había, debería estar ofreciéndole simpatía, consuelo.

Puso su mano sobre la de él, pero él no se movió para estrecharla entre las suyas. El silencio de la noche cayó entre ellos, el canto de los grillos, la pluma de la ligera brisa de verano que se deslizaba en su habitación. Él nunca hizo ademán de tocarla ni de volver a hacer el amor con ella.

Cuando sonaron las campanadas de maitines, se levantó y se vistió en silencio.

El movimiento de la cama la despertó de su inquieto sueño. Se asomó y vio a Neilan de pie y cogiendo su atuendo. A pesar de su expresión indiferente, ella sintió que se retiraba.

—¿Neilan?

—Tengo que irme.

—Espera. —Ella se sentó y tomó una decisión. No podía dejar que esto continuara. Fuera cual fuera su reacción, necesitaba contarle sus temores sobre Blair, que había bajado y oído hablar de la muerte de Wallace esta noche.

Neilan se volvió, los ojos cobalto oscurecidos por una tristeza que le robó el corazón.

—Buenas noches, Marjorie. —Y sin más explicaciones, se marchó.



Mientras el sol de la mañana entraba en su habitación, Marjorie se vistió con cuidado. Intentó asegurarse a sí misma que su paso apresurado se debía a que quería aparecer lo mejor posible, pero no podía negar la verdad. La tensión entre ella y Neilan no había sido fruto de su imaginación. Él se había marchado ayer por la mañana antes de que ella pudiera preguntarle,

pero se negaba a dejar pasar otro día sin hablar con él.

A lo largo de la noche había luchado contra sus dudas y había llegado a una conclusión. Le había dicho a Neilan que le amaba, y luego había dejado que su recelo hacia los hombres le callara la lengua cuando debería haberle confiado la verdad. Tras la muerte de Henry, también temía perder a Neilan.

No era una cobarde. Pasara lo que pasara, tenía que intentarlo.

Armada de valor, salió de su habitación. Buscó sombríamente a Neilan mientras atravesaba el gran salón de la torre del homenaje, alerta ante cualquier señal de Blair. Evitaría a toda costa quedarse a solas con él.

Sólo un puñado de caballeros permanecía en las mesas de las trincheras para terminar lo último de la comida de la mañana. Unos pocos hombres la saludaron con la cabeza, pero la calidez de la que había sido testigo los días anteriores ya no se reflejaba en sus ojos. Ahora, en su lugar, persistían la pena y la repugnancia.

No podía culparles. Habían perdido a su líder. Un hombre cuyo nombre ya adornaba muchas leyendas. Inquieta por sus frías miradas, se apresuró a salir del torreón.

El campo de prácticas estaba abarrotado de hombres enzarzados en un simulacro de batalla, sus espadas chocando, temblorosas por los golpes castigadores. Recorrió a los rebeldes. Neilan no estaba entre ellos.

Aún más inquieta, caminó por el patio, el olor de la carne cocinándose le recordaba que no había comido. Quizá cuando encontrara a Neilan, podrían romper el ayuno en el bosque y luego hacer el amor.

Su cuerpo se calentó al pensarlo. Una vez que él estuviera relajado, ella abordaría el tema de Blair y lo que había aprendido aquella noche.

Los niños que jugaban pasaron corriendo. Sus gritos de risa la sacaron de sus cavilaciones.

Se puso la mano en el estómago. Un calor la recorrió. Podía estar gestando a su hijo. La idea de una nueva vida le produjo una oleada de alegría.

Un fuerte golpeteo de metal contra metal la hizo mirar hacia el herrero, que levantó una hoja que brillaba con un rojo furioso.

Ella se detuvo. ¿Le había parecido un día más? Bajo la fachada de normalidad, los escoceses se preparaban para la guerra. Un escalofrío la recorrió con precisión letal.

Pesada por el pensamiento, Marjorie siguió caminando. Cuando se acercó a la cabaña del atillador, la voz de Neilan resonó en su interior. Se acercó a la puerta y vio al atillador que Neilan le había presentado antes. Excepto que su dura expresión ofrecía cualquier cosa menos bienvenida.

El atilliator hizo un gesto hacia la puerta.

—Tienes compañía.

Neilan apareció por la esquina. La irritación oscureció sus ojos cobaltos.

—Sólo será un momento —dijo al atillador. Salió y se detuvo ante ella, con las manos en las caderas.

—¿Por qué has abandonado tu cámara? —espetó—. Con la muerte de Wallace, no es prudente que andes sola por ahí.

Marjorie se tocó el colgante que llevaba al cuello, su fría advertencia la inquietó aún más.

—Necesito hablar contigo.

Por un momento, la necesidad parpadeó en sus ojos, luego su rostro se volvió ilegible.

—No tengo el lujo del tiempo.

—¿Esta noche?

—Vuelve a tu cámara.

Su frío despido dolió. Habían hecho el amor hacía sólo un día, ahora mirando fijamente a los ojos de Neilan, ella no veía nada más que inoportunidad. ¿Había ocurrido algo más para que aumentara el malestar entre sus países?

A cada segundo que pasaba, mientras él seguía observándola con expresión cautelosa, sus esperanzas de pasar siquiera unos días más con Neilan se disolvían. Hasta que estuvo ante él, transformada de nuevo en la prisionera que había robado de su hogar.

Marjorie dio un paso atrás, con la garganta agitada por las lágrimas.

—Neilan, por favor. —Él permaneció en silencio.

Ella vaciló, esperando a que su rostro se ablandara, a que se arrugara de calidez, y a que él le pidiera que se quedara. Que le permitiera explicarle por qué había venido.

Neilan sólo la miraba fijamente, como si estuviera ansioso por que se marchara.

Ella se volvió al fin, el dolor siseando a través de ella como el latigazo de un látigo; duro, abrasador, cortando cada una de sus emociones. Siguió caminando, lenta, firme y con un propósito. Con Neilan tan aislado de ella, también lo estaba su motivación para no escapar. Fuera cual fuera el riesgo, se negaba a permanecer ni una noche más en el castillo de Riverlochs.

Excepto por su corazón, que permanecería aquí con Neilan, para siempre.



Neilan observó a Marjorie alejarse, odiando haberla herido.

Sabiendo que la había alejado. Cuando ella le había mirado con amor, él había querido abrazarla, pero las palabras de Blair sobre su espionaje golpeaban su mente. ¿Por qué no le había dicho la verdad la otra noche?

Con una maldición murmurada, se puso en marcha tras ella. Se equivocaba al dudar de Marjorie. La dejaría hablar.

—Neilan —llamó Blair, deteniendo su marcha. Su hermano caminó hacia él, luego se detuvo a su lado, frunciendo el ceño ante la figura que se alejaba de Marjorie—. Veo que ha venido de visita.

Maldita sea, necesitaba ir tras ella.

—Está disgustada.

Sus ojos avellana se entrecerraron.

—¿No has revelado que sabes de su espionaje?

Neilan sacudió la cabeza, desgarrado, no le gustaba su engaño, ni que ella no le hubiera ofrecido la verdad.

—No he dicho ni una palabra.

—Es importante mantenerla ignorante.

Neilan no estaba tan seguro. Con Marjorie no podía jugar. Ella importaba demasiado.

—Esto está mal. Tengo que explicarle...

—¿Mal? —La voz tranquila de Blair se llenó de ira—. ¿Wallace yace muerto, tirado en un montón de estiércol, y tú estás más preocupado por un enemigo en Escocia? —Señaló con un dedo en la dirección que había tomado Marjorie—. ¿Y si escapara y contara nuestros planes a los ingleses? ¿Cuántos otros de nuestros hombres podrían morir por su traición?

—Ella nunca lo contaría. —Negó Neilan, pero aunque afirmara lo contrario, ¿cómo podía estar seguro? Inglaterra era su patria, donde permanecían sus últimos lazos con su familia. ¿Sus lealtades no estarían con su país, sobre todo teniendo en cuenta que eran los escoceses quienes la habían secuestrado de su hogar?

—¿No? —preguntó Blair—. ¿Estás dispuesto a arriesgar la vida de muchos escoceses para poner a prueba tu creencia?

Maldita sea toda la situación. Neilan apoyó su bota contra un terrón de tierra rota, viendo cómo su figura en retirada se hacía cada vez más pequeña. Necesitaba tiempo para permitir que sus emociones se calmaran. Para considerar todos los hechos.

Quería ir hacia ella, borrar sus temores, pero con sus sentimientos revueltos, si iba hacia ella ahora, probablemente empeoraría la situación entre ellos.

Ella levantó la cabeza en una obstinada inclinación y le miró, ese gesto entrañable que ahora le rompía el corazón. Entonces abrió la puerta de un tirón y entró con el porte de una reina.

Blair se puso en su línea de visión.

—Contéstame, Neilan. ¿Estás dispuesto a arriesgar la vida de tus compatriotas?

Neilan fulminó con la mirada a su hermano, nunca se había sentido tan frustrado en toda su vida. Sacudió la cabeza.

—No le diré nada. —Pero con su decisión tomada, se preguntó si después de todo había sido la correcta.

Capítulo 18

Las sombras de la noche que se aproximaba se alargaban fuera de la ventana de Marjorie, robándole los últimos fragmentos del día. La oscuridad envolvió su habitación. El silencio resonaba a su alrededor. La vela que ardía sobre la mesa chisporroteaba y charcos de sombras tropezaban en su habitación.

El vacío de su corazón era completo.

Durante todo el día había esperado a Neilan en la cámara de la torre, pero él no había venido. Una pequeña parte de ella había codiciado la esperanza de que él acudiera a ella esta noche y le explicara su actitud distante. ¿Acaso no comprendía que su corazón se estaba rompiendo? ¿Que ella no le había entregado su amor fácilmente?

Su mano tembló cuando terminó de escribir su breve nota a Neilan, diciéndole que le quería, explicándole su falta de finanzas y pidiéndole perdón por no habérselo dicho antes.

Él se enfadaría cuando supiera que ella le había ocultado su indigencia económica, pero al menos tendría la verdad. Era una tonta por dejarle cualquier explicación, pero por mucho que quisiera alejarse y cortar todos los lazos, la parte de ella que le amaba desesperadamente creía que se lo debía.

Enroscó la misiva, la aseguró dentro de un trozo de cinta que había encontrado en la cámara y luego la colocó sobre la cama. Con dedos temblorosos, cogió una pequeña hogaza de pan y la metió en un saco que una búsqueda en la habitación había descubierto.

Viajando ligera, con un poco de suerte cruzaría la frontera y encontraría ayuda en menos de un sennight. Recordando a los canallas de la posada de mala reputación en la que Neilan la había alojado durante su viaje a Escocia, tendría cuidado con a quién se acercaba para pedir ayuda.

Repicaron las campanas de maitines. No podía demorarse ni perder el tiempo lamentándose por las noches que Neilan y ella habían pasado juntos. Maldito fuera él por hacer que se preocupara.

Su mano se cerró en torno a la pequeña daga que se había procurado en la cocina. Había pedido vino para llevárselo a Neilan, una petición que creerían ya que lo había obtenido en los últimos días para recompensarle tras su entrenamiento de armas. Cuando los cocineros y otros sirvientes habían estado ocupados, ella había deslizado una pequeña cuña de queso, pan y un cuchillo toscamente elaborado entre los pliegues de su vestido.

El frío acero era un peso ominoso en sus manos. Con una plegaria silenciosa para no tener que utilizarlo nunca, deslizó el arma dentro de la pequeña bolsa que había ideado y tensó la cincha.

Estaba lista para partir.

A través de la ventana, un millar de estrellas centelleaban en el cielo despejado. Una pizca de brezo junto con el fresco aroma del lago llenaban el aire.

Se le partió el corazón. Sorprendentemente, echaría de menos el castillo de Riverlochs. Pero era hora de irse.

Marjorie se había dado la vuelta para marcharse cuando la luz de la luna brilló en la piedra verdosa oscura que había en el cuenco sobre la mesa. Frunciendo el ceño, se acercó. La luz de la luna estaba ausente en este rincón de la habitación. Extrañamente, la pareja de la piedra que Neilan llevaba al cuello parecía brillar.

Desconcertada, se acercó a la pequeña mesa y posó el dedo sobre la mitad rugosa. Un calor suave y cálido recorrió su piel. Una sensación de rectitud la envolvió. Marjorie levantó la piedra, con la palma abierta, insegura de poder creer lo que estaba sintiendo. Entonces recordó su afirmación de que esta habitación contenía magia.

Se le oprimió el pecho. Retrocedió a trompicones. No. Se equivocaba. Esta cámara sólo contenía dolor.

Dolida, apretó la piedra en su puño y corrió hacia la puerta. Se detuvo, estabilizándose. Por mucho que quisiera salir corriendo del torreón, debía moverse con cautela.

Le pareció que tardaba una eternidad en bajar los escalones en espiral, convencida de que en cualquier momento se encontraría con un guerrero, un sirviente que subía o, peor aún, Blair. Se asomó por la esquina del gran salón. Varios hombres dormían en el suelo de piedra rodeados de juncos, sus ronquidos fuertes y roncos, acompañados de varios sabuesos que yacían estirados. Casi lo mismo que en su propia casa. Tragó saliva con fuerza. El castillo de Rothfield. En días eso estaría perdido también.

Marjorie se negó a sucumbir a sus recelos y salió a la vista. Mientras avanzaba por la pared donde no llegaba la luz del fuego, un suave rasguño sonó detrás de ella.

El miedo se deslizó por su espina dorsal. Buscó en la oscuridad, pero no vio más que sombras. Soltó una lenta respiración. Nadie la seguía. Su imaginación trabajaba horas extras.

A mitad de la habitación, un perro levantó la cabeza, su cola golpeando el suelo en señal de bienvenida. Cuando decidió que ella no le arrojaría restos de comida, bajó la cabeza y volvió a dormirse.

Cuando llegó a la puerta del torreón, su corazón latía con fuerza. Se deslizó fuera, saludada por la fresca brisa de la noche. Buscó entre los muros del castillo. Los guardias estaban apostados a este lado del camino de ronda, con la cabeza vuelta hacia las colinas de más allá. Despejada por las nubes, la luna, una cuña plateada en la noche, robaba sombras que ella

necesitaba desesperadamente para cubrirse.

Un guardia llamó a otro directamente desde arriba.

Marjorie se aquietó. ¿La habían visto? Pasaron momentos tensos. Nadie se acercó a ella. El sudor cubrió su frente mientras avanzaba entre las escasas sombras y bordeaba el patio.

Casi en la puerta de entrada, el silencioso repiqueteo de pasos resonó tras ella.

Segura de haber sido descubierta, se giró, un grito creciendo en su garganta.

El patio estaba vacío.

El pánico le oprimió el pecho mientras recorría el patio. Por un momento, juró haber visto la silueta de un hombre en las sombras.

Una nube protegía la luna. La frágil brizna se deslizó, la luz de la luna iluminó la oscuridad de momentos antes para dejar al descubierto nada más que un camino irregular.

Marjorie exhaló aliviada. Sonaron pasos en la entrada del torreón y ella volvió a tensarse.

Fantasmales fragmentos de luz lunar abrazaron a Blair mientras bajaba los escalones de la torre del homenaje y se dirigía hacia la torreta que conducía al paseo de la muralla.

¿La había visto? Si lo hubiera hecho, la habría desafiado.

¿Debía regresar a su cámara? No, no podía volver.

Blair desapareció en el interior de la torre.

Ella avanzó sigilosamente. Varias veces Marjorie miró hacia lo alto del paseo de la muralla por donde saldría Blair. No vio a nadie. Sus sentidos le advirtieron que él la observaba.

Marjorie esperó a que él alertara a los guardias. Que revelara que la había pillado escondida en la reunión de los rebeldes, y luego ofreciera su intento de fuga como prueba de su afirmación de que era una espía.

Los últimos metros hasta la garita fueron agonizantes. Finalmente la alcanzó, agradecida de encontrar el puente levadizo aún bajado. Poco antes, a través de la ventana de su cámara, había visto partir al pequeño contingente de tropas para reunirse con Wulfe y reclamar el cuerpo de Wallace, con Keylan a la cabeza.

Con la oscuridad como escudo, había decidido utilizar la entrada principal como vía de escape.

—Bajad el rastrillo y levantad el puente levadizo —gritó un guardia desde arriba.

¡Estaban asegurando el castillo! Con una última mirada a su alrededor para asegurarse de que nadie la observaba, corrió a través del portalón y salió a la noche.

Al otro lado, se apretó contra la fría piedra del muro del castillo.

Las cadenas traquetearon. La puerta crujió. Con un ruido sordo, el rastrillo se posó en el suelo.

Había conseguido salir. El estrecho camino se extendía a horcajadas sobre el agua bañada por la luna ante ella, su única vía de escape. Tendría que arrastrarse por el borde del camino. Y rezar para que no la vieran. Con el corazón palpitante, avanzó lentamente.



A la mañana siguiente, Neilan caminaba hacia la torreta, con Blair a su lado.

Su hermano le miró con el ceño fruncido.

—¿Crees que es prudente dejar la puerta de Marjorie sin cerrar?

—Keylan está de acuerdo en que ella no representa ninguna amenaza.

—Ella podría intentar escapar.

—Ella podría hacerlo. —Neilan se encogió de hombros—. Pero ella no lo hará. Sería una tontería intentarlo. Marjorie nunca lograría pasar la garita sin ser detectada.

Blair resopló.

—¿Entonces la muchacha te ha cegado tanto que se ha ganado tu confianza?

Neilan escupió un juramento. Entonces recordó su advertencia de que permaneciera en su habitación de la torre del homenaje, una orden que ella ignoró. La inquietud lo recorrió.

Llegaron a los escalones de la torreta. En lugar de bajar a la gran sala, comenzó a subir los escalones.

—Rompe el ayuno —dijo Neilan—, no tardaré.

—Iré contigo.

Neilan se detuvo en los escalones y luego empezó a subir. ¿Qué importaba que Blair le acompañara? Con la fría bienvenida que Marjorie le ofrecería esta mañana, no tardaría en llegar. Y su mente se tranquilizaría al saber que ella estaba a salvo.

—Anoche estuviste fuera hasta tarde —dijo Neilan mientras subía los escalones—. No podía dormir y te vi en el paseo de la muralla mucho después de que hubiéramos salido de la reunión.

Blair se encogió de hombros.

—Tengo cosas mejores que hacer con mis noches que vagar por el paseo de la muralla.

Neilan frunció el ceño. Estaba seguro de que era Blair, pero su hermano no tenía motivos para mentir. Había bebido hasta que la habitación se había desdibujado ante él, pero aun así…

En la puerta de la habitación de Marjorie, Neilan llamó en silencio. Pasó un largo momento, pero no llegó ninguna respuesta del interior.

—Marjorie.

Silencio.

Blair levantó una ceja curioso.

Impaciente, volvió a llamar.

—Soy Neilan. —Esperó a que ella contestara, no quería entrar con Blair por si estaba desvestida. Lo más probable era que, después del trato que le dio anoche, probablemente se hubiera envuelto en capas de ropa de cama.

—¿No está ahí?

Que Dios la ayude si no estaba.

—Espera aquí. —Abrió la puerta de un empujón, medio esperando encontrarla escondida tras ella con un arma, o sentada en la cama envuelta en mantas, mirándole con un desdén inconfesable.

Pero cuando entró, lo último que esperaba encontrar era la cámara vacía.

—¿Neilan? —llamó Blair desde el pasillo.

La inquietud se acumuló en sus entrañas. ¿Dónde estaba ella? Llamó a su hermano:

—Ella no está aquí.

—¿Qué? —Blair entró en la habitación y escudriñó la cámara vacía. Su mandíbula se tensó —. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

—Por Dios, Neilan.

Ignoró el arrebato de Blair y se dirigió a la ventana, descartando con cautela su malestar. Todavía afligida por la muerte de su hermano, seguramente estaba en la capilla perdida en sus

oraciones.

Neilan se volvió y se quedó helado. Su cama yacía intacta. Ella no habría intentado abandonar el castillo de Riverlochs, ¿verdad? No, ella había jurado que no intentaría escapar. Entonces recordó. Él se lo había pedido, pero ella nunca había accedido. Neilan cerró la mano en un puño apretado. Quería creer que ella no intentaría escapar, pero una parte de él comprendía que ella había hecho exactamente eso.

Blair se alejó de la cama. Cuando su mano desapareció en un bolsillo, algo se arrugó.

Neilan estuvo a punto de preguntar si su hermano había encontrado una nota, pero luego acalló su pregunta. Como si Marjorie fuera a suponer que él necesitaba una explicación por su ausencia. Además, Blair habría mencionado si ella le había dejado algo.

—Registraremos los terrenos del castillo —dijo Neilan.

—Sir Neilan —saludó la sirvienta al entrar en la habitación, con una bandeja de comida en la mano. Su mirada pasó de él a Blair y luego alrededor de la cámara—. ¿Dónde está lady Marjorie?

La inocente pregunta de la criada aumentó su preocupación.

—Deja la bandeja —dijo Neilan—. Ella comerá a su regreso.

La mujer dejó la bandeja y se marchó.

—¿Crees que intentaría escapar?

—La creo más sabia que eso. —Pero eso era exactamente lo que él pensaba. Si es así, ¿cuándo? Ella no podría haber abandonado el castillo hoy. Incluso si lo hubiera intentado, el rastrillo había sido levantado sólo en las últimas horas y estaba fuertemente custodiado—. Miraremos en la capilla. Es probable que haya pasado la noche afligida en el altar. Si no está allí, nos dividiremos y continuaremos la búsqueda. No puede haber ido muy lejos.

Neilan estudió la habitación por última vez. Hizo una pausa. Faltaba la otra mitad de la piedra que colgaba de su cuello. ¿Se la había llevado Marjorie?

Estaba sacando conclusiones precipitadas. Existían muchas razones para la desaparición de la piedra, pero para él confirmaba que Marjorie intentaba escapar.

Neilan se dirigió a la puerta.

—Ven.

Blair caminaba en silencio a su lado. Sus botas golpearon los escalones de la torreta al descender.

Recorrieron el gran salón y el patio, pero no encontraron rastro de ella.

Cuando llegaron a la capilla, Neilan entró en el tenue interior.

En las paredes parpadeaban velas. Una mujer vestida con un manto de lino pálido estaba arrodillada ante el altar, con la cabeza inclinada.

Los hombros de Neilan se hundieron de alivio. Marjorie. Entonces la mujer se volvió y él reconoció a la costurera que había perdido a su hijo a manos de una espada inglesa hacía dos días.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras Neilan asentía y retrocedía. Cerró la puerta tras de sí.

Blair le estudió, con expresión adusta.

—¿Y bien?

Sacudió la cabeza.

—Nos separaremos. Alertaremos a los guardias. Discretamente. No queremos provocar el pánico en caso de que nos equivoquemos.

—¿Y cuando la encuentren?

—Tráemela. —Después de lo cual se aseguraría de que se arrepintiera de su intento de fuga.

Blair asintió.

Neilan observó cómo se iba su hermano. Sólo podía rezar para que la encontraran.

Poco después, los hermanos volvieron sobre sus pasos y se reunieron en la capilla. Con cada minuto de búsqueda, la ansiedad de Neilan había ido en aumento. Y por el ceño fruncido que tallaba la cara de su hermano, él tampoco la había encontrado.

—¿Nada? —preguntó Neilan con gesto adusto.

La expresión de Blair era igualmente seria.

—Se ha ido.

Neilan se permitió unos instantes para maldecir su temeridad y su propia estupidez al confiar en ella.

—Voy tras ella.

—Iré contigo.

—No, iré solo.

La ira oscureció los ojos de su hermano.

—¿Y permitirle mayores probabilidades de llegar a los simpatizantes ingleses?

Neilan la recordó escondida entre las ortigas.

—Será fácil seguirla.

—Es mejor que llevemos también a varios hombres.

—Dije que la encontraría solo. —Al alzar la voz, Neilan vio a Keir, que había salido del torreón, mirar hacia ellos.

Keir caminó hacia ellos frotándose el sueño de los ojos. A un paso se detuvo.

—¿Qué ocurre?

Blair lanzó a Neilan una mirada condenatoria.

—Marjorie ha escapado.

—¿Qué? —preguntó Keir.

—Háblale de su traición, Neilan —afirmó Blair.

Irritado por dar crédito a la afirmación de Blair, Neilan se puso rígido.

—Blair cree que Marjorie podría ser una espía.

—¿Una espía? —Keir soltó una carcajada.

—No es un cuento —casi gruñó Blair—. La vi escondida en las sombras durante la reunión de los rebeldes.

La risa se desvaneció en el rostro de Keir. Miró de Blair a Neilan.

—¿Hablas en serio?

Neilan asintió.

—¿Entonces por qué ninguno de los dos le dijo nada a Keylan? —preguntó Keir.

—Ella aseguró su inocencia ante Blair —explicó Neilan—. Alegó que estaba inquieta y que había salido a dar un paseo. —Aun así, no podía creer que ella lo hubiera traicionado.

—Una mentira —espetó Blair—, demostrada por su desaparición. Descorazonado, Neilan permaneció en silencio.

Keir miró hacia el rastrillo.

—¿Cuándo se fue?

—No ha dormido en su cama, así que calculamos que anoche —respondió Neilan—. Ella sólo lleva unas pocas horas fuera. Su rastro debería ser fresco y fácil de seguir.

Keir frunció el ceño.

—Si se escabulló de su cámara la pasada noche, la puerta había sido asegurada y el puente levadizo levantado.

—¿Qué hay de los hombres que salieron tarde para rescatar a Wallace? —replicó Blair—. Las puertas se mantuvieron abiertas más tarde de lo habitual.

El pavor inundó a Neilan. Le habría ofrecido la oportunidad perfecta para escabullirse al exterior, y habría viajado en la oscuridad. ¿Había robado un cuchillo para usarlo como protección? Como si pudiera blandirlo con habilidad. Maldita sea.

—Reuniremos un grupo de búsqueda —dijo Neilan.

—No podemos demorarnos — dijo Blair—. Aún necesitamos el rescate que ella traerá.

El rescate. En ese momento, el dinero era lo último que le importaba a Neilan.

—Se acerca un jinete —llamó el guardia en lo alto de la garita.

Neilan distinguió la figura que galopaba hacia ellos como si la persiguiera el mismísimo diablo.

—Es el corredor que Keylan envió a buscar el rescate —dijo Keir.

El jinete cruzó volando el puente levadizo, con el estruendo de unos cascos duros y rápidos. Entró al galope en el patio y detuvo su caballo ante los hermanos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Neilan. Marjorie. ¿La había encontrado de camino a casa? ¿Muerta? Oh, Dios.

El jinete desmontó.

—Es Lady Marjorie —dijo entre jadeos.

El miedo oprimió el pecho de Neilan.

—Ella está... —No pudo pronunciarlo.

El caballo resopló. Los ojos del hombre se oscurecieron de ira.

—No tiene dinero.

—¡Qué! —exclamaron juntos sus hermanos.

Al principio, las palabras del corredor no se registraron en la mente de Neilan. Marjorie estaba viva. No habían llegado demasiado tarde. Eso era lo único que importaba.

Entonces, la noticia del mensajero caló hondo.

Neilan no se inmutó.

—Es mentira. —Si fuera verdad, ella se lo habría dicho. ¿Cómo podía haberle engañado desde el principio?

El mensajero negó con la cabeza.

—Cuando entregué la nota de rescate como habíamos hablado, recibí una misiva del mayordomo. Los libros de contabilidad de la casa no son más que papel y tinta. Marjorie no tiene un céntimo.

—¿Cómo es posible? —espetó Keir, respondiendo a la pregunta no formulada de Neilan.

—La excesiva bebida y el juego de Lord Gilroyd el año pasado —explicó el corredor.

—No hay nada —estalló Blair—. Nada que justifique nuestra aceptación durante su estancia.

El caballero asintió.

—Los deudores ya han empezado a embargar sus bienes a cambio de las deudas pendientes.

—¡Cristo! —gruñó Blair. Su expresión se volvió violenta—. La perra astuta. Todo el tiempo nos engañó. —Miró fijamente a Neilan—. ¿Dime que no nos ocultó su pobreza desde el principio?

Atónito, Neilan negó con la cabeza. Ella lo había sabido. Su sutil comentario mientras habían viajado hasta aquí de que no tenía nada a lo que volver había sido la verdad... una verdad que ella nunca había confiado en él lo suficiente como para contarle. ¿Qué pensaba ella, que si él descubría su estado monetario, la mataría? ¿Tanto desconfiaba de él?

Sí, eso parecía.

Y cuando Marjorie había dicho que lo amaba, lo había dicho desesperada.

Ella había buscado ganar tiempo.

¿Y qué hay de su espionaje en su reunión rebelde? ¿Lo había hecho con la intención de que le pagaran por la información que pasara a los ingleses? Sí, aparentemente estaba lo bastante desesperada.

Las emociones más suaves que había albergado cedieron ante la ira. Se volvió hacia su hermano.

—Keir, quédate atrás. Cuando llegue Keylan infórmale de la huida de Marjorie.

Keir asintió.

—Blair, dile al maestro de armas que necesito a varios de sus mejores hombres... inmediatamente.

—Yo también cabalgaré contigo —afirmó Blair mientras se dirigía hacia los establos.

Neilan asintió, más allá de negar la ayuda de su hermano por segunda vez. Le dolía el corazón por su desconfianza, porque después de que hubieran hecho el amor, después de que ella le hubiera dicho que le amaba, pudiera marcharse. La encontrarían, y que Dios la ayudara cuando

lo hicieran.

Capítulo 19

Marjorie empujó una rama hacia arriba y se agachó por debajo. El sudor le resbalaba por la cara y se le pegaba al vestido. Había tardado casi toda la noche, manteniéndose a cubierto a un lado del camino, en llegar a la orilla del lago. Un tiempo precioso que no podía permitirse perder. Ahora, el sol estaba en lo alto del cielo, sus rayos dorados cubriendo la tierra y el fresco olor a pino tamizándose en el aire.

Se le estrujó el corazón al pensar en el hombre del que huía. A estas alturas, Neilan ya se habría dado cuenta de su desaparición. ¿Cómo había reaccionado a su misiva? ¿A la revelación de su falta de fondos? ¿La odiaría? ¿Comprendería sus temores?

¿Y Blair? Estaría furioso, rabia que desvirtuaría el hecho de que les dijera a sus hermanos que ella estaba espiando a los rebeldes.

Neilan iría tras ella, no le cabía duda. No porque creyera que era una espía, sino por su orgullo herido de que ella hubiera escapado.

Un fuerte crujido sonó en la distancia.

Se giró, con el corazón latiéndole con fuerza. ¿Neilan ya la había encontrado? El grito de un cuervo atravesó el silencio del viento. Luego, el silencio.

Con manos temblorosas, Marjorie relajó el agarre del saco que contenía sus preciadas provisiones. El agotamiento del viaje estaba dando rienda suelta a su imaginación. No había

nadie ahí fuera.

Tras orientarse, empezó a caminar hacia el sur. El suelo del bosque volvió a curvarse hacia arriba. Los músculos gritaban mientras ella se empujaba hacia adelante. En la cima de la pequeña colina, Marjorie se apoyó en un árbol, con la respiración entrecortada. Se frotó el cuello dolorido. Un momento de descanso, luego continuaría.

A través de la ruptura entre los árboles, el lago apareció a la vista. Las orillas en ángulo, las franjas de orilla que enmarcaban las aguas ennegrecidas ahora onduladas por las olas. A la derecha, pareciendo surgir del agua, se alzaba el castillo de Riverlochs.

Pensó en Neilan. Su sonrisa. Su ternura cuando habían hecho el amor. No importaba lo que deparara el futuro, correcto o incorrecto, ella siempre le amaría.

Él, mientras tanto, eligió la guerra sobre ella. El pasado sobre el futuro. Unas ramitas crujieron detrás de ella.

Sus nervios saltaron. Marjorie buscó en la cercana arboleda. De nuevo, no vio nada.

Otro crujido de madera en la distancia, esta vez acompañado de voces apagadas, sonó a su derecha.

¡Neilan!

Marjorie avanzó a trompicones, acusando cada chasquido de un palo bajo sus zapatillas, cada arrastre de hojas al apartar una rama.

—Registrad la ladera —ordenó una voz masculina, grave y lacónica—. Quiero que registren todos los escondites posibles. No puede haber viajado muy lejos.

—Sí, Sir Blair.

¿Blair? Por supuesto que vendría. Él la quería muerta. ¡Ella necesitaba esconderse! Los árboles ralos al sur de ella ofrecían poca cobertura. Hacia el este y bajando la pronunciada

pendiente, se extendía una franja más densa de árboles. No podía dar marcha atrás. Marjorie esprintó hacia el este.

El terreno se precipitó en un pronunciado declive. La hierba y las hojas del suelo del bosque se convirtieron en rocas sueltas salpicadas por un rocío errante de flores y enredaderas.

Marjorie tropezó y apenas se enderezó.

—¿Neilan? —llamó otra voz masculina, un hombre que ella no reconoció.

¡Se estaban acercando a ella! Medio tropezó, medio se deslizó el resto del camino por el terraplén. Las rocas le cortaron las manos, la tierra suelta a su alrededor le obstruyó la garganta, pero siguió avanzando.

Al llegar abajo, con las piernas doloridas, cruzó el pequeño valle. Agradecida, se deslizó dentro del bosque que se hacía más denso al otro lado.

Otra voz la llamó, esta vez más lejos. Una respuesta resonó por todo el bosque, aún más distante.

La esperanza crecía. Habían desviado su búsqueda a otra parte, dejándola libre para encontrar el camino a Inglaterra.

Se adentró más en el espeso escudo de hojas entremezcladas con pinos. Un árbol caído se alzaba ante ella, espesas marañas de maleza desordenando cada extremo. Descartó perder el tiempo para rodear el revoltijo. Los hombres estaban demasiado cerca.

Haciendo acopio de fuerzas, corrió y saltó por encima del tronco cubierto de musgo. Un desgarro rasgó el aire cuando el dobladillo de su vestido se enganchó en una rama. Su cuerpo fue sacudido hacia atrás. Marjorie se golpeó contra el suelo.

Durante un segundo vertiginoso, permaneció tendida, jadeando, con el bosque girando a su alrededor. Con un gemido, rodó hasta quedar sentada para desenredar su vestido de la rama rota. La tela aguantó.

—¡Alto! —Dio un fuerte tirón. El lino se desgarró y ella cayó de nuevo sobre su espalda. Cerró los ojos, frustrada. Teniendo todo en cuenta, podría ser peor. Al menos los hombres buscaban en otra parte. Dispuesta a continuar, abrió los ojos.

Y miró fijamente el rostro triunfante de Blair.

Los ojos color avellana la atravesaron con una furia embelesada.

—¿Creías que escaparías?

El miedo latía con fuerza en su corazón. Hundió su zapatilla en la tierra blanda para retroceder, pero él se agachó, agarró la parte delantera de su vestido y la puso en pie.

—No escaparás de mí. No soy Neilan que se deja llevar por tu rostro atractivo o tu voluntad de convertirte en su puta.

—¡Suéltame!

—Fuiste una tonta al creer que el amparo de la noche te daría alguna ventaja.

¿Anoche? El recuerdo de las pisadas no identificadas y luego ver a Blair cruzar el patio pasó por su mente.

—¿Me viste salir? ¿Por qué no avisaste a los guardias?

—¿Y hacer que te devolvieran a tu cámara? —dijo con repugnancia—. ¿De qué habría servido eso?

Entonces comprendió.

—Mantuviste ocupados a los guardias para asegurarte de que yo pudiera escapar —acusó ella, con la voz temblorosa por el miedo—. Así, cuando Neilan no me encontrara esta mañana, creería tu afirmación de que yo soy una espía.

Se burló.

—Con tu ausencia, ¿quién dudaría de que, con los lazos de tu hermano con el rey Eduardo,

tu intención era advertir al rey inglés de los planes rebeldes?

Las lágrimas ardían en su garganta. Todos sus retorcidos planes tenían sentido.

—¿Y mi misiva a Neilan?

—Destruida.

La locura acunaba la violencia de sus ojos.

—Te odia. —La cáustica alegría de sus palabras golpeó aún más su corazón. Blair le rodeó la garganta con las manos.

Ella luchó, pero su férreo agarre la retuvo.

—Cuando te encuentre muerta, me dará las gracias por haber destruido a otro traidor inglés.

Marjorie gritó.

Él apretó su agarre, haciendo imposible que ella gritara por segunda vez.

Ella jadeó en busca de un aliento que nunca llegó. El bosque se oscureció. La negrura parpadeó ante ella. La necesidad de aire estalló en sus pulmones.

En la luz turbia, los cascos retumbaban por el suelo del bosque.

Mientras el mundo se oscurecía a su alrededor, no podía comprender si estaba siendo salvada o entregada directamente a las entrañas del infierno.



¡Marjorie! Neilan impulsó a su montura con más rapidez hacia el lugar donde su grito había

atravesado el bosque. Irrumpió a través del escudo de árboles.

Blair se arrodilló a varios pasos, inmovilizando a Marjorie contra el suelo, asfixiándola.

Volaron terrones de tierra y ramitas cuando Neilan detuvo bruscamente su montura y saltó al suelo.

—¡Suéltala!

La sorpresa azotó el rostro de Blair al darse la vuelta.

Al aflojar su agarre, Marjorie se desplomó en el suelo y cayó en un ataque de tos.

En un movimiento rápido como el rayo, Blair desenvainó su daga. La agarró por los hombros y le apretó la hoja contra el cuello.

—Quédate donde estás.

La mirada salvaje de su hermano hizo que Neilan diera un paso adelante.

—Blair, ¿qué estás haciendo?

—Ella no puede vivir —afirmó Blair con una calma mundana, como si no pidiera más que un mendrugo de pan—. Es una espía. Cuando temió ser descubierta, huyó. —Su voz saltó a un tono febril—. Hoy hemos sabido que es una indigente. Te ha mentido una y otra vez y ha demostrado que no se puede confiar en ella. Debe morir.

La mirada temerosa de Marjorie suplicaba a Neilan.

Atónito, la miró fijamente. Dios de los cielos, ¿creía ella que él dejaría que Blair la matara? ¿Que él podría hacerle daño de alguna manera? El dolor se acumulaba en su interior mientras esperaba su respuesta, sus ojos como espejos de su alma. Vio las dudas, los nervios, pero también una frágil confianza en él.

En ese momento, los asuntos de guerra y traición palidecían ante Marjorie. Sin ella su vida estaría vacía. La libertad que buscaba una victoria vacía.

Él la amaba.

Era así de simple. Y así de complejo.

—Envaina tu espada —dijo Neilan—. Me encargaré de ella por sus engaños.

Blair sacudió la cabeza.

—Ella esgrimirá sus bien afiladas mentiras. Al final, la perdonarás.

Neilan dio otro paso hacia ellos, el miedo por la vida de Marjorie impulsaba cada uno de sus pasos.

Blair la empujó contra su pecho; ella gritó.

—¡Un paso más y mataré a esa zorra inglesa!

—No —replicó Neilan, manteniendo la calma mientras buscaba una razón para convencer a Blair de que la liberara—. Quieres a Marjorie muerta porque es inglesa. —Miró a su hermano fijamente a los ojos—. Ella no se merece esto.

—Enviaremos una misiva a los ingleses lamentando que durante su viaje a casa fue asesinada por ladrones —divagó como si no hubiera oído a Neilan—. Se lo creerán. Si es que a alguien le importa el fallecimiento de una mujer sin dinero.

Los ojos de Marjorie se abrieron de puro terror.

Neilan no se había sentido tan impotente desde el día en que había tenido en sus brazos a su padre moribundo. La frustración se convirtió en furia. No, no la perdería. Había visto morir a su padre. No la perdería también a ella. Costara lo que costara, la salvaría.

—Si la matas —dijo Neilan, llamando la atención de su hermano—, será asesinato.

El carmesí tiñó el rostro de Blair.

—¿Asesinato? Como si los ingleses hubieran dudado en masacrar a mi familia mientras dormían en sus camas. No, alegaron que sus acciones eran justas, para preservar la paz entre

nuestras tierras. ¡Basta de tonterías! Tuviste la oportunidad de dejarla marchar. Ahora serás testigo de su muerte.

En ese segundo, Marjorie apartó su mano. Un grito brotó de su garganta mientras luchaba por apartar el cuchillo.

—La misiva que dejé para ti —gritó.

—¡Silencio! —Blair le aseguró la mano con un áspero apretón.

—¿Qué misiva? —Pero incluso mientras Neilan preguntaba, recordó la mano de Blair con el puño cuando se había alejado de su cama y el sonido del pergamino arrugado después de encontrarla desaparecida.

—Ella diría cualquier cosa para salvar su vida —espetó Blair.

—Dejé una misiva explicándolo todo sobre la cama —susurró ella, con tono frenético.

Blair apretó el cuchillo con más fuerza. Un hilillo de sangre resbaló por la hoja.

—¡He dicho silencio!

—Lo viste en la recámara y te lo guardaste en el bolsillo, ¿verdad? —Desechando las palabras de su hermano. Neilan avanzó a grandes zancadas.

—¡Atrás! —Blair jadeó, sus ojos salvajes, los de un lobo rabioso—. No me obligues a hacerte daño a ti también.

Como si Blair le hubiera dejado alguna otra opción.

—¡Keylan, ahora! —gritó Neilan.

Blair movió la cabeza hacia un lado.

La distracción de su hermano dio a Neilan el respiro que necesitaba. Se lanzó hacia delante y atrapó la mano de Blair. Arrancó el cuchillo del cuello de Marjorie. Apretando el antebrazo contra la garganta de su hermano, Neilan tiró de ella para liberarla.

—¡Corre! —gritó Neilan mientras Blair forcejeaba. Marjorie saltó y se tambaleó hacia atrás.

Blair gritó. Empujó sus pies contra el pecho de Neilan y lo apartó. Atacó, su puño se clavó en la mandíbula de Neilan.

Las estrellas estallaron ante los ojos de Neilan, y entonces apareció la expresión furiosa de su hermano.

—¡Todavía tiene el cuchillo! —gritó Marjorie.

—¡Marjorie, corre! —La visión de Neilan se aclaró. Hizo una finta hacia la izquierda y luego se lanzó directamente hacia Blair. Agarró la muñeca de Blair y apretó—. Detente. No hagas esto.

Pilló a Marjorie rebuscando en su bolsa. Sacó una daga. Neilan sacudió la cabeza en señal de advertencia para que se mantuviera alejada, luego se volvió hacia su hermano.

Los ojos color avellana brillaban de furia.

—Te lo advertí. —Blair clavó la rodilla en las tripas de Neilan.

El aire salió de él en una dolorosa exhalación. Con un grito de pura rabia, Neilan se lanzó hacia delante, derribándolos a ambos. Volaron los puños, lanzaron gruñidos de dolor.

Neilan se puso en pie. Sacó su daga.

—Voy a recuperarla.

La sangre rezumaba de un corte en la frente de Blair mientras se ponía en pie, con la respiración agitada, los ojos negros de malicia.

—Tócala y estarás muerto.

El corazón de Neilan se rompió.

—Eres mi hermano.

—¿Lo soy? Mi hermano nunca elegiría a un traidor por encima de la sangre.

—Maldito seas, Blair…

Con un grito de indignación, Blair cargó. Neilan le asestó un sólido golpe.

La cabeza de Blair se echó hacia atrás. Su hermano se tambaleó, con el labio ya hinchado.

Volvió a cargar; su espada apuntaba al corazón de Neilan.

Neilan se movió.

Esta vez Blair se anticipó a su movimiento y lo encajonó en un nicho de árboles.

Sacó el pie disparado, atrapando la pierna de Blair. Neilan se sacudió con fuerza. Agitándose, Blair cayó con fuerza. Sonó un golpe seco cuando su cabeza chocó con la piedra.

Su hermano yacía allí. Inmóvil. Su rostro pálido.

Neilan se hundió, su daga se aflojó en su empuñadura. Su cuerpo tembló de emoción cuando se volvió hacia donde Marjorie se había apretado contra un árbol. Ella le observaba, con una expresión mezcla de esperanza y miedo. Él se puso en marcha hacia ella.

Su mano tembló mientras guardaba la espada. Ella jadeó.

—¡Detrás de ti! —Se volvió mientras Blair cargaba. La daga de su hermano centelleó.

El dolor atravesó a Neilan cuando la hoja le cortó el brazo. Con la respiración entrecortada, Neilan contempló conmocionado la sangre que manaba de su herida. Levantó la mirada hacia Blair; se encontró con su mirada salvaje.

Y comprendió. Blair no se detendría.

En su frenesí, Blair le mataría para llegar hasta Marjorie.

Su corazón se rompió cuando cualquier otra opción se desvaneció, Neilan le dio a Blair una última oportunidad.

—No lo hagas.

Blair se abalanzó.

Gritando su dolor, Neilan hundió su daga profundamente en el pecho de Blair.

Y una parte de Neilan murió.

Con los ojos muy abiertos, Blair le miró fijamente.

—Por Dios. —Se desplomó en el suelo.

La sangre de Blair manchó la hoja de Neilan. Neilan cayó de rodillas junto a Blair.

—Maldito seas —susurró, cada palabra le desgarraba.

Un hilillo de sangre rezumaba por la comisura de la boca de Blair.

—Ella es inglesa. Nunca será lo bastante buena para ti.

Neilan le abrazó, maldiciendo los acontecimientos, sin querer perderle.

—Marjorie nunca fue una amenaza.

Su hermano tosió, cerrando los ojos mientras su cuerpo se sacudía con una feroz sacudida. Parpadeó abriendo los ojos, la urgencia en ellos sacudiendo a Neilan hasta la médula.

Blair exhaló por última vez, un sonido suave y vacío.

Mientras la brisa corría suave y cálida, los pájaros piaban alegremente en la distancia, la luz se desvaneció de los ojos de Blair hasta dejarlos en blanco.

Neilan cerró los párpados de Blair e inclinó la cabeza.

—Ella es suficientemente buena —susurró, pero Blair nunca lo creería. Para él, ella era inglesa. El enemigo.

—Lo siento.

Ante el crudo susurro de Marjorie, Neilan levantó la vista. Herido, dolorido y deseando que Blair volviera a vivir. Pero se había ido, para siempre. Soltó a Blair.

De rodillas temblorosas, se puso en pie.

—Yo también lo siento —respondió, preguntándose si alguna vez superaría el dolor de perder a su hermano, o su sentimiento de culpa.

—No fue culpa tuya. —Su rostro estaba manchado de lágrimas—. Si no hubiera huido…

—Independientemente de tus acciones, Blair habría intentado matarte. —Un hecho que aceptó. ¿Cómo explicaría la muerte sin sentido de Blair a sus hermanos? El cuerpo de Marjorie temblaba. Vio el miedo, las preguntas en su rostro, pero detrás de eso, vio su amor. Su frágil expresión le hizo abrir los brazos. Ella se metió en su abrazo. Él la abrazó, necesitándola, amándola más. Nunca había pensado encontrar el amor. Sin embargo, como un regalo, había encontrado a Marjorie.

Neilan acarició su mano a lo largo de su cabello castaño, inhalando la bondad de su aroma.

—Nunca vi la misiva que dejaste.

Los ojos grises se alzaron hacia él con esperanza.

—¿Me crees?

Se quedó mirando el cuerpo sin vida de Blair. El cansancio y el peso de la muerte le invadieron.

—Debe haberlo destruido.

La pena se aferró a sus ojos como sueños rotos. Miró hacia el sur, hacia Inglaterra.

Hacia su hogar.

La esperanza de Neilan de que ella eligiera quedarse con él en Escocia se atenuó. La cogió por los hombros con un suave apretón.

—¿Me quieres?

Ella le miró fijamente. La duda, la incertidumbre y la necesidad libraban una guerra dentro de sus ojos.

El miedo a perderla golpeaba sus ya maltrechos nervios.

—Respóndeme.

—Marjorie —gritó una profunda voz masculina—, ¡atrás!

Desde un lado, Neilan vislumbró borrosamente a un hombre enorme una fracción de segundo antes de que lo tirara al suelo. Se quedó sin aliento.

Marjorie gritó.

Capítulo 20

Marjorie se quedó mirando al hombre grande y musculoso que atacaba a Neilan. Se le cortó la respiración. Sus piernas amenazaban con ceder.

Se tambaleó hacia delante.

—¡Henry!

—Atrás —le ordenó su hermano mientras levantaba el puño para golpear a Neilan.

—¡No le pegues! —Con una mitad risa, mitad llanto, se secó las lágrimas de la cara. Henry no estaba muerto. Las noticias de la muerte de su hermano habían sido todas mentira. Lo miró fijamente, asimilándolo.

Una correa de cuero sujetaba su pelo castaño, realzando los duros ángulos de su rostro. Llevaba una capa que ella nunca había visto, de un rico color marrón que le hacía mimetizarse con el entorno. Sus ojos, limpios de bebida, se clavaron con furia en Neilan.

Neilan atrapó el puño de Henry, aprovechando el impulso de su hermano para voltearlo. Antes de que pudiera detenerlo, Neilan estampó a Henry contra su espalda.

Aterrizó con un gruñido. Con una maldición, encajó el pie contra el pecho de Neilan, lo empujó hacia atrás y luego se puso en pie de un salto. Su hermano desenvainó su daga.

La cicatriz a lo largo de la mejilla izquierda de Neilan se tensó. Neilan se levantó de un salto, con la daga preparada.

El miedo latía con fuerza en su corazón. ¡Nadie más moriría este día!

—¡Henry escucha! —gritó Marjorie—. ¡Lo amo!

Ambos hombres la ignoraron.

El miedo por la vida de ambos la invadió. Sin saber de qué otra forma detenerlos, corrió entre ellos.

Henry alargó la mano para agarrarla del brazo. Ella esquivó su mano.

—¡Marjorie, apártate! —ordenó, sin apartar los ojos de Neilan.

Los ojos de Neilan se entrecerraron en ella.

—¡Marjorie, apártate!

Ella dirigió una mirada fulminante primero a uno, luego al otro, su respiración sonaba agitada.

—No lo haré. —Los dos testarudos se empeñaron en salvarle la vida.

—¿Le conoces? —preguntó Neilan mientras miraba a su oponente con fría desconfianza.

—Sí, es mi hermano.

—Lord Gilroyd está muerto.

—Te demostraré que estoy muerto —murmuró Henry, con el cuerpo enroscado, listo para atacar a Neilan.

—Marjorie, ¿quién es?

El labio de Neilan se curvó de ira.

—Un hombre que te arrancará el corazón, maldito Sassenach. —Intentó bordearla y arremeter contra ella, pero ella esquivó el choque y acabó encajada entre sus bien afilados cuerpos.

Las espadas de ambos hombres se dispararon hacia arriba temiendo herirla.

Ella no sabía si reír de alegría o gritar de frustración.

Tenía que hacerles escuchar antes de que uno de ellos resultara herido o muerto.

Marjorie empujó las palmas de las manos contra sus pechos. El temblor de los músculos enfurecidos presionó contra sus manos.

—¡Deteneos los dos para que pueda explicaros!

¿Explicar? Neilan no se movió ni bajó la guardia. Ni este hombre, ni ningún otro, le arrebataría a Marjorie.

El retumbar de los cascos aumentó. Las voces de los hombres se hicieron más fuertes.

Sus hombres. Apaciguado, Neilan esperó. Extrañamente, su hermano no parecía preocupado por los jinetes que se acercaban.

Un caballo relinchó. Los cascos aumentaron. Keylan, Keir y varios hombres cabalgaban hacia el claro.

Neilan y Henry se alejaron el uno del otro, con las dagas preparadas.

La mirada de Keylan pasó junto al trío y cayó sobre Blair. La pena desgarró su rostro hasta ahogarlo en la devastación.

—¡Por Dios! —Con movimiento tembloroso, desmontó y se arrodilló junto a Blair.

Con el rostro pálido y los ojos desorbitados, Keir desmontó también y corrió hacia Blair.

Con la cabeza inclinada, Keylan respiró hondo varias veces y susurró una plegaria.

Con los ojos ardiendo por la pérdida, miró a Neilan.

—¿Qué ha pasado? —Neilan tragó saliva con dificultad. Dirigió una mirada cautelosa hacia el desconocido que

Marjorie llamaba Henry; no se había movido.

Se volvió hacia sus hermanos.

—Blair tenía un cuchillo en el cuello de Marjorie. Iba a matarla. —Le dolía el pecho—. Intenté detenerle. Estaba muy enfadado. No quiso escuchar. —No había forma fácil de explicarlo. De perdonarse a sí mismo—. Cuando liberé a Marjorie, se volvió contra mí…

—Y no te dejó otra opción que matarle —remató Keylan. Un temblor le recorrió el cuerpo. Puso la mano en el hombro de Blair y se levantó—. Desde el asesinato de sus padres, el odio guió a Blair.

La mirada triste de Keir se elevó hacia Neilan.

—Fue su opción, Neilan.

Neilan permaneció en silencio. Por muy cierto que fuera que Blair no le había dado elección, la muerte de su hermano siempre le perseguiría.

—Era inglesa —le consoló Keir—. Para Blair era suficiente. —Keylan asintió con tristeza.

Neilan era un tonto al creer que Marjorie lo traicionaría alguna vez. Su vergüenza creció. Para salvar su orgullo, no les había contado las sospechas de Blair.

Keylan miró hacia el hombre que estaba al lado de Marjorie. Un ceño fruncido arrugó su frente.

—¿Wulfe?

—¿Wulfe? —Neilan miró fijamente al corpulento guerrero que tenía enfrente y que estaba preparado para la batalla, con el rostro notorio en su herencia inglesa.

Keylan se equivocaba. Éste no podía ser el lord inglés que ayudaba a los rebeldes escoceses. El mismo hombre que les facilitaba los movimientos de las tropas inglesas y otras informaciones decisivas que podían hacer que el resultado de su levantamiento fuera un éxito.

—¿Wulfe? —preguntó Marjorie. Frunció el ceño ante el llamativo hombre, que igualaba la propia fuerza de Neilan—. Henry, ¿de qué está hablando?

La mano de Neilan se crispó. Su familiaridad con él no ayudaba a la causa del hombre.

—¿Quién es?

—Te dije que era mi hermano —respondió Marjorie—. Si ambos no hubierais estado tan indignados por mutilaros mutuamente, lo habrías oído.

—¿Tu hermano es Wulfe? —preguntaron al unísono Keylan y Keir—. ¿Wulfe? —añadió Neilan atónito. Luego se quedó mirando a Marjorie, inseguro de si el hecho de que casi hubiera secuestrado a Wulfe era más increíble que el hecho de que hubiera acabado secuestrando a la hermana de Wulfe.

Keylan se encontró con la mirada de Henry.

—Nunca supe tu verdadero nombre. Sólo tu cara. —Hizo una pausa—. ¿Veo que no se lo has dicho también a tu hermana?

—No —dijo Lord Gilroyd. Relajó su postura—. Hasta ahora, no veía la necesidad.

Keylan asintió. Su mirada se posó en Blair. Con un fuerte suspiro, hizo un gesto a uno de sus hombres.

—Llévalo de vuelta al castillo de Riverlochs. Asegúrate de que se ocupan de su cuerpo.

—Sí, mi laird. —Con movimientos silenciosos y discretos, el hombre levantó a Blair y lo tendió sobre su caballo. El hombre montó y cabalgó hacia el norte, desapareciendo entre los árboles.

Un sombrío silencio cayó sobre el grupo.

Keylan miró hacia Lord Gilroyd.

—El momento no es el que me gustaría, pero Wulfe, te presento a mis hermanos, Neilan y

Keir.

Neilan evaluó al hombre que igualaba su destreza, su orgullo se alivió al ver que era un hombre legendario, un caballero que los escoceses consideraban un símbolo de libertad. Un hombre que aunque inglés, no estaba de acuerdo con la tiranía de su rey y se atrevió a desafiar a su señor feudal por la causa de Escocia.

El barón de Gilroyd asintió a Keir, la calidez de sus ojos se desvaneció en recelo cuando se volvieron hacia Neilan.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Keylan a Lord Gilroyd—. Una vez que nos hubimos separado tras recuperar el cuerpo de Wallace, pensé que habrías regresado a Inglaterra.

—Lo había hecho —respondió Henry—, sólo para enterarme de que mi hermana había sido secuestrada para pedir rescate.

—La decisión de secuestrarla fue mía —dijo Keylan—. Nadie sabía que lord Gilroyd y Wulfe eran la misma persona.

Las cejas de Lord Gilroyd se alzaron.

—¿Pero secuestraste a mi hermana?

—Que fue tratada con gran respeto durante su estancia —aseguró Keylan.

—Mi preocupación era recaudar monedas para nuestra causa. Mi decisión de secuestrarla surgió del deber —declaró Neilan.

Marjorie se volvió de un hombre a otro.

—¿Quiere alguien decirme de qué va todo esto?

—La identidad de Wulfe —explicó Neilan, la irritación que bullía en sus ojos resultaba demasiado familiar y entrañable—, sólo la conocen unos pocos escoceses. —Señaló a Keylan—. Aunque mi hermano le conoce, nunca le dijeron su verdadero nombre. Sólo un puñado de

personas sabe que Wulfe es Lord Gilroyd.

Su hermano era Wulfe. Mientras los hombres seguían hablando, Marjorie se esforzó por aceptar la revelación. Se volvió hacia su hermano, su mente daba vueltas con este nuevo conocimiento.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Marjorie.

—Ayudo a los escoceses —respondió Henry, sus ojos se ablandaron en los de ella.

—¿Eres un espía?

Su expresión se endureció, su convicción por sus acciones clara.

—Sí.

—¿Pero eres el consejero del rey Eduardo para los escoceses?

Henry asintió.

Dudó, entonces todo cobró sentido. Un nuevo pensamiento cruzó su mente. El pánico se apoderó de ella.

—¿Y qué hay de las veces que estuviste fuera? ¿El dinero? Nuestras finanzas. Estamos...

Su hermano le cogió la mano.

—Hay algo que tengo que explicarte —dijo en voz baja—. Cuando nuestros padres murieron, estaban en camino para intentar liberarme.

—Lo sé. Te habían encarcelado.

El dolor arrugó su rostro.

—Por culpa de la bebida, estalló una discusión. Me encarcelaron acusándome de atacar a un noble. Afortunadamente, nadie llegó a saber cuál era mi verdadera razón para estar allí. En aquel momento, al igual que nuestro padre, ya trabajaba en secreto para Escocia y pasaba

información sensible al rey Balliol.

—¿Nuestro padre también era espía para Escocia? —preguntó asombrada.

Su hermano se encogió de hombros.

—Se podría decir que era una tradición familiar. —Se puso sobrio y le dio un suave apretón en la mano—. Lo siento. Nunca quise poner en peligro tu vida ni la de nuestros padres.

Una lágrima resbaló por su mejilla, luego otra. Un sollozo escapó de sus labios. El leve borrón de Neilan moviéndose hacia ella se detuvo cuando vio a Keylan sacudir la cabeza. Luego fue sólo Henry, sus brazos envolviéndola, sus silenciosos susurros calmándola, pidiéndole perdón.

Ella se aferró a él. Después de todo, no le había perdido. Más tranquila, se apartó de su hermano. Neilan le puso la mano en el hombro, su fuerza y su consuelo le llenaron el alma.

—Henry, me equivoqué al culparte por la muerte de nuestros padres. Después, pensé que me odiabas.

—No. Eres mi hermana. De mi sangre. Te quiero. Eso nunca cambiará.

—El último año ni siquiera me dirigiste la palabra. Me dejaste creer...

—Lo peor —terminó su hermano con una mueca—. Las mujeres, el juego, y que no nos quedaba más que una miseria. —Se le cortó la respiración.

—¿Y lord Seymor?

—Murió en un duelo con otro hombre. Nuestra discusión esa misma noche fue lo que dio lugar a las habladurías de que yo le había matado. Me acusaron falsamente y me buscaban, por eso me fui por el pasadizo secreto. Hasta que no pudiera demostrar mi inocencia, no podía permitir que me atraparan.

Ella intentaba asimilar todo lo que le estaba contando.

—He comprobado los libros de contabilidad. ¿Qué más no has compartido?

—Con mis actividades secretas, temí por tu vida. Pensé en mantenerte a salvo. Mi condición de borracho y sinvergüenza era una tapadera. —Henry le dedicó una tierna sonrisa.

—¿No estamos empobrecidos? —susurró ella.

—No —dijo él suavemente—. Ni mucho menos. Hay un segundo libro de contabilidad que he escondido y que contiene nuestras verdaderas cuentas.

El alivio la invadió. Entonces Marjorie recordó las reliquias que había vendido en un intento equivocado de mantener dinero en sus arcas. Posesiones que habían pasado de padres a hijos. Tapices que le habían recordado a sus padres. Pero él nunca se lo había explicado, le había permitido venderlos.

No, él nunca lo había sabido. Si le hubiera dicho la verdad, aún conservarían los objetos que le recordaban a quienes habían amado y honrado entrañablemente.

—Podías habérmelo dicho —dijo ella, enfadada.

—El riesgo era demasiado grande —replicó Henry—. De haberlo sabido, podrías haber hecho algo que, sin saberlo, hubiera puesto en peligro tu vida.

—¿Y si hubieras muerto?

—El senescal lo sabe y lo habría explicado todo. Desgraciadamente —Henry dirigió una dura mirada a Neilan antes de volverse hacia ella—, estaba fuera cuando llegó el corredor con el rescate.

Ahora ella tenía su propia confesión.

—Sin saber que nuestras arcas estaban llenas, mientras tú no estabas vendí varias reliquias.

Una sonrisa tocó su boca.

—Cada una de las cuales he comprado a través de diversos canales.

La alegría la invadió.

—¿No se han perdido?

—No. —Entonces su boca se volvió solemne. Henry rozó un mechón de pelo que se había deslizado sobre su mejilla—. Lamento lo que has soportado, más aún, tu secuestro. Y por el trato que has sufrido. —Dirigió una mirada siniestra hacia Neilan—. Por Dios, si has hecho algún daño a mi hermana, responderás ante mí.

Neilan se erizó.

Marjorie negó con la cabeza, con el corazón encogido.

—No, nunca me hizo daño.

—¿Entonces por qué te marchaste? —preguntó Neilan.

Ella buscó el rostro de Neilan, plagada de dudas.

—Pensé que no me querías.

Neilan se acercó más, tapando a todos los demás.

—¿Cómo podría no quererte? Estoy enamorado de ti.

Su corazón dio un vuelco.

—¿Me quieres?

—Eres mi vida, Marjorie.

—Cuando vine a decirte que nuestras arcas estaban vacías. —Frunció el ceño a Henry antes de volverse hacia Neilan—, No quisiste hablarme.

—Estaba dividida entre mis sentimientos por ti y por mi país. —Le buscó el rostro—. ¿Por qué no me dijiste que creías que tus arcas estaban vacías?

—Creía que no me harías daño, pero no estaba segura de mi destino si los demás se

enteraban de mi empobrecido estado. No podía correr el riesgo.

Neilan sacudió la cabeza.

—Ya era demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde?

Una tierna sonrisa rozó la boca de Neilan.

—Nunca te habría hecho daño. Cuando te vi por primera vez en el solar, creo que fue entonces cuando me enamoré de ti.

El corazón de Marjorie se hinchó. Él la amaba. Los hermanos de Neilan inhalaron.

Lord Gilroyd se erizó.

—Exijo conocer sus intenciones hacia mi hermana.

Neilan se puso en toda su estatura y se encaró a su hermano.

—Si ella me acepta, le pediría que se uniera a mí.

Keylan y Keir asintieron hacia Neilan. Sus expresiones de sorpresa cambiaron a comprensión y luego a orgullo.

Lord Gilroyd cogió la mano de su hermana, sus ojos oscuros intensos escrutaban los de ella.

—¿Tú que deseas, Marjorie?

El tiempo se detuvo. A Neilan se le cortó la respiración mientras esperaba su respuesta. La calidez suavizó su mirada.

—Yo también lo quiero.

Su hermano suspiró. Se volvió hacia Neilan.

—Parece que te has ganado el corazón de mi hermana. Te confío su cuidado, pero

escúchame bien, si le haces daño, te daré tu merecido castigo.

—La cuidaré con mi vida.

Con un gruñido de satisfacción, Lord Gilroyd dio un paso atrás.

—Es hora de volver a casa —dijo Keylan.

Neilan le rodeó la cintura con la mano y la atrajo hacia él.

—Marjorie cabalgará conmigo. —Le ahuecó la cara entre las manos—. Después de haber besado a la mujer que amo. —La sangre le latía en las venas mientras la atraía hacia él, deseándola, necesitándola con cada aliento.

Sus labios se tocaron, se fundieron. Neilan gimió. Sí, había encontrado su corazón.



A poca distancia, Neilan se separó de sus hermanos, Marjorie sentada ante él en su montura.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Ya lo verás.

Guió a su bayo hacia el camino familiar, hasta donde le había mostrado a Marjorie por primera vez el castillo de Riverlochs tantos días antes. Entonces, no había sabido que la amaba, que desearía que se quedara a su lado para siempre.

Ahora lo sabía.

En lo alto de la pendiente, los árboles cayeron y, como antes, el loch se derramó ante ellos en todo su esplendor. Excepto que muchas cosas habían cambiado. Ese día había perdido a su hermano, un hombre al que había amado.

Y había encontrado un amor para toda la vida.

Neilan desmontó. La levantó hasta el suelo. Con el corazón en la garganta, tomó su mano entre las suyas y la condujo unos metros más allá, hacia donde la luz del sol brillaba entre los árboles como hadas danzantes. Hasta donde las agujas de pino esparcían la tierra, su aroma fresco contra la agitación de su alma.

—Marjorie —le dijo mientras permanecían de pie bañados por el abrazo de la luz del sol —. ¿Quieres ser mi esposa, aceptarme tal como soy, un guerrero que no tiene nada que ofrecer salvo su corazón? —Ella le miró fijamente, sus ojos ilegibles.

Él se aquietó.

Ella había dicho que le amaba, pero él nunca había contemplado que ella no hubiera dicho que sí. Hizo ademán de soltarle la mano, pero Marjorie la sujetó con fuerza.

—Cuando te vi por primera vez, pensé que eras un granuja. Con el tiempo, vi a un hombre que ama a su familia y leal a su país. —Metió la mano en su vestido y la retiró. En su palma brillaba la otra mitad de su azurita. Su sonrisa creció—. Y el hombre del que me enamoré perdidamente y que me hizo creer en la magia. Sí. Me casaré contigo.

La azurita centelleó.

La calidez llenó su alma. En efecto, la cámara contenía magia. Por la mano guiadora de su abuela, parecía que haría realidad su deseo.

Neilan estrechó a Marjorie entre sus brazos. La atrajo en un beso acalorado, abrumado por la bendición de tenerla en su vida. Tras la muerte de su padre, se había creído incapaz de volver a amar... hasta ahora.

Hasta Marjorie.

Su amor era realmente el regalo más preciado.

Epílogo

Las gaitas sonaban y embriagados de bebida gritaban en el gran salón.

Neilan bailaba con Marjorie en un torbellino embriagador.

Atrapada en el momento, ella reía en sus brazos.

Él la miraba fijamente, con la dicha de la boda de ese día hinchándose en su interior. Las noches transcurridas desde la sorprendente aparición de su hermano habían pasado volando. Cada una trayendo un torrente de emociones, desde la tristeza por la muerte de Blair hasta la anticipación de su boda con Marjorie.

Finalmente, el día de sus votos había llegado. Ahora ella era su esposa. Nunca había pensado en atreverse a amar de nuevo. Ella había destruido todas sus reservas y se había ganado su corazón.

El baile terminó y Neilan la atrajo hacia él. Devastó sus sentidos con un beso abrasador, ajeno a los gritos y vítores de los espectadores que los rodeaban.

La miró fijamente. En una cadena finamente trabajada que llevaba al cuello, junto al colgante que le había regalado su madre, colgaba una piedra azul verdosa y oscura.

La otra mitad de la azurita.

Aunque sus hermanos se reirían si lo supieran, ahora creía que su abuela había hechizado sus piedras. Que cada piedra atraería a su respectiva pareja, una mujer que les enseñaría a amar y

los haría completos.

Como con Marjorie.

La tristeza brotó de su corazón cuando pensó en Blair. Él y sus hermanos habían acordado que Blair debía ser enterrado en los terrenos del castillo. Aunque la ira guiaba a Blair, seguía siendo su hermano.

Curiosamente, tras el entierro de Blair, Neilan había visitado la cámara de la torre. La malaquita que su abuela le había regalado a Blair había desaparecido. Nunca creería que alguien había robado la piedra conocida por su capacidad para promover la paz interior. Su abuela la había recuperado, para contrarrestar la malicia que Blair nunca pudo superar.

Ahora sólo quedaban dos piedras partidas por la mitad dentro del cuenco, la de Keylan y la de Keir. Excepto que Neilan había decidido que no se preocuparía por la magia o las mujeres que su abuela había elegido para ellos. Ante él estaba la muchacha que tenía su corazón. Una mujer a la que amaría para siempre.

—Aún no puedo creer que estemos casados —dijo Neilan—. La espera de este día se me ha pasado muy despacio.

Marjorie se rió.

—No es como si no hubiéramos compartido mi alcoba durante la última noche.

Neilan le guiñó un ojo, recordando sus viajes nocturnos a su habitación.

—Sólo después de que mis hermanos, y el tuyo, estuvieran dormidos.

Su sonrisa le volvió loco de deseo.

—Sal conmigo del vestíbulo ahora, Marjorie. No puedo esperar más para estar a solas con mi esposa. Para ver el parpadeo de la luz de las velas bailar sobre sus pechos.

—¿Seguro que no puedes esperar un poco más? —Pero él vio el deseo que acechaba bajo

su expresión de reproche.

Una conmoción en la entrada del gran salón les hizo volverse. Un caballero que había jurado lealtad a William Wallace se abría paso entre la multitud.

Neilan se tensó. ¿Qué había ocurrido ahora? Ante las miradas sombrías de Henry, Keylan y Keir, temió que las noticias fueran malas.

Marjorie le tocó el brazo.

—¿Neilan?

—Ven.

La multitud se separó mientras él la escoltaba hacia sus hermanos. Su malestar creció. Hacía horas que había hecho su voto a Marjorie. ¿Ahora debía partir a la guerra?

Ambos habían sabido que llegaría el momento. Excepto que él no había esperado las noticias tan pronto. ¿O es que se habían divisado soldados ingleses a lo lejos y la vida de Marjorie podía estar en peligro?

Debería haberse casado con ella antes, debería haberla llevado a las Tierras Altas donde estaría a salvo. Como si ella hubiera estado de acuerdo con eso. Fuera cual fuera la decisión, la opción de llevarla a un lugar seguro había desaparecido.

Con Marjorie a su lado, Neilan se detuvo junto a sus hermanos y su nuevo cuñado. Aún le sorprendía que lord Gilroyd hubiera resultado ser el venerado espía de Escocia, Wulfe, pero por el momento, eso no tenía importancia.

El caballero de Wallace se detuvo ante ellos.

—Vayamos al solar —dijo Keylan, con tono sombrío.

El caballero sacudió la cabeza, su rostro se descompuso en una sonrisa emocionada.

—No es necesario, mi laird.

—¿No tiene noticias de las tropas inglesas? —Keylan miró con sorpresa hacia sus hermanos y Henry, y luego de nuevo al corredor.

—No. —El hombre le tendió una daga sencilla pero bien trabajada.

La confusión se arrugó en el ceño de Keylan. Agarró el arma.

—¿La daga de Wallace?

—Te la envía junto con su promesa de que Escocia será libre —anunció el caballero, con la voz entrecortada.

Inseguro de haber oído bien, Neilan miró a sus hermanos. Parecían tan confusos como él.

—Sir William murió hace una noche —afirmó Keylan.

El corredor negó con la cabeza.

—Yo creía lo mismo, pero no estaba muerto.

El rostro de Keylan se llenó de ira.

—Por Dios, ¿se atreve a provocar el luto de nuestro condado? Ayudé a llevar su cuerpo al carro de la enfermera.

—Y fue después de que la enfermera se quedara a solas con Wallace en su casa cuando apoyó la cabeza contra su pecho y oyó el leve aleteo de su corazón.

Neilan miró fijamente al caballero, queriendo creer en el milagro que le ofrecía.

—¿Es cierto?

El corredor se limitó a asentir.

Keylan sacudió la cabeza, con expresión aturdida, sumándose a las espesas emociones que atascaban la garganta de Neilan.

—Wallace está vivo. —Keylan se volvió y encaró a su gente. Levantó las manos pidiendo

silencio. El rumor de murmullos expectantes se acalló—. Tengo grandes noticias que añadir a nuestra celebración. Sir William Wallace vive.

La gran sala, abarrotada de alta burguesía y campesinos por igual, estalló en un pandemónium. Los vítores rugieron por la sala, los hombres atraparon a las mujeres en besos subidos de tono, y las jarras de cerveza tintinearon mientras se hacían brindis.

—Mi agradecimiento —dijo Keylan al hombre una vez que el volumen se hubo atenuado ligeramente.

—Sí, mi señor. Son noticias que por una vez estaba deseando dar.

—Ve a servirte una jarra de cerveza —dijo Neilan mientras levantaba su propia jarra—. Estamos celebrando una boda. —Sonrió—. La mía. —Apretó un beso en la mano de Marjorie.

Los ojos del hombre se alzaron.

—Felicidades, mi señora. —Le guiñó un ojo a Neilan—. Es usted un hombre afortunado. —Asintió y se dirigió hacia donde un grupo de hombres rellenaba sus propias jarras.

Neilan se volvió hacia Marjorie. Su cuerpo se encendió al pensar en esa noche, en tocarla, en amarla durante el resto de su vida.

—Ven.

La cogió entre sus brazos y se dirigió hacia la torreta, su acción le recordó a la de no hacía mucho en cierta posada cuando había hecho lo mismo. Pero esta noche, no se contendría.

Con la alegría brillando en sus ojos, le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Adónde vamos, esposo mío?

—A donde no nos interrumpan —dijo él en un susurro seductor.

El deseo oscureció sus ojos.

—Yo también lo desearía.

Su cuerpo se endureció mientras se abría paso entre la multitud, esquivando a dos caballeros que parecían dispuestos a entorpecerles con sus felicitaciones. Hizo una carrera hacia las escaleras.

En el último escalón la dejó en el suelo y le cogió la mano.

—Corre.

Con la cara enrojecida de felicidad, Marjorie rió y corrió a su lado mientras él subía las escaleras.

Cerca de la cima, con el corazón latiéndole con fuerza y el amor por ella en cada aliento, Neilan la atrapó y la apretó contra la piedra curvada. Le cubrió la boca en un beso exigente que prometía un futuro de felicidad para ambos.

Se estremeció al levantar la cabeza para contemplar a su esposa. El parpadeo de la luz de la antorcha iluminó sus ojos cálidos de amor.

—Te quiero tanto, Marjorie. —¿Cómo había podido ser tan dichoso de tenerla en su vida?

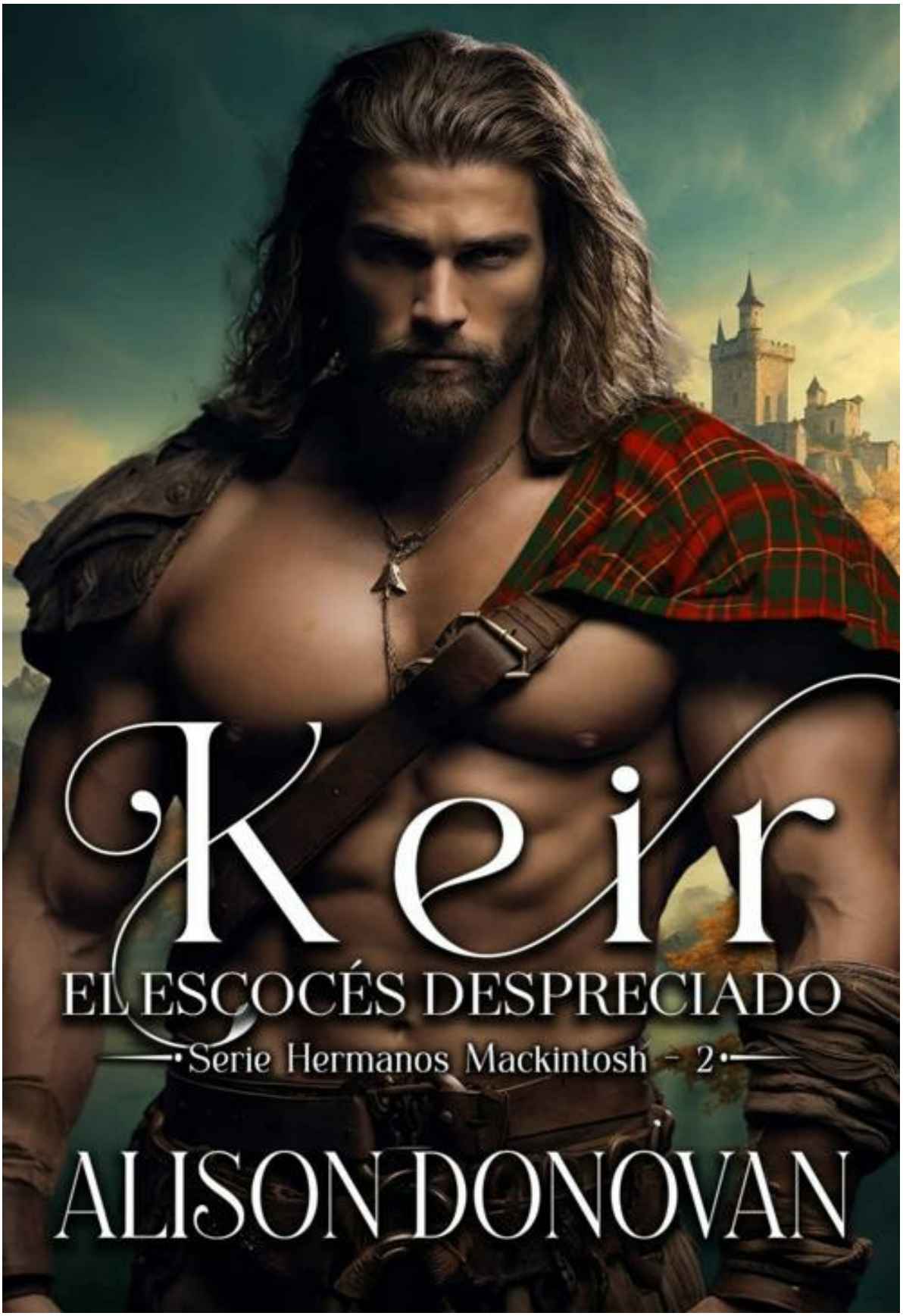
Ella se estremeció ante su contacto.

—Llévame a la cama, Neilan.

Él la cogió en brazos. La amaría para siempre. Había robado a la muchacha de su hogar, pero ella le había robado su corazón rebelde.

Sguiente libro de la serie

Serie Clan MacKintosh


Keir
EL ESCOCÉS DESPRECIADO
Serie Hermanos Mackintosh - 2
ALISON DONOVAN



Él solo quería olvidarla, pero una promesa le hizo enfrentarse a la mujer que años antes le había traicionado.

Tras romper su compromiso con Keir MacKintosh, Lady Grisell Cumming había desaparecido de su vida, pero no así de sus pensamientos. Hasta que una promesa al hermano moribundo de Grisell lo obliga a rescatarla de las mazmorras del hombre que, años antes, le había robado a su prometida.

No obstante, ¿qué hacía ella en las mazmorras del hombre que se había convertido en su amante?

Traicionar a Keir MacKintosh había sido lo más duro que Grisell había hecho en su vida, pero había sido la única manera de salvar a su padre. Con un secreto que guardar y un amor por ocultar, Grisell deberá viajar junto al hombre que supuestamente despreció, mientras el peligro acecha y el deseo los envuelve sin que puedan evitarlo.

�� No te pierdas la segunda entrega de esta serie donde dos cautelosos amantes deben enfrentarse a enemigos que no se detendrán ante nada para cazarlos.

Nota

[1] Los trews son prendas masculinas para las piernas, una forma tradicional de pantalones de tartán de la vestimenta de las Highlands escocesas.